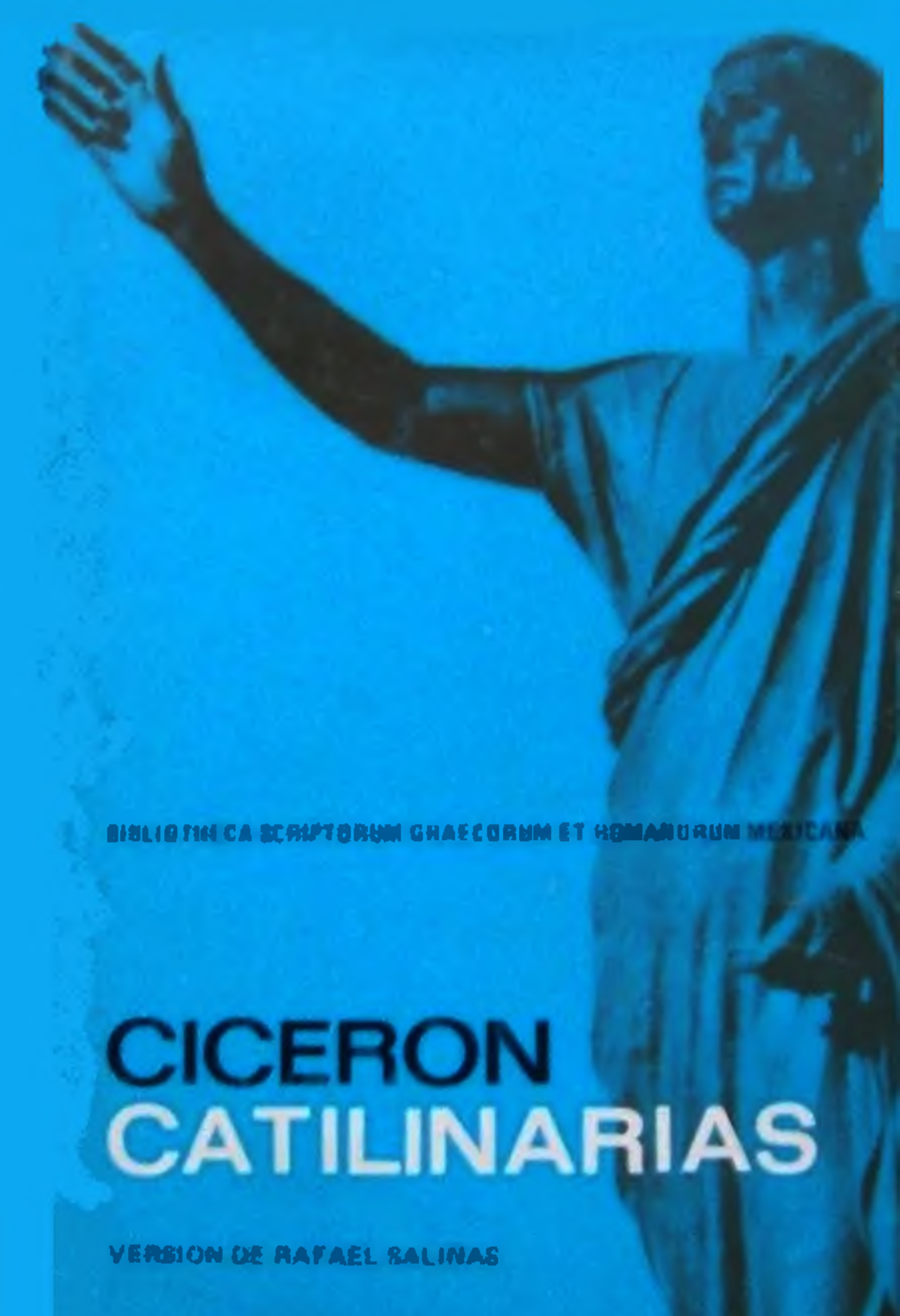




BIBLIOTHECA SCRIPTORUM GRAECORUM ET ROMANURUM MEXICANA

CICERON
CATILINARIAS

VERSION DE RAFAEL SALINAS

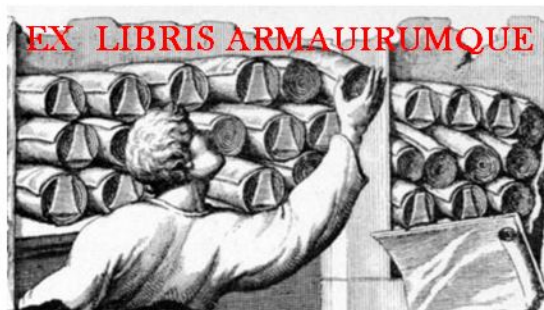
OBRAS DE MARCO TULIO CICERÓN
CATILINARIAS

BIBLIOTHECA SCRIPTORUM GRAECORUM
ET ROMANORUM MEXICANA

M. T. CICERONIS IN L. S. CATILINAM
ORATIONES QUATUOR

MARCO TULIO CICERON
CATILINARIAS

Prólogo, traducción y notas de
RAFAEL SALINAS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

1973

Primera edición: 1963
Segunda edición: 1973

DR © 1973, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.
DIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES
Impreso y hecho en México.

PRÓLOGO

A mi padre

LAS piezas oratorias agrupadas por el uso literario bajo el título genérico de *Catilinarias* y a cuyo texto y traducción directa consagra este volumen de su *Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*, la Universidad Nacional Autónoma, son cuatro arengas políticas pronunciadas por el cónsul Marco Tulio Cicerón durante su gobierno de 63 a.C., a propósito y en contra del célebre movimiento subversivo maquinado aquel año por su dirigente epónimo, el turbulento patricio Lucio Sergio Catilina, cuya famosa conjura no es sino un mero incidente o eslabón de los muchos de que estuvo compuesta la cadena de conflictos intestinos que fue el último siglo republicano de la Roma esclavista.

En efecto, ante la imposibilidad definitiva de alcanzar el consulado y consumir en su ejercicio —desde arriba y dentro de la legitimidad constitucional— las medidas innovadoras de su programa político, Catilina resuelve, desde la fecha misma de su último fracaso electoral del año anterior, precipitarse de una buena vez en la táctica de la violencia clandestina. Y así, desde mediados del mes de septiembre de 63, se entrega por entero a la realización de los preparativos de un golpe de Estado: tal fue la conjura a que el inquieto patricio ha prestado su nombre, y de cuyas alternativas y discursos impugnatorios se ocupa este prefacio.

Desde el primer momento, la estrategia de Catilina consistió en combinar la sublevación peninsular con el cuartelazo urbano, haciendo estallar ambos simultáneamente, a fin de dispersar en varios frentes el poder coactivo del gobierno optimate. Por eso, su primer paso consistió en despachar a los contingentes del proletariado italiota —que había concentrado en Roma el propósito

de apoyar a Lucio Sergio con su voto— hacia sus respectivos domicilios regionales, con el objeto de reinstalar, a lo largo de toda la península, sus elementos en efervescencia, haciéndolos seguir por aquellos de sus aláteres que juzgó más idóneos para organizar en cada comarca el levantamiento, de acuerdo con las consignas catilnarias: entre cuyos cabecillas mencionanse los nombres de un tal Cayo Julio, comisionado en la Apulia; de un tal Septimio Camerino, delegado al Piceno y a la Transpadana, y, sobre todo, del excenturión silano Cayo Manlio, destacado a la Etruria a encabezar y organizar en ella el movimiento armado del campesinado más consciente y peligroso a la sazón de toda Italia; es a saber, el etrusco. Llevaba Manlio instrucciones de concentrar sus fuerzas en las inmediaciones de Fésules y de prepararlo todo de tal modo que le fuera posible declararse en armas precisamente el día veintisiete del siguiente mes de octubre.

El plazo así fijado para el levantamiento rural, correspondía al previsto como mínimo para la preparación del cuartelazo urbano, cuyos pasos previos debían consistir en atraer al movimiento a cuantos descontentos y desesperados quisieran apoyarlo, sin distinción de categorías sociales, y aceptando el respaldo de esclavos, provinciales, proletarios y optimates; y, simultáneamente, se hacía indispensable minar de núcleos conspirativos la urbe entera, sembrando todos sus barrios de guaridas secretas, a un mismo tiempo arsenales y puestos avanzados del movimiento.

Cuyos preparativos habrían de garantizar el éxito de la empresa, culminando ésta con el incendio de los barrios residenciales, el saqueo de sus mansiones y el exterminio en masa de sus propietarios, los opulentos corifeos del bloque gubernamental optimate: todo lo cual habría de

PRÓLOGO

ejecutarse, con preciso cálculo, exactamente al siguiente día de la fecha marcada para la rebelión campesina, o sea el veintiocho del mismo mes de octubre por venir.

El desarrollo en la urbe de tales preparativos —cuyos pasos no dejaban de filtrarse vagamente hasta los oídos de la opinión pública—, el progresivo avance de la conspiración en la metrópoli durante toda la segunda quincena de septiembre y la primera de octubre, fue creando en Roma una atmósfera cada día más sobrecargada de incertidumbre y de inquietud social ante la sorda amenaza de un cataclismo inminente del orden establecido, cuyo oculto amago hizo llegar la tensión general al clímax del paroxismo el veintisiete de este último mes.

El malestar y la alarma de la población deciden a Cicerón a convocar, como cónsul en funciones, una asamblea extraordinaria del orden senatorial, a fin de tratar en ella sobre la situación y poner pronto remedio a la zozobra de la comunidad: tal fue la sesión del veintiuno de octubre, en que la oligarquía gobernante, una vez enterada oficialmente por su cónsul —que, a su vez, lo sabía gracias al espionaje de un tal Furio, traidor, a su servicio, de la conspiración— de la realidad y seriedad del complot, decretó el denominado *senatusconsultum ultimum*, o sea el recurso tiránico de suspensión de toda garantía cívica utilizado en la antigüedad con el fin de que el poder ejecutivo no se detuviera en nada para aplacar la efervescencia de la oposición.

Y así, a la desviación extremista revolucionaria, la oligarquía replicaba con la energía reaccionaria despótica; al terrorismo exaltado de la izquierda, con el rabioso absolutismo de la derecha; a la ilegal y provocadora ofensiva oposicionista, con la contraofensiva represora extralegal del aparato coactivo del poder.

En efecto, el susodicho decreto de suspensión provisional de las garantías cívicas investía a los cónsules de poderes omnímodos y entregaba a la merced de su arbitraria coacción a los ciudadanos descontentadizos, cuyas reivindicaciones quedaban, por ende, expuestas, a partir de tal resolución senatorial, a ser aplastadas y ahogadas en sangre. Era la fórmula del *senatusconsultum ultimum* tan clara como contundente, pues conforme a sus términos textuales los cónsules debían “hacer cuanto fuera necesario para que la constitución republicana no sufriera ni la más insignificante alteración”.

Con cuyo decreto, los presidentes de la república romana quedaban automáticamente investidos de poder absoluto, ilimitado y discrecional para reclutar y organizar ejércitos, disponer de los ya existentes, declarar y hacer la guerra, aplicar a su criterio la fuerza coactiva del Estado a la represión de extranjeros y vasallos provinciales, y ejercer a su arbitrio, en una palabra, el poder dictatorial en su triple aspecto militar, político y jurisdiccional.

Por ende, a partir de aquel día veintiuno de octubre del año de su consulado, Cicerón disponía, como si gestionara la dictadura misma, del poder sin límites de la tiranía para hacer frente, sin trabas ni miramientos, y extirpar de cuajo, al tumor oculto de la conjura catilinaria.

Sin embargo, ni la timorata conciencia de la responsabilidad en que podía incurrir de resolverse a aplicar tan drásticas medidas, le permitiría atreverse a tomar personalmente la iniciativa de la coacción brutal del movimiento, ni el pueril móvil último de su militancia —que no era otro que la satisfacción de su vanidad— valía, para él la pena de comprometerse poniendo en práctica

medidas implacables, que sólo podían granjearle el odio eterno de los prosélitos de la democracia, y que acabarían, más tarde o más temprano, por convertirlo en reo político y quizá hasta en proscrito y víctima de la inquina popular.

Por eso, a pesar del *senatusconsultum ultimum*, se guardó Cicerón muy bien, por el momento, de aprovechar y poner en práctica las facultades que formalmente le otorgaba el decreto, procurando, al contrario, rehuir en todo trance su ejecución y, con ella, la responsabilidad individual que de la misma pudiera derivarse; poniendo bien en evidencia, en todo caso, que él era un mero instrumento mecánico de los partidos que representaba en el poder, a fin de echar sobre ellos toda la culpa de los atentados anticonstitucionales perpetrados durante su gestión consular: así se explica que la conspiración catilinaria haya podido prosperar y adquirir cada vez mayor fuerza, precisamente en el lapso que va desde la promulgación del senadoconsulto en cuestión hasta la intempestiva y obligada fuga de Catilina hacia la Etruria, o sea, del veintiuno de octubre al ocho del siguiente mes.

Y, entre tanto, el movimiento agrarista no sólo prosperaba en Italia, sino que, además, se veía respaldado por la agitación provincial y servil; de manera que para fines de octubre la inminencia de una conflagración peninsular provocó una nueva sesión especial del senado, ante cuyo quórum uno de sus propios miembros leyó una carta, por él recibida, según afirmaba, de la población de Fésules; en cuya misiva se le aseguraba que el excenturión Mayo Manlio se encontraba formal y abiertamente levantado en armas desde el día veintisiete del mes que corría; lo cual concordaba exactamente con

la denuncia hecha por Cicerón en la anterior reunión senatorial.

Otros oradores se hicieron también eco de los alarmantes rumores que corrían de boca en boca sobre supuestos movimientos armados, y sobre pretendidas levass clandestinas de ejércitos enteros en todas las comarcas de la península, con concomitantes revueltas de esclavos en la Campania y en la Apulia. Y el movimiento urbano, al que también aludieron algunos senadores, iba por su parte, en pleno ascenso, según ellos: solamente la respetable guarnición acuartelada en el Palatino y la constante vigilancia de los diversos sectores de la urbe ordenada y organizada por el cónsul, así como la precaución, de parte de los más influyentes y odiados optimates, de ausentarse de Roma por unos días refugiándose en sus villas campestres; sólo estas circunstancias habían podido obligar a Catilina a posponer el sangriento motín por él proyectado, dejando para el próximo día veintiocho, exactamente, su definitiva consumación, a fin de combinarla, como se ha dicho, con el planeado levantamiento de Cayo Manlio.

Pero fuera de dicha contrariedad y de cierto fallido conato catilinario de tomar por asalto la cercana y estratégica población de Preneste —intentona que resultó sin éxito gracias a oportunas providencias de Cicerón, advertido a tiempo por su equipo de espionaje—, la conspiración seguía prosperando en la metrópoli, según podía notarse en la atmósfera misma que la envolvía e impregnaba, sobrecargada toda de incertidumbre, de desconfianza, de agitación, de supersticioso pánico, de desesperación y de congoja.

A tan alarmantes éxitos peninsulares y urbanos del extremismo provocador y exasperado, respondió luego

la oligarquía con un nuevo contraataque: la asamblea senatorial del treinta o treinta y uno de octubre formuló y aprobó otro decreto para liquidar el desorden de la Italia.

Según sus cláusulas, los oligarcas consulares Quinto Marcio Rex y Quinto Metelo Crético —que desde hacía tiempo permanecían en los suburbios de la capital, al frente de los ejércitos por ellos recién capitaneados victoriosamente en sus provincias como procónsules, y en espera de que se acabara de aprobar su entrada triunfal—, los mencionados generales, decimos, deberían movilizar de inmediato sus respectivas huestes contra los rebeldes más agresivos y peligrosos, trasladándose a tal efecto Metelo a la Apulia y Marcio a la Etruria.

Igualmente, dos de los pretores urbanos en ejercicio se dirigían, según la aludida disposición senatorial, inmediatamente hacia otros tantos focos regionales de la revuelta itálica, con la comisión explícita de proceder en tales comarcas al reclutamiento y leva de las tropas indispensables para el aplastamiento de los peninsulares descontentos; habiendo recaído tal encomienda en Quinto Pompeyo Rufo, que debería pacificar la Campania, y en Quinto Metelo Celer, que se encargaría de restaurar el orden en el Piceno. Y para contrarrestar, por otra parte, al movimiento urbano, el propio decreto senatorial disponía que los esclavos y gladiadores concentrados en Roma para servir de espectáculo en las salvajes exhibiciones circenses, dada su impenitente propensión a la revuelta, deberían ser dispersados y diseminados por las ergástulas públicas municipales italiotas.

Asimismo, y para mayor seguridad de la metrópoli, se ordenaba incrementar la vigilancia de ésta mandándose a tal propósito que los magistrados subalternos en ejerci-

cio organizaran y dirigieran, bajo su responsabilidad y mando directo, un cuerpo especial de patrullas policíacas, a fin de mantener sin interrupción alguna la ronda nocturna. Y, por último, se ofrecían y prometían en el mismo documento, cuantiosas y tentadoras recompensas a cualquier individuo que proporcionara datos fehacientes sobre el movimiento de la conspiración, fuera cual fuera la condición social y jurídica del denunciante.

Pese a tal contraofensiva gubernamental, el líder de la conspiración no parecía intimidado: mientras dirigía el movimiento, Catilina conservaba, naturalmente, todas las apariencias de la legalidad, sin dejar que sus actos públicos y notorios tradujeran las maquinaciones que clandestinamente llevaba a cabo, ni menos incurrir en actitudes de franca hostilidad; sino antes bien, fingiéndose afrentado y agraviado por la maligna suspicacia con que se osaba atribuirle la perpetración de tan delictuosos y extralegales expedientes como los que le reprochaban los *patres*.

El agitador se daba cabal cuenta, en efecto, de que el éxito de su empresa dependía, en su mayor parte, de acertar a conservarse él mismo imperturbable y dueño de la más plena serenidad, a fin de que las imputaciones de sus enemigos, estrellándose en tal flema, no lograran sacarlo de quicio en aquella guerra fría; de modo que el bloque plutócrata-latifundista en el poder, que lo aborrecía cordialmente —sobre todo la oligarquía senatorial, cuyo odio era tanto más vivo cuanto que recordaba que su adversario era ni más ni menos que un patricio descastado, desertor y tránsfuga de sus propias filas—, no acertaba a encontrar la manera de perseguir con el poder coactivo, tan en vano puesto a su servicio, al astuto terrorista que, guardando tan hábilmente las

apariencias, no daba pábulo alguno a la aplicación en su contra de la fuerza coactiva del Estado, dejando así embotadas sus cuchillas.

En tales circunstancias, el gobierno imagina y decide acosarlo y azuzarlo a fuerza de maniobras a propósito. Y así encomienda al patricio de su seno Lucio Emilio Lépidio la acusación formal, ante el jurado correspondiente, del marrullero conspirador, haciéndolo presunto responsable del delito de disolución social tipificado y sancionado en los títulos de la *Lex Plautia de Vi*, codificadora de las disposiciones penales contra la conspiración en aquel tiempo.

Pero Lucio Sergio también responde hábilmente a esta nueva acometida, refugiándose en el recurso de una institución jurídica vigente entonces en el derecho público romano: para demostrar su inocencia y borrar toda suspicacia, y haciendo ver que la querella en su contra se basa en meros rumores y vagas sospechas, dice estar dispuesto a refutar unos y otras con los hechos, entregándose espontáneamente, de acuerdo con los preceptos y expedientes respectivos de la Constitución, en la llamada *libera custodia*, especie de arraigo, confinamiento o arresto domiciliario, bajo la vigilancia de un *paterfamilias*, de los ciudadanos sospechosos; declarándose Catilina dispuesto a aceptar por reclusión cualquier morada particular y por vigilante a cualquier ciudadano que se designe al efecto; llegando el interesado hasta a proponer él mismo, para ello, primero a un consular llamado Manio Lépidio, que rehusa; luego al propio cónsul en funciones Marco Cicerón, que tampoco acepta, y en vista de ello, y por último, a un tal Marco Metelo, sujeto conocido solamente por la mención de su nombre en la *Primera catilinaria* y que, se-

gún el pasaje alusivo, se hallaba en connivencia con el conspirador y militaba secretamente en las filas de sus adeptos.

De esa manera logró pues, Catilina, perseverar en su ambigua táctica de ilegalidad clandestina y de legalidad aparente. Persistiendo en la primera, cita al estado mayor de su conspiración a una junta nocturna que habría de verificarse la noche del seis de noviembre en casa del extremista Marco Lecca, ubicada en la zona proletaria de la ciudad, precisamente en el barrio o calleja artesana donde estaban concentradas las fraguas o herrerías de la urbe.

El huésped, al parecer, era por abolengo demócrata, como descendiente directo de aquel Porcio Lecca, célebre promulgador de la popular ley prohibitoria de la pena de muerte contra ciudadanos romanos sin el juicio, en última instancia, del pueblo entero erigido en gran jurado.

Todos los citados concurren a la reunión, y entre ellos el siniestro Quinto Curio, espía asalariado del cónsul Marco Tulio. Abierta la sesión respectiva, Catilina hace uso de la palabra para criticar la torpeza y lentitud con que accionan los conjurados, resultado de su desorganización improvisadora, y que ha culminado con la posposición indefinida del cuartelazo en la ciudad, cuando ya el movimiento rural lleva diez días enteros de haberse iniciado.

En vista de lo cual, el jefe conferencia con sus aláteres sobre la estrategia que deberá presidir el levantamiento del campesinado italiano, dividiendo tácticamente a tal efecto, en distritos beligerantes, el territorio de la península entera; a continuación propone y designa a los cabecillas que habrán de organizar la insurrec-

PRÓLOGO

cion en cada una de las comarcas susodichas, acéfalas todavía; de común acuerdo con los presentes, dispone luego quiénes de entre ellos permanecerán en Roma, para encargarse de llevar hasta sus últimas consecuencias el golpe de Estado en la urbe; elige, en seguida, a aquellos que le harán compañía, integrando su séquito cuando él mismo juzgue oportuno abandonar la ciudad para incorporarse al ejército etrusco, que la mediocridad militar de Manlio ha mantenido hasta entonces inactivo y perdiendo el tiempo en insignificantes escaramuzas, y que por lo mismo necesitaba urgentemente de la experiencia militar de los líderes urbanos de la conjura —verdadero estado mayor del movimiento—, así como de la comandancia suprema de Catilina en persona.

Concluye, finalmente, asegurando a los confabulados que por lo que a él se refiere, ya está a punto de emprender la marcha rumbo a los Apeninos del norte; deteniéndolo todavía en la metrópoli la mera circunstancia de tener que eliminar forzosamente, antes de su partida, al cónsul Cicerón, para dejar así mutilada de su más vehemente titular reaccionario la presidencia del gobierno oligárquico, provocando la anarquía y el desconcierto completos en las filas de los optimates; a todo lo cual agrega que apenas se logre la liquidación de dicho magistrado él, Catilina, habrá de salir definitivamente de la urbe, seguro ya del éxito de los ulteriores pasos de la conspiración, rumbo a las tropas que lo necesitan y esperan como caudillo.

Entre los asistentes, dos personajes se comprometen a salvar de inmediato el obstáculo que el cabecilla dice ser la causa de su demora en la ciudad, a fin de que no se prolongue por más tiempo la inercia de las hues-

tes del campesinado etrurio: son dichos personajes nada menos que el oligarca Lucio Varguteyo y el plutócrata Cayo Cornelio; los cuales, aprovechando los vínculos de amistad privada que los relacionan con Marco Tulio y, sobre todo, la intimidad de Cornelio con el *homo novus*, su compañero de clase, quedan comprometidos en la sesión a simular una visita de cortesía al cónsul, a la hora que la moda había impuesto en la Roma de aquel tiempo para ese género de recepciones domésticas, o sea al amanecer.

Cuyo compromiso ambos individuos aseguran cumplir precisamente al rayar el alba del próximo día, a efecto de realizar cuanto antes su propósito: matar a Cicerón en la intimidad misma de su alcoba, al tiempo de llegarse a saludarlo, como era la costumbre, dentro todavía del lecho; con tal premura se evitaría, inclusive, cualquier peligro de divulgación o frustración del secreto atentado, al pasar sus realizadores directamente de la reunión que se estaba celebrando, al domicilio de su confiada víctima.

Una vez discutidos y aprobados los distintos puntos de la sesión supradicha, la junta queda disuelta y los conjurados se separan, cada uno con la resolución de cumplir del modo más eficaz y rápido la encomienda que tiene asignada, especialmente los dos espontáneos asesinos del cónsul. Pero la traición de Curio habría de echar por tierra los temerarios planes de éstos: el espía se encamina, en efecto, apenas se levanta la reunión de aquella noche, al domicilio de su concubina Fulvia, medianera entre él y el cónsul, dándole los pormenores de la reciente junta y descubriéndole la tentativa homicida que está por consumarse.

Sin pérdida de tiempo, Fulvia corre en plena madru-

gada a la casa de Cicerón y lo pone al tanto del riesgo que está por correr. El cónsul refuerza entonces los pertrechos defensivos de su residencia, para el caso de un intento de irrupción violenta a la misma; envía inmediatamente emisarios al domicilio de los optimates más influyentes con él relacionados, suplicándoles que se trasladen sin dilación a su morada; pone al tanto, a los que acuden, del atentado que se proyecta, haciéndolos testigos del mismo, y niega la entrada a su hogar a los pretensos asesinos, cuando su servidumbre los anuncia con sus nombres propios, exactamente los mismos que poco antes acababa el cónsul de mencionar a sus amigos como los de sus presuntos homicidas.

La táctica extremista clandestina había llegado, pues, al clímax de la violencia y de la precipitación desesperada. Para contrarrestarla se hacía ya ineludible su represión implacable. Pero Cicerón seguía empeñado en rehuir el compromiso que para él implicaba el tomar por su propia cuenta y riesgo la iniciativa de las medidas drásticas que se hacían indispensables, tratando de volver colectiva la responsabilidad del senado, derivada de dichas medidas.

Para ello, era necesario que la violencia represora apareciera como una iniciativa de la asamblea senatorial entera. Sin embargo, también la oligarquía temía los resultados y represalias que acarrearía en contra suya una acción enérgica y resuelta oficialmente salida de su seno. Y sólo un testimonio fehaciente de parte de sus miembros más acreditados y fidedignos sobre la evidencia y la inminencia del peligro arrostrado por sus intereses, por su poder y por su existencia misma, podría determinarla a echarse a cuestras la responsabi-

lidad del aplastamiento anticonstitucional del enemigo de clase. Por eso Cicerón había tenido buen cuidado de hacer testigos del fallido atentado en su contra, a cuantos optimates influyentes le fue posible reunir en su casa la madrugada de la intentona: las deposiciones de tales personajes ante el quórum del senado, tal vez sí acertarían, en efecto, a decidir la acción represora del extremismo despótico de la casta gobernante.

Y por eso también, al día siguiente de la punible tentativa en contra de su vida —no sin reforzar previamente la guarnición castrense puesta en destacamento en el monte Palatino y hacer rodear de gente armada el templo de Júpiter Estátor ubicado en aquella colina— el cónsul convocó a los senadores a la memorable asamblea extraordinaria del ocho de noviembre, llevada a cabo en el templo susodicho, convertido a este propósito en recinto del consejo público.

Comenzaba apenas, bajo su presidencia, la sesión respectiva, cuando Catilina, de acuerdo con su táctica simulatoria de legalidad, irrumpió en la reunión, en su calidad de senador y miembro de número de la asamblea, en medio de las teatrales gesticulaciones con que los oligarcas intransigentes se apresuraron a hacer patente la repulsa y animadversión que aquel tráfuga de su casta les inspiraba, llegando algunos de ellos a cambiarse de asiento, por la proximidad en que habían quedado con el recién venido, al ocupar éste el suyo. Pero no bien hubo ocupado Catilina su escaño, cuando, haciendo caso omiso de la orden del día —ya interrumpida por la intempestiva entrada del conspirador—, Cicerón lo apostrofó con la arenga que se conoce en la historia de la literatura latina como la *Primera catilinaria*, y cuyo texto, más o menos rehecho

y pulimentado años después por su autor, se ha conservado intacto hasta nuestros días.

La *Primera catilinaria* es, en su mayor parte, una interpelación directa a Catilina, con el propósito de desconcertarlo e intimidarlo con la pública y escandalosa exhibición de sus maniobras clandestinas y con la amenaza de su represión implacable. Persigue la arenga susodicha el doble objeto de precipitar, de una buena vez por todas, a la oligarquía senatorial en la violencia oficial coactiva, y a la oposición extremista en la violencia antigubernamental declarada y abierta.

El orador comienza echando en cara a su enemigo su comparecencia en el consejo público, paradójicamente hipócrita y cínica a la vez; prorrumpiendo en términos cuya apasionada vehemencia ha hecho de este comienzo el paradigma retórico por excelencia del exordio denominado *ex abrupto*.

Las cláusulas del proemio, cuya dimensión total está armoniosamente proporcionada a la extensión de la argumentación medular del discurso, encierran, en conciso resumen, las preocupaciones y las circunstancias del momento en que se pronuncian: la expectación pasiva y neurótica, la impotencia pusilánime y ridícula, la incertidumbre acongojada y pesimista de los optimates ante las maniobras clandestinas de una conjura en su contra y ante el desenlace ulterior de las mismas; la serenidad enigmática y voluntariosa y la persistencia terca e imperturbable de Catilina ante la aparatosa ostentación de fuerza del bloque gubernamental, que no sólo está en guardia, según el orador, contra atentados ocultos cuya mera publicidad los torna inútiles, sino que además es lo bastante fuerte para parar en seco todos los golpes dirigidos en su contra, por la sencilla

razón de que, no bien se fraguan en su detrimento, cuando ya tiene de ellos cabal conocimiento, como lo ha demostrado el fracaso de la reciente tentativa contra el propio cónsul, frustrada gracias a que no había podido quedar en secreto ningún pormenor del furtivo conciliábulo en que se había maquinado: ni su ubicación, ni su quórum, ni las conclusiones últimas a que en él se había llegado.

A la cláusula inicial, el exordio añade otras cinco y media más, a lo largo de las cuales el orador plantea el problema que con mayor obsesión le preocupa: la eventual aplicación del *senatusconsultum ultimum*, cuya constitucionalidad insinúa, derivándola de su reiterada práctica consuetudinaria no sólo por parte de las autoridades oligárquicas sino hasta por parte de simples miembros particulares de la casta gobernante, y no ya contra demoledores extremistas del régimen sino aun contra sus meros reformadores parciales.

Para ejemplificar lo cual, el cónsul hace desfilar por sus parrafadas a los más connotados tribunos demócratas y a los más torvos asesinos reaccionarios de las luchas políticas de Roma, desacreditando a aquéllos con el sambenito del réprobo, hermooseando a éstos con la aureola del patriota, y desfigurando a ambos por igual, conforme a los métodos consagrados de la propaganda oficial y de la historiografía mendaz y comprometida, de cuyas caricaturescas deformaciones se convierte Marco Tulio en gratuito portavoz.

Y deplorando, a continuación, la degeneración en que ha caído en sus tiempos la antigua energía represora de la casta preponderante —que ahora se conforma con ir esquivando las acometidas de un agitador que desde la misma urbe capitanea un ejército enemigo

con la intención de arrasar completamente al régimen imperante—, pasa Cicerón a justificar su propia cobardía, derivada de su inconsistencia política, alegando al respecto que si, por su parte, aún no ha ejercitado contra el conspirador la autoridad despótica de que lo había investido, desde hacía ya veinte días, el *senatus-consultum ultimum*, ello se debía sólo a su convicción de que la muerte de Catilina impediría desenmascarar a sus no menos peligrosos y encubiertos cómplices.

Las veinticuatro cláusulas siguientes están dedicadas a construir una argumentación tan lógica y congruente que su coherencia resulta monolítica. Las inicia el orador intimando al conjurado a desistir de su intenciona, destinada de antemano al fracaso por su misma notoriedad; para probar lo cual, Cicerón recapitula a continuación sobre los principales antecedentes del movimiento, cuyas secretas maniobras, no bien han sido tramadas, cuando ya el cónsul las ha conocido y hecho públicas.

Así van quedando enumerados, en los periodos subsecuentes, los principales pormenores de la conjura, desde el último fracaso electoral de su cabecilla hasta la reciente junta nocturna en la casa de Lecca; precisamente en vista de cuyos resultados y decisiones últimas, el orador exhorta a Catilina a llevar hasta su desenlace cuanto se ha propuesto, llegando hasta intimidarlo, tal y como si se tratara de un enemigo público extraño, a salir enhorabuena de la capital. A cuya invitación Catilina responde interrumpiendo de pronto la secuela del discurso con esta intencionada, mordaz interrogación a su interpelante: "... luego, ¿me ordenas, oficialmente, que me destierre?..." Provocación que el cónsul a su vez esquiva hábilmente, contestando a su

interruptor que la invitación que le ha hecho de salir de Roma no es en modo alguno un mandato oficial, sino sólo un buen consejo.

En apoyo del cual el orador continúa, exponiendo a su enemigo todos los argumentos en que semejante consejo se basa: lo mejor que Catilina puede hacer, en efecto, es salir de una ciudad en la que, exceptuando a la camarilla de sus compinches, toda la comunidad le es francamente hostil, lo teme y lo odia; afirmación que, por cierto, además de exagerada, resulta aquí paradójicamente parca, si se tiene en cuenta que la colectividad a que en ella alude el orador es solamente el círculo clasista preponderante, único que para él integraba la comunidad social.

Luego sigue discurrendo el cónsul sobre la vergonzosa fama con que estigmatizan a su enemigo su crápula y sus crímenes sacrílegos, así como los apuros en que lo hace zozobrar la bancarrota de su patrimonio, glosando a este propósito todas las consejas malignamente vertidas en tal sentido por los irreconciliables adversarios políticos de aquel patricio rebelde y tráfuga de su casta.

Pero aludiendo inexplicablemente a dichas especies como quien pasa sobre ascuas, y sin intentar siquiera ni aclararlas ni probarlas, el orador pasa a abordar el tema del descrédito social y político de su interpelado y el repudio de que lo hace objeto, sistemáticamente, su casta natural; refiriéndose a sus violentas tendencias extremistas y a los atentados públicos que el rumor le atribuía; siendo, según Cicerón, lógica y ejemplar consecuencia de lo susodicho la actitud manifiestamente hostil con que minutos antes, a su llegada al senado, lo habían recibido sus compañeros de clase, al verlo

penetrar intempestivamente en la asamblea y ocupar un asiento entre ellos, que lo repudian al grado de dejar vacía la parte de los estrados que el conspirador había elegido para sentarse: ¿sería posible —concluía Cicerón— que Catilina pudiera hacer caso omiso de agravio semejante? El cónsul creía que no, y que el único remedio de tal afrenta era la voluntaria sustracción de quien había sido objeto de ella a las miradas de quienes se la habían inferido: o sea, el confinamiento espontáneo y por propia iniciativa de Lucio Sergio en la comarca más lejana posible de la ciudad cuyos gobernantes lo hacían blanco de tan hirientes muestras de desprecio.

Reanudando —tras este paréntesis que el consumado arte oratorio de Cicerón funde y convierte en parte del cuerpo de su discurso— la secuela de su argumentación, sorprendida un breve instante por la pregunta de su adversario, el orador pasa a identificar el predominio clasista optimate con la idea de la patria, cuya imagen hace comparecer a la prosopopeya, poniendo en sus labios precisamente los reproches que la casta gubernamental prodigaba a su turbulento desertor: delitos, atentados, masacres de ciudadanos, concusiones y abusos contra los provinciales, sobornos judiciales para lograr la impunidad de tantas tropelías; desdén o conculcación y pisoteo de las leyes, todos los atropellos e iniquidades imaginables han sido cometidos por Catilina, al decir de la patria ciceroniana, cuya admonición al réprobo remata con la súplica de que se decida a apartarse de su seno, aliviándola así de la constante desazón en que su presencia la mantiene: si es fundada para que no acabe abrumándola, si es falsa para dejar enhorabuena de preocuparse en vano: *si est verus ne op-*

primar, sin falsus ut tandem aliquando timere desinam.

¡Términos que traducen al pie de la letra el odio de la oligarquía contra el perturbador extremista salido de su entraña; la incertidumbre y zozobra en que su clandestino movimiento mantuvo postradas durante largos meses a las clases dominantes de su tiempo, y, en fin, la confusión subconsciente de los mezquinos y egoístas intereses del predominio clasista con la ideal evocación de una patria forjada a imagen y semejanza de la casta gubernamental, a cuyo servicio estaba la abundancia verbal de su creador!

A esta primera prosopopeya de la patria, Cicerón agrega, en apoyo de la necesidad del exilio voluntario que viene aconsejando a su interpelado, un argumento que esgrime como definitivo y como el colmo de los testimonios en contra de su adversario: se trata del recurso de la *libera custodia* que, según queda dicho, Lucio Sergio utilizara para librarse del proceso de disolución social con que lo persiguiera la reacción a fines del mes anterior, y que el cónsul pretende hacer pasar en su arenga como la tácita confesión de las culpas del reo: habiéndose éste juzgado a sí mismo acreedor al arraigo domiciliario —razona Cicerón—, ¿qué otra sentencia espera, aparte de su propia autocondena?

De todo lo susodicho, nuevamente deduce y formula el orador su consejo de marras: ya que Catilina ha tenido hasta entonces la suerte de escapar con vida a tantas penas como las que merece, y en vista de que ya nada tiene que esperar de una sociedad que lo repudia abiertamente, lo que más le conviene es desterrarse y confiar así lo que aún le queda de existencia a la fuga espontánea y al voluntario aislamiento.

Pero a la insistencia deductiva de Cicerón, Catilina replica con su insistencia dilemática: al concluir el cónsul su amplio razonamiento anterior con su nueva instancia al conjurado para que opte por el autodestierro, el interpelado vuelve a interrumpirlo, ahora con la explícita sugerencia de que formalice su consejo oficialmente, proponiéndolo en esa misma asamblea a la discusión y al voto senatoriales: “Convierte tu consejo, le dice, en formal proposición al senado, y si el sufragio mayoritario de la asamblea la aprueba, yo juro que acataré el respectivo decreto.”

Con lo cual el astuto patricio trata de atrapar nuevamente al orador en la añagaza de su dilema: si el cónsul convierte su consejo personal en proposición oficial, sometiéndola, en calidad de tal, a la consideración y voto del cuerpo senatorio, independientemente del sentido del sufragio de la asamblea, el acto significará por sí solo la pública transgresión, por el senado y su presidente, de las leyes en vigor relativas a la libertad y seguridad de los ciudadanos romanos; y en el caso contrario, si el magistrado rehusa a secas hacer lo que se le sugiere o el quórum senatorial se recusa de conocer de la proposición que aquél se atreva a formularle, ello implicará ni más ni menos que la confesión oficial de la supremacía de la Constitución y de la Ley respecto de las decisiones del gobierno oligárquico y, por ello mismo, el público reconocimiento de parte de los *patres*, de la ilegalidad de su *senatusconsultum ultimum*, que reiteradamente se había atrevido y seguía atreviéndose a sancionar y dar por legitimados actos explícitamente prohibidos por las reglas constitucionales en vigor.

Pero una vez más acierta Cicerón a desembarazarse

de las redes que le tiende su adversario, merced a un oportuno viraje que su experiencia y habilidad parlamentarias le aconsejan a tiempo, para poder proclamar su absoluto respeto a las normas legales vigentes sin menoscabo explícito de la validez en entredicho del *senatusconsultum ultimum* discutido, cuya legitimidad, por lo demás, no sale de esta controversia, ni menos dudosa ni menos enigmática que antes.

En efecto, a la sugerencia con que, como queda dicho, su enemigo ataja momentáneamente la fluidez de su verba, el cónsul responde sin vacilar que, aunque sus hábitos de legalidad le impiden formular la proposición que Catilina insinúa, no obstante, a fin de que éste se convenza de una vez por todas de lo que acerca de la necesidad y urgencia de su destierro opinan los senadores —cuyo sufragio previo impone por condición de su exilio voluntario—, y a fin de que el conjurado se decida a obrar cuanto antes en consecuencia, él, Cicerón, va a hacer en ese mismo acto algo equivalente a lo que su contrincante le solicita: y sin transición alguna el orador convierte, por un momento, el templo de Júpiter Estátor donde se verificaba aquella asamblea, en proscenio de una farsa en la que él mismo desempeña el papel único y monologante, gracias al cual acierta a salirse por la tangente, mediante la más hábil pantomima parlamentaria.

Ante todo, contesta a su adversario que no hará la proposición formal de su destierro que le sugiere, puesto que sería violatoria de las garantías constitucionales de los ciudadanos, agregando, inclusive, que tal actitud es incompatible con sus convicciones y con su línea de conducta política. Pero no bien acaba de proclamar de ese modo su acatamiento formal a la legalidad, cuando, ad-

virtiendo al conjurado que por un momento quiere jugar al déspota, lleva a cabo ante sus ojos todo un verdadero simulacro, mediante el cual intenta demostrarle que aunque la oligarquía y su baluarte institucional: el senado, se pudieran resistir a decretar explícita y oficialmente una orden de destierro a todas luces anticonstitucional, tácita y extraoficialmente lo que más desearían es justamente ese exilio que la ley les prohíbe decretar en forma.

Por eso el cónsul, fingiendo de pronto hablar en serio, ordena categóricamente al agitador que salga de la ciudad y que, si para hacerlo sólo espera el mandato expreso del gobierno, él, Cicerón, como su presidente y portavoz, condena al interpelado, pública y solemnemente, al exilio: *in exilium*, tal y cual rezaba la fórmula textual de semejante sanción política.

Ante tamaña medida, flagrantemente ilegítima y dictatorial, el senado entero guarda un silencio patético: toda la asamblea permanece muda; ni una sola voz, ni de conformidad ni de protesta, se levanta en el recinto aprobando o impugnando la orden anticonstitucional del orador. Entonces éste, tras breves instantes de general y mudo desconcierto, recuperando el tono normal de su arenga y reanudando el hilo de su secuencia, pone de relieve lo sintomático que resulta el reciente sigilo de los senadores ante la fingida intimación que acaba de formular a Catilina, haciéndolo hipotéticamente contrastar con la reacción que hubiera sacudido a la asamblea de los patres si el orador hubiese pronunciado la misma orden de exilio en contra de cualquier otro oligarca fiel a su casta, verbigracia el retardatario optimate Publio Sestio o el magnate oportunista Marco Marcelo, presentes en la sesión y a quienes Cicerón toma de ejemplo, afirmando que si los susodichos oligarcas hubiesen sido

intimidados por él a lo que acaba de intimar a Catilina, sin duda habría provocado el más ruidoso escándalo entre los senadores con tamaño desacato que, inferido a Lucio Sergio, no había suscitado, en cambio, sino la imperturbabilidad y el silencio de la reunión entera de los patres.

Y a continuación el cónsul explica a Catilina el sentido y significado de semejante mutismo indiferente: al no proferir palabra contra el contundente mandato de exilio que acaba de formular al conjurado, los senadores han tenido a bien otorgarle tácitamente su aprobación y respaldo. Ahora bien, si la íntima voluntad del senado coincidía en que Catilina debía desterrarse, no tenía objeto que tal voluntad quedara encerrada en un decreto oficial para el efecto de que el sentenciado la cumpliera cuanto antes.

Bastaba el mudo veredicto implicado en la actitud del consejo senatorio, para que de motu proprio y espontáneamente el reo así condenado emprendiera de inmediato el camino del destierro que le insinuaba no sólo el latifundismo gubernamental que acababa de juzgarlo en silencio, sino también la clase financiera de los llamados *equites* o caballeros, que había acudido en masa a presenciar la reunión y a respaldar en ella a Cicerón como a su natural corifeo del momento, y cuyos miembros —si bien carentes aún de voz y voto en el consejo público— no habían dejado de manifestar con sus aclamaciones, según el orador, la solidaridad absoluta que en ese momento los ligaba a los *patres*, así como la completa adhesión que los unía al cónsul ecuestre, bien así como al representante que creían tener en él, de sus intereses clasistas en el poder ejecutivo.

Así pues, el bloque optimate, unánimemente, exigía

de Catilina, según Cicerón, que, desistiendo de su complot y de la agitación de las masas desesperadas, renunciara a su extremismo clandestino y garantizara su neutralidad desterrándose por iniciativa propia; exigencia que la ley prohibía decretar oficialmente al gobierno, pero que no por ello era menos urgente satisfacer, al grado de que, si el conspirador se avenía a darle cumplimiento, los optimates, los miembros de la *buena sociedad*, se avendrían también y de buena gana a dejar en paz a su enemigo, y aun a acompañarlo y a instalarlo en retiro conveniente.

Naturalmente, ni Catilina iba a seguir tan bizarro consejo en su perjuicio, abandonando de buenas a primeras su movimiento, ni Cicerón llegaba a tal grado de ingenuidad que lo hiciera de veras concebir esperanzas de que su enemigo se retirara tan fácilmente del campo de batalla.

Los subsecuentes periodos de su arenga son, en efecto, una larga admonición a su adversario en ese sentido: repróchale en ellos su terquedad de conspirador, que sabe inquebrantable; dícele saber que está a punto de partir de la urbe, pero no hacia el destierro, como él se lo aconseja, sino a organizar y encabezar el descontento armado de las masas campesinas —que Cicerón denomina bandidaje— contra el gobierno oligárquico —que Cicerón llama patria—; asegúrale, inclusive, estar al tanto de los pormenores y preparativos de semejante viaje, de la comitiva que lo acompañará en él, del itinerario que habrá de seguir y hasta de la insignia que adoptará por pabellón en su empresa rebelde, cuyo quijotesco infantilismo no escapa, por cierto, ni a la miopía política de Cicerón, que la califica de “demencia extravagante y descabellada, de antemano destinada al más rotundo fra-

caso'', según lo dicen en esencia las felices antítesis con que el orador concluye, hacia la cláusula vigésimo séptima de su arenga, el apóstrofe directo a Catilina y la delicada y escabrosa discusión sobre el decreto de suspensión de garantías a que está consagrada la primera parte de la argumentación de su famoso discurso.

La segunda parte, que se prolonga hasta el periodo trigésimo primero inclusive, tiene por objeto disculpar a Cicerón ante la oligarquía, de su morosidad en la ejecución del *senatusconsultum ultimum*: interrumpiendo su interpelación al conjurado, el orador se dirige en adelante a la asamblea senatorial, rogándole que atienda sus explicaciones.

Una segunda prosopopeya de la patria, menos patética que la precedente, resume los reproches que, desde el veintiuno de octubre en que el senado decretara su *senatusconsultum ultimum*, la oligarquía le hacía a Cicerón por no decidirse a aplicarlo; repitiendo, además, los consabidos cargos contra Lucio Sergio, a quien la patria ciceroniana declara esta vez *hostes publicus* o enemigo declarado; deplorando que todo un cónsul deje escapar a semejante monstruo, haciéndose así cómplice de los abominables atentados que él mismo proyecta perpetrar en contra de Roma; pretendiendo justificar, mediante sofismas, la legitimidad de la aplicación del *senatusconsultum ultimum* en el caso de Catilina, que con sus maquinaciones ha renunciado a su ciudadanía y a la protección de las leyes; y, en fin, incitando al cónsul a las medidas drásticas, en la seguridad de que cualquier temor del mismo a ulteriores represalias populares en su contra es infundado, como lo demuestra la confianza que el pueblo le ha tenido al elevarlo, sin antecedentes familiares y por su propio valer per-

sonal, en la flor de la edad a la primera magistratura pública.

Pero la patria y la conciencia de Cicerón ocultaban a sabiendas, sobre este último punto, que ni las mayorías reales del proletariado, minoritarias en el sufragio, ni las mismas mayorías sufragantes cuyo voto dependía del soborno de los candidatos, ni los personales méritos de Cicerón que políticamente eran nulos, sino el apoyo de la plutocracia financiera y de su dirigente Pompeyo —que entonces veía en Marco Tulio un aliado útil— fueron el factor determinante de la rápida carrera política de que tanto el orador se ufanaba.

Y tanto era ello así que la subconciencia traiciona al cónsul en el párrafo final de esta segunda prosopopeya, en el que hace a *su patria* formularle el consejo de que aun en el caso de tener que afrontar ulteriormente las represalias de la ciudadanía, ante la alternativa que tenía enfrente, lo mejor era aplastar como déspota la inminente amenaza del golpe de estado de las masas desesperadas, y lo peor dejar prosperar a sus anchas, por el mero temor de una vindicta pública más o menos eventual y contingente, la efervescencia multitudinaria.

A esta segunda prosopopeya Cicerón replica concediéndole plenamente la razón a *su patria*, afirmando estar de acuerdo, en principio, con sus argumentos, y en último caso dispuesto a arrostrar personalmente cualquier peligro de ulteriores represalias populares en su contra, en la convicción de que la eventual vindicta de las multitudes, derivada de su rectitud, no la habría de considerar una desgracia, sino una gloria: . . . *invidiam virtute partam, gloriam, non invidiam putarem* . . . ; según dice en frase cuyo deslumbrante y lapidario laconismo no fue sino una de tantas oropelescas y huecas rimbom-

bancias retóricas de nuestro orador, según más tarde quedó demostrado con el plañidero apocamiento con que padeció un destierro por demás benigno en relación con la culpa que la había determinado.

Pero Cicerón se disculpa ante su *patria* de su actitud hesitante hasta entonces para reprimir la conspiración, con argumentos que mal aciertan a encubrir su pusilanimidad coactiva; alegando que la mera liquidación del cabecilla no suprimiría de raíz el complot, en el que estaban comprometidos numerosos enemigos todavía encubiertos, y al que solapaban y fomentaban a trasmano, con su simpatía tácita, inclusive personajes del más encumbrado rango, entre los cuales sin duda quería aludir a Cayo Julio César; por lo que era necesario, antes de aplicar las medidas conducentes a la ejecución del *senatusconsultum ultimum*, descubrir a los cómplices del principal conspirador.

Así explicaba el cónsul su medrosa conducta, poniendo como condición del completo descubrimiento de los catilenarios, la salida del jefe rumbo a la Etruria; lo que, según él, permitiría desenmascarar a los secuaces que lo acompañaran a su puesto de mando, a la vez que quitaría a los encumbrados miembros del partido popular que simpatizaban con el movimiento, toda ocasión de seguirlo protegiendo a hurtadillas, ya que, declarado abiertamente, suprimiría en adelante toda duda intencional a su propósito, so pena de incurrir los dudosos en plena complicidad con los comprometidos.

Solamente la salida de Catilina de la ciudad permitiría, pues, la adopción de medidas enérgicas contra su movimiento, que tocaría aplastar directamente a los comandantes de las huestes punitivas echadas en su persecución, los cuales tendrían la responsabilidad personal

del hecho, mientras a Cicerón le tocaría lo único que en realidad ambicionaba; es, a saber, la *gloria* de haber apartado de la capital la amenaza de un complot subversivo.

Y de ahí el contenido de los dos últimos periodos de la *Primera catilinaria*, consagrados a una peroración no menos magistral que la de muchos otros discursos suyos, y que en su sobrio patetismo resume enjundiosamente las previsiones y deseos que de momento alienta su autor: que los *improbi*, los desesperados, queden segregados por las murallas de los *boni*, de los privilegiados, de los prósperos; que el extremismo revolucionario clandestino deje de acechar exasperantemente el tranquilo disfrute del poder por el extremismo oficial optimista; que los violentos enemigos del estado de cosas imperante sean marcados con el distintivo de los réprobos; que Catilina y los suyos salgan fuera de Roma y de su jurisdicción, pasando así de conspiradores encubiertos a criminales desenmascarados y en franca rebeldía.

En cuyo caso, Cicerón promete a los *patres* el aplastamiento del complot, merced a la unión de las clases preponderantes en la empresa de su represión. Y en la euforia que semejante desenlace, tan a priori por él lucubrado, le produce, el orador acaba su discurso intimidando de nueva cuenta al conjurado a declararse de una buena vez en rebelión abierta contra las instituciones, e implorando de Júpiter Estátor —que en rico simulacro escultórico preside la asamblea— la protección de la urbe fundada bajo sus auspicios y el alejamiento y castigo de quienes la amenazan, con el entusiasmo ególatra de quien, en la estatua que invoca, cree ver por un momento su propia efigie de salvador y “padre de la patria”.

Tal es la sumaria exégesis que de la *Primera catili-*

naria han podido dar de sí estas páginas introductorias del texto y versión directa castellana de las cuatro piezas; versión, por cierto, basada en el criterio interpretativo aplicado en los renglones precedentes. La arenga analizada en ellos es, indudablemente, la mejor construida de las que incluye la misma colección; y no sin razón alude a su contenido la monografía de Salustio con tan lisonjero laconismo como el que emplea para definir esta pieza oratoria como *luculentam atque utilem rei publicae*, es decir, tan brillante desde el punto de vista retórico como oportuna desde el punto de vista político gubernamental.

Terminada que fue, y cuando en el silencioso recogimiento del recinto senatorial vibraba todavía el eco de la voz del orador y aún parecían perdurar los últimos conceptos de su epílogo, Catilina queda absorto en reflexivo sigilo. Ni había podido desconcertar al cónsul con sus calculadas interrupciones, ni había tampoco acertado a hacerlo confesar oficialmente la arbitrariedad de las medidas discrecionales de que el conspirador podía llegar a ser eventual víctima, ni menos lograba, al parecer, con la amenaza de una ulterior vindicta popular vencer las arrogancias tiránicas del bloque *optimatus* en el poder.

En tales condiciones juzgó, pues, lo más prudente, seguir simulando inocencia y conservando su aplomo, y tomar a la ligera, como de quien venía, la violenta diatriba del abogado ecuestre. Así, tras breve silencio, pide la palabra para replicar al cónsul y, manteniendo sereno el continente, trata de persuadir con su discurso a la asamblea sesionante de lo descabelladas que resultaban cuantas imputaciones acababan de hacérsele, todas las cuales no pasaban de ser, según él, meras hijastras del odio irracional a su persona.

Su nobilísimo y rancio abolengo patricio; la tradición política de su *gens* familiar, a la vez predilecta y devota de las muchedumbres del pueblo romano y respetuosa de sus instituciones, y, en fin, su propia trayectoria política a través de los cargos, tanto civiles como militares, del *cursus honorum* o carrera de las magistraturas —que le daba derecho a las prerrogativas y privilegios de cualquier oligarca—, todos estos antecedentes eran otras tantas garantías de su fidelidad a una república dentro de cuyo seno y organización podía él aspirar a tantas y aún a más satisfacciones que un munícipe volsco, un intruso advenedizo a la ciudadanía romana, un *inquilinus civitatis* —según su expresión textual— como lo era Marco Tulio, su difamador, nacido en oscuro villorrio apenino —la población de Arpino—, sin ninguna prosapia familiar, venido a más como aventurero *homo novus*, envanecido a la sazón con la titularidad de un poder que más que nada le importaba como tramoya de sus piruetas exhibicionistas, y que, por razones lógicas, de ningún modo podía estar más interesado en la perpetuación de la patria intacta que un vástago, como él, de la famosa *gens* Sergia, cuyo primero y más remoto blasón era nada menos que el haber sido una de las que fundaron Roma.

La réplica, sobria e inteligente, y envuelta en una elocuencia que no disgustaba a Salustio, suscitó entre los oligarcas más reaccionarios el súbito recelo de que el conspirador acabara, con su convincente, atemperada, persuasiva e irónica locuacidad, por neutralizar el patético efecto que la reciente arenga del cónsul había logrado provocar en el ánimo de la asamblea. Por lo que los intransigentes se apresuran a sabotearle el discurso, prorrumpiendo a coro en clamores y amenazas en su contra,

interrumpiéndolo a gritos y declarándolo estridentemente parricida de su patria y enemigo convicto de la comunidad.

Cuya provocación, apoyada por los oligarcas oportunistas y la plutocracia ecuestre, así como tolerada muy a su pesar, pero con pasividad inspirada en la prudencia, hasta por los propios senadores progresistas, acabó por exasperar la ya minada resistencia de Catilina, precipitándolo al fin en la violencia desesperada y en la rebelión abierta.

Y así fue cómo, incapaz ya de control y dando rienda suelta al desahogo de la concentrada aversión que profesaba a su corrompida casta de origen, en patético desplante infantilista, se arrancó públicamente su disfraz de hombre pacífico y, como para garantizarse a sí mismo, con su anticipado anuncio, el éxito final de la empresa, que iba a acometer, inició su imprudente y fallida revuelta prorrumpiendo en bravatas contra los senadores y despidiéndose para siempre de ellos con la siguiente amenaza, pronunciada por él a voz en cuello en medio de la curia alharaquenta: "Puesto que mis enemigos me tienen cercado para precipitarme en el abismo, yo habré de sofocar bajo ruinas las teas con que me amagan." Dicho lo cual, abandonó el recinto, y aquella misma noche partió rumbo a la Etruria.

No bien cunde la noticia de su intempestiva fuga, el cónsul dispone las medidas pertinentes al caso, tanto en lo que concierne a la policía de Italia como en lo que se refiere a la vigilancia de la metrópoli. La mera salida del conspirador ha provocado en Roma un efecto no previsto ni comprendido por Cicerón; es, a saber, la acentuación de las divergencias entre los partidos y facciones existentes, pues mientras el bloque del princi-

pado ecuestre, es decir, los oligarcas oportunistas y la plutocracia financiera en masa, apoyan al cónsul en todos sus actos, la facción intransigente del senado le echa en cara la pusilanimidad con que ha dejado escapar a un demagogo y confeso de conspirar contra los poderes establecidos; en tanto que, por su parte, el partido popular se apresura a aprovechar la coyuntura para desprestigiar todavía más al *equite*, difundiendo a hurtadillas por entre las masas la especie de la inocencia de Catilina, a quien presentan como víctima del despotismo consular que lo ha orillado, a viva fuerza, a la resolución desesperada de ir a refugiarse entre el proletariado rural etrurio, si ya no es que a exiliarse injustamente. tomando el camino de la autónoma ciudad de Marsella.

Con el propósito, al parecer, de refutar tales rumores y acusaciones y de anunciar oficialmente a la opinión pública la actitud adoptada por él y los optimates en las nuevas circunstancias, no menos que con la intención de aprovechar la oportunidad para echar incienso a su *gloria* desde la tribuna de las arengas, Cicerón convoca al pueblo a una *contio* o sesión de su asamblea centuriada, que el día tres de noviembre de aquel año pudo escuchar en el foro el discurso conocido como la *Segunda catilinaria*, preparado con premura por el cónsul durante la noche anterior y que resulta, por lo demás, muy por debajo de la arenga precedente.

En realidad, poca necesidad tenía el magistrado de pronunciar tal discurso, pues la opinión pública no iba a estar esperando a buen seguro las palabras del cónsul para enterarse de los acontecimientos. Y es muy posible que la feliz jornada de la vispera lo tuviera impaciente por entonar una loa a su talento desde los *rostra* o plataforma de las arengas, así como por poner bien en

evidencia sus aparentes éxitos mediante una oportuna propaganda verbal que exagera la importancia y trascendencia de los acontecimientos.

Como queda dicho, la *Segunda catilinaria* es muy inferior a la primera, no sólo por el mal gusto con que su autor pondera puerilmente y a cada paso en aquélla su intervención personal en el escenario político a que se está refiriendo, sino además porque no acierta a mantener a lo largo de toda la arenga en cuestión, ni el entusiasmo vehemente de la pasión desbordada ni la lógica metódica del razonamiento inflexible, que son las cualidades que han convertido en paradigma de su especie a la primera invectiva anticatilinaria.

La segunda se inicia con un exordio en que la ampulosidad sirve como de envoltura a la embriaguez del triunfo reciente: breve grito de efímero júbilo que, por su contraste con la pacata monotonía de la argumentación que le sigue, semeja un decorativo arco de triunfo verbal edificado para dar paso al más tranquilo y uniforme rebaño de cláusulas.

En dicho proemio el orador canta victoria anticipadamente, lanzando sobre el ya descubierto y fugitivo conjurado el bullicioso enjambre de sus imputaciones; acumulando sinónimos que enumeran y expresan todos los variados matices de su regocijo, paranonimias ahitas y desbordantes de autosatisfacción, y petulancias sobre lo sencillo y rotundo del éxito logrado.

En las veinticinco cláusulas de la argumentación, el orador analiza las circunstancias del momento, examinando su intervención y actitud personal en la fuga del conspirador y pasando revista a los contingentes humanos con que cuenta la conjura y la rebelión, a fin de establecer la peligrosidad de sus acometidas inminentes.

A la primera parte de la argumentación está encomendada la defensa de la actitud asumida por el cónsul al intimar a Catilina a abandonar la ciudad, dándole así oportunidad de emprender la fuga; además, tiene también por objeto esta primera parte replicar a las imputaciones propaladas en contra del orador por sus censuradores de ambos extremos: la pusilanimidad que le echa en cara la extrema derecha por no haber liquidado a tiempo al conspirador, no ha sido, según Cicerón, sino calculada prudencia para obligarlo a desenmascararse; y en cuanto a la ilegalidad arbitraria y despótica de que pretende hacerlo responsable la extrema izquierda por haber exiliado a un ciudadano romano, tampoco tiene base, puesto que no decretó, como cónsul, ninguna disposición al respecto, limitándose a denunciar al agitador ante el senado y a sugerir a aquél, en lo particular, una línea de conducta.

Demostrada, a su criterio, la prudencia y legitimidad de sus actos y la inminencia de una guerra intestina, el orador se ocupa de pasar revista, en la segunda parte de su argumentación, a los contingentes con que, según él, cuenta el movimiento rebelde; a los cuales clasifica curiosamente en diversos grupos que se encargan de describir y catalogar sendas cláusulas de la arenga analizada; y cuya peligrosidad resulta ridícula, si no de plano nula, frente a los recursos económicos y policíacos con que para aplastarlos cuenta el bloque optimato gubernamental.

De modo que hasta el líder conservador, con todo y su miopía social, no pudo menos que percatarse de esta realidad que se obstinó en no advertir la exasperada precipitación de los catilenarios al perseverar en la inutilidad descabellada y utópica de lanzarse, sin organiza-

cion ni recursos, contra el formidable poderío de las clases esclavizadoras del mundo mediterráneo, acometiendo una empresa a todas luces destinada de antemano al fracaso.

El cónsul concluye su argumentación enterando a la ciudadanía de las providencias tomadas por el gobierno contra la sublevación y exhortando al quórum de la *contio* —sobre todo a sus elementos más opulentos o desorientados— a colaborar con el Estado en la policía de la ciudad, en la medida de sus recursos particulares; así como repitiendo una admonición que acababa de hacer a los conjurados urbanos que se habían quedado en la metrópoli, en el sentido de que debían resolverse de una buena vez, o a ir en pos de su jefe o a desistir de sus intentonas, so pena de caer tarde o temprano bajo el peso implacable de las medidas extremas recomendadas al cónsul, desde hacía ya mucho tiempo, por el famoso decreto senatorial de suspensión de garantías.

Tal es sumariamente lo medular de esta argumentación que, por lo demás, tiene buen cuidado de esparcir en desorden, a lo largo de su desarrollo, las consabidas calumnias y exageraciones no probadas de la propaganda oficial en contra de Catilina y sus copartidarios. A cuyas difamaciones añádense los lugares comunes retóricos esparcidos aquí y allá en el discurso, con el objeto de exornar sus argumentos; y agréganse también la feliz mordacidad con que el orador zahiere y caricaturiza a sus antagonistas y la seriedad grotesca y desfachatada con que se atreve a disfrazar la crápula patológica de sus correligionarios con la máscara de la virtud impoluta, o con que junto a Pompeyo, estratega eminente, vencedor en mil batallas y a la sazón pacificador del Asia y ensanchador triunfal de las fronteras impe-

riales, se coloca a sí mismo con estatura y proporciones de parejo tamaño, a título nada menos que de pacificador y salvador de la propia metrópoli.

La peroración, en fin, con que concluye este discurso, completamente en contraste por su tono pacato, con el vehemente exordio que lo inicia, y una de las peores, por cierto, del célebre orador, comienza reiterando a la ciudadanía la seguridad del total y próximo aplastamiento de la conjura catilinaria, considerada aquí por Cicerón —en frase tan truculenta como contradictoria con las que reiteradamente dedica antes a restar importancia al movimiento ni más ni menos que como “la guerra intestina y civil más peligrosa que recordarse pueda” y cuyo desenlace se inclinó a favor de Roma gracias al propio arpinata, “su caudillo y general único”, que, por toda indumentaria y atavío de campaña usó a lo largo de ella “su toga de funcionario civil”

Por último, una nueva reiteración de sus propósitos de clemencia para con los conjurados urbanos que oportunamente se desistan de sus propósitos subversivos, y una nueva amenaza de muerte a los mismos en el caso de que se obstinen en su actitud conspiradora; más el indispensable tributo demagógico a la superstición de la ciudadanía crédula, a la que el orador garantiza el auxilio de los dioses, exhortándola también a la oración propiciatoria, son los datos que concluyen y rematan este apático epílogo y, con él, la arenga que dejamos comentada, y la fase propiamente clandestina del movimiento anarquizante promovido en 63 por el infantilismo extremista de la izquierda.

En efecto, con su intempestiva fuga, Catilina declaraba abierta y formalmente la guerra al poderío abrumador de los optimates sin contar con más fuerza para

tal empresa que las mal armadas huestes improvisadas por Manlio en la Etruria, ni con más esperanzas de victoria que la eventual sublevación en masa de todos los descontentos, encomendada al azar y a la emulación de su propia actitud personal y la de sus copartidarios urbanos, a quienes había encargado a la hora de partir la precipitación del golpe en la metrópoli.

No obstante, a fin de ganar tiempo desorientando a sus adversarios, apenas sale de Roma rumbo a Fésules, escribe sobre la marcha a los principales corifeos de la oligarquía sendas misivas de explicación y excusa, participándoles que, víctima de la provocación de sus enemigos personales y con tal de no ser causa de perturbaciones públicas, había resuelto, aunque sin tener culpa, exiliarse y tomar el camino de Marsella.

Al mismo tiempo, y sin que se conozca el motivo secreto de este acto suyo, pero tal vez confiando en una amistad que juzgaba al margen de la política o quizá para aumentar la confusión de sus enemigos, tuvo la ocurrencia de remitir al senador Quinto Lutacio Catulo, destacado y fanático dirigente oligarca, una carta íntima y al parecer sincera en que protestaba su inocencia, se querellaba de la iniquidad de sus antagonistas, de la deplorable interrupción de su carrera pública, de la discriminación de que tan infundadamente lo hacía objeto su casta, mientras indignos e infames advenedizos encontraban todo el respaldo de la misma a cambio de su incondicional servilismo hipócrita; confesaba su incompatibilidad con el degradado ambiente de 'Roma, y reafirmaba, en fin, su decisión de seguir haciendo suya, conforme a la tradición de su abolengo y de acuerdo con sus propias convicciones políticas, la causa de los miserables, a cuyas luchas seguiría adherido, tanto para

colaborar en el triunfo de sus postulados clasistas como para salvar lo que aún le quedaba de su dignidad ultrajada. Concluía el documento con la recomendación al destinatario de velar por la seguridad de Orestilla, cónyuge y compañera del insurgente.

Redactada y enviada que fue tal correspondencia, el fugitivo se encaminó hacia Arretium, cuyo proletariado rural —previamente agitado y organizado por los líderes catilenarios allí en destacamento— recibió con entusiasmo al comandante supremo del movimiento, hospedándolo el tiempo indispensable para que el cabecilla procediera a entrenar militarmente a sus contingentes; proveído lo cual, y ya revistiendo insignias de general en jefe de la rebelión agraria, Catilina enderezó los pasos rumbo al principal cuartel de la revuelta, establecido en Fésules, poniéndose a su cabeza como caudillo supremo.

Naturalmente, lo primero que hizo Catulo apenas se enteró del contenido de la carta del prófugo, fue revelar a los oligarcas las confidencias que en ella se le hacían, en una sesión especialmente convocada a este efecto hacia mediados del mes de noviembre en curso. El quórum de tal reunión declaró por decreto a Catilina y a Manlio *hostes publici* o enemigos públicos de Roma, asimilándolos a cualquier horda extranjera en armas contra la urbe y transformándolos, por lo tanto, en proscritos cuyas garantías quedaban en adelante total y definitivamente suspendidas, pudiéndoseles sacrificar impunemente.

El mismo senadoconsulto emplazaba, además, al resto de los alzados a deponer las armas sin temor a represalias en un término improrrogable, ordenando a los dos cónsules en funciones que procedieran de inmediato al reclutamiento de tropas en número suficiente para

garantizar la seguridad pública y la rápida sofocación de la efervescencia rural, y precisando también las comisiones concretas que debían desempeñar uno y otro titular del ejecutivo, consistiendo la de Antonio en la comandancia suprema y la coordinación de las legiones ya creadas y por crear contra las huestes catilnarias en Italia, y la de Marco Tulio en movilizar y llevar a cabo la ofensiva policiaca en la metrópoli para el aplastamiento de la conspiración urbana.

En realidad, ya para entonces habían tenido lugar, entre los rebeldes y las primeras fuerzas destacadas en su contra, algunas escaramuzas, en una de las cuales Cayo Manlio, en su calidad de lugarteniente provisional de Catilina, había enviado al general Quinto Marcio Rex, quien desde el primer momento había sido mandado en persecución de los sublevados, una delegación parlamentaria, con la misión de poner en manos del comandante enemigo una carta por demás interesante, que Salustio transcribe y cuyos términos no pueden ser más elocuentes y aleccionadores acerca de la justicia de las reivindicaciones del proletariado rural descontento y de las iniquidades de que sus elementos venían siendo víctimas.

“Nos hemos levantado en armas —decía la susodicha misiva— no contra la patria, ni para entregarnos al pillaje, sino exclusivamente contra la injusticia”; afirmación que a renglón seguido aduce en su apoyo argumentos tan viriles y conmovedores como los siguientes: “... miserables y desposeídos, hemos perdido nuestros hogares, nuestras propiedades y nuestro honor y estamos a punto de perder nuestra libertad, merced a la leonina usura de los latifundistas apoyados por los pretores en complicidad conculcatoria de las leyes vigentes...

No pedimos ni poder ni riquezas: ansiamos tan sólo la libertad, la protección de las leyes que el pretor nos denega y con cuya concesión nos basta y sobra para no seguir viéndonos obligados a morir y a cobrar por nuestra sangre lo más caro posible."

¡Sobria y emotiva defensa de los derechos del proletariado rural indigente y desesperado de la época, merced a la voraz codicia de las minorías esclavistas y latifundistas que, al despojo chicanero de los parvifundios de sus deudores insolventes, frecuentemente agregaban el inhumano despojo de la libertad misma de los morosos!

La implacable respuesta de Marcio fue réplica digna del despotismo oligárquico que personificaba: según ella, el proletariado rural insurrecto debía, ante todo, depone las armas; dirigirse luego a Roma, en actitud contrita y suplicante, y atenerse, en fin, a la benevolencia y compasión que se dignara otorgarle la oligarquía senatorial. De acuerdo con tal respuesta, la aristocracia no admitía, pues, más transacción con los rebeldes que su incondicional rendimiento a discreción a la clase gubernamental dominante.

No es de extrañar, por lo tanto, que el campesinado etrusco siguiera en pie de lucha, obligado y decidido a combatir hasta su victoria o su aniquilación; y así fue como, pese a las garantías y hasta las recompensas decretadas por los *patres* a favor de los tráfugas del movimiento, ni uno sólo de aquellos heroicos insurgentes se convirtió en traidor o desertor de su causa.

Entre tanto, y mientras Antonio iniciaba la expedición punitiva que tenía encomendada contra la rebelión italiana, el complot urbano —encabezado desde la salida de Catilina por el patricio tráfuga Publio Léntulo

Sura, a la sazón pretor en ejercicio— seguía prosperando en la clandestinidad, mediante la incorporación a su causa de todo elemento descontento, incluyendo a provinciales y esclavos.

Y procurando sincronizar su golpe en la metrópoli con la proyectada ofensiva del movimiento rural, los conjurados urbanos calcularon llevarlo a cabo definitivamente para el día dieciséis de diciembre, fecha en que el tribuno catilinario Marco Calpurnio Bestia habría de arrojar sobre Cicerón, ante la asamblea tributa, toda la responsabilidad del obligado exilio de un ciudadano romano sustraído a la protección de la ley; hecho lo cual, se procedería esa misma noche al incendio de los barrios residenciales de la urbe, se invadiría la casa de Marco Tulio y se le liquidaría junto con los demás jefes destacados de la coalición optimate; mientras el pretor Léntulo saldría al encuentro de Catilina, que para la fecha indicada llegaría del norte, al frente de sus huestes, incrementadas con todos los exparvifundistas del Piceno, la Apulia, el Brucio y las Galias Cisalpina y Transalpina, cuyos soldados perseguirían y masacrarían a los optimates fugitivos de la metrópoli.

No obstante, tan optimista proyecto fracasó rotundamente, porque el movimiento que lo propulsaba adolecía, en su esencia misma, de los vicios y defectos connaturales a toda militancia anarquizante, desorganizada y carente de verdadero plan programático: en efecto, la incertidumbre sobre el propósito ulterior de su propio esfuerzo, lejos de inspirarles perseverancia, cada día minaba más y restaba mayor fuerza a los catilina-rios; al grado de que no sólo en Roma, sino también fuera de ella, se mostraron completamente incapaces de capitalizar y encauzar a su favor el pánico y el desorden

que su mismo complot provocara, perdiendo el tiempo en la pusilánime y endémica hesitación que padecían y que un día los hacía presa de nerviosa y despavorida premura por dar de una buena vez cabal cumplimiento a su intentona, y al siguiente los decidía a cambiar de parecer y a aplazar indefinidamente la fecha de su asonada. A tales pecados de origen, a tales irresolutas improvisaciones se debió en gran parte el completo fracaso del extremismo utópico y provocador catilinario, que acabó siendo a fin de cuentas enteramente sofocado por la oligarquía gubernamental, primero en la metrópoli y de ahí a poco en toda la península.

En Roma, perdió a los conjurados la informalidad e indiscreción de sus propios corifeos. El pretor Léntulo Sura —uno de los más relevantes de entre ellos— tuvo la ocurrencia de confiar todo el plan conspirativo a una delegación diplomática de la Galia Alóbroge, a la sazón comisionada por sus connacionales para exponer sus problemas al senado romano; confiando Léntulo en que la desesperación del yugo y la agresividad turbulenta proverbial en aquel pueblo bastarían para solidarizarlo, a través de sus diplomáticos, con el complot catilinario; por lo que Léntulo no tuvo empacho en encomendar a su liberto Publio Umbreno —ótrora negociante en la Galia Alóbroge, y conocedor, por ello, del idioma y carácter de sus habitantes, la maniobra de contacto entre los conspiradores y la delegación gala.

No tarda Umbreno en avocarse a los embajadores, a quienes sondea, provocando sus quejas contra el gobierno imperialista y respondiendo a ellas con esta proposición halagadora: si ellos y su nación están dispuestos a prestar apoyo a un movimiento que ha preparado en la urbe contra los oligarcas el sector más progresista de la

ciudadanía, levantando también a la Galia contra el despótico gobierno senatorial y contra el sistema fiscal extorsionista de la plutocracia publicana —tentáculos uno y otro del sistema predominante, que a fuerza de succionar a los provinciales los ha dejado exhaustos—, si se avienen a respaldar con las armas en la mano a la conjuración, catilinaria, los dirigentes de ésta, por conducto de quien les habla, prometen solemnemente al pueblo Alóbroge, en recompensa de su solidaridad, la autonomía de su nación y de la Galia entera, una vez llegado el triunfo de la causa que solicita su ayuda.

Ante cuyas revelaciones y proposiciones, los alóbroges, desconcertados, piden a Umbreno un plazo perentorio para formular su respuesta; el cual concedido, los embajadores, después de titubear sobre el partido que habrían de seguir, resuelven a fin de cuentas atenerse a los consejos de un tal Quinto Fabio Sanga, optimate procurador en la metrópoli, de la nación alóbroge, de la que es mandatario legal. Naturalmente Sanga, fingiendo tener necesidad de meditar a fondo la consulta de sus clientes, les promete para más tarde su debida contestación, apresurándose a comunicar a Cicerón cuanto se le acaba de hacer saber.

El cónsul, después de corroborar tal confidencia con el testimonio personal de los alóbroges mismos, y ganándose a éstos a base de sobornos y promesas, los compromete a obrar, en lo sucesivo, exstricta e incondicionalmente de acuerdo con las instrucciones que él habrá de dictarles y, además, a simular simpatía por las proposiciones de los conspiradores, con el objeto de granjearse su absoluta confianza, a fin de hacerlos entrar, a su debido tiempo, en una celada de la que sólo podrán salir sorprendidos en flagrante delito y plenamente convictos.

Y así es como, cumpliendo al pie de la letra con las consignas de Cicerón, los embajadores galos llegan a entablar pláticas formales, por intermedio del conspirador Gabinio, con el estado mayor catilinario urbano, culminando tales conversaciones en la celebración de un convenio entre los diplomáticos galos y los dirigentes del movimiento, en el sentido de que los embajadores llevarían a su país y apoyarían ante sus compatriotas las proposiciones que se les tenían formuladas, quedando, por su parte, garantes de alcanzar de su pueblo lo que, por su conducto, la conjura solicitaba del mismo.

Sin embargo, los alóbroges alegan que a fin de ser completamente dignos de fe entre sus coprovinciales, es indispensable que el mensaje verbal que consigo lleven vaya, además, respaldado por testimonios incontrovertibles de su seriedad, circunstancia que impone la necesidad de que el compromiso de los complotistas sea formulado por escrito, en cartas redactadas del propio puño y letra de los principales líderes de la rebelión ciudadana, los cuales, además, deberán autorizar dichas misivas suscribiéndolas con su firma y lacrándolas con su sello particular.

No sólo aceptan al punto los conjurados semejantes requisitos, sino que, precipitándose a ciegas en la trampa preparada a su imprevisión y haciendo el juego a sus adversarios, ofrecen a los alóbroges, por añadidura, para cuando llegue el momento de emprender éstos el viaje de regreso a su provincia, la compañía del conspirador Tito Volturcio, ciudadano italiota de Crotona, a fin de que al paso de la comitiva por la comarca etruria, el personaje aludido los introduzca y presente con el propio Catilina, y obtengan de esa manera, del mismo jefe supremo del movimiento, la plena y formal confir-

macion de lo pactado en su ausencia por sus lugartenientes urbanos.

Puestos de acuerdo los conjurados con sus falsos cómplices, se fija como fecha para la partida de la comitiva, la madrugada del tres de diciembre del año en curso. Con las instrucciones finales, Léntulo entrega a Volturcio una misiva para Catilina, cuyo texto transcriben casi en forma idéntica Cicerón y Salustio, y que sorprende por el viril laconismo con que llevaba al jefe ausente el último saludo de entusiasmo de sus conmlitones, recomendándole atraer a su causa el apoyo de todos los desesperados del imperio, inclusive el de las masas esclavas: *... etiam infirmorum ...*, como decía en su concisa expresión latina.

Cicerón, enterado de todo, bien así como oculto promotor que era de la maniobra, ordena a los pretores en ejercicio Lucio Flaco y Cayo Pomptino que con un grupo de agentes policiacos reforzado por otro de jóvenes adeptos del cónsul, se apuesten desde la víspera, o sea al atardecer del día dos, en las inmediaciones del puente Mulvio, uno de los pocos que aún subsisten en la Roma moderna, y por el cual está concertado que la comitiva alóbroge ha de vadear al día siguiente el Tíber.

Y en efecto, hacia las tres de la mañana de la fecha señalada, los alóbroges y sus acompañantes penetran al puente. Los pretores y sus hombres, que habían pasado la noche repartidos en dos grupos para poder cubrir las dos orillas del río, dejando a la comitiva penetrar hasta la mitad del puente, salen de pronto cerrando las dos salidas. Y tras breve escaramuza, suscitada por el desconcierto de Volturcio y de los que no estando al tanto de la maniobra intentan al principio defenderse, los sorprendidos se entregan al identificarse los pretores,

a cuyo poder pasan intactos todos los documentos obtenidos del registro de la caravana, quedando detenidos también sus integrantes que, junto con lo que se les ha decomisado, son puestos desde el amanecer a disposición de Cicerón y llevados a su domicilio privado.

El cónsul se apresura a continuación a hacer comparecer ante su presencia a nueve catilinarios que resultan francamente comprometidos por las pruebas obtenidas en su contra, y que no eran otros que Publio Léntulo Sura y sus cómplices Marco Cethego, Lucio Estatilio, Publio Gabinio, Lucio Casio, Publio Umbreno y los ciudadanos italiotas Marco Cepario de Apulia y Publio Furio y Quinto Anio, ambos del territorio de Fésules, a todos los cuales declara Cicerón formalmente presos, haciéndolos conducir de inmediato al templo de la Concordia y encargándose él mismo de llevar a dicho sitio al pretor Léntulo, en virtud de su jerarquía; y convocando, simultáneamente, en el susodicho recinto sagrado, a la nutridísima asamblea senatorial, arbitrariamente erigida por sí misma aquel día en una especie de gran tribunal extraordinario, completamente anticonstitucional, y especialmente instaurado para conocer del delito de sedición de que su presidente, en funciones ilegítimas de fiscal, acusa y hace reos ante los *patres* a ciudadanos y funcionarios romanos.

A lo largo de la sesión correspondiente, el cónsul entera al quórum de cuantos antecedentes se relacionan con el descubrimiento y detención de los nueve acusados de conspiración en grado de punible tentativa; ofrece, para fundar sus cargos, fehacientes pruebas testimoniales, documentales y confesionales, pasa sin más trámite al desahogo de las mismas y a la substanciación del proceso, consistente en las deposiciones de los testigos, en

la lectura de las cartas comprometedoras y en la confesión misma de los acusados, con lo que la averiguación se cierra, quedando los reos convictos y confesos de subversión contra el Estado y contra su gobierno.

Substanciado lo cual, Cicerón somete a la deliberación y voto de la asamblea el juicio de aquel asunto, y tras breve debate de sus miembros, el quórum asistente aprueba por unanimidad de votos el senadoconsulto del tres de diciembre, cuyo texto incluía, en substancia, las siguientes disposiciones: reconocimiento honorífico del cónsul en ejercicio Marco Tulio Cicerón como salvador de la constitución republicana; mención honorífica al igualmente cónsul Cayo Antonio Híbrida por haber rehuido todo pacto desleal con los conjurados, en contra del gobierno; destitución inmediata del pretor Publio Léntulo de la titularidad de su magistratura y, una vez desaforado, su arraigo personal bajo la vigilancia y en el domicilio de un optimate al efecto designado; igual medida de arraigo se impone a sus ocho cómplices; y, en fin, la celebración inmediata de una *pulvinaria*, solemne ceremonia religiosa dedicada a todas las divinidades nacionales, en acción de gracias por haber salvado a Roma de la catástrofe que la amenazaba: cuya celebración debía considerarse, conforme a la liturgia ritual, patrocinada por la mayordomía epónima del vehículo humano de la divina providencia salvadora de la urbe, honor relevante al mérito, que correspondió en este caso concreto al cónsul en funciones Marco Tulio Cicerón, naturalmente.

Los puntos resolutivos de semejante sentencia premiaban a los defensores del régimen establecido y castigaban a sus opositores, pero sin sancionar a éstos en los términos implacables del *senatus consultum* del vein-

tiuno de octubre, sino más bien aplazando su ejecución con el mero arraigo de los agitadores. El cálculo de la oligarquía al maniobrar de tal guisa no era sino el siguiente: si ante la arbitrariedad mínima con que osaba su gobierno repartir los premios y los escarmientos, la ciudadanía reaccionaba en forma impugnatoria y alarmante, nada más sencillo que volver sobre los pasos y perdonar generosamente a los detenidos; y, al contrario, si la reacción ciudadana se mostraba apática y condescendiente, entonces no habría por qué temer las iras de la multitud y, por lo tanto, resultaba oportuno aterrar más al pueblo con el escarmiento de los cabecillas.

Por su parte, Cicerón que, como él mismo lo proclamaba, pudo descubrir y probar aquel complot con más facilidad que si se hubiera tratado de un vulgar hurto hogareño, estaba por demás satisfecho con el último decreto que aplazaba su obligación de ejecutar medidas extremas contra la sublevación, y que con las lisonjeras referencias que hacía a su persona adulaba su impenitente vanagloria. De modo que apenas levantada la sesión respectiva, el cónsul se apresura a dar cumplimiento inmediato al nuevo decreto, ejecutándolo en todos sus términos. Una vez hecho lo cual, aquella misma tarde del tres de diciembre, Cicerón convoca en el foro una *contio* extraordinaria de la asamblea centuriada, para hacer llegar a la ciudadanía su personal glosa retórica de los últimos acontecimientos, pronunciando al efecto en tal coyuntura, desde los *rostra*, el tercero de los cuatro discursos a que sirve de prólogo este estudio.

Iniciase la arenga con un exordio resonante y pintoresco, la mayor parte de cuyas dos cláusulas y media conságrase a la más desorbitada ponderación de los méritos que a sí mismo se atribuye el orador, el cual co-

mienza su alocución participando a la ciudadanía que Roma y sus habitantes están definitivamente, gracias tanto al favor de los dioses como a la diligencia del propio Cicerón, fuera del tremendo peligro que habían venido corriendo de ser exterminados. Pero es en el periodo subsecuente donde la vanidad de nuestro personaje llega al colmo de la megalomanía narcisista y ridícula, haciéndolo compararse con el propio Rómulo, que por cierto sale poco airoso de semejante paralelismo, merced a un alud de silogismos retóricos a propósito de la superioridad que sobre el mero acto de crear tiene el conservar lo creado: razón que hace al viejo rey perder en la competencia, relegándolo al mérito segundón del fundador de Roma y dando a Marco Tulio la palma de flamante salvador de la metrópoli.

Remata este proemio una concisa proposición, mediante la que se anuncia el fundamental objeto del discurso entero, que no es otro que el deseo de referir a los *quirites* —como eran denominados los ciudadanos romanos dentro del recinto de sus asambleas políticas— cómo se han desarrollado los últimos acontecimientos relativos al complot urbano que acaba de quedar al descubierto.

A continuación, y desde el tercero hasta el décimoquinto periodo de la pieza, se desenvuelve su narración; cuyas cláusulas están dedicadas a relatar paso a paso los pormenores del movimiento urbano, desde la fuga de Catilina hasta las disposiciones que momentos antes acababan de aplicarse a la ejecución en marcha del decreto senatorial de aquella misma fecha. Son características de tal narración el lacónico y nervioso dinamismo con que el autor pinta en ella las más movidas escenas; la ironía fina de los sarcasmos, cuya chispa epigramática los con-

vierte en relámpagos de ingenio que alumbran con fulgores repentinos la penumbra del mero relato; la elegancia fácil con que en medio de los párrafos, sin truncar su secuencia, suelen ir intercalados el diálogo o la cita aclaratorios evocados textualmente; el perspicaz realismo y el lastimero patetismo con que se alude al compungido gesto y a la actitud desolada de los conspiradores convictos ya y confesos; y, en fin, la consabida impenitente jactancia con que el orador se solaza en incensar su propia figura, declamando ante las masas los términos textuales en que el decreto senatorial promulgado horas antes ponderaba sus méritos al otorgar, por vez primera en la historia, a su toga de funcionario civil —por la singular proeza de haber salvaguardado a la república—, distinciones hasta entonces concedidas sólo al paludamento de los militares, y por meras hazañas de guerra.

Los siete párrafos subsiguientes, hasta concluir el vigésimo segundo, dedícanse a la argumentación, que persigue dos propósitos: uno es persuadir a los *quirites* del definitivo aplastamiento del complot catilinario, asegurado aquel día con la detención de sus líderes urbanos, gracias a la ausencia del caudillo principal, que había permitido al cónsul descubrir la intentona de aquéllos tan fácilmente como si se hubiera tratado de “un vulgar hurto en una casa privada”, y otro es dar a entender al vulgo supersticioso que la protección divina, para salvar a Roma, escogió de medianero a Cicerón, quien con semejante fábula recurría para darse prestigio a la burda demagogia politeísta.

De la argumentación susodicha, cautiva el pasaje que alude a la torpe ineptitud de los lugartenientes urbanos de Catilina, de cada uno de los cuales exhibe el orador, con un solo trazo, el rasgo de carácter dominante, cari-

caturizándolos de mano maestra: así desfilan por el discurso el flemático Léntulo, el obeso Casio y el atrabiliario Cethego; mamarrachos políticos, según su descriptor, cuya incapacidad es el reverso de la peligrosa aptitud de Catilina para todo menester, dando esta alusión lugar a un nuevo retrato literario de la bizarra personalidad del patricio.

La peroración de esta tercera Catilinaria es de las más prolongadas que pronunciara su autor, puesto que incluye íntegros los siete restantes periodos de la pieza, consagrados a invitar a la ciudadanía a participar en el devoto regocijo de la pública acción de gracias que habrá de celebrarse; a hacer entrar en contraste la crueldad en que culminaron siempre los conflictos intestinos del pasado, con el tranquilo y pacífico desenlace de la lucha civil por él capitaneada; a garantizar al *populus* que el mantenimiento del orden bajo su gestión no habrá de ser a costa de la sangre ciudadana, insinuándole, no obstante, la eventual necesidad de escarmentar a los nueve agitadores convictos y confesos, y a solicitar de sus conciudadanos, como única recompensa por haber salvaguardado a la patria, el eterno recuerdo de tal circunstancia, el cual será suficiente para inmunizarlo contra cualquier represalia con que en el futuro pudieren amargarle sus enemigos so pretexto de sus actos como cónsul; rematando, finalmente, su discurso con la reiteración de su lealtad al gobierno en el cumplimiento del deber que, como presidente, le compete.

En cuyo epílogo es bien fácil advertir la insistencia obsesiva con que el orador insiste en los tres tópicos que más le preocupan, es a saber: el desmesurado culto a las pretendidas glorias de su propia persona, que aquí como nunca induce a identificar al narcisismo po-

lítico como el factor principal de su militancia; la mínima violencia represiva que en el peor de los casos exigirá en holocausto la liquidación del complot que él ha frustrado, argumento cuya constante repetición en el cuerpo del discurso da razón del desasosiego en que mantiene al cónsul su presentimiento del próximo festín de sangre ciudadana, necesaria al desahogo de la oligarquía intransigente; y, en fin, el recelo que sin cesar mortifica al arpinata, de que las susodichas medidas dictatoriales traerán aparejadas ineludiblemente, y más tarde o más temprano, la vindicta popular contra los responsables de su aplicación sangrienta.

Dando fin a su discurso, el magistrado disuelve la asamblea, abandona la tribuna y el foro, y dedica todo el resto de aquella jornada a concentrar en el Capitolio una respetable guarnición policíaca que pernocta en tal cuartel la noche del tres al cuatro de diciembre en curso. Por ello —y porque el sector más consciente de las masas populares urbanas, aunque simpatizando con gran parte de los postulados catilinaris, no compartía su precipitación e infantil táctica—, pudo la capital pasar aquella velada sin ningún contratiempo de importancia; por lo que el día cuatro, habiendo vuelto Cicerón a convocar al cuerpo senatorial, no tuvo su asamblea más resultados que la promulgación de un decreto de los padres conscriptos —*patres conscripti*, según la expresión latina del tratamiento protocolario dado a los senadores— de muy secundaria importancia, pues no disponía otra cosa que el otorgamiento a los alóbroges y a Tito Volturcio —cuya cobardía lo había llevado, a raíz de su detención, a hundir con su testimonio a sus copartidarios de la víspera, con tal de salvarse— las recompensas correspondientes a su celo gubernamental.

Entre tanto, sin embargo, los contingentes de base del complot —repuestos ya del momentáneo desconcierto que provocara en ellos la captura de sus jefes— rehacen sus filas y reanudan sus acometidas tratando de concitar a favor de su causa el mayor número posible de gentes desesperadas, resolviendo perseverar en el movimiento hasta sus últimas consecuencias, e imponiéndose como tarea inmediata, de realización perentoria y urgente, la liberación de sus líderes presos, especialmente de Léntulo y Cethego; a cuyo efecto se movilizan al punto los amigos y libertos de dichos dos personajes, recorriendo los barrios proletarios y los sectores artesanales y obreros en que tenía concentrados sus talleres la industria manufacturera de la urbe, con la consigna de enganchar al mayor número posible de operarios libres y esclavos —que pululaban en las circunscripciones urbanas susodichas— a fin de integrar con ellos brigadas de choque para tomar al asalto las residencias optimates en que estaban secuestrados sus jefes, sustrayéndolo a sus anticonstitucionales carceleros privados.

Todo lo cual fracasa merced a que Cicerón, informado a tiempo de la intentona, se apresura a distribuir estratégicamente por todas las barriadas de Roma a los contingentes de la policía urbana, cuya movilización impide el proyectado rescate de los dirigentes catilinarios sujetos a la *libera custodia*.

No obstante, y en vista de la agitación que estaba fomentando el indefinido arresto de los jefes sediciosos, el cónsul convoca de nueva cuenta a los *patres* a la célebre sesión de las nonas de diciembre —equivalentes al cinco de aquel mes—, que habría de discutir y decidir el destino de los conspiradores arrestados. En efecto, la *relatio* u orden del día preparada por Cicerón,

como presidente de la asamblea senatorial, para la reunión de aquel día, limitábase a un punto único y concreto: someter a la deliberación y al veredicto del senado, en virtud de la agitación a que estaba dando lugar el arresto domiciliario de los conspiradores, el destino definitivo de los declarados reos de sedición por el senadoconsulto del tres de diciembre en curso.

El primero en hacer uso de la palabra en aquella sesión memorable fue, conforme al reglamento de debates de la *Curia* o junta senatorial, el cónsul recién electo, pero aún no en ejercicio, Décimo Junio Silano, cuyo sufragio se pronunció en el sentido de que los complotistas —tanto los ya detenidos, como los todavía prófugos Furio Umbreno y un tal Annio, lograda que fuera su detención— debían ser arrastrados al patíbulo sin más trámite. A cuyo parecer se fueron adhiriendo uno tras otro los senadores que siguieron a Silano en el orden del sufragio, hasta que llegó el turno de emitir su opinión al también recién electo pretor del año siguiente Cayo Julio César, que disintió por completo del parecer y voto de sus predecesores, tomando la palabra para fundar su discrepancia en razones y argumentos de carácter político y legal.

En realidad, en aquella trascendental asamblea tres diferentes intervenciones representaron los tres distintos puntos de vista que, en la polémica desarrollada en su seno, traducían las encontradas tendencias políticas del momento: la intervención de César, que interpretó la postura del partido popular; la del cónsul Marco Tulio, que calcó la actitud del oportunismo optimato, y la del tribuno electo Marco Porcio Catón, que tradujo el sentir de la oligarquía senatorial intransigente.

En uso de la palabra, César pronuncia, abriendo la

peligrosa y enconada controversia, breve y bellísima arenga que Salustio reproduce con fidelidad rayana en la reminiscencia, y cuyo texto redúcese a tachar de impropio por ilegal la emisión de una sentencia de pena capital contra los catilenarios, por parte del senado; a subrayar la anticonstitucionalidad flagrante del famoso *senatusconsultum ultimum* en que pretenden fundar semejante sanción quienes se pronuncian por su aplicación; a aconsejar al senado atenerse en aquel caso, con la debida prudencia, a las disposiciones explícitas de las leyes vigentes, entre otras la *Lex Porcia*, prohibitorias de la última pena contra la ciudadanía, y a formular la proposición concreta de Cayo Julio y —por su conducto— del partido popular, a propósito del asunto debatido.

En efecto, el inteligente patricio —ya desde entonces supremo dirigente de la oposición revolucionaria que años más tarde habría de dar al traste con el gobierno oligárquico— comienza su discurso amonestando en comedidos términos a los *patres* sobre la necesidad de fundar criterio y veredicto en el sereno análisis del problema que discuten, les aconseja no sacrificar al desahogo histérico de sus resentimientos la reputación de su clase que, como dirigente gubernamental de la ciudadanía, no debe hacer caso omiso, al actuar, de la opinión pública; hace luego hincapié en que el ciego encono partidarista llevado hasta el abuso del poder es tiránica saña que nunca olvidan los pueblos y que redundará siempre, más tarde o más temprano, en la antipatía y las represalias de éstos; y advierte a los oligarcas las deplorables y anárquicas consecuencias que puede traer consigo una sentencia de muerte dictada por el senado —órgano sin autoridad para emitirla— contra

personas en el pleno goce de su ciudadanía y por ese solo hecho protegidas por el derecho vigente: acto arbitrario, ilegal y despótico que, hábilmente esgrimido a la postre como un precedente, podría inclusive volverse, en el porvenir incierto, contra sus propios autores, que, verificándolo, darían el ejemplo y el primer paso hacia el caos y la anarquía general.

Por ende, según César, la asamblea senatorial debía desechar de plano la temeraria idea de sancionar con la muerte a los conspiradores, ateniéndose al pronunciar su sentencia a los mandatos impuestos por la legislación relativa en vigor, que categóricamente prohibía la pena capital y todas las sanciones corporales contra los ciudadanos romanos, a quienes en todo caso reservaba y garantizaba el extremo recurso del exilio forzoso o voluntario, significando tal ordenamiento legal el principal escollo para arrastrar al patíbulo a los reos en entredicho.

Y, so pretexto de su alegato, el hábil y prudente estadista aprovechaba la coyuntura para torturar a la oligarquía, poniendo el dedo en la llaga de sus veleidades y prácticas despóticas mediante alusiones tan oportunas como categóricas y pintorescas; así, al replicar, por ejemplo, a Silano, tilda su moción de francamente extraña al espíritu de la constitución republicana —... *aliena a republica nostra*...—, impugnando la pena capital propuesta por el susodicho personaje, como una sanción de insólita especie —... *genus poenae novum*...—, tan repudiada por el derecho vigente como la flagelación misma; suplicio este último que, ateniéndose al criterio de Silano, debía ser, según César, concomitante a la pena por aquél aconsejada.

Una vez rebatida del modo susodicho la propensión

tiránica de la oligarquía gubernamental, como atentatoria contra las instituciones democráticas más caras a la ciudadanía, pasa César en su arenga a formular su opinión personal y la de su partido a propósito del problema en debate, en términos que traducen la actitud de uno y otro en relación con el movimiento subversivo que provocó las piezas oratorias a que sirven de prefacio estas páginas.

Efectivamente, para el realismo revolucionario cesariano y sus ideólogos y prosélitos, los extremistas catilenarios, bien que errados e infantiles anarquistas de la época, autosegregados a la disciplina del partido popular; bien que impacientes y precipitados sentimentales políticos, enteramente incapaces del cálculo y serena reflexión condicionantes del éxito en la lucha, eran, no obstante, generosos militantes de la oposición antioligárquica, afines, a su manera, ideológicamente, a los más nobles postulados innovadores de la revolución.

Por eso era deber del dirigente de esta última, Cayo Julio César, poner el mayor empeño en salvar del caldso a quienes se acusaba de acérrimos adversarios del mismo enemigo de la causa revolucionaria; haciendo al efecto, al menos, cuanto le fuera posible por sustraerlos a la humillante muerte con que la reacción gubernamental los amenazaba, mediante la enérgica, razonada y pública oposición y protesta contra la perpetración de semejante atentado oficial.

Pero a la vez, la prudencia táctica adoptada, entre otras, por norma fundamental del programa revolucionario en la militancia legal, aconsejaba a César y lo constreñía a eludir, también cuanto le fuera posible —dadas las especiales circunstancias del momento—, los ataques directos de la propia reacción en el poder;

obligándolo a proceder con sumo tiento en su defensa de los catilinarios sometidos a juicio, y de modo tal que dicha defensa no diera pábulo a la menor sospecha de complicidad entre el partido popular cesariano y la violencia extremista provocadora de los acusados, ni proporcionara pretexto alguno a la hostilización abierta de dicho partido por parte de la violencia represora gubernamental.

Razones todas ellas por las cuales César recurrió a una hábil estratagema retórica: reproduciendo principios formulados por la filosofía materialista de la época —divulgada a la sazón en los versos latinos de Tito Lucrecio Caro, y al parecer profesada por el propio Cayo Julio—, el patricio adujo en aquella su alocución a los *patres*, que la muerte, propuesta hasta ese momento como único castigo contra los conspiradores, no sólo no podía de ningún modo considerarse una pena adecuada, sino que precisamente era todo lo contrario, es a saber el absoluto alivio y el fin de todas las penas y desgracias humanas, puesto que la supresión de la existencia equivalía a la sincrónica supresión de toda sensibilidad, de todo goce, de todo sufrimiento; por lo que —aun reconociendo como abominables, y justamente por serlo, los delitos imputados a los complotistas— resultaba absurdo querer eximir a éstos del suplicio que tenían merecido, aplicándoles a guisa de castigo una sanción que en realidad no era, para los seres humanos, otra cosa que el medio más seguro de sustraerse a todos los castigos aplicables a su naturaleza.

Argüido lo cual, César concluyó su arenga concretando su opinión en los términos del siguiente veredicto: confiscación de todos los bienes a los sediciosos convictos y confesos; encadenamiento a perpetuidad de

cada uno de ellos en sendas mazmorras municipales, alejando así sus cárceles del recinto de Roma a fin de evitar toda ulterior intentona de sus copartidarios urbanos, tendiente a liberarlos de su prisión vitalicia; y, en garantía de esta última, prohibición absoluta, para lo sucesivo, de volver a plantear el asunto de los así condenados, y hasta de mencionarlo, ante senado o comicios, so pena de declararse al infractor, ipso facto, y por formal decreto del consejo público, enemigo del Estado y de la comunidad.

Resultaría imposible mejorar ni en un ápice el alegato y dictamen de César, gracias a los cuales pudo el patricio sacar adelante del trance aquel a su causa que, sin desmerecer de su índole progresista y opositorista, dio del modo que hemos dicho cumplida satisfacción a la prudencia táctica de legalidad impuesta en ese momento por las circunstancias: al condenar, en efecto, públicamente, el complot, guardaba las apariencias, sustrayéndose a toda sospecha —o al menos a toda acusación fundada— de complicidad o simpatía con el movimiento, cuya intención destructora del régimen existente, coincidía, según era notorio, con el aspecto demoledor del programa revolucionario cesariano; al impugnar la pena capital propuesta contra los reos, presentándola más bien como un consuelo no merecido por éstos, y oponiéndole la saña aparente de la prisión perpetua como más adecuado castigo, procuraba cumplir con el deber de librarlos de la muerte, fingiendo encarnizarse en su contra, a sabiendas de lo fácil que sería a la revolución triunfante sacarlos, en su oportunidad, de sus cárceles, pese a cuantas prohibiciones se decretaran en sentido contrario, puesto que la lucha armada las volvería letra muerta; y, en fin, al im-

pugnar, con incontrovertible lógica jurídica, la pretendida legitimidad del tantas veces citado *senatusconsultum ultimum*, sobre todo en lo referente a la pena de muerte con que dicho decreto amenazaba a los *cives*, en contradicción flagrante con la *Lex Porcia* y demás relativas del derecho consuetudinario constitucional vigente —insinuando de paso vagas predicciones de futuras represalias y vindictas populares—, había acertado impresionar a su auditorio al grado de hacerlo recapacitar sobre la grave responsabilidad en que estaban incurriendo cuantos hasta ese momento habían emitido, sin meditarlo suficientemente, el unánime e implacable sufragio que había precedido a su discurso y voto.

Todo lo cual produjo, por lo demás, sorprendentes efectos en la asamblea deliberante, pues terminada que fue la alocución de César, los senadores —hasta antes de ella uniformes en un mismo sufragio condenatorio— se muestran desconcertados, confusos y titubeantes en torno al caso planteado. Muchos de los que habían seguido el parecer de Silano, e inclusive este mismo personaje, se apresuran a retractarse del voto que han emitido. Al reanudarse el cómputo de las demás opiniones, el pánico se desata: Tiberio Claudio Nerón, en su turno, llega hasta proponer que sea disuelta al punto la sesión que se celebra, dando largas al asunto de momento y mientras no se refuerce la policía urbana. La mayoría comienza palpablemente a inclinarse hacia el prudente parecer de César: Quinto Tulio Cicerón, hermano menor del cónsul —como éste hijo adoptivo de la oligarquía mediante la gestión de sus magistraturas, pero de mentalidad mucho más amplia y de visión política mucho más perspicaz que las del primogénito— se adhiere, entre otros muchos, sin ambages ni reser-

vas, a la proposición legalista formulada por el jefe del partido popular.

Y ya su voto arrastraba en pos de sí los de quienes le seguían en el orden sufragante, cuando su hermano Marco, obedeciendo no se sabe a qué móvil preciso —que tan puede atribuirse a un misterioso y especial interés personal suyo en el holocausto de los reos en entredicho, como a su fútil y apática resignación a hacerse responsable de medidas que reprobaba y temía en su fuero interno—; pero, como siempre, ávido de aprovechar la menor coyuntura para hacer evidentes su prestigio y su importancia, interrumpe de improviso —ejercitando sus prerrogativas de presidente de debates— la auscultación del sufragio que a iniciativa suya veníase verificando, para sazonar aún más la turbulenta sesión con un amplio paréntesis retórico de su propia cosecha: tal fue y no otra la ocasión en que nuestro orador, adjudicándose a sí mismo, ante el súbito mutismo del senado, el uso de la palabra, pronunció la oración bien conocida, en la historia literaria de Roma, como la cuarta y última de las *Catilinas*.

La *Cuarta catilinaria* es, después de la primera, la mejor construida retóricamente y la que, a nuestro entender, muestra mayores méritos de estilo: su elegante exordio, burilado con esmero digno de más seria causa que el superfluo acto de exhibicionismo a que sirve de introito, se prolonga a lo largo de los tres primeros periodos del discurso, dedicados a consagrar al orador como el mártir lírico de la causa optimate.

En fáciles alardes oratorios —por cierto ulteriormente contradichos con su conducta práctica—, y ateniéndose a la eventual mediatez de una vindicta popular en su contra, Cicerón, que se cree el centro de las

miradas de los senadores —cuyo brusco cambio de opinión atribuye al deseo de preservarlo de posteriores represalias políticas—, proclama que por encima del cielo a su persona deben velar los *patres* por la seguridad de su casta; se jacta abiertamente de estar dispuesto a sobrellevar hasta con gusto cualquier sacrificio con tal de sacar adelante a la oligarquía de los amagos revolucionarios, tal y como hasta entonces afirma haberlo hecho, y hace votos fervientes por que la consolidación del poderío oligárquico y el aplastamiento definitivo de sus opositores sean el broche de oro de su presidencia, a punto de concluir ya en esos días; en aras de lo cual asegura estar pronto a arrostrar hasta el riesgo de la muerte, que dice no ser temible para un varón de su aplomo, ni prematura para un *homo novus* que, como él, ha satisfecho la suma satisfacción de ser cónsul, ni deplorable para un espíritu que, como el suyo ha aprendido la serenidad ética de la filosofía estoica. Por todo lo cual invita, comedido, a los *patres*, a no tener en cuenta, para emitir el veredicto que de ellos solicita, otra consideración que la salvaguarda de sus intereses clasistas.

Los tres periodos siguientes integran la proposición del discurso. En ella, el orador hace ver a la asamblea lo fatal que puede serle en aquel trance una actitud titubeante y pusilánime: los reos sujetos a juicio ante ella, no eran, en esta ocasión, meros reformadores parciales de la Constitución republicana, sino irreconciliables y radicales enemigos de su espíritu íntegro; dichos reos están convictos y confesos de su delito; inclusive, ya el senado los ha declarado culpables del mismo en sus decretos recientes; no obstante, su presidente ha juzgado oportuno insistir en aquella sesión ante los *pa-*

tres, como si se tratara de un asunto nuevo, sobre el caso de dichos detenidos, a fin de que, para evitar la agitación que provoca su simple arresto domiciliario, se resuelva en definitiva sobre el grado de su culpabilidad y sobre la sanción que habrá de aplicárseles; en cuanto a la opinión personal del cónsul que habla, no puede ser otra que la certeza de que la conspiración cuyos cabecillas metropolitanos enjuicia la asamblea sessionante, resulta mucho más grave de lo que se podría suponer a simple vista, pues lejos de circunscribirse a la urbe y a sus masas proletarias, se extiende a todas las clases subyugadas e indigentes de Italia y de las provincias, por lo que es indispensable y urgente que, en un sentido o en otro, salga de la reunión misma que en esos instantes están los senadores celebrando, y antes del anochecer de aquel día, el definitivo e irrevocable veredicto que de parte de sus miembros exigen las circunstancias, en relación con la suerte de los conspiradores sujetos a proceso.

Pasa a continuación el discurso a desarrollar la argumentación substancial de su cuerpo, la cual abarca en conjunto los dieciséis periodos subsiguientes, que abordan y analizan dos problemas distintos: el relativo a la índole de fondo de la sentencia que está por pronunciarse, y el concerniente a la forma de su cabal cumplimiento; temas distribuidos, el uno después del otro, en sendos y especiales capítulos.

Por lo que se refiere a la primera cuestión, el orador, recapitulando sobre cuanto hasta el momento de su intervención se había tratado en la junta, fija la controversia suscitada entre sus miembros, destacando las dos opiniones en ella predominantes y divergentes: la de Décimo Silano y la de Cayo César; aquélla recla-

mando para los detenidos la pena de muerte, y ésta optando por reducirlos a prisión perpetua.

Aclarando estar él mismo completamente de acuerdo con el razonamiento de César en el sentido de que la pena de muerte es la más benigna de todas, Cicerón afirma —no sin cierta ironía sutilísima— que de todos modos personalmente se inclina hacia dicha sanción capital, aduciendo que quizá sea la conmiseración que los acusados le inspiran, lo que lo induce a preferir para ellos castigo tan leve, que todavía resulta menos duro si se le parangona con la matanza en masa que quienes podrían sufrirlo tenían ya preparada contra la ciudadanía: razones todas ellas por las cuales él en lo particular más bien simpatizaba con la opinión de Silano, no obstante que la cordura y la conveniencia propia le aconsejaban unirse al dictamen de César, por ser su formulador el portavoz reconocido y más autorizado del partido popular, circunstancia suficiente para garantizar al cónsul, en lo sucesivo, el favor y la gracia de las multitudes cívicas, como recompensa del respaldo otorgado a su ídolo.

En cuanto al problema relativo a las vías de ejecución del veredicto senatorial que hubiere de recaer sobre los acusados, el orador lo aborda comenzando por refutar ciertas murmuraciones anónimas que al respecto habían difundido vagamente la duda de que el ejecutivo pudiera a la sazón contar en realidad con la suficiente capacidad coactiva para hacer cumplir al pie de la letra medidas senatoriales de veras graves y drásticas; replicando a tal especie con la afirmación categórica de que su gobierno contaba con fuerzas represoras más que capaces de aplastar la conjura, en los términos de cualquier senadoconsulto, por implacable

que fuese; el cónsul agrega que semejante poder oficial está además respaldado por las cuantiosas reservas privadas de las clases y partidos defensores del régimen, así como por la favorable opinión pública de la mayoría del *populus*, pese a la aparatosa agitación recién desencadenada por los agentes de Léntulo, entre las turbas artesanas y obreras del proletariado urbano.

La argumentación concluye con la afirmación enfática, por parte del orador, de que aun suprimiendo hipotéticamente, y en último caso, los susodichos recursos en apoyo de sus actos, a él personalmente nada, ni el amago de futuras represalias, ni la amenaza de la misma muerte, podría hacerlo desistir, llegado el caso, del cumplimiento estricto de sus deberes —cualesquiera que ellos fuesen de supremo magistrado ejecutor; pues las repercusiones que semejante conducta tuviere en el porvenir, nocivas a su prestigio o a su seguridad, resultarían inocuas ante el único premio que esperaba por su lealtad al régimen: el eterno renombre que, de Escipión a Pompeyo, había sido galardón de los próceres de la historia romana, y que, en su caso especial, sería además impenetrable escudo contra cualquier inquina de la multitud; y ello sin tener en cuenta que, por añadidura, la providencia divina lo ampararía, como siempre, en todo trance.

Una peroración de dos periodos, insubstancial en el fondo, remata esta cuarta arenga, consagrándose toda ella a dramatizar, con la ayuda de una serie de lugares comunes de melodramático y cursi patetismo, las preocupaciones principales del cónsul: su anhelo de que los *patres* conserven indeleble en la memoria el recuerdo de su presidencia; su confianza en que dicho recuerdo será sólida muralla contra cualquier futura maniobra de-

magógica en su contra; su eventual inmolación a la saña de las turbas populares; su recomendación, en tal caso, a la oligarquía, del hijo recién nacido que habrá de quedar huérfano; su exhortación a los miembros de la asamblea sesionante para que se pronuncien con viril energía cuando, al dejar él de hablar, se reanude el ejercicio del sufragio; y su promesa, en fin, de comportarse como el más fiel y expedito ejecutor de lo que el cuerpo senatorial tenga a bien decidir en definitiva, a propósito del asunto sometido a su debate y a su veredicto.

Como es fácil advertir, la intervención de Marco Tulio Cicerón en aquella asamblea de las nonas decem-brinas, mediante las cláusulas de su cuarta y última diatriba catilinaria, fue un mero desahogo del ansia exhibicionista que en esta coyuntura, como en tantas otras, inspiró al arpinata el pretexto de hacerse el centro de la atención pública, así haya sido por el breve lapso que pudo haber ocupado en pronunciar su discurso. Porque políticamente, como afirmamos, la intervención del cónsul no tuvo ni objeto ni resultado alguno, siendo en este sentido tan ociosa como nula.

En efecto, el único propósito razonable de interrumpir el debate de los *patres*, reclamando su atención para endilgarles toda una pieza retórica, habría sido, en todo caso, el tratar de decidirlos en un sentido o en otro, en vista del desconcierto y la perplejidad que había sembrado entre ellos el discurso de César. Ahora bien, tal intención precisamente brilla por su ausencia a lo largo de toda la *Cuarta catilinaria*. Pues si bien es cierto que algunos párrafos suyos —traicionando sin querer la mentalidad clasista de quien los pronunciaba— manifiestan abierta simpatía por la ilegal medida de la

pena de muerte, también lo es que ninguno de ellos apoya en forma explícita ni tal sanción ni ninguna otra, puesto que se limitan a reseñar en síntesis, y cuando mucho a exponer el pro y el contra de las dos principales opiniones contrapuestas; esforzándose todos en ir evitando, con meticuloso tacto y escurridiza cautela, la declaración franca de un parecer personal y concreto.

Y por cierto que actitud semejante de ningún modo era extraña en Cicerón, sino al contrario, completamente connatural no sólo a su carácter sino también a su ideología, a su partido y a su clase de origen, que se identificaban con el oportunismo financiero ecuestre, cuya táctica, a lo largo de cien años de conflictos intestinos, había consistido en colocarse en medio de las diversas tendencias, a la expectativa siempre de la que en cada caso creía la predominante, a fin de ir dando, según la coyuntura, el oportuno viraje de una posición a otra, que exigía su cálculo de garantizar a sus intereses el mayor provecho, pero al menor costo.

El hecho es que nuestro cónsul, en la sesión de marras —obedeciendo además a su hábito inveterado de conservar, en lo posible, misteriosa y equívoca su conducta política— procuró, si no pronunciarse abiertamente por ninguna de las varias opiniones divergentes surgidas en la asamblea de las nonas de diciembre, salir del trance aquel sin haber violado sus compromisos con la derecha pero también sin haberse echado auestas la hostilidad de la izquierda, tratando de esa manera de conservarse intacto para el oportunismo, mediante la neutralidad acomodaticia que impregna como una atmósfera al cuerpo entero de la pieza retórica que acaba de interpretarse.

De modo, pues, que, según queda explicado, la in-

tervención y el discurso de nuestro personaje en la reunión senatorial del cinco de diciembre, fueron políticamente del todo improducentes. Y tan es ello así, que al dejar de hablar el cónsul y al reanudarse el debate, no pareció subsanada en lo más mínimo la perplejidad hesitante que había dado pretexto al paréntesis retórico de su locuaz presidente: en efecto, la apática inercia de la gran mayoría de los *patres*, seguía tan intimidada y alarmada como al dejar de hablar César, mostrándose francamente dispuesta a contemporizar con las circunstancias y aferrándose, como a tabla de naufragio, a la fórmula propuesta en tal sentido por Tiberio Claudio, la cual, según hemos visto, recomendaba aplazar la sentencia definitiva de los catilinaros hasta no ser reforzada debidamente la policía urbana; y no sólo fueron miembros más o menos oscuros e insignificantes del cuerpo senatorial los que se echaron de bruces a votar en tal sentido, sino también personajes de autoridad y consideración en la *Curia*; y entre ellos, sobre todo, Décimo Junio Silano, el cónsul recién electo que en calidad de tal había sido el primero en emitir su sufragio votando por la pena capital, y que no obstante ello cambió de parecer, adhiriéndose al dictamen de Claudio Nerón, pese a las lisonjas que a su primitivo voto le habían tributado las cláusulas de la *Cuarta catilinaria*.

Y precisamente entonces, cuando gracias a César el senado estaba a punto de optar por la prudencia y la legalidad, tocó el turno de emitir su parecer al también recién electo tribuno de la plebe Marco Porcio Catón, el más connotado líder de la intransigencia ultrarreaccionaria, quien expuso su criterio en breve pieza oratoria —también reproducida por Salustio— que resul-

taba sorprendente testimonio de los intereses clasistas en realidad implicados en el gobierno de la decadente casta oligárquica.

El egoísmo esclavista de Catón impregna toda aquella arenga suya, cuyo contenido se reduce, en substancia, a los siguientes términos: contra los enemigos del régimen imperante, los en él privilegiados no deben perder el tiempo en deliberaciones superfluas, sino atender a su defensa propia; dichos privilegiados, según el orador, no son otros que las mismas personas que lo están escuchando; tales gentes aman la abundancia y el lujo en que viven, por encima de todo, inclusive la misma república; no obstante, les es preciso defender dicho sistema, sin cuya subsistencia no les sería posible conservar sus riquezas; por ello, no pueden imponer otra pena a los culpables de atentar contra el Estado establecido, que la pena capital; la cual, por lo demás, hacía ya mucho que debía haberseles aplicado, si el sector gobernante conservara la energía de otros tiempos y no estuviera lleno de cobardes e incapaces, esclavos de la molicie, que ante el amago de sus verdugos parecían no encontrar más expediente para ponerse a salvo, que algún milagro divino, y que todavía trataban de contemporizar con el enemigo cuando lo tenían inerme e indefenso entre las manos; en vista de lo cual, el orador exhortaba a sus colegas a resolver, con energía represora digna de sus antepasados, el asunto de que estaban conociendo, sin seguir titubeando en dictaminar las medidas más drásticas contra reos sorprendidos en flagrante delito de sedición, sobre todo en virtud de que su intentona no se circunscribía a Roma solamente, sino que se extendía a Italia y hasta a las mismas provincias, lo que revelaba la gravedad de la conspiración y decidía al orador a exigir del senado que

dictaminara sin miramiento alguno, contra los cabecillas enjuiciados, la pena de muerte, conforme a lo practicado por el uso en semejantes casos: . . . *more majorum ultimum supplicium* . . . , según la frase textual que pone en sus labios Salustio.

Terminado su discurso, vuelve Marco Porcio a tomar asiento en su escaño, en medio del aplauso y las aclamaciones de la mayoría oligárquica que, contagiada de pronto por la candente vehemencia represora del apóstrofe que acababa de oír, y momentáneamente envalentonada por la inyección de efímero entusiasmo aplicada a su anemia política por el aplomo verbal de dicha allocución, primero obliga a callar a Cayo Julio César, ahogando en amenazante y alharaquiento clamor las palabras con que éste intenta replicar a Catón; y luego decide el voto de la asamblea de las nonas en el sentido propuesto por dicho corifeo de la extrema reacción, haciéndose responsable del insólito y siniestro decreto senatorial de aquella fecha, cuyo fatídico texto condenó a los dirigentes catilenarios urbanos a la pena de muerte.

Así concluyó la célebre asamblea senatorial de las nonas de diciembre del año de 63 a.C., en cuyo seno pronunció Cicerón la última en orden cronológico de sus cuatro diatribas consagradas a combatir el complot catilinario; y tal parece que el templo de la Concordia —que en aquella ocasión había servido de recinto oficial al senado—, al abrir sus puertas para dar salida, después de la sesión, a los *patres*, se convirtió para Roma en nueva caja de Pandora, pues de su seno se desprendieron los males que durante varios años consecutivos fueron azote de la ciudadanía; cuyo ilegal, alevoso y cruel aplastamiento por parte del gobierno verificóse, a partir de entonces, en los tres actos o episodios siguientes: el aten-

tado oficial que, antes de concluir aquel mismo año de 63, segó en el cadalso la vida de los principales catilinarios urbanos; la campaña militar que en 62 culminó con la derrota y el exterminio del proletariado etrurio levantado en armas, por las legiones gubernamentales enviadas a combatirlo, y la persecución judicial de que en la propia metrópoli fueron víctimas todos los sospechosos de complicidad o simpatía con la conjura: persecución que se prolongó hasta fines del año 61 a.C.

Efectivamente, no bien quedó redactado y promulgado el decreto capital del cinco de diciembre, y habiéndose levantado la sesión respectiva hacia el atardecer, Cicerón da instrucciones a los *triumviri capitales* o verdugos públicos de preparar con urgencia el cadalso; ordena a los pretores en ejercicio el traslado de los condenados desde el domicilio en que cumplen su arresto hasta la cárcel pública que les servirá de patíbulo, encargándose el cónsul en persona de hacer lo mismo con el expretor Léntulo; todo lo cual proveído, los sentenciados descienden uno a uno al fondo del tétrico calabozo denominado el Tullianum, en cuyas tinieblas van siendo estrangulados por los verdugos a medida que bajan.

Inmediatamente después de cuya macabra tarea, Cicerón no es capaz de resistir a la tentación de ir a ostentarse públicamente en su nuevo papel de vengador del Estado, acudiendo desde la cárcel al foro, que se hallaba atestado de ciudadanos, a los cuales anuncia la ejecución que acababa de llevar a cabo, con el solemne y a la vez sarcástico laconismo de la palabra latina *vixerunt*, único término pronunciado por él en la tribuna para dar a la muchedumbre la noticia de que los conspiradores habían dejado de existir; a continuación de lo cual, los optimates le forman cortejo por las calles hasta las puertas de su

domicilio, proclamándolo a gritos el *padre de la patria*: expresión con que el tradicionalismo historiográfico lo siguió presentando a la posteridad, naturalmente sin declarar el sentido clasista y minoritario que, en la citada frase, tiene la palabra *patria*.

Al año siguiente tiene lugar el aplastamiento y exterminio del mal armado ejército en que se había organizado el proletariado rural etrusco para la rebelión, y que, al mando de Catilina en persona, después de algunas escaramuzas con las fuerzas gubernamentales en que su debilidad se pone de manifiesto, decide retirarse hacia la Galia Cisalpina, a través de los desfiladeros de los Apeninos. Por desgracia, la maniobra resulta tardía, pues perseguido el ejército rebelde por el cónsul Antonio Híbrida por el sur, encuentra la única salida hacia el norte bloqueada ya por las huestes de Metelo, que al efecto había dado un rodeo por el Piceno: así acorraladas por el enemigo, las fuerzas de Catilina no tienen más remedio que ofrecer batalla, entablando un desesperado combate contra la abrumadora superioridad de los ejércitos de la oligarquía, ante los cuales acaban, naturalmente, por sucumbir, haciéndose exterminar todos y cada uno de los sublevados, inclusive su turbulento dirigente y general.

Finalmente, desde 63 hasta 61, el gobierno no da tregua a los procesos de sedición con que fueron perseguidos numerosos ciudadanos de filiación opositora, arrastrados ante los tribunales oligárquicos por delatores al servicio de la casta oficial, y casi invariablemente condenados sin pruebas fehacientes de su responsabilidad, según lo demuestra el caso de Lucio Sila —descendiente del dictador homónimo—, amigo personal de Cicerón, a quien éste hubo de patrocinar en juicio, defendiéndolo

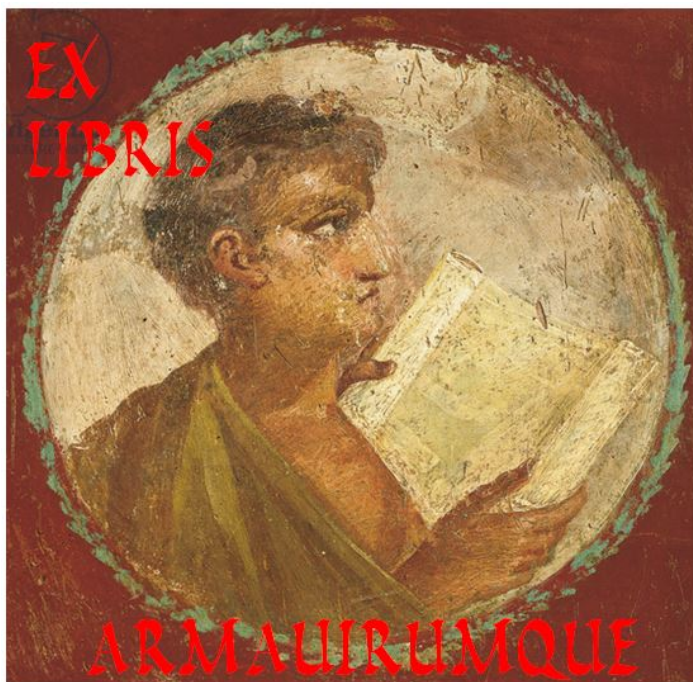
de la imputación de catilinario que se le hacía, y sacándolo a duras penas de las garras de sus parciales jueces mediante el alegato y discurso pronunciado en la ocasión por el arpinata y conservado íntegro hasta la fecha.

En 61 concluye definitivamente la represión de la conjura en contra de la cual fueron pronunciadas las cuatro famosas arengas ciceronianas que este prefacio ha pretendido explicar. Tal represión implicó el último acto del despotismo oligárquico. Los dos años siguientes, en efecto, sirven de límite histórico a la república romana, en que el poder público fue monopolio de la casta senatorial: 60 marca el fin de su existencia y 59 el comienzo de su demolición.

Y como símbolos de una y otra fecha, dos acontecimientos se producen en cada uno de esos años, relacionados ambos con el tema que en estas páginas ha sido objeto de nuestra atención: en 60 aparece —corregida por su autor y tal como ha llegado hasta nosotros— la primera edición de las *Catilinarias*; defensoras del régimen que está por concluir; y en 59 —según el testimonio que en su *Pro Flacco* da de ello Cicerón— un buen día amanece toda cubierta de flores, póstumo homenaje de simpatía popular, la tumba de Lucio Sergio, el impaciente y malogrado demoledor del sistema que se empieza a deshacer.

CATILINARIAS DE CICERÓN

TEXTOS LATINO Y ESPAÑOL



A = Ambrosianus C 29 inf (siglo x).

a = Laurentianus XLV 2 (siglo xiii).

b = Benedictoburanus, nunc Monacensis 4611 (siglo xii).

C = Cluniacensis 498, nunc Holkhamicus 387 (siglo ix).

cet. = codices et testimonia, excepto uno uel altero qui ante aut post laudatur.

codd. = omnes codices.

dett. = codices recentiores.

h = Harleianus 2682 (siglo xi).

l = Harleianus 2716 (siglo ix ó x).

o = Oxoniensis Corp. Christi 57 (siglo xii).

s = Salisburgensis, nunc Monacensis 15964 (siglo xi).

t = Tegernseensis, nunc Monacensis 19472 (siglo xi).

test. = testimonia.

u = Egmontanus, nunc Bruxellensis 10060 (siglo xi).

V = Vossianus Lat. O 2 (siglo xi).

x = Laurentianus L 45 (siglo xi).

M. Tulli Ciceronis oratio qua
L. Catilinam emisit in
senatu habita^{*}

I. ¹ QUO USQUE tandem¹ abutere, Catilina, patientia nostra? quamdiu etiam furor iste tuus nos eludet? quem ad finem sese effrenata iactabit audacia? Nihilne² te nocturnum praesidium Palati, nihil urbis uigiliae, nihil timor populi, nihil concursus bonorum omnium, nihil hic munitissimus habendi senatus locus, nihil horum ora uoltusque mouerunt? Patere tua consilia non sentis? constrictam iam horum omnium scientia teneri coniurationem tuam non uides? Quid proxima, quid superiore nocte egeris, ubi fueris, quos conuocaueris, quid consili ceperis, quem nostrum ignorare arbitraris?

¹ Quo usque — audacia habet ANON. K. II 72, 21 et IULIUS VICTOR K II 439, 23 || Quo usque — nostra habent QVINT. Inst. Or. 4, 1, 68; 9, 2, 7 et PRISC. K III 89, 1: 139, 9; 320, 15 et RVFIN. K VI 573, 20 et VICTORINVS H 581, 12 || Quo usque — Catilina habet POMPEIUS K V 133, 15 || Quo usque tandem abutere habet DIOM. K I 453, 11 || abutere — nostra habet ARVS K VII 451, 1 || quam diu — audacia habet POMPEIUS K V 133, 16 || etiam cet. om. POMPEIUS || nos cet. om. A et IULIUS VICTOR || effrenata cet. om. POMPEIUS || Nihilne te — mouerunt habet QVINT. Inst. Or. 9, 3, 30 et DIOM. K I 446, 16 || Nihilne — locus habet POMPEIUS K V 282, 12 || Nihilne — concursus habet SERVIUS K IV 484, 32 || Nihilne — Palatii habet POMPEIUS K V 133, 17 || nihil hic — locus habet PRISC.

Discurso de Marco Tulio Cicerón mediante el cual expulsó a L. Catilina pronunciado en el senado*

I. ¹ ¿HASTA cuándo abusarás, Catilina, de nuestra paciencia? ¿Por cuánto tiempo aún hemos de seguir siendo juguete de tu insensatez? ¿A qué extremo irá a llegar tu temeridad sin límites? ¿No han logrado, para nada, intimidarte ni la guarnición nocturna acuartelada en el Palatino, ¹ ni las rondas que recorren la ciudad, ² ni el pánico del pueblo, ³ ni esta asistencia en masa de próceres personajes, ⁴ ni el imponente retén que custodia este sitio erigido en recinto del senado, ⁵ ni la actitud y semblantes de los aquí reunidos? ⁶ ¿No te percatas de lo escandalosas que resultan todas tus maquinaciones? ¿No comprendes que la mera circunstancia de ser ya bien notoria a todos los presentes, maniata por sí sola a tu conjura? ¿O quién te imaginas que ignora entre nosotros los pasos que anoche y antenoche diste, la cita a que acudiste, las personas que a la misma convocaste y la resolución que en ella has adoptado? ⁷

K II 410, 11; 425, 26; III 234, 1 || *munitissimus* — *locus habet* PRISC. *K* II 411, 7 || *concursum cet.* : *consensus* QVINT. || *Patere* — *sentis habet* RVFINIANVS *H* 44, 9 = *tuam cet. om.* CAV || *Quid* — *egeris habet* PRISC. *K* III 363, 17 *quem* — *arbitraris habet* RVFINIANVS *H* 44, 10.

² O tempora! o mores!³ Senatus haec intellegit, consul uidet; hic tamen uiuit. Uiuit?⁴ immo uero etiam in senatum uenit, fit publici consili particeps, notat et designat oculis ad caedem unumquemque nostrum. Nos autem, fortes uiri,⁵ satis facere rei publicae uidemur, si istius furorem ac tela uitamus. Ad mortem te, Catilina, duci iussu consulis iam pridem oportebat, in te conferri pestem quam tu in nos omnis iam diu machinaris. ³ An⁶ uero uir amplissimus, P. Scipio, pontifex maximus, Ti. Gracchum, mediocriter labefactantem statum reipublicae, priuatus interfecit; Catilinam orbem terrae caede atque incendiis uastare cupientem nos consules perferemus? Nam illa nimis antiqua praetereo, quod C. Seruilius Ahala Sp. Maelium, nouis rebus studentem, manu sua occidit. Fuit, fuit ista quondam in hac republica uirtus, ut uiri fortes acrioribus suppliciis ciuem perniciosum quam acerbissimum hostem coercerent. Habemus senatus consultum in te, Catilina, uehemens et graue; non deest rei publicae consilium neque auctoritas huius ordinis; nos, nos, dico aperte, consules desumus.

² O tempora, o mores *habet* QVINT. *Inst. Or.* 9, 2, 26 et PRISC. K III 89, 7 || senatus — uidet *habet* MART. CAPELLA H 475, 12 || hic — uenit *habet* QVINT. *Inst. Or.* 9, 3, 44 et CASSIODORVS H 499, 21 || hic tamen uiuit et etiam — uenit *habet* ISID. II 9, 11 || uero *cet. om.* CASS. || notat — oculis *habet* SERV. *Aen.* III 515 et V 317 || si — uitamus *habet* PRISC. K II 470, 13 || uitamus CAV: — emus *cet.* || in nos omnis *cet.*; in omnis AV.

³ An uero — perferemus *habet* QVINT. *Inst. Or.* 8, 4, 13 et VICTORINVS H 227, 26 || P. Scipio — perferemus *habet* MART. CAPELLA H 469, 6 || an uero uir amplissimus *cet.*: an uero VICTORINVS || Ti. Gracchum *cet.*: Gracchum QVINT. || Catilinam *Aah* QVINT. VICT. CAPELLA: Catilinam uero *cet.* || Nam illa — occidit *habet* POMPEIUS K V 299, 29 || quod *cet.*: quodque CAsh || C. CAa: Q. *cet.* || Fuit — uirtus *habet* PRISC. K III 32, 12; 109, 11 uehemens et graue *cet.*: uehemens AV || nos, nos — desumus *habet* PRISC. K III 109, 15 et MART. CAPELLA H 481, 12.

2 ¡Oh, qué tiempos, qué costumbres! El senado está al tanto de dichos pormenores, un cónsul los está materialmente viendo, y éste vive todavía. ¿Vive? Pero si hasta se atreve a venir al senado, se hace partícipe del consejo público,⁸ con sus propios ojos elige y destina al matadero a quien de entre nosotros más le cuadra, mientras nosotros, varones animosos, con sólo esquivar la tirria y las arremetidas de semejante energúmeno damos por harto cumplida nuestra intervención política.⁹ Hace ya días, Catilina, que mediante una simple disposición consular hubiera sido legítimo arrastrarte hasta el patíbulo,¹⁰ desviando de esa manera hacia tu propia cabeza, precisamente la calamidad que ha tanto tú tramas en contra de nosotros. 3 En efecto: si varón tan ilustre como el pontífice máximo Publio Escipión,¹¹ no siendo más que un simple particular,¹² mató a Tiberio Graco¹³ tan sólo por haber éste intentado reformar parcialmente nuestra organización constitucional,¹⁴ nosotros, cónsules en pleno ejercicio, ¿tendríamos por qué andar con mayores miramientos a propósito de un Catilina obstinado en dejar completamente arrasada a sangre y fuego la integridad de la tierra? Y no quiero traer aquí a colación otros precedentes por el estilo, y aún más remotos, de nuestra historia, como cuando, por ejemplo, Cayo Servilio Ahala¹⁵ mató a Espurio Melio¹⁶ con su propia mano por haber andado éste promoviendo innovaciones. ¡Tal fue, en efecto, tal fue la energía con que en esta república solieron antaño¹⁷ sus viriles próceres escarmentar a un miembro nocivo de la ciudadanía, que hacíanlo con más saña que con el peor enemigo!¹⁸ Y yo dispongo en apoyo de mis actos de un senadoconsulto tan terrible como categórico en tu contra, Catilina:¹⁹ ni la oportuna deliberación de este cuerpo senatorial para formularlo, ni su correspondiente promulgación en forma faltan ya a la seguridad pública;²⁰ somos nosotros, lo declaro sin ambages, somos nosotros, los cónsules, quienes no hemos cumplido aún con su ejecución.²¹

II ⁴ Decreuit quondam senatus uti L. Opimius consul uideret ne quid res publica detrimenti caperet; nox nulla intercessit. Interfectus est propter quasdam¹ seditionum suspensiones C. Gracchus, clarissimo patre, auo, maioribus; occisus est cum liberis M. Fuluius consularis. Simili senatus consulto C. Mario et L. Valerio consulibus est permissa república. Num unum diem postea L. Saturninum, tribunum plebis, et C. Seruilius, praetorem, mors ac reipublicae poena remorata est? At uero nos uicesimum iam diem patimur hebescere aciem² horum auctoritatis. Habemus enim eius modi senatus consultum, uerum inclusum in tabulis, tamquam in uagina³ reconditum; quo ex senatus consulto confestim te interfectum esse, Catilina, conuenit. Uiuís, et uiuís non ad deponendam, sed ad confirmandam audaciam. Cupio, patres conscripti, me esse clementem; cupio in tantis rei publicae periculis non dissolutum uideri; sed iam me ipse inertiae nequitiaeque condemno. ⁵ Castra sunt in Italia contra populum Romanum in Etruriae faucibus conlocata; crescit in dies singulos hostium numerus; eorum autem castrorum imperatorem ducemque hostium intra moenia atque adeo in senatu uidemus, intestinam aliquam cotidie perniciem rei publicae molientem. Si te iam,

⁴ uti CAVh: ut cet. || detrimenti caperet *clausula vitiosa* || uero cet. om. ah || eius CAV: huiusce ah || Vivis — audacium habet QVINT. *Inst. Or.* 9, 3, 29.

⁵ crescit — numerus habet ARVS. K VII, 487, 21 || crescit in dies singulos habet DIOM. K I 412, 11 uidemus cet.: — tis A Vah || Si te, Catilina — dicat habet QVINT. *Inst. Or.* 9, 3, 19 || te iam cet.: te QVINT. || *Post iam pridem desinit* C || tam perditus AV: nemo tam perditus cet.

II. ⁴ Hace algún tiempo, también decretó el senado que el cónsul a la sazón en funciones Lucio Opimio¹ “se encargara de que la constitución no sufriera el menor menoscabo”;² ni una noche pasó en vano: Cayo Graco,³ personaje de padre, abuelo y antepasados por demás esclarecidos, fue liquidado al punto por meras sospechas de estar preparando una sedición, al mismo tiempo que Marco Fulvio, todo un varón consular,⁴ era eliminado, también, en compañía de sus hijos. Mediante un senadoconsulto idéntico al anterior, confiése la integridad de nuestra organización republicana a los entonces cónsules Cayo Mario y Lucio Valerio;⁵ la muerte, la represión gubernamental del tribuno de la plebe Lucio Saturnino y de Cayo Servilio, pretor, a la sazón, en funciones,⁶ ¿fueron, acaso, aplazadas para un día después? ¡Y ya son veinte, en cambio, los que yo he permitido que la eficacia de una resolución de esta asamblea subsista neutralizada!⁷ Porque, en efecto, dispongo en apoyo mío de un senadoconsulto exactamente igual a cuantos quedan citados, si bien guardado en los archivos públicos, como escondido en su vaina: senadoconsulto conforme a cuyos términos sería legal, Catilina, hacerte morir al punto.⁸ No obstante lo cual, vives; y vives, no para deponer tus pretensiones, sino para insistir en ellas. Yo he venido haciendo cuanto ha estado en mis manos para ser morigerado, padres conscriptos:⁹ y es que no quiero que en medio de tan grave perturbación social como la que nos acecha se me vaya a motejar de arbitrario;¹⁰ ¡pero ahora ya casi estoy por culparme a mí mismo de apático y pusilánime! ⁵ En efecto: en Italia, en las gargantas mismas de la Etruria,¹¹ se halla acampado un ejército hostil al pueblo romano; crece, de día en día, en sus filas el número de nuestros enemigos;¹² ¡y al general de esas tropas, al cabecilla de esos rebeldes lo vemos dentro de nuestras murallas y aquí mismo inclusive, en pleno senado, maquinando a cada paso algún nuevo atentado contra nuestra sociedad! Por lo que si yo ordenara, Catilina, que en este preciso instante fueses aprehendido y muerto, estoy seguro de que en vez de preocuparme de

Catilina, comprehendi, si interfici iussero, credo, erit uerendum mihi ne non hoc potius omnes boni serius a me quam quisquam crudelius factum esse dicat.

Verum ego hoc, quod jampridem factum esse oportuit, certa de causa nondum adducor ut faciam. Tum deniquè interficere, cum iam nemo tam improbus, tam perditus, tam tui similis inueniri poterit, qui id non iure factum esse fateatur. ⁶ Quamdiu quisquam erit qui te defendere audeat, uiues ita ut uiuis, multis meis et firmis praesidiis obsessus, ne commouere *te* contra rem publicam possis. Multorum te etiam oculi et aures non sentientem, sicut adhuc fecerunt, speculabuntur atque custodient.

III. Etenim quid est, Catilina, quod iam amplius exspectes, si neque nox tenebris obscurare coetus nefarios nec priuata domus parietibus continere uoces coniurationis tuae potest, si inlustrantur, si erumpunt¹ omnia? Muta iam istam mentem, mihi crede; obliuiscere caedis atque incendiorum. Teneris undique; luce sunt clariora nobis tua consilia omnia, quae iam mecum licet recognoscas. ⁷ Meministine me ante² diem XII Kalendas Nouembris dicere in senatu fore in armis certo die, qui dies futurus esset ante diem VI Kal. Nouembris, C. Manlium, audaciae satellitem atque administrum tuae? Num me fefellit, Catilina, non modo res tanta, tam atrox tamque incredibilis, uerum, id quod multo magis est admirandum, dies? Dixi ego idem in senatu

⁶ commouere *te* *cet.* : commouere *A* *Vao* || tuae *om.* *A* *V* || si inlustrantur — mentem habet NONIVS 335, 34 || si inlustrantur, ni erumpunt omnia habet CHAR. K I 227, 3; 392, 28 et DOSITHEVS K VII 419, 16 || inlustrantur *cet.* : lustrantur NON. || obliuiscere — incendiorum habet ARVS. K VII 495, 27.

⁷ qui dies — Nouembres habet PRISC. K III 315, 26 || Kalendes Nouembres *cet.* : — arum — brium PRISC. || tanta tam atrox *cet.* : tanta *A* *V* || Dixi — contulisse habet CHAR. K I 389, 30

que alguien fuese a tachar de exorbitante el rigor de tal acto, debería más bien temer que los buenos ciudadanos me reprochasen en coro su largo aplazamiento.

Sin embargo, este paso, que desde hace tanto tiempo hubiera sido legítimo emprender resueltamente, todavía no quiero darlo por una razón evidente: sólo habrás de ser escarmentado, en definitiva, cuando ya no pueda encontrarse a nadie tan inicuo, tan perdido, tan semejante a ti, que no confiese que tu ejecución ha tenido lugar conforme a derecho.¹³ ⁶ Mientras exista, pues, alguien que aún ose defenderte, podrás seguir viviendo, pero como ahora vives: asediado por los múltiples e infalibles recursos de que dispongo,¹⁴ a fin de que no puedas sublevarte contra el Estado. Y, naturalmente, los ojos y los oídos de numerosos agentes míos te seguirán observando y atisbando, tal y como hasta la fecha, sin que de ello te percates.

III. Y a propósito, Catilina, ¿qué razón puede haber ya para que sigas alimentando esperanzas, si ni la noche puede ocultar en sus tinieblas tus conciliábulos, ni una casa privada sofocar tras sus muros los rumores de tu conspiración;¹ si ya todo está al descubierto y se echa bien de ver? Creeme: cambia ya de manera de pensar; olvida la masacre y los incendios. Estás materialmente copado; todas tus maniobras resultan para nosotros más claras que la luz, y por cierto que ninguna otra ocasión puede venir tan a propósito como la presente para que les vayas pasando revista conmigo. ⁷ ¿No recuerdas que el día veintiuno de octubre² dije yo en el senado que Cayo Manlio,³ prosélito y agente de tu avilantez, se levantaría en armas un día preciso, que habría de ser el veintisiete de ese mismo mes en curso?⁴ ¿Acaso me hizo mentir, Catilina, no ya el mero anuncio de tan grave, de tan tremenda, de tan increíble advertencia, sino —lo cual es más aún de admirar— el vaticinio de su fecha exacta? También entonces dije en el senado

|| ego idem *cet.* : ego CHAR. || tum cum — conseruandi *habet* CHAR. K I 232, 2 || Roma *cet.* : — mae CHAR. || commouere *cet.* : — ri A Vo || contra rem publicam non potuisse *cet.* : non potuisse A V || te c. a. : contentum te A V

caedem te optimatum contulisse in ante diem V Kalendas Nouembris, tum cum multi principes ciuitatis Roma non tam sui conseruandi quam tuorum consiliorum reprimendorum causa profugerunt. Num infitiri potes te illo ipso die, meis praesidiis, mea diligentia circumclusum, commouere te contra rem publicam non potuisse, cum tu, discessu ceterorum, nostra tamen, qui remansissemus, caede te contentum esse dicebas?³ ⁸ Quid ? cum te Praeneste Kalendis ipsis Nouembribus occupaturum nocturno impetu esse confideres, sensistin⁴ illam coloniam meo iussu, meis praesidiis, custodiis, uigiliis esse munitam ? Nihil agis, nihil moliris, nihil cogitas quod non ego* non modo audiam, sed etiam uideam planeque sentiam. IV. Recognosce tandem mecum noctem illam superiorem; iam intelleges multo me uigilare acrius ad salutem, quam te ad perniciem rei publicae. Dico te priore nocte uenisse inter falcarios (non agam obscure) in M. Laecae domum; conuenisse eodem compluris eiusdem amentiae scelerisque socios. Num negare audes ? quid taces ? Conuincam, si negas. Video enim esse hic in senatu quosdam, qui tecum una fuerunt. ⁹ O

⁸ Nihil agis — cogitas *habet* ISID. II 21, 6 || non ego non modo *Halm* : ego non modo non V ego non modo *cet.* || mecum tandem *cet.* : t. m. *ah.* Dico te — falcarios *habet* PRISC. K III 310, 3 et SERV. *Aen.* XII 437.

⁹ O di — numero *habet* MART. CAP. H 471, 23 || O dii — sumus *habet* SERGIUS K IV 510, 10 et ISID. II 21, 19 || ubinam gentium sumus *habet* SERGIUS K IV 558. 22 || quam rem publicam habemus ? in qua urbe uiuimus ? *cet.* : in qua u. uiuimus ? quam

que te habías reservado la matanza de nuestros más prominentes personajes para el veintiocho de octubre,⁵ día en que numerosos próceres de nuestra comunidad, no tanto por precaverse de tus designios cuanto por hacerlos quedar en ridículo, se apresuraron, por cierto, a ausentarse de Roma. ¿Y puedes negar acaso que aquella misma ocasión,⁶ bloqueado por mis aprestos y por mi diligencia, no pudiste sublevarte contra el Estado, aun cuando andabas vociferando que, en vista de que la mayoría de tus víctimas se había puesto a buen recaudo, te darías por bien servido con la masacre, al menos, de quienes permanecíamos presentes? ⁸ ¿Y qué? Cuando confiabas en que, mediante un asalto nocturno Preneste⁷ habría de ser ocupado por ti, ¿no hubiste de comprobar que esa colonia, gracias a oportunas disposiciones y órdenes mías, se encontraba bien provista de escolta y de centinelas? ¡Nada haces, nada proyectas, nada piensas sin que yo al punto lo sepa, no sólo por referencias, sino advirtiéndolo diáfananamente y como si, inclusive, me hallara empapado en ello! IV. Repasa, si no, conmigo los acontecimientos de antenoche:¹ así quizá comprendas que yo pongo más empeño en la conservación del Estado que tú en su ruina. Digo que antenoche te trasladaste al barrio de los Falcarios;² es más, para no andar con rodeos: al propio domicilio de Marco Leca;³ que concurrió al mismo sitio buen número de cómplices⁴ de la demencia y el sacrilegio de dicho personaje. ¿Te atreverás, por ventura, a negarlo? ¿Por qué guardas silencio? Si rechazas el cargo, podré sostenértelo: veo, en efecto, que aquí, en pleno senado, se encuentran presentes algunas de las personas que te hicieron compañía.⁵

r. p. habemus ? *ah* || hic, hic sunt nostro (*sic*) habet SACERDOS K VI 443, 2 || nostro omnium *Aah* : nostrum omnium *cet.* || qui de huius — cogitant habet ANON. H 75, 13 || cogitent *cet.* : — tant ANON. || Fuisti — Italiae habet ANON. H 74, 3 || Fuisti — Catilina habet FORTVN. H 112, 1 || Fuisti apud Laecam (*sic*) habet ANON. H 75, 28 || dixisti (*sic*) quo quemque — placeret habet ANON. H 75, 28 || me in meo lecto (*sic*) habet PROBVS K IV, 29, 32 et SACERDOS K VI 481, 1 interfecturos esse *cet.* : interfecturos *a.*

di immortales ! ubinam gentium sumus?¹ quam rem publicam habemus ? in qua urbe uiuimus ? Hic, hic sunt, in nostro numero, patres conscripti, in hoc orbis terrae sanctissimo grauissimoque consilio, qui de nostro omnium interitu, qui de huius urbis atque adeo de orbis terrarum exitio cogitent. Hos ego² uideo consul et de re publica sententiam rogo, et quos ferro trucidari oportebat, eos nondum uoce uolnero.

Fuisti igitur apud Laecam illa nocte, Catilina; distribuisti partis Italiae; statuisti quo quemque proficisci placeret; delegisti quos Romae relinqueres, quos tecum educeres; discripsisti urbis partis ad incendia; confirmasti te ipsum iam esse exiturum; dixisti paulum tibi esse etiam nunc³ morae, quod ego uiuerem. Reperti sunt duo equites Romani qui te ista cura liberarent et se illa ipsa nocte paulo ante lucem me in meo lecto⁴ interfec-turos esse pollicerentur. ¹⁰ Haec ego omnia, uixdum etiam coetu uestro dimisso, comperi; domum *meam* maioribus praesidiis muniui atque firmaui; exclusi eos quos tu ad me salutatum⁵ mane miseras, cum illi ipsi uenissent, quos ego iam multis ac summis uiris ad me id temporis uenturos esse praedixeram.

V. Quae cum ita sint,¹ Catilina, perge quo coepisti; egredere aliquando ex urbe; patent portae; proficiscere. Nimium diu te imperatorem tua illa Manliana castra desiderant. Educ tecum etiam omnis tuos; si minus, quam plurimis purga urbem. Magno me metu liberabis, modo inter me atque te murus intersit. Nobiscum uersari

¹⁰ domum meam *cet.* : domum A Va || Quae cum — proficiscere *habet* QVINT. *Inst. Or.* 9, 3, 45 || proficiscere — desiderant *habet* RVFINIANVS H 45, 18 || plurimis *L. Havel* : — mos *cet.* || magno — liberabis *habet* ARVS. K VII 490, 16 || liberabis *cet.* : — raberis A V || modo A V : dummodo *cet.* || non feram — sinam *habet* ISID. II 21, 6.

⁹ ¡Oh, dioses inmortales! ¿Qué país habitamos? ¿Qué régimen nos gobierna? ¿En qué ciudad vivimos? ¡Aquí, aquí, padres conscriptos, en nuestro número, en esta asamblea, la más respetable y augusta de toda la tierra,⁶ hay individuos que están preparando nuestro exterminio en masa, la destrucción de esta metrópoli y la del mundo entero! ¡Y yo, un cónsul, los miro, recojo su sufragio sobre los asuntos públicos, y no mortifico ni con la palabra⁷ a quienes tendría derecho de hacer añicos en el patíbulo!

Conque antenoche, Catilina, fuiste a la casa de Leca; en cuyo domicilio, repartiste a tus adláteres las comarcas de la Italia,⁸ asignaste a cada cual la región a que le plugo ser comisionado, escogiste las gentes que habrías de dejar en Roma así como las que llevarías a tu vera y, en fin, afirmaste que por tu parte ya estabas dispuesto a salir, salvo que aún te veías constreñido a una breve detención porque yo seguía viviendo: contratiempo del cual dos caballeros romanos se ofrecieron, por cierto, a desembarazarte,⁹ comprometiéndose ambos espontáneamente a asesinarme con sus propias manos, en mi lecho mismo y aquella misma velada, hacia el despertar del alba.¹⁰ ¹⁰ Todo lo cual, pasó a mi conocimiento no bien disuelto vuestro conciliábulo; por lo que redoblé con pertrechos extraordinarios la defensa y protección de mi domicilio, cerrando, naturalmente, su entrada a quienes tú habías enviado a ofrecerme tu saludo matutino, por la sencilla razón de que con él acudían precisamente aquellos individuos que —tal y como lo tenía yo ya advertido a numerosas e influyentes personalidades—¹¹ debían hacerse presentes exactamente a esa hora.

V. En consecuencia, Catilina, persevera en lo que has ya iniciado: ¡salte de la ciudad!, ¡sus puertas están abiertas!, ¡vete! ¡Hace mucho que te anhelan por caudillo las tropas aquellas que has encomendado a Manlio! Llévate también a todos sus camaradas o, al menos, expurga a esta metrópoli del mayor número de ellos; con el solo hecho de que medien entre tú y yo las murallas, me librarás de un gran peso. Ya no puedes seguir entre

iam diutius non potes; non feram, non patiar, non sinam. ¹¹ Magna dis immortalibus habenda est atque huic ipsi Ioui Statori, antiquissimo custodi hujus urbis, gratia, quod hanc tam taetram, tam horribilem, tamque infestam rei publicae pestem totiens iam effugimus. Non est saepius in uno homine summa salus periclitanda rei publicae. Quamdiu mihi, consuli designato, Catilina, insidiatus es, non publico me praesidio, sed priuata diligentia defendi. Cum, proximis comitiis consularibus, me consulem in campo et competitores tuos interficere uoluisti, compressi conatus tuos nefarios amicorum praesidio et copiis, nullo tumultu publice concitato; denique, quotienscumque me petisti,² per me tibi obstiti, quamquam uidebam perniciem meam cum magna calamitate rei publicae esse coniunctam. ¹² Nunc iam aperte rem publicam uniuersam petis; templa deorum immortalium, tecta urbis, uitam omnium ciuium, Italiam totam, ad exitium et uastitatem uocas. Quare quoniam id quod est primum et quod huius imperi disciplinaeque maiorum proprium est facere nondum audeo, faciam id quod est ad seueritatem lenius, ad communem salutem utilius. Nam si te interfici iussero, residebit in re publica reliqua coniuratorum manus; sin tu, quod te iamdudum hortor, exieris, exhaurietur ex urbe tuorum comitum magna et perniciosa sentina rei publicae. ¹³ Quid est, Catilina? num dubitas id me imperante facere quod

¹¹ horribilem *cet.* : terri — V || horribilem *post gratia habet A.*

¹² rem publicam — uocas *habet IULIVS SEVERIANVS H 367, 23 || lenius ad ah : lenius et ad cet. || sentina rei publicae habet QVINT. Inst. Or. 8, 6, 4.*

¹³ non oderit *cet.* : te non oderit *at non o. te h || in fama Ant. Augustinus : infamiae cet. infamia a.*

nosotros por más tiempo: ¡ni lo soportaré, ni lo toleraré, ni lo consentiré yo! ¹¹ Gratitude infinita débese tributar a los dioses inmortales, y muy especialmente a Júpiter Estator,¹ aquí presente, el más antiguo patrono de esta ciudad, por habernos ayudado a sortear ya tantas veces tan espantosa, tan horrenda, tan nociva epidemia como la que está minando el organismo social; pero ya no es posible seguir abandonando por más tiempo, al capricho de un solo hombre, la integridad suprema del Estado. Cuando, siendo yo ya cónsul electo,² Catilina, te propusiste hostigarme, me coloqué a buen recaudo de tus amagos apelando, no al aparato coactivo de mi magistratura, sino exclusivamente a mis personales recursos. Durante los pasados comicios consulares,³ cuando en el Campo de Marte⁴ quisiste asesinarlos a mí, ya entonces cónsul en pleno ejercicio, y a tus competidores electorales, logré frustrar tu sacrílega tentativa⁵ ateniéndome tan sólo al apoyo y a las fuerzas de mis copartidarios, sin llegar nunca a declarar oficialmente estado de alarma alguno;⁶ en suma, cuantas veces me agrediste individualmente a mí, te resistí por mí mismo, aun cuando comprendía bien que mi derrota personal estaba íntimamente vinculada con el más grave de los desastres políticos. ¹² Pero ahora ya arremetes, sin entrar en distingos, contra la organización social en su conjunto. Destinas al exterminio y a la desolación los templos de los dioses inmortales, los edificios de esta ciudad, la vida de todos sus moradores, la Italia entera: en vista de lo cual y ya que estoy decidido a no hacer de inmediato lo que aparentemente parecería preferible —además de que, por otra parte, sería lo que compete cabalmente, tanto a la investidura que detento, como a las prácticas consuetudinarias de nuestros antepasados—⁷ optaré por hacer algo que, siendo medida menos implacable, resulta, a la vez, más útil al bienestar general. En efecto, si ordenara que fueses ejecutado, continuaría inmiscuyéndose en los asuntos políticos toda la turba supérstite de los demás conjurados; y, en cambio, si te reduzco a salir de la ciudad —a lo que desde luego te exhorto sin la menor reserva—

iam tua sponte faciebas?³ Exire ex urbe iubet consul hostem.⁴ Interrogas me, num in exsilium? Non iubeo, sed, si me consulis, suadeo.

VI. Quid est enim, Catilina, quod te iam in hac urbe delectare possit, in qua nemo est, extra istam coniurationem¹ perditorum hominum, qui te non metuat, nemo qui non oderit? Quae *nota*² domesticae turpitudinis non inusta uitae tuae est? Quod priuatarum rerum dedecus non haeret in fama? quae libido ab oculis, quod facinus a manibus umquam tuis, quod flagitium a toto corpore afuit? Cui tu adulescentulo, quem corruptelarum inlecebris irretisses, non aut ad audaciam ferrum³ aut ad libidinem facem praetulisti? ¹⁴ Quid uero? nuper cum morte superioris uxoris nouis nuptiis domum uacuefecisses, nonne etiam alio incredibili scelere hoc scelus cumulauisti? quod ego praetermitto et facile patior sileri, ne in hac ciuitate tanti facinoris immanitas⁴ aut exstitisse aut non uindicata esse uideatur. Praetermitto⁵ ruinas fortunarum tuarum, quas omnis impendere tibi proximis Idibus senties; ad illa uenio, quae non ad priuatam ignominiam uitiorum tuorum, non ad domesticam tuam difficultatem ac turpitudinem, sed ad summam rem publicam atque ad omnium nostrum uitam salutemque pertinent.

¹⁵ Potestne tibi haec lux, Catilina, aut huius caeli

¹⁴ *uacuefecisses cet.: uacuumfecisses a uacuefecisti h || cumulauisti Wuest: — lasti codd. || Praetermitto — senties habet ARVS, K VII 480, 25 || Praetermitto — tuarum habet ANON. H. 74, 28 || impendere tibi proximis Idibus cet.: proximis Idibus tibi impendere Aah: imp p. tibi Id. ARVS. || domesticam tuam cet.: domesticam AV.*

¹⁵ *qui nesciat A²V: qui sciat A¹ quin sciat a || pridie Kalendas Ianuarias habet PRISC. K III 44, 23 || magnam manum L. Habet:*

se alejará contigo también de ella la canalla de tus correigionarios, esa insalubre y rebosante letrina social.¹³ ¿Qué pasa, Catilina? ¿Titubeas en llevar a cabo, por indicación mía, lo que ya ibas a hacer por iniciativa propia? Un cónsul está ordenando a un enemigo que salga al punto de la capital. Mas, me preguntas: “¿Desterrado, acaso?” Eso no te lo puedo ordenar formalmente, pero, si es mi opinión lo que me pides, sí te lo aconsejo.⁸

VI. ¿Qué hay, en efecto, Catilina, que pueda ya halagarte en esta ciudad, en la que, fuera de tu coalición de degenerados, no existe nadie que no recele de ti, nadie que no te aborrezca? ¿Qué estigma de bajeza personal no mancilla tu existencia? ¿Qué baldón no va unido a cuanto se conoce de tu vida privada? ¿Qué apetito fue ajeno a tus ojos, qué crimen a tus manos en ocasión alguna, y qué torpeza no infamó todo tu cuerpo? ¿A qué mozalbete, de esos que tú has atrapado en las redes de los vicios, no le facilitaste un arma para el desmán o una antorcha para la crápula?^{1 14} ¿Pero qué? Hace poco, cuando, con tal de contraer nuevas bodas, dejaste tu hogar desierto eliminando a tu anterior esposa,² ¿no agravaste ese delito con otro atentado increíble?³ Prefiero pasar por alto tamaña fechoría, y de buena gana me resigno a encubrirla,⁴ con tal de no dar lugar a que se ande murmurando que en nuestra comunidad ha podido consumarse y hasta resultar impune la barbarie de tamaño desafuero. Dejo a un lado, igualmente, la total bancarrota que te amenaza,⁵ según has de comprobarlo para el próximo día trece;⁶ y paso a referirme a lo que atañe, no a la ignominia con que tus vicios manchan tu vida privada, ni al embarazo económico y al oprobio moral de tu hogar, sino al soberano interés público y a la seguridad y a la vida de todos nosotros.⁷

¹⁵ ¿Pueden serte gratos, en efecto, Catilina, esta luz

manum codd. || tuum sed AV: sed a || uero consulem AV: consulem a. quot ego — effugi habet SERVIVS Aen. IX 437 || adsequeris neque AV: adsequeris nihil moliris neque cet.

spiritus esse iucundus, cum scias esse horum neminem, qui nesciat te pridie Kalendas Ianuarias, Lepido et Tullo consulibus, stetisse in comitio cum telo, *magnam* manum, consulum et principum ciuitatis interficiendorum causa, parauisse, sceleri ac furori tuo non mentem aliquam aut timorem tuum, sed Fortunam populi romani obstitisse? Ac iam illa omitto; neque enim sunt aut obscura aut non multa commisa postea. Quotiens tu me designatum, quotiens uero consulem interficere conatus es! quot ego tuas petitiones⁶ ita coniectas, ut uitari posse non uiderentur, parua quadam declinatione et, ut aiunt, corpore⁷ effugi! Nihil agis, nihil adsequeris, neque tamen conari ac uelle desistis. ¹⁶ Quotiens tibi iam extorta est ista sica de manibus! quotiens excidit casu aliquo et elapsa est! [tamen ea carere diutius non potes] quae quidem quibus abs te initiata sacris ac deuota sit, nescio, quod eam necesse putas esse in consulis corpore defigere. VII. Nunc uero quae tua est ista uita? Sic enim iam tecum loquar, non ut odio permotus esse uidear, quo debeo, sed ut misericordia, quae tibi nulla debetur. Venisti paulo ante in senatum. Quis te ex hac tanta frequentia, tot ex tuis amicis ac necessariis salutauit? Si hoc post hominum memoriam contigit¹ nemini, uocis exspectas contume-

¹⁶ iam tibi *cet.*: t. i. *ah* || quotiens excidit *ah*: quotiens uero excidit *cet.* || tamen ea carece diutius non potes *secl. Heumann* || ac *cet.*: aut *A* ut *V* || quod eam — defigere *habet ARVS. K VII 467, 9 et AVGVSTINVS K V 23, 29* || quod *cet.*: ut *AVG.* || necesse *cet. om. AVG.* || putas *cet.*: putes *AVG.* || esse in *cet.*: *etiam ARVS.* || tot ex *AV*: totque ex *a*.

o el aire de este cielo sabiendo que entre los presentes no hay uno solo que ignore que tú, la víspera del día primero de enero⁸ del año en que fueron cónsules Lépido y Tulo⁹ te presentaste armado a los comicios; que emboscaste en su recinto a una nutrida gavilla, con el propósito de asesinar a los cónsules y a los más altos próceres de nuestra comunidad; y que se frustró tu crimen y tu siniestro atentado gracias no, por cierto, a escrúpulo alguno o desistimiento tuyo de última hora, sino a la diosa Fortuna,¹⁰ que cuida al pueblo romano? Y no quiero aquí abundar en las fechorías que perpetraste a continuación, pues ni son un secreto ni resultan tan escasas como para poder enumerarse.¹¹ ¡Cuántas veces intentaste asesinarme, ora siendo apenas cónsul designado, ora ya en el pleno desempeño de mi cargo! ¡Y cuántas de tus arremetidas, enderezadas contra mí de tal modo que parecían no poderse evitar, eludí yo con un ligero esguince o, como vulgarmente se dice, con sólo hurtar el cuerpo! Nada logras, nada alcanzas, y ni por eso renuncias a tus maquinaciones y a tus intenciones.¹⁶ ¡Cuántas veces ha sido materialmente arrancada de tus manos la daga esa que ciñes!¹² ¡Cuántas otras se escurrió brincando de ellas gracias a un mero azar! No obstante, no te es dado, al parecer, prescindir por mucho tiempo de tal arma; y en verdad que no sé a qué culto la has ofrecido y consagrado por voto¹³ cuando crees absolutamente indispensable el dejarla, a todo trance, clavada en el cuerpo de un cónsul. VII. Pero, a decir verdad, ¿para qué quieres la vida esa de que gozas? Porque ahora deseo hablarte en términos que hagan ver que no estoy procediendo contigo alterado por la indignación, como debiera, sino al contrario, inspirado por una misericordia que en modo alguno mereces: acabas, en efecto, de irrumpir, hace un instante, en el senado.¹ Ahora bien, ¿qué persona, de todas las reunidas en este enorme conglomerado; cuál, de entre tantos amigos y parientes tuyos, se ha dignado saludarte siquiera?² Y, puesto que no perdura ni el menor recuerdo de que haya acontecido antes a ninguna otra persona algo por el es-

liam, cum sis grauissimo iudicio taciturnitatis oppressus? Quid quod aduentu tuo ista subsellia uacuefacta sunt, quod omnes consulares, qui tibi² persaepe ad caedem constituti fuerunt, simul atque adsedisti, partem istam subselliorum nudam atque inanem reliquerunt? Quo tandem animo tibi ferendum putas?

¹⁷ Serui mehercule³ mei si me isto pacto metuerent ut te metuunt omnes ciues tui, domum meam relinquendam putarem; tu tibi urbem non arbitraris? et, si me meis ciuibus iniuria suspectum tam grauiter atque offensum uiderem, carere me adspectu ciuium quam infestis omnium oculis conspici mallet; tu, cum conscientia scelerum tuorum agnoscas odium omnium iustum et iamdiu [tibi] debitum, dubitas, quorum mentis sensusque uolneras, eorum adspectum praesentiamque uitare? Si te parentes timerent atque odissent tui neque eos ratione ulla placare posses, ut opinor, ab eorum oculis aliquo concederes. Nunc te patria, quae communis est parens omnium nostrum, *odit ac* metuit, et iamdiu nihil te iudicat nisi de paricidio suo cogitare; huius tu neque auctoritatem uerebere nec iudicium sequere nec uim pertimesces?

¹⁸ Quae⁴ tecum, Catilina, sic agit et quodam modo⁵ tacita

¹⁷ Serui — non arbitraris *habet* IULIVS SEVER. *H* 368, 10 || Serui — putarem *habet* QVINT. *Inst. Or.* 8, 4, 10 || Serui — metuerent *habet* SACERDOS *K* VI 469, 3. ut te *cet.*: quo te IULIVS SEVER. || arbitrare *V*: — ris *Aa* || et si me — uiderem *habet* SACERDOS *K* VI 469. 7 || *Post offensum incipit rursus C* || tibi *secl. L. Habet* || Si te — tui *habet* PRISC. *K* III 246, 10 || eos *cet.*: illos *V* || patria quae communis omnium parens est *habet* SERVIVS *Aen.* III 341 || *odit ac metuit cet.*: metuit *CAVa* || nihil te *CAV*: de te *n. a.*

¹⁸ Quae tecum — per te *habet* QVINT. *Int. Or.* 9, 2, 32 || agit *CAV*: ait *a* || Nullum — per te *habet* ANON. *H* 72, 18 || *exstitit cet.*: existit *CAV* || *euertendas ou*: *euincendas bls uincendas CAVat deuincendas h.*

tilo, ¿todavía estás tú esperando una sentencia en voz alta precisamente de quienes te han abrumado con el veredicto, por demás categórico, de negarte el habla?³ ¿O qué otra cosa se puede deducir de la circunstancia de que a tu llegada hayan quedado vacíos todos esos sitios que hay en torno tuyo,⁴ a causa de que los varones consulares que los ocupaban —mismos que tan a menudo has tú predestinado a la muerte—, no bien te fuiste a colocar entre ellos, se apresuraron a dejar desnuda y enteramente desierta toda esa parte de los estrados que en tu alrededor tienes? ¿Con qué cara, repito, crees poder llevar a cuentas en lo sucesivo semejante afrenta?⁵

¹⁷ A fe mía que si mis esclavos recelaran de mí en la forma en que de ti recelan todos tus conciudadanos, yo me juzgaría obligado a abandonar mi propia casa; ¿no te parece a ti que, por razón semejante, deberías también tú dejar tu comunidad?⁶ Y no de otro modo, si yo me sintiese tan enojosamente sospechoso como lo eres tú y tan agraviado como tú lo estás por un desaire de mis conciudadanos, de fijo preferiría apartarme de sus miradas a seguir siendo visto con tan malos ojos por todos ellos: y tú, reconociendo —porque bien sabes cuál es tu delito— que es justo el odio que a todos inspiras y que te lo mereces hace mucho, ¿todavía titubeas en sustraerte o no a las miradas y al roce de las personas mismas cuyo sentimiento y contacto precisamente lastimas? Si tus padres te tuvieran desconfianza y te detestarán y tú de ningún modo lograras reconciliarlos, te apartarías de sus ojos —según opino— hacia cualquier lugar. Pues bien, la patria,⁷ que es padre y madre común de nosotros todos, te odia y desconfía de ti, y desde hace mucho tiempo te ha juzgado culpable de no pensar sino en su parricidio. ¿Y no vas tú a acatar su veredicto, ni a cumplir con su sentencia, ni a intimidarte ante sus sanciones? ¹⁸ Es ella, Catilina, la que expresándose, por decirlo así, en silencio, viene a departir contigo en los siguientes términos:

loquitur: «Nullum iam aliquot annis facinus exstitit, nisi per te; nullum flagitium sine te; tibi uni multorum ciuium neces, tibi uexatio direptioque sociorum impunita fuit ac libera; tu non solum ad neglegendas leges et quaestiones, uerum etiam ad euertendas perfringendasque ualuisti. Superiora illa, quamquam ferenda non fuerunt, tamen, ut potui, tuli; nunc uero me totam esse in metu propter unum te, quicquid increpuerit, Catilinam timeri, nullum uideri contra me consilium iniri posee quod a tuo scelere abhorreat, non est ferendum. Quam ob rem discede atque hunc mihi timorem eripe; si est uerus, ne opprimar, sin falsus, ut tandem aliquando timere desinam.» VIII. ¹⁹ Haec si tecum, ut dixi, patria loquatur, nonne impetrare debeat, etiam si uim adhibere non possit?

Quid,¹ quod tu te in custodiam dedisti? quod, uitandae suspicionis causa, ad² M' Lepidum te habitare uelle dixisti? A quo non receptus, etiam ad me uenire ausus es, atque ut domi meae te adseruarem rogasti. Cum a me quoque id responsum tulisses, me nullo modo posee isdem parietibus tuto esse tecum, quia magno in periculo essem quod isdem moenibus contineremur, ad Q. Metellum praetorem uenisti. A quo repudiatus,

¹⁹ ut dixi *cet.*: ita ut d. *aho*² || tu te CAVb: tu te ipse *cet.* || quod uitandae — ausus es *habet* AVDAX K VII 354, 27 || ad M. Laecam (*sic*) — dixisti *habet* SERVIVS Aen. I24 || ad M. Laecam (*sic*) te habitare *habet* SERVIVS K IV 442, 15 || ad M. Laecam (*sic*) — dixisti *habet* SERGIUS K IV 517, 22 et CLEDONIVS K V 77, 6 et POMPEIVS K V 273, 20 || M'. *codd.*: Marcum *test.* || uelle dixisti *cet.*: dixisti POMP. || isdem — tecum *habet* MART. CAP. H 474, 10 || praetorem uenisti *clausula vitiosa* || A quo repudiatus — demigrasti *habet* QVINT. *Inst. Or.* 9, 2, 45 || M. Metellum *vulg.*: Metellum CAVa M. Marcellum *cet.* || custodiendum te. *cet.*: custodiendum a.

Ningún crimen se ha perpetrado desde hace ya largos años sino gracias a ti, ningún delito en el que no hayas tú sido partícipe; solamente en tu caso han resultado impunes y solapadas la masacre en masa de tus conciudadanos,⁸ el ultraje y saqueo de mis aliados;⁹ tú eres el único que se ha sentido capaz, no sólo de eludir mis leyes y mis tribunales, sino hasta de conculcar y pisotear unas y otros.¹⁰ Y, aunque lo susodicho no era para tolerarse, helo sobrellevado, no obstante, como mejor he podido. Pero no me es ya posible seguir resignada a vivir toda en congoja solamente por ti; a temblar de Catilina por cada ruido que suene; a seguir oyendo siempre que es inconcebible el más insignificante atentado en mi contra, sin tu abominable participación. Por ende, es necesario que te alejes, que me desembaraces, así, de esta zozobra en que vivo: si es fundada, para que no me aplaste la realidad de su peso; si es falsa, para dejar cuanto antes de vivir consternada sin tener ningún motivo.¹¹

VIII. ¹⁹ Si la patria te hablara en tales términos, ¿por ventura no le habrías de conceder lo que te solicitara, inclusive en la hipótesis de que para obligarte no pudiera contar con su poder coactivo?

Pero, a propósito, ¿qué sugiere el hecho mismo de haber tú llegado al grado de ofrecer en rehenes a tu propia persona?¹ ¿Qué es lo que te ha obligado, para evitar suspicacias, a confesarte merecedor de vivir arraigado en casa de Manio Lépido?² Por cierto que, ante el repudio de dicho personaje, tuviste luego el cinismo de dirigirte a mí, pidiéndome te aceptara en custodia dentro de mi propio hogar.³ Habiendo obtenido también de parte mía respuesta idéntica a la anterior —pues mal hubiera podido vivir yo tranquilo tras unas mismas paredes contigo, cuando hasta el hacerlo tras unas mismas murallas ya me tenía en estado de perpetua zozobra—, acudiste con igual petición al pretor Quinto Metelo.⁴ Rechazado también por este último, acabaste refugiándote al lado de tu compinche, el bizarro varón Mar-

ad sodalem tuum, uirum optimum, *M. Metellum*, demigrasti, quem tu uidelicet et ad custodiendum diligentissimum et ad suspicandum sagacissimum et ad uindicandum fortissimum fore putasti. Sed quam longe uidetur a carcere atque a uinculis abesse debere, qui se ipse iam dignum custodia iudicarit? ²⁰ Quae cum ita sint, *Catilina*, dubitas, si emori aequo animo non potes, abire in aliquas terras et uitam istam, multis suppliciiis iustis debitisque ereptam, fugae solitudinique mandare?

«Refer, inquis, ad senatum»; ³ id enim postulas, et, si hic ordo sibi placere decreuerit te ire in exsilium, obtemperaturum te esse dicis. Non referam, id quod abhorret a meis moribus, et tamen faciam ut intellegas quid hi de te sentiant. Egredere ex urbe, *Catilina*; libera rem publicam metu; in exsilium, si hanc uocem exspectas, proficiscere. ⁴ Quid est? ecquid attendis? ecquid animaduertis horum silentium? Patiuntur, tacent. Quid exspectas auctoritatem loquentium, ⁵ quorum uoluntatem tacitorum perspicis? ²¹ At si hoc idem huic adulescenti optimo, *P. Sestio*, si fortissimo uiro, *M. Marcello*, dixissem, iam mihi consuli hoc ipso in templo senatus iure optimo uim et manus intulisset. De te autem, *Catilina*, cum quiescunt, probant, cum patiuntur, decernunt, cum tacent, clamant, neque hi solum, quorum tibi auctoritas est uidelicet ⁶ cara, uita

²⁰ placere sibi CAV: placere a || Egredere — *Catilina habet* PRISC. K III 288, 4 || ex urbe cet.: de urbe t de turba CAV.

²¹ At ao¹: ac cet. || De te — clamant habet K I 388, 25 || tu et cet.: et ta CAVt || et uoces — potuisti habet PRISC. K III 330, 12.

co Metelo, ⁵ quien, según tu criterio, habría de resultar esmerado, sin duda, en vigilarte, perspicaz en extremo para poder adivinar tus maniobras, y por demás drástico para contrarrestarlas. Pero, digo: ¿a qué distancia puede imaginarse que está de la prisión y las cadenas quien ya se ha sentenciado a sí mismo, por adelantado, como merecedor del arresto de su propia persona? ²⁰ Con tales antecedentes, Catilina, y ya que no eres capaz de resignarte a morir honrosamente, ¿todavía titubeas en alejarte a otras tierras, encomendando a la fuga y al espontáneo aislamiento esa existencia tuya, tantas veces ya salvada de los más merecidos y más justos castigos?

“Proponlo al senado”, dices.⁶ Eso pides. Y agregas que, en el caso de que este cuerpo decida dictar formal decreto disponiendo que partas al destierro, tú te avendrás, sin más réplica, a ello. No haré tal proposición, pues sería arbitrariedad incompatible con mis propias convicciones;⁷ pero, en cambio, voy a actuar ahora mismo en forma tal que te haga desengañarte de los sentimientos que inspiras a esta asamblea: ¡Sal de la ciudad, Catilina; libra de tu terror al Estado! ¡Vete *desterrado*!,⁸ si lo único que esperas es esa fórmula verbal para hacerlo! ¿Qué sucede, Catilina? ¿Oyes alguna protesta? ¿O qué conclusión sacas del absoluto mutismo que ante mis palabras conservan estos varones? No replican, callan. ¿Para qué, pues, necesitas un formal decreto expreso de quienes adviertes el mudo deseo? ²¹ Si, exactamente lo mismo que acabo a ti de decirte, lo hubiera yo proferido, por ejemplo, en contra de ese intachable joven Publio Sestio,⁹ o bien de Marco Marcelo,¹⁰ varón tan a toda prueba, al punto el senado entero, dentro de este mismo templo, y con sobrado derecho, me hubiera aplastado bajo su vindicta, quizá hasta poniéndome las manos encima. Tratándose de ti, en cambio, Catilina, con su indiferencia aprueba, con su abstención apoya y con su silencio aplaude la intimación que te he hecho; y ello no sólo lo hacen sus miembros —de quienes, al parecer, estimas tan importante el sufragio como deleznable la existencia—, sino además también aquellos ca-

uilissima,⁷ sed etiam illi equites Romani, honestissimi atque optimi uiri, ceterique fortissimi ciues, qui circumstant senatum, quorum tu et frequentiam uidere et studia perspicere et uoces paulo ante exaudire potuisti. Quorum ego uix abs te iamdiu manus ac tela contineo, eosdem facile adducam ut te haec, quae uastare iampridem studes, relinquentem usque ad portas prosequantur.

IX. ²² Quamquam quid loquor?¹ te ut² ulla res frangat, tu ut umquam te corrigas, tu ut ullam fugam meditare, tu ut ullum exsilium cogites? Vtinam tibi istam mentem di immortales duint³! tametsi uideo, si mea uoce perterritus ire in exsilium animum induxeris, quanta tempestas inuidiae nobis, si minus in praesens tempus, recenti memoria scelerum tuorum, at in posteritatem impendeat. Sed est tanti, dummodo ista sit priuata calamitas et a rei publicae periculis seiungatur. Sed tu ut uitiiis tuis commoueare, ut legum poenas pertimescas, ut temporibus rei publicae cedas, non est postulandum. Neque enim *is es*, Catilina, *ut* te aut pudor a turpitudine aut metus a periculo aut ratio a furore reuocarit. ²³ Quam ob rem, ut saepe iam dixi, proficiscere, ac, si mihi inimico, ut praedicas, tuo conflare uis inuidiam, recta perge in exsilium; uix feram sermones hominum, si id feceris; uix molem istius inuidiae, si in exsilium iussu consulis iueris, sustinebo. Sin

²² duint C: duent a dent h donent AV donarent cet. || si minus — tempus et at — impendeat habet PRISC. K III 295, 1 || Neque — reuocauerit habet QVINT. Inst. Or. 9, 3, 62 || is es QVINT. vulg.: sis cet. scis a || ut te QVINT. vulg.: si te codd. || pudor codd.: pudor umquam QVINT. || reuocarit cet.: — cauerit QVINT. Vhou.

²³ Quam ob rem — dixi habet PRISC. K III 32, 8 || si id feceris uix cet.: uix CAV || iueris Zielinski: ieris codd.

balleros romanos,¹¹ tan íntegros y nobles personajes, y todos esos otros virtuosos ciudadanos que se han congregado en torno del recinto del senado,¹² y cuya gran multitud, cuya convicción resuelta, cuyo vocerío estruendoso acabas hace un instante de percibir tú mismo: a duras penas logro apartar de ti los puños y las armas de todo ese gentío que, no obstante —en cuanto te resolvieras a dejar al fin esta urbe que tan en vano te obstinas en arrasar hace tiempo— podría yo fácilmente convertir en cortejo y encabezar en persona, para ir a despedirte hasta las puertas.

IX. ²² Aunque, ¿para qué estoy hablando? ¿Por ventura es posible que te disuada a ti ningún argumento, que alguna vez te enmiendes, que pienses en retiradas, que concibas la menor intención de irte espontáneamente al destierro? ¡Ojalá que los dioses inmortales acertaran a inspirarte semejante pensamiento! Aunque no ignoro la tempestad de odio que —en el remoto caso de que, intimidado por mis palabras llegases a inclinar tu decisión por el exilio voluntario— se desataría sobre mi cabeza, si no de momento —por estar todavía fresco el recuerdo de tus crímenes— sí, con seguridad, pasando el tiempo.¹ Pero eso sería lo de menos, con tal de que mi personal holocausto sirviera para salvar de todo riesgo a la organización social. Mas es ingenuo soñar con que tú te llegues a arrepentir de tus vicios, a intimidar ante las sanciones contenidas en las leyes, ni a ceder frente a la crisis que atraviesa la república. Ni mucho menos eres tú, Catilina, hombre a quien la vergüenza pueda sacar del oprobio, ni el temor del peligro, ni la prudencia de la necesidad. ²³ Vete, pues, como ya tantas veces lo tengo dicho: y si quieres atizar el odio público contra mí, tu enemigo —según abiertamente lo proclamas—, dirígete en vía recta hacia el destierro: A duras penas podré afrontar la calumnia de las gentes, si tal haces! ¡A duras penas podré sobrellevar el peso de su inquina, si es que te vas al exilio por mi consejo de cónsul! Pero si, al contrario, prefieres contribuir a mi

autem seruire meae laudi et gloriae mauis, egredere cum importuna sceleratorum manu, confer te ad Manlium, concita perditos ciuis, secerne te a bonis, infer patriae bellum, exsulta impio latrocinio, ut a me non eiectus ad alienos, sed inuitatus ad tuos isse uidearis.

²⁴ Quamquam quid ego te inuitem, a quo iam sciam esse praemissos qui tibi ad Forum Aurelium praestolarentur armati? cui sciam pactam et constitutam cum Manlio diem? a quo etiam aquilam illam argenteam, quam tibi ac tuis omnibus confido perniciosam ac funestam futuram, cui domi tuae sacrarium *sceleratum* constitutum fuit, sciam esse praemissam? Tu ut illa carere diutius possis, quam uenerari ad caedem profisciscens solebas, a cuius altaribus saepe istam impiam dexteram ad necem ciuium transtulisti?

X. ²⁵ Ibis tandem aliquando quo te iampridem tua ista cupiditas effrenata ac furiosa rapiebat. Neque enim tibi haec res adfert dolorem, sed quandam incredibilem uoluptatem. Ad hanc te amentiam natura peperit, uoluntas exercuit, fortuna seruauit. Numquam tu non modo otium, sed ne bellum quidem, nisi nefarium, concupisti. Nactus es ex perditis atque ab omni non modo fortuna, uerum etiam spe derelictis, conflata improborum manum. ²⁶ Hic tu qua laetitia perfruere! quibus

²⁴ Quamquam — inuitem *habet* DOSITHEVS K VII 420, 24 || qui tibi — armati *habet* ARVS. K VII 499, 15 || qui tibi — praestolarentur *habet* PRISC. K II 379, 1 et III 274, 12 || cui sciam *Gulielmius*: cum sciam *cet.* cum sciam iam *a* || *sceleratum* *Clark*: *scelerum* *CAVV* *scelerum* *tuorum* *cet.* *secl.* *Halm.*

²⁵ Ibis tandem aliquando *habet* PRISC. K III 82, 19 || tua ista

prestigio y a mi glorificación, entonces encamínate rumbo a aquella infame banda de criminales, reúnete con Manlio, subleva a los inconformes, declara la guerra a tu patria, retoza en tu sacrílega revuelta; a fin de que se vea claro que te has ido, no expulsado por mí ni al extranjero, sino invitado y en pos de tus conmlitones.

²⁴ Aunque, ¿para qué te incito, sabiendo perfectamente que ya tienes destacadas de vanguardia esas fuerzas² armadas que te habrán de esperar en la aldehuela de Aurelio,³ sabiendo que ya tienes prefijada y pactada con Manlio la fecha⁴ en que ambos habréis de hacer contacto, y sabiendo, en fin, también, que has ya enviado por delante de tus pasos aquella águila de plata⁵ —que espero será fatal y funesta para ti y tus correligionarios— en cuyo honor has llegado a consagrar un sacrílego santuario en tu casa?⁶ ¿Y cómo iba a concebirse que tú te resignaras a estar ni el menor tiempo lejos de dicha insignia, a la que acostumbrabas rendir culto antes de ir a asesinar y de cuyos altares tan a menudo trasladaste directamente esa tu criminal diestra hasta el pecho mismo de tus conciudadanos?

X. ²⁵ Te vas, pues, a precipitar al fin hacia donde hace tanto te había venido empujando esa ambición sin límite y contumaz que alientas. Circunstancia que, por cierto, lejos de inspirarte el menor remordimiento, lo que te proporciona es, al contrario, un placer inaudito. Para tal desatino te crió la naturaleza, te habilitó el tesón, te reservó la suerte. Jamás ambicionaste, no ya la paz, sino ni siquiera la guerra, de no ser ésta sacrílega: y así es como con gentes totalmente carentes no sólo de patrimonio sino hasta de esperanzas te has aparejado tu pandilla de bribones.¹ ²⁶ ¿Y con qué fruición te irás a

cet.: ista tua *absh* || *cupiditas effrenata habet* QVINT. *Inst. Or.* 8, 6, 41.

²⁶ *ad obsidendum* — *solum om.* CAV || *illam tuam cet.*: tuam *illam CAVa illam ho* || *patientiam famis cet.*: p. tuam f. o.

gaudiis exsultabis! quanta in uoluptate bacchabere,¹ cum in tanto numero tuorum neque audies uirum bonum quemquam neque uidebis! Ad huius uitae studium meditati illi sunt, qui feruntur,² labores tui, iacere humi non solum ad obsidendum stuprum, uerum etiam ad facinus obeundum, uigilare non solum insidiantem somno maritorum, uerum etiam bonis otiosorum. Habes ubi ostentes illam tuam* praeclaram patiē-
tiam famis, frigoris, inopiae rerum omnium, quibus te breui tempore confectum esse senties.³ ²⁷ Tantum profeci, cum te a consulatu reppuli, ut exsul potius tentare quam consul uexare⁴ rem publicam posses, atque ut id, quod esset abs te scelerate susceptum, latrocinium potius quam bellum nominaretur.

XI. Nunc, ut a me, patres conscripti,¹ quandam prope iustam patriae querimoniam detester ac deprecet,² percipite, quaeso, *diligenter* quae dicam, et ea penitus animis uestris mentibusque mandate. Etenim si mecum patria,³ quae mihi uita mea multo est carior, si cuncta Italia, si omnis res publica sic loquatur: «M. Tulli,

²⁷ tantum — reppuli *habet* DOSITHEVS K VII 419, 4 || profeci — reppuli *habet* CHARISIVS K I 226, 20 et DIOM. K I 392, 11 || profeci cum *cet.*: p. tum cum *a* profectum cum DIOM. || a consulatu *cet.*: consulatu DOSITH. || esset *cet.*: est Vbs || *diligenter cet. om.* CAVa || Etenim si — sic loquatur *habet* QVINT. *Inst. Or.* 9, 2, 32 || Etenim si — carior *habet* ISID. II 13, 1 et II 21, 45 || patria *cet.*: patria mea QVINT. ISID. || loquatur *cet.*: sic loquatur QVINT. loqueretur dicens ISID. ut abs — urbe *habet* ARVS. K. VII 473, 10 || non emissus — uideatur *habet* QVINT. *Inst. Or.* 9, 3, 71.

refocilar en su seno! ¡Cómo vas a regodearte a tus anchas en tal compañía! ¡En qué charca de holgura vas a estar chapoteando al no oír y al no ver a un sólo hombre de bien en la nutrida escolta de tus conmiltones! Porque esas energías que en ti se ponderan tanto,² haslas puesto al servicio de una existencia consagrada a estar echado en tierra, no sólo acechando la ocasión de algún estupro, sino urdiendo al mismo tiempo toda clase de atentados; a pasar la noche en vela, no sólo atisbando el sueño de los maridos, sino espiando también la hacienda de los incautos. ¡A fe mía que tienes en qué lucir esa célebre resistencia que opones al hambre, al frío y a todas las privaciones, y que comprobarás extinguida en tu cuerpo para dentro de muy poco!³ ²⁷ Yo, por mi parte, al lograr excluirte del consulado, obtuve, al menos, la gran ventaja de que, para atacar al gobierno, tengas que atentar contra él como proscrito antes de menoscabarlo como presidente, y de que cuantas aberraciones perpetres en su detrimento, más que como guerra, sean consideradas como bandidaje.⁴

XI. Y ahora, padres conscriptos,¹ para exculparme y desembarazarme de cierto reproche que casi con razón me podría hacer la patria, oíd atentamente, os lo suplico, lo que a continuación voy a decir y depositadlo en el fondo de vuestro corazón y de vuestra conciencia: suponed, en efecto, que la patria —que es para mí más cara que la vida—, suponed que Italia entera, que toda la sociedad me interpelara en términos como éstos:

Marco Tulio, ¿qué haces? ¿Será acaso posible que permitas escapar a quien te consta que es un rebelde,

quid agis? Tune eum, quem esse hostem comperisti, quem ducem belli futurum uides, quem exspectari imperatorem in castris hostium sentis, auctorum sceleris, principem coniurationis, euocatorem seruorum et ciuium perditorem, exire patiere, ut abs te non emissus ex urbe, sed immisus⁴ in urbem esse uideatur? Nonne hunc in uincla duci, non ad mortem rapi, non summo supplicio mactari imperabis? ²⁸ Quid tandem⁵ te impedit? Mosne majorum? At persaepe⁶ etiam priuati in hac re publica perniciosos ciuis morte multarunt. An leges quae de ciuium romanorum supplicio rogatae sunt? At numquam in hac urbe qui a re publica defecerunt ciuium iura tenuerunt. An inuidiam posteritatis times? Praeclaram⁷ uero populo Romano refers gratiam, qui te, hominem per te cognitum, nulla commendatione maiorum, tam mature ad summum imperium per omnis honorum gradus extulit, si propter inuidiam aut alicuius periculi metum salutem ciuium tuorum neglegis. ²⁹ Sed si quis est inuidiae metus, *num est* uehementius seueritatis ac fortitudinis inuidia quam inertiae ac nequitiae pertimescenda? An, cum bello

²⁸ Quid tandem — leges *habet* ANON. H 74, 24 || perniciosos ciuis *codd.*: perniciosum hostem ANON. || An *codd.*: aut ANON.

²⁹ *num cet.*: non CAVa || An cum — existimas *habet* CHARIS. K I 226, 24 et DIOM. K I 392, 16 et DOSITHEVS K VII 419, 7 || tum *cet.*: tunc CHARIS. DIOM. summi uiri et clarissimi ciues *cet.*: summi et cl. uiri ciues CAV summi et cl. uiri *a.* || uerendum mihi *cet.*: m. u. *At* || inuidiae mihi *cet.*: inuidiae CAVa.

a quien estás convencido de que será el cabecilla de un conflicto intestino, a quien bien sabes que es aguardado como comandante en el campamento del enemigo, al responsable de una abominación, al dirigente de una conjura, al agitador de las masas esclavas y al perturbador de la ciudadanía; para que se sospeche, no que ha sido expulsado por ti de la metrópoli, sino más bien que lo has inducido, precisamente, a su asalto? ¿No ordenarás, al contrario que semejante energúmeno sea precipitado al fondo de una mazmorra, arrastrado hasta el patíbulo y escarmentado en el peor de los suplicios?

¹⁸ ¿Qué obstáculo te impide el hacerlo? ¿Nuestras tradiciones consuetudinarias?² ¿Pero si en repetidos episodios de nuestra historia política hasta los simples particulares han acostumbrado reprimir con la muerte a los miembros nocivos de la ciudadanía!³ ¿O son, más bien, las leyes formalmente promulgadas y vigentes sobre la improcedencia de la pena capital contra ciudadanos romanos,⁴ las que en el presente caso te tienen irresoluto? Pues lo cierto es que en esta ciudad jamás han conservado sus derechos cívicos quienes se han puesto al margen de su organización republicana. ¿O es que quizá te intimida la eventualidad de ulteriores represalias populares?⁵ ¿Pues con menuda gratitud correspondes al pueblo romano que a ti, un hombre acreditado tan sólo por tus personales méritos,⁶ sin reputación alguna heredada de abolengo,⁷ te sublimó tan temprano⁸ a la autoridad más alta,⁹ a través de todos y cada uno de los eslabones de las magistraturas,¹⁰ cuando, so pretexto de vindictas más o menos eventuales o presa de cualquier otro pánico de índole semejante, abandonas a su suerte la seguridad de tus conciudadanos! ²⁹ Pero, aún concediendo que exista algún fundamento para temer el amago de la animadversión partidarista, ¿acaso es más pavorosa la mala voluntad pública que suscita la firmeza de carácter, que la tirria que provoca su endeblez apática? ¿O por ventura imaginas que, cuando en-

uastabitur Italia, uexabuntur urbes, tecta ardebunt, tum te non existimas inuidiae incendio conflagraturum?» XII. His ego sanctissimis rei publicae uocibus et eorum hominum, qui hoc idem sentiunt, mentibus pauca respondebo. Ego, si hoc optimum factu iudicarem,¹ patres conscripti, Catilinam morte multari, unius usuram horae gladiatori isti ad uiuendum non dedissem. Etenim si summi uiri et clarissimi ciues,* Saturnini et Gracchorum et Flacci et superiorum complurium sanguine non modo se non contaminarunt, sed etiam honestarunt, certe uerendum mihi non erat ne quid, hoc parricida ciuium interfecto, inuidiae *mihi* in posteritatem redundaret. Quod si ea mihi maxime impenderet, tamen hoc animo fui semper ut inuidiam uirtute partam gloriam, non inuidiam putarem.

³⁰ Quamquam nonnulli sunt in hoc ordine, qui aut ea quae imminet non uideant, aut ea quae uident dissimulent; qui spem Catilinae mollibus sententiis aluerunt coniurationemque nascentem non credendo corroborauerunt; quorum auctoritate multi, non solum improbi, uerum etiam imperiti, si in hunc animaduertissem, crudeliter et regie factum esse dicerent. Nunc

³⁰ Nunc intellego — esse factam *habet* PRISC. K III 246, 12 || quin uideat PRISC.: qui non u. *codd.* || esse factam PRISC.: f. e. *codd.* || quin fateatur L. *Habet*: qui non f. *codd.* || hanc rei-publicae — posse *habet* QVINT. *Inst. Or.* 9, 3. 71 || sese CAV: se *cet.*

vuelta en la guerra sea arrasada la Italia y caigan arruinadas sus ciudades y ardan sus edificios, tú no habrás de consumirte al fuego de los enconos?

XII. Voy a permitirme replicar en breves términos, a tan venerables reconvenciones de la república y también, de paso, a los reproches de ciertas personas que por el estilo opinan: si yo, padres conscriptos, considerara oportuno recurrir al expediente de condenar a muerte a Catilina, estad seguros de que no concedería al gladiador ese,¹ ni el privilegio de una hora más de vida. Porque, puesto que si varones tan procerosos y ciudadanos tan distinguidos no sólo no se mancharon sino hasta se acreditaron con la sangre de individuos como Saturnino, como los Gracos, como Flacco y como tantos otros, de fijo que yo tampoco tendría, por mi parte, razón alguna para temer que, por la muerte de ese parricida de sus compatriotas,² pudiere encarnizarse en contra de mi persona, con posterioridad, el rencor popular; y, aún en el caso extremo de que la ojeriza multitudinaria llegara a echárseme encima del modo más enconado, ello tampoco me importaría, pues siempre he profesado la firme convicción de que la inquina que provoca la virtud no ha de juzgarse inquina sino mérito.³

³⁰ Pero desgraciadamente, hay ciertos personajes —inclusive en el seno de este mismo organismo— que, o no se percatan de lo que está aconteciendo, o solapan a sabiendas anomalías que claramente advierten.⁴ Los cuales personajes, con sus alentadoras opiniones al respecto, han atizado la ambición de Catilina y, haciéndose sordos a su conjuración incipiente, han contribuido a consolidarla; y merced a cuya influencia en las masas populares,⁵ no pocos ciudadanos —ya no de mala fe únicamente sino también por mera inconciencia suya— podrían llegar a afirmar, en el caso de resolverme yo a escarmentar a nuestro hombre, que mi conducta pública resultaba inhumana y despótica. En cambio, si ese individuo llega hasta donde proyecta llegar, al cam-

intellego, si iste, quo intendit, in Manliana castra peruenerit, neminem tam stultum fore quin uideat conjurationem esse* factam, neminem tam improbum quin fateatur. Hoc autem uno interfecto, intellego hanc rei publicae pestem paulisper reprimi,² non in perpetuum comprimi posse. Quodsi sese eiecerit secumque suos eduxerit et eodem ceteros undique collectos naufragos aggregarit, exstinguetur atque delebitur non modo haec tam adulta rei publicae pestis, uerum etiam stirps ac semen malorum omnium.

XIII. ³¹ Etenim iamdiu, patres conscripti, in his periculis coniurationis insidiisque uersamur, sed, nescio quo pacto,¹ omnium scelerum ac ueteris furoris et audaciae maturitas in nostri consulatus tempus erupit. Quod si ex tanto latrocinio² iste unus tolletur, uidebimur fortasse ad breue quoddam tempus cura et metu esse releuati; periculum autem residebit et erit inclusum penitus in uenis atque in uisceribus³ rei publicae. Ut saepe homines aegri morbo graui, cum aestu febrique iactantur, si aquam gelidam biberunt, primo releuari uidentur, deinde multo grauius uehementiusque adflificantur, sic hic morbus, qui est in re publica, releuatus istius poena, uehementius, reliquis uiuis, ingrauescet.

³² Quare secedant improbi; secernant se a bonis, unum in locum congregentur; muro denique, quod

³¹ Quod si *ahou*: hic si *cet.* || Vt saepe — iactantur *habet* MART. CAP. H 467, 13.

³² praetoris urbani *cet.*: pr. urbis CA p. r. Va om. t || sit denique — sentiat *habet* ARVS. K VII 481, 7 || sit *cet.*: insit ARVS.

pamento de Manlio, a nadie supongo tan cándido que no eche de ver el complot que ha venido planeando, ni a nadie tan cínico que no lo confiese cierto. Por lo demás, estoy absolutamente convencido de que, con liquidar tan sólo a ese sujeto, podría a lo sumo mitigarse momentáneamente, pero no así erradicarse de plano la plaga que azota al Estado; mas si, al contrario, nuestro hombre al fin emigra, sacando con él a sus cómplices y congregando en un mismo lugar a todos esos réprobos que ha estado reclutando por todas partes, entonces sí, no sólo la aguda crisis ésta que atraviesa la república, sino hasta la raíz y el germen mismo de todos sus males, podrán considerarse extirpados y aniquilados definitivamente.⁶

XIII. ³¹ Porque, en efecto, padres conscriptos, tanto el amago como las emboscadas de la conjura en que actualmente nos debatimos, datan de hace mucho tiempo,¹ aunque la inveterada violencia de su extremismo y de sus pretensiones se haya acumulado toda y haya alcanzado su clímax. —ignoro por qué providencia— precisamente durante el periodo de mi consulado.² Por ende, si de un movimiento que cuenta con tantos secuaces como el que nos tiene en jaque, sólo este sujeto resultara eliminado, podría, tal vez, parecernos, durante algún tiempo, que hemos quedado libres por completo de congoja y de cuidado: no obstante, el virus, en realidad, subsistirá latente, agazapado en las arterias y en la entraña misma de la comunidad. Y, tal y como acontece a esos enfermos que gravemente abrumados, en la fiebre que padecen, por su sed calenturienta, al ingerir agua helada tienen la sensación por un momento de experimentar alivio, pero de ahí a poco vuelven a sentir de nuevo, y aún con mayor intensidad y violencia, su tormento de antes; así, la crisis que afronta la república, mitigada en apariencia y provisionalmente con la mera vindicta de este hombre, tendrá que prosperar, mientras sus cómplices vivan, con más encarnizamiento.³

³² Por todo lo susodicho, es preciso que emigren los réprobos; que queden bien segregados de los buenos ciu-

saepe iam dixi, secernantur a nobis; desinant insidiari domi suae consuli, circumstare tribunal praetoris *urbani*, obsidere cum gladiis curiam, malleolos et faces ad inflammandam urbem comparare; sit denique inscriptum in fronte uniuscuiusque quid de re publica sentiat. Polliceor⁴ hoc uobis, patres conscripti, tantam in nobis consulibus fore diligentiam, tantam in uobis auctoritatem, tantam in equitibus romanis uirtutem, tantam in omnibus bonis consensionem, ut Catilinae profectione omnia patefacta, inlustrata, oppressa, uindicata esse uideatis. ³³ Hisce ominibus, Catilina,⁵ cum summa rei publicae salute, cum tua peste ac pernicie cumque eorum exitio, qui se tecum omni scelere par-ricidioque iunxerunt, proficiscere ad impium bellum ac nefarium. Tu, Iuppiter,⁶ qui isdem quibus haec urbs, auspiciis a Romulo es constitutus,⁷ quem Statorem huius urbis atque imperi uere nominamus, hunc et huius socios a tuis ceterisque templis, a tectis urbis ac moenibus, a uita fortunisque ciuium omnium arcebis, et homines bonorum inimicos, hostis patriae, latrones Italiae, scelerum foedere inter se ac nefaria societate coniunctos, aeternis suppliciis uiuos mortuosque mactabis.⁸

³³ ominibus *Paris.* 15138 *in marg.*: omnibus *cet.* || aeternis — mactabis *habet* RVFINIANVS *H* 45, 23 || nefario — coniunctos *habet* PRISC. III 290, 20 || nefaria societate *codd.*: nefario scelere inter se PRISC.

dadanos; ⁴ que vayan a amontonarse a un solo sitio; que se separen en suma, de nosotros, como ya tantas veces lo he dicho. Que dejen de acechar al cónsul mismo en su propio domicilio, de bloquear el tribunal de nuestro pretor urbano, de invadir la curia erizados todos de armas, de aparejar sus haces y teas incendiarias para prenderle fuego a la ciudad;⁵ en conclusión, que cada uno de ellos deje al descubierto —tal y como si una marca le señalara la frente— lo que pretenda contra la comunidad. Por lo que a mí respecta, padres conscriptos, yo os formulo la solemne promesa de que tal ha de ser la energía de nosotros los cónsules⁶ al aplicar y ejecutar vuestros decretos,⁷ tal el firme apoyo de los caballeros romanos⁸ y tal la solidaridad de toda la gente de bien,⁹ que habréis de comprobar cómo —una vez satisfecha la condición del éxodo de Catilina— queda perfectamente descubierto, probado, reprimido y sancionado cuanto ahora se complota. ³³ En vista de lo cual, Catilina, las consecuencias de la sacrílega y malhadada vorágine en que estás a punto de precipitarte no podrán ser otras que la suprema integridad de la república, que tu catástrofe y tu liquidación y el completo exterminio de todas esas gentes que se han hecho tus cómplices en cuantos delitos hay, inclusive el parricidio. Tú, entre tanto, Júpiter,¹⁰ que fuiste consagrado por Rómulo¹¹ con los mismos auspicios con que se fundó esta ciudad,¹² y a quien con tanta razón damos el nombre de protector de Roma¹³ y de su imperio, sabrás mantener a tus templos y a los de las demás divinidades, a las construcciones y a las murallas de esta capital, fuera del alcance del monstruo ese y sus secuaces, uno y otros adversarios de los hombres de bien, enemigos de su patria y bandoleros de Italia, entre sí confabulados en siniestra alianza por los vínculos del crimen, y a quienes en eternos suplicios habrás de atormentar vivos y muertos.¹⁴

M. Tulli Ciceronis in L. Catilinam oratio secunda habita ad populum

I. ¹TANDEM aliquando,¹ Quirites, L. Catilinam, furentem audacia, scelus anhelantem, pestem patriae nefarie molientem, uobis atque huic urbi ferro flammaque² minitantem, ex urbe uel³ eiecimus uel emisimus uel ipsum egredientem uerbis prosecuti sumus. Abiit, excessit, euasit, erupit.⁴ Nulla iam perniciēs a monstro illo atque prodigio moenibus ipsis intra moenia comparabitur. Atque hunc quidem unum huius belli domestici ducem sine controuersia uicimus. Non enim iam inter latera nostra sica illa uersabitur; non in campo, non in foro, non in curia, non denique intra domesticos parietes pertimescemus. Loco ille motus est,⁵ cum est ex urbe depulsus. Palam iam cum hoste, nullo impediēte, bellum iustum geremus. Sine dubio perdidimus hominem⁶ magnificeque uicimus, cum illum ex occultis

¹ Tandem — Catilinam habet PRISC. K III 82, 20 || Tandem aliquando, Quirites habet NONIVS 405, 32 || Tandem aliquando habet FESTVS s. u. tandem || minitantem CASH: minantem cet. || nefarie molientem habet SACERDOS K VI 442, 27 || Abiit — erupit habet QVINT. Inst. Or. 9, 3, 46; 77 et ISID. I 35, 16 et IULIVS VICTOR H 439, 22 || Abiit cet.: abit C || euasit, erupit cet.: erupit, euasit QVINT. || comparabitur cet.: — ratur ah || pertimescemus cet.: pertimescimus CAVO perhorrescemus b || Loco ille — depulsus habet ARVS. K VI 494, 4 et SERVIUS Aen. VII 333 || loco ille motus est habet SERVIUS Acn. VIII 653 || geremus cet.: imus Abx.

Segundo discurso de M. T. Cicerón contra L. Catilina pronunciado ante el pueblo

I. ¡Por fin, conciudadanos,¹ ya logré sacar de Roma a Lucio Catilina, ese energúmeno transido de avilantez, ávido de sangre, promotor sacrílego del desquiciamiento de la patria, que con el hierro y el fuego os mantenía intimidados tanto a vosotros como a esta capital: o, si se prefiere lo hice adelantar su viaje o, más exactamente, a tiempo de ir a emprenderlo por iniciativa propia, me reduje a despedirlo con el cortejo de mis palabras!² El hecho es que se ha ausentado, que partió, que se nos fue, que se nos escurrió súbitamente. La ruina de estas murallas no habrá ya, pues, de seguirse tramando, en el mismo interior de su recinto, por aquel monstruo, por el anormal aquél; y es así como ha quedado fuera de combate, sin dificultad alguna, el único verdadero cabecilla de nuestro conflicto intestino. De modo que ya no va a andar merodeando por nuestros costados aquella daga suya de marras,³ ni hemos de seguir sintiéndonos, en lo sucesivo, sobrecogidos de pánico en pleno Campo de Marte, ni en el foro, ni en la curia, ni tras las propias paredes de nuestro domicilio privado.⁴ Al ser erradicado nuestro hombre de la metrópoli, ha quedado automáticamente desalojado de su postura estratégica,⁵ puesto que ahora ya sólo se trata de emprender en campo abierto y sin embarazo alguno una campaña en forma contra un enemigo como cualquier otro. No cabe la menor duda de que, al trasladar a nuestro individuo de su complot clandestino hasta el bandidaje franco, hémoslo liquidado y vencido del modo más contundente.⁶ ¿Y no os imagináis la dolorosa tortura en que debe tenerlo sumergido y postrado semejante desenlace, que le ha

insidiis in apertum latrocinium coniecimus. ² Quod uero non cruentum mucronem, ut uoluit extulit, quod uiuis nobis egressus est, quod ei ferrum e manibus extorsimus, quod incolumis ciuis, quod stantem urbem reliquit, quanto tandem illum maerore esse adflictum et profligatum putatis? Iacet ille nunc prostratus, Quirites, et se perculsum atque abiectum esse sentit et retorquet oculos profecto saepe ad hanc urbem, quam e suis faucibus ereptam esse luget; quae quidem mihi laetari uidetur, quod tantam pestem euomuerit forasque proiecerit.

II ³ Ac si quis est talis qualis esse omnis oportebat, qui in hoc ipso, in quo exsultat et triumphat oratio mea, me uehementer accuset, quod tam capitalem hostem non comprehenderim potius quam emiserim, non est ista mea culpa, Quirites, sed temporum. Interfectum esse L. Catilinam et grauissimo supplicio affectum iampridem oportebat, idque a me et mos maiorum et huius imperi seueritas et res publica postulabat. Sed quam multos fuisse putatis qui quae ego deferrem non crederent? quam multos qui etiam defenderent? [quam multos qui propter stultitiam non puta-

² Quanto tandem — putatis *habet* ARVS. K VII 456, 8 || prostratus, Quirites C¹ah: prostratusque est *cet.*

³ Non ista (*sic*) — temporum *habet* ANON. H 73, 10 || culpa, Quirites ANON. *aht*: culpa *cet.* || quam — putarent *post* crederent *habent hblsotux, om. a, secl. Halm* || quam — fauerent *secl. Bloch.*

impedido llevarse chorreando toda de sangre la punta del puñal, como lo ansiaba; que lo constriñó a marcharse dejándome a mí con vida; que ha equivalido a arrancarle la cuchilla de las manos; y que lo ha obligado, en fin, a dejar en pie a esta ciudad e incólumes a sus habitantes? Sin duda, conciudadanos, que a esta misma hora nuestro personaje yace inconsolable, plenamente consciente de su fracaso y su derrumbamiento, aunque no menos obstinado, de fijo, en torcer los ojos hacia esta capital que a mí me parece, en cambio, entregada de lleno al regocijo de haber al fin vomitado y echado de sí tal miasma.⁶

II. ³ No obstante, por si llegare a aparecer alguien que pretenda echarme en cara —como, a decir verdad, sería 'por demás deseable que el mundo entero lo hiciera— precisamente el motivo que hace que esta arenga mía palpite toda de júbilo y sea un himno de victoria,¹ es a saber: el hecho de haber yo dejado escapar a tan terrible enemigo en lugar de ponerlo a buen recaudo; quiero, conciudadanos, que toméis en cuenta que tal culpa no es mía sino de las circunstancias: yo confieso, en efecto, que hace ya mucho que se había impuesto, como necesidad ineluctable, el liquidar a Lucio Catilina condenándolo a la más severa pena; y me venían apremiando al desahogo de tal exigencia, no sólo nuestros reiterados precedentes históricos, sino además la grave índole propia del cargo que ocupó y, en fin, la razón de estado. Sin embargo, ¿imagináis cuánta gente se hubiera en este caso manifestado incrédula de todo lo que yo argumentara para abonar mi conducta? ¿Cuántas personas no se hubieran, inclusive, apresurado a echarme en cara mis actos? ¿Cuántas otras no hubieran hasta fingido abrigar la sospecha de mi desvarío mental? ¿Y cuántas, sobre todo, no hubiera habido también que capitalizaran el asunto, haciendo de él un verdadero escándalo al denunciar mi actitud como una verdadera iniquidad? No obstante todo lo cual, si yo hubiese tenido la certeza de que con el mero hecho de eliminar a nuestro hombre todos vuestros peligros ha-

rent?]) [quam multos qui propter improbitatem fauerent?]) Ac si, illo sublato, depelli a uobis omne periculum iudicarem, iampridem ego L. Catilinam non modo inuidiae meae, uerum etiam uitae periculo sustulissem. † Sed cum uiderem, ne uobis quidem omnibus etiam tum re probata, si illum, ut erat meritis, morte multassem, fore ut eius socios inuidia oppressus persequi non possem, rem huc deduxi ut tum palam pugnare possetis, cum hostem aperte uideretis. Quem quidem ego hostem, Quirites, quam uehementer¹ foris esse timendum putem, licet hinc intellegatis quod etiam illud moleste fero, quod ex urbe parum comitatus exierit. Utinam ille omnes secum suas copias eduxisset! Tongilium mihi² eduxit, quem amare in praetexta [calumniam] coeperat, Publicium et Minucium, quorum aes alienum contractum in popina nullum rei publicae motum adferre poterat; reliquit quos uiros! quanto aere alieno! quam ualentis! quam nobilis!

III † Itaque ego illum exercitum, prae Gallicanis¹ legionibus et hoc delectu, quem in agro Piceno et Gallico Q. Metellus habuit, et [ex] his copiis, quae a nobis cotidie comparantur, magno opere contemno, conlectum ex senibus desperatis, ex agresti luxuria, ex-

† ne uobis quidem omnibus *a*: rem quidem *o. u.* CAV re quid ne *u. o. h* ne *u.* quidem *o. re cet.* || se probata *Clark*: reprobans *C* rei *p.* probatam *V om.* *A* probata *cet.* || quod *pauci dett.*: qui *cet.* || praetexta *i*: praetexta calumnia *cet.*

¹ et his *cet.*: et ex his *ah* et ex iis CAV || ex agresti luxuria *habet* PROBUS *K IV 124, 22.* cogitent *cet.*: — tant *a.*

brían de quedar conjurados definitivamente, tened la seguridad de que, no ya sólo a trueque de arrostrar el amago de cualquier odio político, sino poniendo, inclusive, mi propia existencia en juego, no habría yo tenido ni el menor escrúpulo en liquidar a Lucio Catilina. ¹Pero como, al contrario, me daba yo cabal cuenta de que mandando a ese hombre al patíbulo como se lo merecía, sin haberos antes demostrado a todos, de una manera fehaciente, la razón fundada de tal comportamiento, el único resultado de semejante actitud habría de ser el suscitar en mi contra la consiguiente ojeriza política, maniatándome de ese modo a mí mismo para el aplastamiento de los cómplices supérstites del ejecutado, vime precisado a dejar que las circunstancias llegaran por sí solas a su grado más álgido, a fin de que, teniendo al enemigo ya del todo al descubierto, pudiérais de esa manera hacerlo blanco seguro de vuestros ataques. Cuyo enemigo, conciudadanos, una vez fuera de aquí, me parece alcanzar el grado de peligrosidad que podéis conjeturar de la contrariedad que me ocasiona la escasa compañía con que huyó de la ciudad.² ¡Ojalá que se hubiese llevado consigo todas sus huestes! Mas . . . sacóse a un tal Tongilio,³ a quien hiciera su coime, según las malas lenguas, desde la edad en que éste todavía usaba la toga pretexta; a un Publicio y a un Minucio,⁴ rufianes cuyas deudas, contraídas en no sé qué tabernas, mal podían haber llegado a ser jamás una causa de perturbación social. Y, en cambio, ¡qué personajes dejó en nuestra convivencia,⁵ con qué créditos a costas, con qué decisiva influencia, con qué señero abolengo!

III. ¹ Por ello, parangonado con las legiones que tenemos en la Galia¹ y con la selecta tropa que Quinto Metelo² acaba de reclutar en los territorios Piceno y Galo,³ después de escoger su base entre las tropas que son acumuladas sin cesar por nosotros,⁴ no se puede menos que desdeñar profundamente a esa hueste rebelde,⁵ improvisada con ancianos desahuciados, con campesinos despilfarrados, con patanes manirroto y con

rusticis decoctoribus, ex eis, qui uadimonia deserere quam illum exercitum maluerunt; quibus ego non modo si aciem exercitus nostri, uerum etiam si edictum praetoris ostendero, concident. Hos, quos uideo uolitare in foro, quos stare ad curiam, quos etiam in senatum uenire, qui nitent unguentis, qui fulgent purpura, mallem secum suos milites eduxisset; qui si hic permanent, mementote non tam exercitum illum esse nobis, quam hos, qui exercitum deseruerunt, pertimescendos. Atque hoc etiam sunt timendi magis, quod quid cogitent me scire sentiunt neque tamen permouentur. ⁶ Uideo cui sit Apulia attributa, quis habeat Etruriam, quis agrum Picenum, quis Gallicum, quis sibi has urbanas insidias caedis atque incendiorum depoposcerit. Omnia superioris noctis consilia ad me perlata esse sentiunt; patefeci in senatu hesterno die; Catilina ipse pertimuit, profugit; *hi* quid exspectant? Ne² illi uehementer errant, si illam meam pristinam lenitatem perpetuam sperant futuram.

IV. Quod exspectaui, iam sum adsecutus ut uos omnes factam esse aperte coniurationem contra rem publicam uideretis; nisi¹ uero si quis est qui Catilinae similis cum Catilina sentire non putet. Non est iam lenitati locus; seueritatem res ipsa flagitat. Unum etiam nunc concedam; exeant, proficiscantur; ne patiantur deside-

⁶ *hi* quid *cet.*: quid CAVA || Ne — errant *habet* CHAR. K I 228, 18 et DIOM. K I 394, 22 et DOSITHEVS K VII 421, 19.

voluntarios cuya intención al enrolarse ha sido, más que la de incorporarse a un ejército, la de tratar de sustraerse a los emplazamientos que tienen pendientes, y para cuya derrota bastaría tan sólo que les pusiera yo enfrente, no ya la pujanza de nuestra milicia, sino simplemente un edicto pretoriano.⁶ Yo hubiera preferido que Catilina arrastrara más bien en pos de sí a esos camaradas suyos que suelo ver discurrir por el foro, plantarse en plena curia y hasta integrar el quórum del senado; que rebosan en ungüentos y resplandecen de púrpura⁷ y que si aquí continúan os dejarán comprobar que aquella hueste levantada en armas no resulta tan temible como ellos mismos, que aún no se han incorporado a sus filas. Y a fe mía que se revelan todavía más peligrosos cuando, a sabiendas de que yo estoy enterado de cuanto complotan, no parecen, por ello, intimidados. ⁶ Yo bien sé, en efecto, a quién de ellos le había sido asignada la Apulia,⁸ quién se haría cargo del territorio Piceno, quién del Galo, y quién solicitó la comisión de organizar en esta capital la alevosa tentativa de su masacre e incendio. Ellos saben que me ha sido revelado todo el plan que trazaron en cierta junta nocturna:⁹ ayer mismo denunciélo en el senado. Si hasta el propio Catilina se aterrorizó y se dio a la fuga, éstos, ¿a qué se atienen? ¡Ay, y qué errados están, si suponen que habrá de ser eterna mi primitiva indulgencia!¹⁰

IV. Lo que perseguía yo con ella, o sea, que todos vosotros materialmente viéseis con vuestros propios ojos el golpe de Estado que se ha venido urdiendo, es propósito que ya tengo, por fin, alcanzado; a no ser que haya alguien que todavía ponga en duda que los elementos identificados con Catilina alientan con Catilina idénticas intenciones. De modo, pues, que ya no tiene razón de ser la morigerancia; y antes bien, el paso mismo a un nuevo estado de cosas, exige ahora la inflexibilidad. Con todo, todavía en este momento, quiero dar a los complotistas una última oportunidad: que emigren, que se vayan, que no dejen por más tiempo

110 sui Catilinam miserum tabescere. Demonstrabo iter. Aurelia uia profectus est; si accelerare uolent, ad uesperam² consequentur. ⁷ O fortunatam rem publicam, siquidem hanc sentinam urbis eiecerit! Uno mehercule Catilina exhausto, leuata mihi et recreata res publica uidetur. Quid enim mali aut sceleris fingi aut cogitari potest, quod non ille conceperit? Quis tota Italia ueneficus, quis gladiator, quis latro, quis sicarius, quis parricida, quis testamentorum subiector, quis circumscriptor, quis ganeo, quis nepos, quis adulter, quae mulier infamis, quis corruptor iuuentutis, quis corruptus, quis perditus inueniri potest, qui se cum Catilina non familiarissime uixisse fateatur? quae caedes per hosce annos sine illo facta est? quod nefarium stuprum non per illum? ⁸ lam uero³ quae tanta umquam in ullo iuuentutis inlecebra fuit, quanta in illo? qui alios ipse amabat turpissime, aliorum amoris flagitiosissime seruiebat, aliis fructum libidinum, aliis mortem parentum non modo impellendo uerum etiam adiuuando pollebatur. Nunc uero quam subito non solum ex urbe uerum etiam ex agris ingentem numerum perditorum hominum collegerat! Nemo non modo Romae, sed [ne] ullo in angulo totius Italiae, oppressus aere alieno fuit, quem non ad hoc incredibile sceleris foedus associuerit.

⁷ quis ganeo — iuuentutis *habet* NONIVS 119, 10 || quis ganeo, quis nepos *habet* SERGIUS K IV 538, 14 et SACERDOS K VI 455, 6.

⁸ ne secl. Mommsen.

que su pobre Catilina se consuma por ellos de añoranza. Y hasta les quiero dar a conocer su ruta: ha tomado la vía Aurelia;¹ si procuran darse prisa, lo alcanzarán hacia el atardecer.² ⁷ ¡Ah, qué feliz sería esta comunidad si lograra echar de sí a ese albañal de la urbe! Lo que no significa, de ningún modo que ignore yo el alivio y el contento que experimenta nuestra sociedad, tan sólo con la mera ausencia de Catilina. ¿Qué desmán, en efecto, o qué crimen podría concebirse ni imaginarse que él no haya maquinado alguna vez?³ ¿Qué envenenador, qué pugilista, qué ladrón, qué sicario, qué parricida, qué falsificador de testamentos, qué timador, qué rufián, qué crapuloso, qué adúltero, qué mujerzuela infame, qué corruptor de menores, qué degenerado o qué maleante podría hallarse en toda Italia que no recuerde haber alguna vez convivido en completa intimidad con Catilina?⁴ ¿Y qué atentado se consumó sin su complicidad en estos últimos años? ¿En qué aberración sexual no fue partícipe activo? ⁸ Y, a pesar de todo ello, ¿quién tuvo jamás como él tan poderoso ascendiente sobre la juventud?⁵ Gracias al cual, por cierto, disfrutó ese hombre de la infame complacencia de algunos jovenzuelos, alcahueteando a otros del modo más vergonzoso, prometiendo a éstos la satisfacción de sus concupiscencias, a aquellos la muerte de sus propios padres, y a todos estimulándolos en sus inclinaciones cuando no asistiéndolos él mismo en persona.⁶ Y, por lo demás, ¿con qué rapidez pudo organizar hace poco a la extraordinaria masa de infelices pobres diablos que, tanto en la capital como en el campo pulula entre nosotros!⁷ No hay, en efecto, un sólo miserable abrumado por las deudas, ya no digo sólo en Roma sino en ningún rincón de toda Italia, a quien no haya hecho ingresar nuestro hombre en su maldita confabulación.⁸

V. ⁹ Y para que os deis idea de la multiplicidad de aptitudes con que contaba para todo menester,¹ debéis saber que no hay en las diversas escuelas de gladiadores² un sólo atleta algo resuelto para el desmán que no se ufane de ser íntimo amigo de Catilina; ni es posible

V ⁹ Atque ut eius diuersa studia in dissimili ratione perspicere possitis, nemo est in ludo gladiatorio paulo ad facinus audacior, qui se non intimum Catilinae esse fateatur, nemo in scaena leuior et nequior, qui se non eiusdem prope sodalem fuisse commemoret. Atque idem tamen, stuprorum et scelerum exercitatione¹ adsuefactus frigore et fame et siti et uigiliis perferendis, fortis ab istis praedicabatur, cum industriae subsidia atque instrumenta uirtutis in libidine audaciaque consumeret. ¹⁰ Hunc uero si secuti erunt sui² comites, si ex urbe exierint desperatorum hominum flagitiosi greges, o nos beatos, o rem publicam fortunatam, o praeclaram laudem consulatus mei! Non enim iam sunt mediocres hominum libidines, non humanae ac tolerandae audaciae;³ nihil cogitant nisi caedem, nisi incendia, nisi rapinas. Patrimonia sua profuderunt, fortunas suas obligauerunt; res eos iam pridem, fides nuper deficere coepit; eadem tamen illa, quae erat in abundantia, libido permanet. Quod si in uino et alea comissiones solum et scorta quaererent, essent illi quidem desperandi, sed tamen essent ferendi; hoc uero quis ferre possit, inertis homines fortissimis uiris insidiari, stultissimos pruden-

⁹ Catilinae esse fateatur *ahotu*: Catilinae *cet*.

¹⁰ Hunc uero —greges *habet* ANON. *H* 72, 25 || o nos — mei *habet* MART. CAP. *H*. 452, 30 || iam pridem *cet.*: iam pridem deseruit *a* || qui mihi — in conuiuuiis *habet* SERV. *Aen.* I 258 et III 477 || qui mihi accubantes *habet* SERV. *Aen.* V 391.

encontrar, en la farándula entera,³ a un solo bellaco o redomado bribón que no pueda recordarlo como a su cofrade casi. Y por cierto que nuestro hombre, perfectamente idóneo —gracias a la resistencia con que podía desafiar tanto al clima como al hambre, tanto a la sed como al sueño—⁴ para la perpetración de estupro y de atentados, gozaba entre el hampa aquella de reputación de bravo, al disipar en la crápula y en la delincuencia los dones naturales que son precisamente los medios del trabajo y los instrumentos de la probidad.¹⁰ ¡Ah, pero si enhorabuena lo hubiesen seguido también sus demás compinches, si esa proterva cáfila de cuanto desahuciado hay se hubiera despedido como él de esta metrópoli, qué felices viviríamos en adelante, qué dichosa habría de ser nuestra comunidad y qué brillante prestigio alcanzaría al mismo tiempo mi gestión del consulado! Porque la turbamulta esa a que me refiero ya no se conforma con vivir alimentando pretensiones comunes y corrientes, ni es humana y llevadera la ambición insólita de sus componentes, los que ya no piensan en otra cosa que en sangre, en incendios y en pillajes; despilfarraron su patrimonio, comprometieron sus bienes mediante gravámenes; y aunque, como natural resultado, desde hace mucho vegetan carentes de toda hacienda —y aun faltos desde hace poco, en virtud de su insolvencia, hasta del menor crédito—, no obstante, digo, persiste en ellos idéntica intemperancia a la que otrora nutrieran en plena prosperidad. Pero si, en última instancia, se dieran por satisfechos con vivir sólo a caza de orgías y de meretrices por tabernas y garitos, aunque tal circunstancia no los haría menos, sino, en todo caso, cada día más y más irredimibles, haríalos, no obstante, al menos soportables; pero, ¿quién va a tolerar que semejantes piltrafas humanas vivan al acecho de los varones cabales, que los ineptos tengan a su merced a los aptos, los borrachos a los sobrios, los poltrones a los diligentes?⁵ ¡Ya me imagino la forma en que esos tipos, entre pali-que y palique, han de eructar la masacre de las gentes

tissimis, ebrios sobriis, dormientis uigilantibus? qui mihi⁴ accubantes in conuiujs, complexi mulieres impudicas, uino languidi, conferti cibo, sertis redimiti, unguentis obliti, debilitati stupris, eructant⁵ sermonibus suis caedem bonorum atque urbis incendia. ¹¹ Quibus ego confido impendere fatum aliquod, et poenam, iamdiu improbitati, nequitiae, sceleri, libidini debitam, aut instare iam plane aut certe appropinquare. Quos si meus consulatus, quoniam sanare⁶ non potest, sustulerit, non breue nescio⁷ quod tempus, sed multa saecula propagarit rei publicae.⁸ Nulla enim est natio quam pertimescamus, nullus rex qui bellum populo Romano facere possit; omnia sunt externa unius uirtute terra marique pacata; domesticum bellum manet; intus insidiae sunt, intus inclusum periculum est, intus est hostis. Cum luxuria nobis, cum amentia, cum scelere certandum est. Huic ego me bello ducem profiteor, Quirites: suscipio inimicitias hominum perditorum; quae sanari poterunt, quacumque ratione sanabo; quae resecanda erunt, non patiar ad perniciem ciuitatis manere. Proinde aut exeant aut quiescant aut, si et in urbe et in eadem mente permanent,⁹ ea quae merentur expectent.

¹¹ enim est CAa: est enim cet. Intus insidiae sunt, intus cet: intus CAV || Post quacumque rursus desinit C || et in eadem cet.: eadem A Vo.

honorables y el incendio de esta urbe: de bruces en sus festines, ceñidos a sus hembras licenciosas, macilentos por el vino, atiborrados de guisos, adornados de guirnaldas, embadurnados de ungüentos, y todos ellos lánguidos de tantas fornicaciones!⁶ ¹¹ Pero yo tengo la corazonada de que sobre sus cabezas se cierne ya la catástrofe y de que el escarmiento que desde hace tanto exigen su maldad, su delincuencia, su perversión y su crápula encuéntrase ya muy cerca, si no es que a estas mismas horas los está amagando, con toda su inminencia. Y si —ante la imposibilidad de curarlos— tocara a mi consulado extirpar tales tumores, no cabe la menor duda de que nuestro sistema republicano se habría de prolongar, no por perentorio plazo, sino por siglos interminables:⁷ en efecto, no existe a la fecha nación alguna extranjera que pueda intimidarnos, ni monarca que se atreva a levantarse en guerra contra el pueblo romano:⁸ gracias al genio de un hombre,⁹ todos nuestros conflictos externos han quedado, en mar y en tierra, completamente resueltos:¹⁰ sólo nos queda la guerra civil: es en el seno de nuestra comunidad en donde subsiste el riesgo, es en su seno donde está el enemigo.¹¹ Es a la molicie, es a la insensatez, es al crimen a lo que hemos de hacer frente: yo me ofrezco, ciudadanos, como adalid de semejante lucha;¹² yo estoy dispuesto a arrostrar el antagonismo de los hampones públicos; cuantos sean todavía susceptibles de enmienda, procuraré a toda costa que se corrijan y salven; mas de igual manera, no dejaré que medren en detrimento de nuestra sociedad los que se coloquen en la necesidad de ser eliminados. Así que los aludidos deben, o bien ausentarse, o bien entrar en cordura, o bien —si es que se obstinan en seguir, a la vez, en la ciudad y en el mismo propósito— atenerse a que les llegue lo que se merecen.

VI. ¹² Por otra parte, conciudadanos, ciertos agitadores han andado murmurando que Catilina va en camino del destierro intimado por mí oficialmente.¹ Por principio de cuentas, contesto a tal rumor asegurando

VI ¹² At etiam sunt qui dicant, *Quirites*, a me eiec-
tum [in exsilium] esse Catilinam. Quod ego si uerbo
adsequi possem, istos ipsos eicerem qui haec loquuntur.
Homo enim uidelicet¹ timidus aut etiam permodestus
uocem consulis ferre non potuit; simul atque ire in
exsilium iussus est, paruit. Quin hesterno die, cum
domi meae paene interfectus essem, senatum in aedem
Iouis Statoris conuocaui, rem omnem ad patres cons-
criptos detuli. Quo cum Catilina uenisset, quis eum
senator appellauit? quis salutauit? quis denique ita as-
pexit ut perditum ciuem ac non potius ut importunis-
simum hostem? Quin etiam principes eius ordinis partem
illam subselliorum, ad quam ille accesserat, nudam at-
que inanem reliquerunt. ¹³ Hic ego uehemens ille consul,
qui uerbo ciuis in exsilium eicio, quaesiui a Catilina
in nocturno conuentu ad M. Laecam fuisset necne.

¹² *Quirites a me cet.*: a me A *Vah* || in exsilium *sect.* Clark
|| Quin Clark: qui A *Vo*² quid ut *ah* quod ut *o*¹ qui ut *cet.*

¹³ Hic ego — a Catilina *habet* PRISC. K III 207, 9. quaesiui
— necne *habet* PRISC. K III. 249, 7 et 275, 11 || in nocturno
cet.: nocturno PRISC. || fuisset necne *clausula vitiosa* || Cum ille—
descripta *habet* PRISC. K III 250, 1 || Cum ille — patefeci
habet CHAR. K I 226, 30 et DIOM. K I 392, 22 et DOSITHEVS K
VII 419, 12 || primo reticuisset *cet.*: reticuisset CHAR. DOS. || ubi
fuisset, quid *cet.*: quid PRISC. x || in proximam *cet.*: in proxima
bsx proxima PRISC. || docui *nos*: edocui *cet.* || quaesiui — eo *habet*
DIOM. K I 393, 18 et DOSITHEVS K VII 420, 12 || quaesiui *cet.*:
interrogaui DIOM. DOS. || quid *cet.*: num DIOM. DOS. || eo pro-
ficisci DIOM. DOS: p. eo *cet.* || *sacrarium a*: *sacrarium scelerum*
cet. sc. *sacrarium bs.*

que si deveras tuviese mi palabra el don de realizar milagros tales,² a los primeros que echaría yo al exilio sería precisamente a quienes dicha especie propagan. ¡Con que, ni más ni menos que un tipo como nuestro hombre, en extremo timorato o delicado en exceso, incapaz de resistirse a lo dicho por un cónsul¹, no bien éste le aplicó verbalmente la fórmula del exilio, se allanó a obedecerlo! El día de ayer justamente³ —poco después de haber estado a punto de ser muerto en mi propio domicilio— convoqué al senado en el templo de Júpiter Estator, a fin de proporcionar a los padres conscriptos los pormenores de toda aquella intriga en contra de mi existencia. Ahora bien, habiéndose Catilina atrevido a irrumpir en el recinto de nuestra reunión, ¿qué senador lo llamó junto a sí?, ¿quién lo saludó siquiera?, ¿cuál de los presentes dejó de darle trato, no ya de ciudadano descastado, sino más aún: de inconciliable enemigo? Nadie, puesto que, inclusive, los más conspicuos miembros de la asamblea aquella se apresuraron a dejar toda la parte de los sitiales en la que él se llegara a instalar, absolutamente desierta y vacía.

¹³ Fue entonces cuando yo —truculento cónsul, que con mi simple palabra echo al destierro a mis conciudadanos— le pregunté a Catilina si había o no concurrido a cierta reunión nocturna celebrada en el hogar de Marco Lecca. En vista de que nuestro hombre, pese a su gran astucia —desconcertado de momento por mi pregunta en virtud de la respuesta afirmativa que interiormente dábale su conciencia— trató al principio de hacerse el desentendido, yo continué revelando los demás pormenores: puse al descubierto cuanto había estado haciendo el conspirador durante aquella noche, cuanto dejara dispuesto para la subsiguiente, así como la forma en que tenía organizado todo su plan de campaña. Luego, aludiendo a sus hesitaciones, a su demora en irse, le pregunté el motivo que ahora lo hacía titubear en emprender un viaje que con tanta antelación tenía ya proyectado, sobre todo habiendo ya mandado por delante de sus pasos —según tenía yo enten-

Cum ille, homo audacissimus, conscientia conuictus, primo reticuisset, patefeci cetera; quid ea nocte egisset, quid in proximam constituisset, quem ad modum esset ei ratio totius belli descripta, docui. Cum haesitaret, cum teneretur, quaesiui quid dubitaret eo* proficisci quo iampridem pararet, cum arma, cum securis, cum fascis, cum tubas, cum signa militaria, cum aquilam illam argenteam, cui ille etiam sacrarium [scelerum] domi suae fecerat, scirem esse praemissam. ¹¹ In exsilium eiciebam, quem iam ingressum esse in bellum uidebam? Etenim, credo,² Manlius iste centurio, qui in agro Faesulano castra posuit, bellum populo Romano suo nomine indixit, et illa castra nunc non Catilinam ducem expectant, et ille eiectus in exsilium se Massiliam, ut aiunt, non in haec castra conferet.

VII. O condicionem miseram¹ non modo administrandae, uerum etiam conseruandae reipublicae! Nunc, si L. Catilina consiliis, laboribus, periculis meis circumclusus ac debilitatus subito pertimuerit, sententiam mutauerit, deseruerit suos, consilium belli faciendi abiecerit, et ex hoc cursu sceleris ac belli iter ad fugam atque in exsilium conuerterit, non ille a me spoliatus armis

¹¹ In exsilium — uidebam *habet* DIOM. K I 470, 6 et PRISC. K III 246, 15 || uidebam *cet.*: — *ram* AV || *confert* AVb.: — *feret* *cet.* || in exsilium *cet.*: exsilium *Aah.* et erunt — uelint *habet* PRISC. K II 246, 15.

dido— las armas, las segures, las faces, las trompetas, los estandartes y hasta su famosa águila aquella de plata, a la que, por cierto, había llegado al colmo de erigirle un siniestro santuario en su casa. ¹⁴ ¿Cómo iba yo, pues, a arrojar al destierro a quien con absoluta certeza me constaba encontrarse ya enfrascado en toda una revuelta? ¡Entonces Manlio, supongo, ese oscuro centurión que acampa en Fésules,⁴ ha osado declarar, en su nombre, la guerra al pueblo romano; no están sus tropas esperando ahora mismo, como a su comandante, a Catilina; y éste, obligado a exiliarse, como se anda diciendo, dirígese hacia Masilia⁵ y no hacia aquel campamento!

VII. ¡Oh, y qué misión tan aciaga es, verdaderamente, no ya la de gobernar, sino tan sólo la de salvaguardar a un estado! ¡De modo, pues, que si Lucio Catilina —copado como está y consternado, gracias a mi previsión, a mi empeño y a los riesgos que he arrostrado—, dejándose, de pronto, llevar por súbito pánico, cambiara en este instante de propósitos, abandonara a su suerte a sus secuaces, renunciara a su afán de hacernos guerra y, a la mitad de ese viaje que lo lleva al crimen y a la violencia armada, desviara a tiempo la ruta hacia el destierro y la fuga, en vez de reconocérseme el mérito de haber logrado arrancarle los recursos todos de su atrevimiento, en vez de atribuírsele a mis esfuerzos el viraje por él dado hacia el desistimiento y el pavor, en vez de considerársele despojado por mí de su ambición y su ansia atentatoria, se me habría de echar en cara, al contrario, el haber arrojado al destierro a un inocente, sin previo enjuiciamiento, sin probarle su culpa, por medio del amago y del abuso de mi poder de cónsul! ¡Y así es como —en el caso de llegar a realizarse la hipótesis anterior— no faltaría quien tratara de imponer a la opinión la más tergiversada versión de la realidad, haciendo aparecer a nuestro hombre, no como el furibundo complotista que es, sino como una víctima inocente, y a mí no como el cónsul más eficiente que ha habido, sino como al más

audaciae, non obstupefactus ac perterritus mea diligentia, non de spe conatuque depulsus, sed indemnatus, innocens, in exsilium eiectus a consule ui et minis esse dicetur; et erunt qui illum, si hoc fecerit, non improbum, sed miserum, me non diligentissimum consulem, sed crudelissimum tyrannum existimari uelint! ¹⁵ Est mihi tanti, Quirites, huius inuidiae falsae atque iniquae tempestatem subire, dummodo a uobis huius horribilis belli ac nefarii periculum depellatur. Dicatur sane eiectus esse a me, dummodo eat in exsilium. Sed, mihi credite, non est iturus.² Numquam ego ab dis immortalibus optabo, Quirites, inuidiae meae leuandae causa, ut L. Catilinam ducere exercitum hostium atque in armis uolitare audiat, sed triduo tamen audietis; multoque magis illud timeo, ne mihi sit inuidiosum aliquando quod illum emiserim potius quam quod eiecerim. Sed cum sint homines, qui illum, cum profectus sit, eiectum esse dicant, idem, si interfectus esset, quid dicerent? ¹⁶ Quamquam isti, qui Catilinam Massiliam ire dictitant, non tam hoc queruntur quam uerentur. Nemo est istorum tam misericors qui illum non ad Manlium quam ad Massiliensis ire malit. Ille autem, si me hercule hoc quod agit numquam antea cogitasset, tamen latrocinantem se

¹⁵ *Post timeo incipit rursus C || potius quam cet.: quam CAV.*

cruel de los tiranos! ¹⁵ Mas yo me resignaría, conciudadanos, a arrostrar la borrasca de rencores que desataría en mi contra tan pérfida e infame calumnia, con tal de que éste, mi personal sacrificio, bastara para apartar de vosotros los riesgos con que os amaga la abominable y siniestra conjura que os denuncio. ¡Dígame, enhorabuena, que nuestro supuesto desertor de la misma fue obligado por mí a desterrarse, con tal de que de veras se resuelva a parar en el destierro! Pero creedme, no habrá de ser ello así. Estoy muy lejos, conciudadanos, de la ruindad de pedir de los dioses inmortales que, para ahorrarme a mí animadversiones, hagan que vosotros recibáis la nueva de que, al frente de un ejército enemigo, Lucio Catilina se ha levantado en armas: sin embargo, tal noticia llegará a vuestros oídos dentro del término máximo de los tres próximos días;¹ por lo que mucho me temo que luego no me resulte más censurable el haberlo orillado a la fuga que la referida especie según la cual lo he forzado a expatriarse.² Y, a propósito, si en la presente ocasión, habiendo nuestro hombre él mismo resuelto irse por su propio gusto, no han faltado lenguas capaces de mascullar que yo le impuse el exilio, ¿os imagináis el mayúsculo escándalo a que hubiera podido dar margen el precipitarme a llevarlo hasta el cadalso? ¹⁶ Aunque, la verdad es que esos mismos maledicentes que han propagado el rumor de que Catilina va rumbo a Masilia, en realidad no se conduelen de tal invento suyo como se condolerían si fuese de veras cierto: ninguno de ellos es, en efecto, tan misericorde³ que no haga el íntimo voto de que nuestro hombre enderece los pasos hacia Manlio, sin ir en serio a desviarse rumbo a los marselleses. Pues bien, yo aseguro que, ni siquiera en la suposición de que nuestro prófugo no hubiese concebido jamás ni el menor pensamiento de lanzarse a la aventura en que se encuentra enfrascado, ni siquiera en ese caso dejaría de preferir buscar la muerte segura que hallará en su revuelta a medrar vegetando en el destierro. Y con mayor razón cuando hasta la fecha nada le ha

interfici mallet quam exsulem uiuere. Nunc uero, cum ei nihil adhuc praeter ipsius uoluntatem cogitationemque acciderit, nisi quod uiuis nobis Roma profectus est, optemus potius ut eat in exsilium quam queramur.

VIII ¹⁷ Sed cur¹ tam diu de uno hoste loquimur et de eo hoste, qui iam fatetur se esse hostem, et *quem*, quia, quod semper uolui, murus interest, non timeo, de his qui dissimulant, qui Romae remanent, qui nobiscum sunt, nihil dicimus? Quos quidem ego, si ullo modo fieri possit, non tam ulcisci studeo quam sanare sibi ipsos, placare rei publicae, neque id quare fieri non possit, si *iam* me audire uolent, intellego. Exponam enim uobis, Quirites, ex quibus generibus hominum istae copiae comparentur; deinde singulis medicinam consili atque orationis meae, si quam potero, adferam.

¹⁸ Unum genus est eorum qui magno in aere alieno maiores etiam possessiones habent, quarum amore adducti dissolui nullo modo possunt. Horum hominum species est honestissima (sunt enim locupletes), uoluntas

¹⁷ et quem *otux*: et *cet.* || si iam me *Clark*: si a me *CAah* si me *cet.*

¹⁸ et dubitas (*sic*) — detrahere *habet* ARVS. K VII 466, 15.

acontecido que sea ajeno a sus deseos e intenciones —a no ser el haberse tenido que marchar de Roma dejándome vivo en ella—, más que andar lamentándose de que lleve el camino del exilio, debiéramos hacer votos porque el milagro de tan absurda hipótesis tuviera cumplimiento.

VIII. ¹⁷ Pero, ¿por qué estoy hablando durante tanto tiempo únicamente del mismo enemigo, y de un enemigo que ya se ha declarado como tal en forma abierta y a quien ahora no hay por qué temer, desde el momento en que —conforme a mi más caro anhelo— quedó separado de nosotros por esas murallas; y, en cambio nada he dicho de esos otros enemigos que, disimulando su identidad, permanecen aún en Roma y en nuestra convivencia? Y, sinceramente hablando, por cierto que yo no abrigo ni el menor interés en perjudicarlos, pues antes bien quisiera —si de algún modo ello fuera posible— regenerarlos, reconciliándolos con el gobierno: y en verdad que no encuentro razón alguna para no poner en práctica semejante propósito, con tal de que los interesados escuchen mis consejos. A cuyo efecto, conciudadanos, me voy a permitir, en primer término, analizar en vuestra presencia a cada uno de los distintos contingentes sociales¹ que integran la facción descontenta, a fin de pasar luego a sugerir a uno por uno de ellos —en la medida de mis posibilidades— el remedio que, conforme a mi criterio y al orden de mi discurso, considero a cada cual correspondiente.

¹⁸ Pertenecen al primero de los grupos susodichos,² personas que han contraído las más inauditas deudas, pero que —poseyendo también propiedades cuyo valor sobrepasa con creces al monto de sus compromisos— se rehusan, no obstante ello —merced al apego que tienen a sus bienes— a enajenar los que sean suficientes a cubrir con su precio los saldos crediticios de sus dueños. La posición social de estas gentes es de las más decorosas —son, en efecto, de acaudalada estirpe—; pero su causa y sus intenciones rayan en el colmo de la des-

uero et causa² impudentissima. Tu agris, tu aedificiis, tu argento, tu familia, tu³ rebus omnibus ornatus et copiosus sis et dubites⁴ de possessione detrahere, adquirere ad fidem? Quid enim exspectas? bellum? Quid ergo? in uastatione omnium⁵ tuas possessiones sacrosanctas futuras putas? An tabulas novas? Errant qui istas a Catilina exspectant; meo beneficio tabulae⁶ nouae proferentur, uerum auctionariae; neque enim isti, qui possessiones habent, alia ratione ulla salui esse possunt. Quod si maturius facere uoluissent, neque, id quod stultissimum est, certare cum usuris fructibus praediorum, et locupletioribus his et melioribus ciuibus uteremur. Sed hosce homines minime puto pertimescendos, quod aut deduci de sententia possunt, aut, si permanebunt magis mihi uidentur uota facturi contra rem publicam quam arma laturi.

IX ¹⁹ Alterum genus est eorum, qui, quamquam premuntur aere alieno, dominationem tamen exspectant, rerum potiri uolunt, honores, quos quieta re publica

¹⁹ rerum potiri uolunt *habet* DIOM. K I 319, 25 et PRISC. K II 503, 3 III 281, 17; 297, 16; 333, 28 et ARVS. K VII 498, 3 || maximam multitudinem *secl. Halm* || concedi sit *cet.*: s. c., CAVa.

fachatez: con que, siendo opulento y respetado gracias a tus fincas, a tus casas, a tus fondos, a tus esclavos y, en una palabra, a tu hacienda entera, ¿así dudas todavía en lo que te convendría sanear tu crédito, haciéndole el sacrificio de algo de lo que posees? ¿Y a qué es a lo que te atienes? ¿Tu esperanza es acaso que se desate una guerra? ¿Y qué beneficio podría ésta reportarte? ¿Crees que tus propiedades habrán de ser las únicas que quedarán incólumes en la general catástrofe de la devastación? ¿O es, por ventura, que en lo que cifras tus esperanzas todas es en la abolición de los registros públicos de las deudas y gravámenes?³ Pues a fe mía que viven engañándose a sí mismos quienes tal medida esperan de parte de Catilina:⁴ será a iniciativa mía que los registros públicos habrán de reorganizarse, pero sólo para hacer nueva lista de los bienes sujetos a remate.⁵ Y esa, a decir verdad, sería la única forma de hacer salir a flote al tipo de propietarios a que me estoy refiriendo: en efecto, si estos últimos se hubiesen resignado en su oportunidad a realizar en pública subasta⁶ los bienes indispensables para saldar sus cuentas pendientes en lugar de haber ido dejando que la tasa de sus intereses pasivos llegara a competir con el monto de las rentas activas de sus fincas,⁷ al presente contaríamos en ellos con más acomodados y mejores ciudadanos. Pero mi parecer es que estos elementos de la conspiración, casi vienen a ser inofensivos, ya que resultará fácil el poder persuadirlos de su equivocada empresa, y, en el remoto caso de haber entre ellos algunos obcecados, éstos, más que blandir armas, habrán de limitarse, cuando mucho, tan sólo a formular votos en contra del gobierno.⁸

IX. ¹⁹ El segundo grupo¹ lo integran ciudadanos materialmente abrumados por las obligaciones que con sus acreedores tienen contraídas, pero a la vez confiados en que, asaltando el poder, podrán convertirse en dueños de las circunstancias, creyendo que en la anarquía de la vorágine pública les será fácil alcanzar los cargos que, dentro del régimen del orden legal, han

desperant, perturbata se consequi posse arbitrantur. Quibus hoc praecipiendum uidetur, unum scilicet et idem quod reliquis omnibus, ut desperent id quod conantur se consequi posse; primum omnium me ipsum uigilare, adesse, prouidere rei publicae; deinde magnos animos esse in bonis uiris, magnam concordiam [maximam multitudinem], magnas praeterea militum copias; deos denique immortalis huic inuicto populo, clarissimo imperio, pulcherrimae urbi contra tantam uim sceleris praesentis auxilium esse laturos. Quodsi iam sint id, quod summo furore cupiunt, adepti, num illi in cinere urbis et in sanguine ciuium, quae mente conscelerata ac nefaria concupiuerunt, consules se ac dictatores aut etiam reges sperent futuros? Non uident id se cupere quod, si adepti sint, fugitiuo alicui aut gladiatori concedi sit* necesse?

²⁰ Tertium genus est aetate iam adfectum, sed tamen exercitatione robustum; quo ex genere iste est Manlius, cui nunc Catilina succedit. Hi sunt homines ex eis coloniis quas Sulla constituit; quas ego uniuersas ciuium esse optimorum et fortissimorum uirorum sentio, sed

²⁰ in *add. Ernesti* || eis ab *cet.*: ab *a* ab his *h.*

perdido hace mucho la esperanza de poder conquistar. Creo yo que es conveniente advertir, en forma muy especial, a estos postergados algo que, por lo demás, también atañe de paso a toda la facción en que militan, a fin de que sus miembros dejen, en general y de una vez por todas, de soñar en el logro de semejantes pretensiones. Cuya advertencia, no es otra que la siguiente: ante todo, que yo tengo consagrada mi persona entera a velar por la integridad del régimen establecido, a cuyo lado me habrán de encontrar siempre, decidido a defenderlo; en segundo lugar, que las clases de la buena sociedad cuentan, como nunca, ahora con el abnegado apoyo de sus integrantes, con la absoluta concordia de sus distintas facciones, con el franco respaldo de las grandes mayorías y, por añadidura, con reservas militares inagotables;² y en último y tercer término, que los dioses inmortales —guardianes siempre presentes de este invicto pueblo, de su brillante imperio y su gloriosa metrópoli— no dejarán de ampararlos, contra el brutal atentado que los amenaza, con su protección infalible. Supongamos, sin embargo, que los miembros del grupo a que aludo logran ver algún día cristalizados sus vehementes anhelos: ¿por ventura tendrían, llegado el caso, la menor satisfacción en ser cónsules o dictadores o reyes en medio de los rescoldos de esta capital y ahogados en la sangre de sus conciudadanos, resultados ambos en que culminarían sendos postulados de su atentatorio y abominable programa? ¿Y es posible que no se den cuenta esos necios de que lo que desean para sí mismos resulta una bazofia que, de caer en sus manos, no habría de servirles sino para tenerla que ceder cuanto antes al primer esclavo en fuga o al primer gladiador con que toparan?³

²⁰ En cuanto al tercer grupo⁴ de nuestros antagonistas, aunque, por la edad de sus componentes, todos ellos ya ancianos, resulta más bien débil, no obstante, es a la vez fuerte, en virtud de la experiencia que aquellos atesoran. Y precisamente es ésta la agrupación de Man-

tamen ii sunt coloni, qui se *in* insperatis ac repentinis pecuniis sumptuosius insolentiusque iactarunt. Hi dum aedificant tamquam beati, dum praediis lectis, familiis magnis, conuiuiis apparatis delectantur, in tantum aes alienum inciderunt, ut, si salui esse uelint, Sulla sit eis ab inferis excitandus; qui etiam nonnullos agrestis, homines tenuis atque egentis, in eandem illam spem rapinarum ueterum impulerunt. Quos ego utrosque in eodem genere praedatorum direptorumque pono; sed eos hoc moneo, desinant furere ac proscriptiones et dictaturas cogitare. Tantus enim illorum temporum dolor inustus est ciuitati, ut iam ista non modo homines sed ne pecudes quidem mihi passurae esse uideantur.

X. ²¹ Quartum genus est sane uarium et mixtum et turbulentum; qui iampridem premuntur, qui numquam emergunt,¹ qui partim inertia, partim male gerendo negotio, partim etiam sumptibus in uetere aere alieno uacillant; qui uadimoniis, iudiciis, proscriptione bonorum defetigati, permulti² et ex urbe et ex agris se in illa castra conferre dicuntur. Hosce ego non tam milites

²¹ Hosce ego — arbitror *habet* PRISC. K II 593, 3. *quam add. Halm* || *pereant cet.: pereunt CA Vah.*

lio, de quien Catilina debe estar ya muy cerca a estas horas. Son sus contingentes, elementos de aquellas colonias agrícolas fundadas por Sila,⁵ todas las cuales en lo fundamental se componen, no lo niego, de los más cabales y excelentes varones;⁶ con todo, no faltaron entre ellos algunos colonos que, echándose encima de su tan inesperada como súbita riqueza, despilfarráronla toda, a fuerza de dispendios y prodigalidades inauditos.⁷ Dichos agricultores, edificando quintas, como si fuesen verdaderos magnates, y holgándose en sus fincas predilectas, en medio de un ejército de esclavos, y en interminables y espléndidos festines, acabaron por caer en tantas y tales deudas, que para salir de ellas tendrían que ir a sacar, para esa sola empresa, al propio Sila del Áverno mismo.⁸ Dichos manirrotos han contagiado, por añadidura, de sus propias esperanzas de volver a las andadas del antiguo pillaje, a ciertos otros campesinos pobres, también necesitados.⁹ Tanto a éstos como a aquéllos, clasificólos yo en la misma ralea de asaltantes y bandidos:¹⁰ y lo que les aconsejo es que dejen a un lado su rabia, renunciando ya a pensar en sus proscripciones y en sus dictaduras. Porque el cataclismo de aquellos sus buenos tiempos, ha quedado de tal modo grabado en la conciencia de nuestra comunidad, que, ya no digo sus seres humanos, sino ni sus bestias siquiera podrían de nueva cuenta resignarse a soportar aquella plaga.¹¹

X. ¹² Por lo que se refiere al cuarto grupo,¹ el aspecto que presenta es tan heterogéneo como vario y turbulento: a él pertenecen gentes que, habiendo naufragado en la mar de sus adeudos y viviendo siempre a punto de quedar en él ahogados, jamás, a decir verdad, creo que podrán salir en definitiva a flote. Dichos sujetos —en gran parte debido a la desidia con que han administrado su patrimonio, y también en gran parte merced a su ineptitud en los negocios— no hacen ahora más que vegetar, tambaleándose a cada momento, en la sordidez de sus ya inveterados compromisos crediticios. Exasperados primero por los emplazamien-

acris quam infitiatore lentos esse arbitror. Qui homines *quam* primum, si stare non possunt, corruant, sed ita ut non modo ciuitas sed ne uicini quidem proximi sentiant. Nam illud non intellego, quamobrem, si uiuere honeste non possunt, perire turpiter uelint, aut cur minore dolore perituros se cum multis quam si soli pereant arbitrentur.

²² Quintum genus est parricidarum, sicariorum, denique omnium facinorosorum; quos ego a Catilina non reuoco, nam neque ab eo diuelli possunt et pereant sane in latrocinio, quoniam sunt ita multi, ut eos carcer capere non possit.

Postremum autem genus est, non solum numero, uerum etiam genere ipso atque uita, quod proprium Catilinae est, de eius dilectu, immo uero de complexu eius ac sinu; quos pexo capillo, nitidos, aut imberbis aut bene barbatos uidetis, manicatis et talaribus tunicis, uelis amictos,³ non togis; quorum omnis industria uitae et uigilandi labor in antelucanis cenis expromitur.

²² manicatis — tunicis *habet* NONIVS 536, 18 et SERV. *Aen.* IX 613 || uelis amictos non togis *habet* NONIVS 406, 15 || uitae *cet.*: uita CA *Vah.*

tos que como demandados les fueron notificados sin producirse su comparecencia,² luego por las sentencias condenatorias dictadas en rebeldía contra ellos,³ y al fin por el remate de sus pegujales;⁴ estos individuos son de los que más ansían acudir a enrolarse en las tropas insurgentes.⁵ Pero yo dudo mucho de que tales voluntarios resulten tan temibles en su papel de milites como tercios han sido en negarse siempre al pago. Mas, en todo caso, puesto que están desahuciados económicamente, bien pueden precipitarse cuanto antes en el abismo; pero que lo hagan solos, de modo que, no ya la sociedad en cuyo seno han vivido, sino ni sus parientes más cercanos, tengan que compartir, así sea en porción ínfima, la triste suerte que, a ellos exclusivamente, les deparó el destino;⁶ pues no acierto, en verdad, a comprender por qué razón —ya que no les fue dado vivir honrosamente— están también empeñados en morir con deshonra: ni menos entiendo por qué piensan que arrastrando a su muerte a mucha gente, su pena ha de ser más leve que si perecieran solos.

³² El quinto es el grupo de los parricidas, de los asesinatos y, en una palabra, de los delincuentes de todos los tipos.⁷ A tales facinerosos ni intentaré siquiera rescatarlos del yugo de Catilina, puesto que estoy perfectamente convencido de que ni a viva fuerza podrían ser sustraídos a su influencia. Y como además de ello estos bribones son tan abundantes que ni en todas las cárceles habrían de encontrar cabida, más vale que de plano y en masa los sorprenda la muerte en el pillaje.

El último grupo de los conspiradores,⁸ tanto por su cifra como por el carácter y por la conducta de sus componentes, viene a ser algo así como la propia pandilla del mismo Catilina, su círculo predilecto o, para mejor caracterizarlo, el hijo de su regazo y sus entrañas. Cuyos componentes —ya sea que se depilen de pies a cabeza, ya sea que, al contrario, anden escandalosamente barbados—⁹ no son otros que esos mismos que con vuestros propios ojos soléis ver pasar con su cabellera escrupulosamente aderezada, todos resplandecientes, luciendo por

²³ In his gregibus omnes aleatores, omnes impuri impudicique uersantur. Hi pueri tam lepidi ac delicati non solum amare et amari neque saltare et cantare, sed etiam sicas uibrare et spargere venena didicerunt. Qui nisi exeunt, nisi pereunt, etiam si Catilina perierit, scitote hoc in re publica seminarium Catilinarum futurum. Verumtamen quid sibi isti miseri uolunt? Num suas secum mulierculas sunt in castra ducturi? Quem ad modum autem illis carere poterunt, his praesertim iam noctibus? Quo autem pacto illi Appenninum atque illas pruinas ac niuis perferent? nisi⁴ idcirco se facilius hiemen toleraturos putant, quod nudi in conuiuiis saltare didicerunt.

XI. ²⁴ O bellum magno opere pertimescendum, cum hanc sit habiturus Catilina¹ cohortem praetoriam! Instruite nunc, Quirites, contra has tam praeclaras Catilinae copias uestra praesidia uestrosque exercitus, et primum, gladiatori illi confecto et saucio consules imperatoresque uestros opponite, deinde, contra illam naufragorum eiectam ac debilitatam manum, florem

²³ spargere nenena didicerunt *habet* SERV. *Aen.* II 98; IV 486; VII 753. his praesertim iam noctibus *habet* SACERDOS K VI 446, 3.

atavío, no nuestra usual toga, sino esas túnicas suyas¹⁰ adicionadas con mangas y hasta el tobillo de largas y sobre las cuales llevan, por añadidura, transparentes mantos: en cenas que se prolongan generalmente hasta el amanecer,¹¹ ponen bien en evidencia cuál es el objeto de su vida entera y cuál es la única tarea de sus desvelos. ²³ Todos los tahures, todos los libertinos, todos los degenerados se codean en esta última cáfila; cuyos relamidos y lindos jovenzuelos se han hecho verdaderos maestros, no sólo en el amar y ser amados y en la danza y el canto, sino también en el blandir puñales y escanciar venenos: y a menos que semejantes efebos se decidan a emigrar rumbo a la hueste que los espera o a menos que queden por completo exterminados, tened por seguro que, aun pereciendo Catilina mismo, nuestra república seguirá nutriendo indefinidamente en su seno una verdadera cría de Catilinas en germen. Aunque, pensándolo bien, ¿a que estarán atenedos estos infelices? ¿Tratarán acaso de llevarse al campamento a sus indispensables mujerzuelas? ¿O será posible que puedan privarse de sus barraganas, y menos con las noches que están haciendo ya?¹² ¿O gracias a qué sortilegio creerán que van a aguantar los Apeninos aquellos,¹³ con sus escarchas y con sus nevadas? ¡Digo, si no es que se sienten lo bastante resistentes para arrostrar fácilmente cualquier clase de invierno, merced a la ventaja que les da haber aprendido a bailar en las orgías desnudos enteramente!

XI. ²⁴ ¡Oh, y qué truculenta irá a ser para nosotros la campaña que tenemos por delante, si son esos sujetos quienes van a integrar la guardia pretoriana¹ que asistirá más tarde a Catilina! Mas por ahora, conciudadanos, para hacer frente a las bizarras fuerzas de nuestro conspirador a que acabo de pasar, con vosotros, revista, os bastará con mantener alertas a las patrullas y ejércitos que tiene a su servicio vuestra causa;² a cuyo efecto conviene que antes que nada pongáis a vuestros cónsules y a vuestros capitanes en contacto y cara a cara con ese gladiador, a la sazón mal herido y echado por tierra: y en seguida que enviéis, contra aquella turbamulta de

totius Italiae ac robur educite. Iam uero urbes coloniarum ac municipiorum respondebunt Catilinae tumultibus siluestribus. Neque ego ceteras copias, ornamenta, praesidia uestra cum illius latronis inopia atque egestate conferre debeo. ²⁵ Sed si, omissis his rebus omnibus quibus nos suppeditamur,² eget ille, senatu, equitibus *Romanis*, Urbe, aerario, uestigalibus, cuncta Italia, prouinciis omnibus, exteris nationibus, si, his rebus omissis, causas ipsas, quae inter se confligunt, contendere uelimus, ex eo ipso, quam ualde illi iaceant intellegere possumus. Ex hac enim parte pudor pugnat, illinc petulantia; hinc pudicitia, illinc stuprum; hinc fides, illinc fraudatio; hinc pietas, illinc scelus; hinc constantia, illinc furor; hinc honestas, illinc turpitudine; hinc continentia, illinc libido: denique aequitas, temperantia, fortitudo, prudentia, uirtutes omnes certant cum iniquitate, luxuria, ignauia, temeritate, cum uitiiis omnibus; postremo copia cum egestate, bona ratio cum perdita, mens sana cum amentia, bona denique spes cum omnium rerum desperatione confligit. In

²⁵ Sed si — eget ille *habet* ARVS. K VII 509, 19 || *Romanis* *vulg.*: R. *cet.* R. P. *b* R. *populo* *bux* || Ex hac — confligit *habet* ISID. II 21, 5 || Ex hac enim *cet.*: ex hac ISID. *copia* *bh* ISID.: *copiae* *cet.*

réprobos —por cierto ya ahora definitivamente segregada de nuestra comunidad y, por ello mismo, aún más inofensiva—, a la flor y nata de la Italia entera;³ pues, sin la menor duda, los destacamentos y guarniciones de las colonias y de los municipios,⁴ serán suficientes para dar cabal cuenta de las chusmas rústicas que encabeza Catilina,⁵ pues mal haría yo en parangonar todas las demás fuerzas, pertrechos y recursos de que dispone vuestro gobierno con la indigencia y penuria con que cuenta aquel ladrón.⁶ ²⁵ Pero aún pasando por alto todo lo que nosotros tenemos oficialmente a nuestra disposición y de lo cual él carece en absoluto, es a saber: el apoyo del orden senatorial, el de la clase ecuestre romana, el control de la metrópoli, del erario, de los ingresos públicos, de la Italia entera, de todas nuestras provincias y aún de las naciones autónomas aliadas a nosotros;⁷ aun pasando por alto, repito, todas nuestras ventajas materiales, si entramos a comparar los meros postulados ideológicos⁸ de uno y de otro partido que están en controversia en este lance, su simple parangón nos bastará para calcular cuán por debajo de nosotros se queda aquella gente. En efecto, mientras en nuestras filas milita la modestia,⁹ en las del adversario prevalece la arrogancia; la castidad impera en este lado y la lujuria en aquél; aquí triunfa la lealtad, allá el engaño; aquí la religión, allá el sacrilegio; aquí el orden, allá la anarquía; aquí la continencia, allá el libertinaje: en una palabra, la equidad, la temperancia, la magnanimidad, la prudencia, todas las virtudes enfréntanse a la injusticia, a la molicie, a la pusilanimidad, a la temeridad, a todos los vicios; y trátase, finalmente, del antagonismo acérrimo entre opulencia y miseria, entre el principio establecido y el principio subversivo, entre la ideología sensata y la ideología disparatada y, para concluir, entre el porvenir seguro y la más absoluta carencia de esperanza. Ahora bien, ¿no está claro que, en pugna y controversia semejante —aun haciendo caso omiso de los materiales recursos humanos—, la intervención de los dioses inmortales no podría menos que redundar en la

eiusmodi certamine ac proelio, nonne, si hominum studia deficient, di ipsi immortales cogant ab his praeclarissimis uirtutibus tot et tanta uitia superari?

XII. ²⁶ Quae cum ita sint, Quirites, uos, quemadmodum iam antea, uestra tecta uigiliis custodiisque defendite; mihi ut urbi sine uestro metu ac sine ullo tumultu satis esset praesidi consultum atque prouisum est. Coloni omnes municipesque uestri, certiores a me facti de hac nocturna excursione Catilinae, facile urbes suas finisque defendent. Gladiatores, quam sibi ille manum certissimam fore putauit, quamquam animo meliore sunt quam pars patriciorum, potestate tamen nostra continebuntur. Q. Metellus, quem ego, hoc prospiciens, in agrum Gallicum Picenumque praemisi, aut opprimet hominem aut eius omnis motus conatusque prohibebit. Reliquis autem de rebus constituendis, maturandis, agendis, iam ad senatum referemus, quem uocari uidetis.

²⁷ Nunc illos qui in urbe remanserunt atque adeo qui contra urbis salutem omniumque uestrum in urbe a Catilina relictis sunt, quamquam¹ sunt hostes, tamen,

²⁶ metu *cet.*: mutu C motu *blsx om. h.*

²⁷ tamen — uolo *habet* SACERDOS K VI 445, 15 || nati sunt *cet.*: sunt *abls* || monitos *cet.*: monitos eos *otux m.* esse SAC. || exspectauit *cet.*: spec — C || Nullus — custos *habet* ARVS. K VII 461, 20 || si qui — possum *habet* SACERDOS K VI 487, 13 || coniuere possum *tux* PROBVS SAC.: commouere p. x consulere sibi possunt *cet.* || sed uel *bs*: sed ne *cet.* sed ne quid o sed *hux*.

derrota de tantos y tamaños pecados como los acabados de enumerar, así como en el triunfo de tan edificantes virtudes como las que también quedan citadas?¹⁰

XII. ²⁶ Así pues, ciudadanos, basta por ahora que sigáis manteniendo a salvo de sorpresas —mediante los veladores y los vigilantes que sean indispensables— vuestras particulares moradas, ni más ni menos que como hasta la fecha lo habéis venido haciendo.¹ Por lo que a mí se refiere, ya he previsto y dispuesto cuanto creo suficiente² para que sin el menor riesgo vuestro ni la menor alarma en la población tenga nuestra capital la protección necesaria; asimismo, los habitantes de las colonias y municipios todos, perfectamente enterados por mí de la fuga de Catilina, habrán de proveer fácilmente a la defensa de sus respectivas ciudades y territorios;³ y, en fin los gladiadores,⁴ turba con la que el cabecilla contaba como con la más fiel a su causa —aunque resultan de mejor índole que ciertos patricios—, serán tenidos a raya por nuestra policía. Por lo demás, Quinto Metelo,⁵ a quien ya barruntando lo que habría de suceder había yo de antemano despachado rumbo a los territorios Galo y Piceno, debe estar ahora mismo ya obstaculizando cada paso y cada movimiento de nuestro hombre, si no es que ya le dio caza.⁶ Y, por lo que se refiere a cuanto queda aún por resolver, decidir y realizar, dentro de un momento habrá de ser todo ello discutido oficialmente por el consejo senatorial a cuyos miembros, según podéis advertirlo, se está ahora mismo citando a una junta.⁷

²⁷ Y ahora quiero que aquellas personas que se han quedado —o, más bien dicho, que han sido dejadas por Catilina— en nuestra capital con la comisión de minar su tranquilidad y la de todos vosotros, paren mientes en la advertencia que —pese a su carácter de verdaderos enemigos públicos y solamente en consideración a haber nacido ciudadanos romanos—⁸ voy, por último, a hacerles en seguida: si mi morigerancia pudo haber parecido a cualquiera tolerante en exceso, ello no debe tomarse sino como una táctica transitoria impuesta a mi con-

quia nati sunt ciues, monitos etiam atque etiam uolo. Mea lenitas adhuc si cui solutior uisa est, hoc expectauit ut id quod latebat erumperet. Quod reliquum est, iam non possum obliuisci meam hanc esse patriam, me horum esse consulem, mihi aut cum his uiuendum aut pro his esse moriendum. Nullus est portis custos, nullus insidiator uiae; si qui exire uolunt, coniuere possum; qui uero se in urbe commouerit, cuius ego non modo factum, sed uel inceptum ullum conatumue contra patriam deprendero, sentiet in hac urbe esse consules uigilantis, esse egregios magistratus, esse fortem senatum, esse arma, esse carcerem quem uindicem nefariorum ac manifestorum scelerum maiores nostri esse uoluerunt.

XIII. ²⁸ Atque haec omnia sic agentur ut maximae res minimo motu, pericula summa nullo tumultu, bellum intestinum ac domesticum post hominum memoriam crudelissimum et maximum me uno togato duce et imperatore sedetur. Quod ego sic administrabo, Quirites, ut, si ullo modo fieri poterit, ne improbus quidem quisquam in hac urbe poenam sui sceleris sufferat. Sed si uis manifestate audaciae, si impendens patriae periculum me necessario de hac animi lenitate

²⁸ uidetur cet.: uideretur CA Vaot.

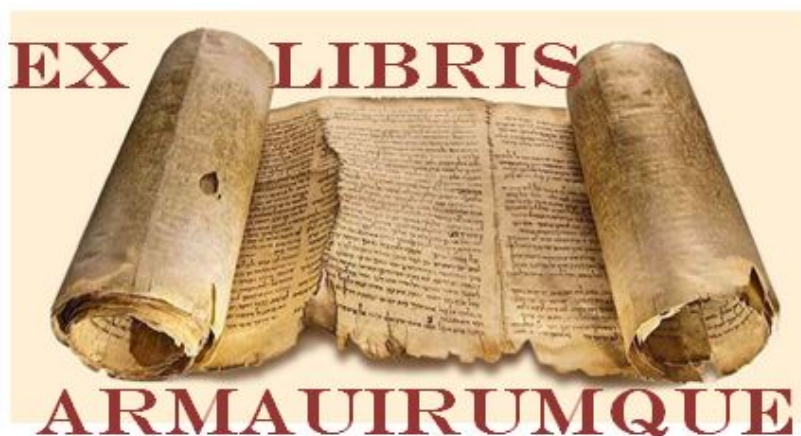
ducta por la fuerza de las circunstancias y sólo durante el tiempo que he tenido que esperar a que saliera a la luz lo que se agazapaba en la clandestinidad; por ende, de aquí en adelante no tengo motivos ya para perseverar en tal comportamiento, olvidándome de que es ésta mi patria, de que soy el supremo representante de la ciudadanía que tengo ante los ojos y de que, en consecuencia, vivir o morir con ella es para mí un deber. Nadie vigila en las puertas de nuestra ciudad, nadie acecha en los caminos de afuera: si hay complotistas que decidan emigrar, yo, simplemente haréme el desentendido; pero si alguno de ellos se me alborota en Roma —y yo sabré estar al tanto, no sólo de cuanto hagan sino de cuanto intenten y vayan a hacer— habrá de comprobar por propia experiencia que no carece esta urbe de cónsules vigilantes, de egregios magistrados, de un senado enérgico, de un arsenal bien provisto, ni de una cárcel pública que desde el tiempo de nuestros ancestros fue construida por ellos para sancionar los crímenes punibles y flagrantés.

XIII. ²⁸ Y todo ello habrá de llevarse a cabo en forma tal que queden ventilados los problemas más difíciles dentro del menor trastorno, los más graves peligros sin la menor alarma y la guerra civil o intestina más atroz y más grande que registra la historia de los hombres, ¹ siendo yo solo y sin dejar la toga, ² vuestro caudillo y vuestro capitán.³ Y con tal prudencia, conciudadanos, me propongo asumir mi comandancia que, de tener la menor oportunidad de hacerlo, procuraré que ni un solo conjurado tenga que compurgar la sanción de su delito.⁴ Pero hasta en el caso extremo de que cualquier atentado probado plenamente, poniendo en riesgo inminente a la patria, diere a mi pesar al traste con la benignidad que por norma me he propuesto, puedo asegurar al menos, y esto sí con seguridad absoluta, que lograré una ventaja que en conflicto tan serio y complicado como el que afrontamos apenas podría creerse ser sólo supletoria de la principal: ella consiste en que, por una parte, no habrá entre la gente honrada ni una víctima inocente; y por

deduxerit, illud profecto perficiam, quod in tanto et tam insidioso bello uix¹ optandum uidetur, ut neque² bonus quisquam intereat paucorumque poena uos omnes salui esse possitis. ²⁹ Quae quidem ego neque mea prudentia neque humanis consiliis fretus polliceor uobis, Quirites, sed multis et non dubiis deorum immortalium significationibus, quibus ego ducibus in hanc spem sententiamque sum ingressus; qui iam non procul, ut quondam solebant, ab externo hoste atque longinquo, sed hic praesentes suo numine atque auxilio sua templa atque urbis tecta defendunt. Quos uos, Quirites, precari, uenerari, implorare debetis, ut, quam urbem pulcher-
rimam, florentissimam potentissimamque esse uolue-
runt, hanc, omnibus hostium copiis terra marique supe-
ratis, a perditissimorum ciuium nefario scelere defen-
dant.

²⁹ florentissimam potentissimamque *et.*: — mamque et pot —
o florentissimamque *A Vabls.*

otra parte, todos y cada uno de vosotros habréis de salir incólumes del trance en que nos hallamos, a costa exclusivamente del sacrificio de unos cuantos agitadores.⁵ Y cuanto queda dicho me atrevo a prometéroslo, ciudadanos, no atenido a mi personal perspicacia ni a recurso humano alguno, sino a los abundantes e indubitables presagios en tal sentido externados por los dioses inmortales,⁶ únicos guías que he tomado por norte para llegar a tan segura convicción como la que profeso. Ellos habrán de ser los que, con su misterioso poder y su infalible amparo, mantendrán a salvo sus templos y los demás monumentos de nuestra metrópoli, y no de lejos como lo han venido haciendo en nuestras campañas contra nuestros enemigos de países extranjeros,⁷ sino haciéndose aquí mismo de cuerpo presente. Vosotros, conciudadanos, debéis pedirles, suplicarles e implorarles que, ante el atentatorio sacrilegio con que los miembros más degenerados de nuestra ciudadanía amagan a esta ciudad, le otorguen su amparo ellos, por cuya voluntad es hoy la más bella, la más floreciente, la más poderosa metrópoli.



M. Tulli Ciceronis in L. Catilinam oratio tertia habita ad populum

I¹ REM publicam, Quirites, uitamque omnium uestrum, bona, fortunas,¹ coniuges liberosque uestros atque hoc domicilium clarissimi imperi, fortunatissimam pulcherrimamque urbem, hodierno die deorum immortalium summo erga uos amore, laboribus, consiliis, periculis meis,² e flamma atque ferro ac paene ex faucibus fati ereptam et uobis conseruatam ac restitutam uidetis. ² Et si³ non minus nobis iucundi atque inlustres sunt ei dies quibus conseruamur quam illi quibus nascimur, quod salutis certa laetitia est, nascendi incerta condicio, et quod sine sensu nascimur, cum uoluptate seruamur, profecto quoniam illum qui hanc urbem condidit ad deos immortalis beniuolentia famaue sustulimus, esse apud uos posterosque uestros in honore debebit is qui eandem hanc urbem conditam amplificatamque seruauit. Nam toti urbi,⁴ templis, delubris, tectis ac moe-

¹ Rem publicam — uestros *habet* ISID. II 21, 40 || uestrum *cet.*: uestrorum ISID. || *Post conseruatam ac resti — desinit rursus C.*

² Et si non — dies *et* quibus nascimur *habet* MART.. CAP. H 469, 13.

Tercer Discurso de Marco Tulio Cicerón contra Lucio Catilina pronunciado ante el pueblo *

I. ¹ NUESTRA república, conciudadanos, la vida de todos nosotros, vuestras riquezas, vuestros intereses, vuestras esposas e hijos y esta ciudad, tan próspera e ilustre, metrópoli del más brillante imperio; todo ello podéislo ver completamente a salvo del fuego y de la cuchilla —si no es que de las mismas fauces de la muerte— gracias al gran favor que plugo a los dioses inmortales otorgaros, así como al esfuerzo, a la previsión y al riesgo de mi propia persona.¹ ² Por lo que, si tenemos en cuenta que entre nosotros es usual celebrar el aniversario del día en que acertamos a sortear cualquier desgracia como no menos grata y memorable fecha que la de nuestro mismo natalicio² —en virtud, a mi criterio, de que la salvación de una existencia ya en pleno desarrollo es positiva ventaja mientras el advenimiento a la vida no pasa de ser un hecho meramente fortuito puesto que al recibir el aliento ni nos percatamos siquiera de ello y en cambio es innegable que al salvar la existencia de algún riesgo sí experimentamos una fruición consciente—,³ y si, por otra parte, también tenemos presente la circunstancia de haber elevado nuestro pueblo al rango de los dioses inmortales, en medio de parabienes y bendiciones, a quien fundó esta ciudad;⁴ si conjugamos, digo, una y otra premisa, de fijo que quien ha conseguido que nuestra urbe, ya plenamente lograda y desarrollada, se haya conservado en pie, no puede menos que esperar de vosotros y de vuestra descendencia el glorioso galardón que se merece,⁵ y al que se hizo acreedor al extinguir las llamas que estaban ya materialmente lamiendo y envolviendo a la metrópoli entera, a sus tem-

nibus subiectos prope iam ignis circumdatosque retinxi-
mus, idemque⁵ gladios in rem publicam destrictos
restitimus mucronesque eorum a iugulis uestris deie-
cimus.⁶

² Quae quoniam in senatu inlustrata, patefacta,
comperta⁷ sunt per me, uobis iam exponam breuiter,
ut et quanta *et quam manifesta* et qua ratione inuesti-
gata et comprehensa sint uos qui et ignoratis et expec-
tatis scire possitis.

Principio,⁸ ut Catilina paucis ante diebus erupit ex
urbe, cum sceleris sui socios, huiusce nefarii belli acer-
rimos duces, Romae reliquisset semper uigilaui et pro-
uidi, Quirites, quemadmodum in tantis et tam abscon-
ditis insidiis salui esse possemus. II. Nam tum, cum ex
urbe Catilinam eiiciebam¹ (non enim iam uereor huius
uerbi inuidiam, cum illa magis sit timenda, quod uiuus
exierit), sed tum,² cum illum exterminari uolebam, aut
reliquam coniuratorum manum simul exituram aut eos
qui restitissent infirmos sine illo ac debilis fore pu-
tabam. ⁴ Atque³ ego, *ut* uidi, quos maximo furore et
scelere esse inflammatos sciebam, eos nobiscum esse
et Romae remansisse, in eo omnis dies noctesque con-
sumpsi ut quid agerent, quid molirentur, sentirem ac

³ et quam manifesta *cet. om. A Vat.*

⁴ ut *cet. om. AVahl. tota hx: ut t. cet.*

plos y santuarios, a sus monumentos y a sus murallas mismas; y al paralizar también las armas desenvainadas contra la constitución, desviando, de paso, sus agudas puntas de vuestras propias gargantas.

³ Y, aunque por mi iniciativa y en su debida forma acaban de ser oficialmente revelados, demostrados y probados⁶ los pormenores de lo susodicho, quiero ahora mismo y así sea someramente, poner al tanto de ellos a quienes de entre vosotros los ignoren y quieran conocerlos, a fin de que todo mundo pueda percatarse de qué manera tan asombrosa, tan clara y tan lógica vino a quedar descubierta y sofocada toda la conspiración.

Debo aclarar, por principio de cuentas, que desde hace ya algún tiempo,⁷ desde la fecha en que Catilina dio en huir de repente de la capital, y en vista de que, al hacerlo había dejado en Roma a los principales cómplices de su plan atentatorio —los infames dirigentes de su golpe de estado abominable—, he tenido que mantenerme constantemente alerta, conciudadanos, en mi afán de sacaros lo mejor librados de las peligrosas, encubiertas celadas a que os hallabais expuestos. II. No obstante, al echar a Catilina de esta capital —y por cierto que no tengo ya el menor escrúpulo en usar tal expresión en todas sus letras, desde el momento en que, si algo debe ahora inspirarme recelo es justamente el haber dejado que escapara vivo—; cuando hacía yo votos, digo, porque este individuo se apartara lo más lejos posible de nuestros confines, es que daba por supuesto que el grupo restante de los conjurados, o bien acabaría por emigrar hacia su compañía, o bien sus componentes a la urbe aferrados habrían de resultar en todo caso débiles e impotentes sin su cabecilla. ⁴ Pero al cerciorarme de que, al contrario, precisamente seguían entre nosotros y se habían quedado en Roma los que yo sabía que eran los más exasperados en su rabia y saña patibularias,¹ no tuve ya más remedio que consagrar por entero mis días y mis noches a tratar de investigar y vigilar sus pasos y maniobras todas, a efecto de penetrar en su intriga de tal modo que por poco que fuese el crédito prestado por vuestros oídos a

uiderem, ut, quoniam auribus uestris, propter incredibilem magnitudinem sceleris, minorem fidem faceret oratio mea, rem ita comprehenderem ut tum demum animis saluti uestrae prouideretis, cum oculis maleficio ipsum uideretis. Itaque ut comperi legatos Allobrogum, belli Transalpini et tumultus Gallici excitandi causa, a P. Lentulo esse sollicitatos, eosque in Calliam ad suos ciuis, cum litteris mandatisque, eodemque itinere ad Catilinam esse missos, comitemque eis adiunctum esse T. Volturcium, atque huic esse ad Catilinam datas litteras, facultatem mihi oblatam putaui ut, quod erat difficillimum quodque ego semper optabam ab dis immortalibus, [ut] tota res non solum a me, sed etiam a senatu et a uobis manifesto deprenderetur.

⁵ Itaque hesterno die L. Flaccum et C. Pomptinum praetores, fortissimos atque amantissimos rei publicae uiros, ad me uocaui; rem exposui; quid fieri placeret ostendi. Illi autem, qui omnia de re publica praeclara atque egregia sentirent, sine recusatione ac sine ulla

⁵ qui omnia — sentirent *habet* ARVS. K VII 511, 8 || ut Tiberis — interesset *habet* ARVS. K VII 482, 7.

mis afirmaciones —en virtud de la increíble gravedad del atentado—, al ver la fechoría misma con vuestros propios ojos, ya no os quedara ni el menor escrúpulo para proveer a vuestra propia seguridad. Y así, habiéndome enterado de que un grupo de emisarios alobroges² había sido exhortado por Publio Léntulo³ a promover, de aquel lado de los Alpes,⁴ un motín de pueblos galos;⁵ y de que los mencionados parlamentarios habían sido apremiados a regresar cuanto antes a la Galia,⁶ a fin de llevar a sus connacionales las cartas e instrucciones pertinentes, debiendo incorporárseles de compañero de viaje un tal Tito Volturcio,⁷ quien aprovechando el itinerario⁸ de la comitiva, sería también portador de cartas remitidas al propio Catilina;⁹ informado, digo, de semejante noticia, tuve para mí que por fin había llegado la ocasión de poner en completa evidencia, y no sólo ante mí mismo sino ante el senado y ante todos vosotros, la conspiración entera: oportunidad ésta por demás difícil de llegar a presentarse, pero que yo no dejaba de pedir a los dioses inmortales.

⁵ De modo que ayer mismo¹⁰ cité a mi presencia a los pretores Lucio Flacco y Cayo Pomptino,¹¹ varones ambos sin tacha y enteramente adictos a nuestro gobierno:¹² sin la menor reserva, los puse al tanto de todo, participándoles lo que yo consideraba pertinente hacer.¹³ Ellos, que siempre abrigaron los más nobles y egregios sentimientos por nuestro sistema republicano, sin excusa ni demora, dieron manos a la obra y al filo del crepúsculo llegaron en secreto al puente Mulvio,¹⁴ apostándose en las fincas que hay en sus aledaños, uno en cada ribera, de manera que el Tiber y su puente quedasen en medio de ellos. Al mismo sitio y sin sospecha de nadie, habían llevado consigo toda una nutrida escolta de su gente de más temple, que reforcé además con un buen grupo de mozos escogidos y armados de punta en blanco, todos ellos por cierto originarios de nuestra prefectura de Reate,¹⁵ a cuyos connaturales frecuentemente recurro cuando se trata de la seguridad del Estado.¹⁶ ⁶ Pasada la medianoche, y a punto casi de concluir el turno corres-

mora negotium susceperunt, et, cum aduesperasceret, occulte ad pontem Muluium peruenerunt atque ibi in proximis uillis ita bipertito fuerunt⁴ ut Tiberis inter eos et pons interesset. Eodem autem et ipsi, sine cuiusquam suspicione, multos fortes uiros eduxerant et ego ex praefectura Reatina compluris delectos adulescentis, quorum opera utor adsidue in rei publicae praesidio, cum gladiis miseram. ⁶ Interim tertia fere uigilia exacta, cum iam pontem Muluium magno comitatu legati Allobroges ingredi inciperent unaque Volturcius, fit in eos impetus; ducuntur et ab illis gladii et a nostris. Res praetoribus erat nota solis, ignorabatur a ceteris. III. Tum interuentu Pomptini atque Flacci pugna [quae erat commissa] sedatur. Litterae, quaecumque erant in eo comitatu, integris signis praetoribus traduntur; ipsi comprehensi ad me, cum iam dilucesceret, deducuntur. Atque horum omnium scelerum improbissimum machinatorem, Cimbrum Gabinium, statim ad me, nihildum suspicantem, uocaui, deinde item accersitus est L. Statilius, et post eum Cethegus; tardissime autem Lentulus uenit, credo¹ quod in litteris dandis praeter consuetudinem proxima nocte uigilarat.

⁷ Cum summis et clarissimis huius ciuitatis uiris,

⁶ Res erat — ceteris habet POMPEIUS K V 294, 12 || Res erat

pondiente al tercer centinela,¹⁷ en el preciso instante en que habían acabado de entrar al puente Mulvio, con todo su largo séquito, incluido en él Volturcio, los diplomáticos alobroges, se arremete contra ellos: sus hombres y los nuestros desenvainan las espadas, siendo el motivo de la escaramuza conocido únicamente por ambos pretores, pues todos los demás ignorábanlo.¹⁸ III. En un momento dado, Pomptino y Flacco se identifican, y la comenzada gresca se aplaca inmediatamente.¹ Cuanto documento se descubre en poder de los de la comitiva, queda, intactos sus lacres, en poder de los pretores; y al ir despuntando el alba, los detenidos son llevados en persona a mi presencia. Inmediatamente cité a mi domicilio,² primero a Cimbrio Gabinio,³ el promotor hipócrita de toda esta última maquinación siniestra, que aún nada se sospechaba sobre su descubrimiento; a continuación, hice que también me llevaran a un tal Lucio Estatilio,⁴ y después de éste a Cethego;⁵ solamente Léntulo compareció hasta bien tarde, de fijo por haber pasado en vela la noche íntegra de la víspera, dedicado a la tarea, tan extraña a la usual suya, de redactar misivas.⁶

⁷ Al consejo que me dieron ciertos prominentes y distinguidos próceres de nuestra comunidad⁷ que, habiendo acudido a visitarme por la mañana, me sugerían abrir las cartas que tenía en mi poder, a fin de no arriesgarme —en caso de no encontrarse en ellas nada comprometedor— al reproche de haber suscitado a la ligera tamaña alarma en la sociedad—; a tales sugerencias, digo, di por toda respuesta la reiteración de mi firme propósito de entregar intacto a nuestro consejo público cuanto pudiere entrañar una pública amenaza. Y es que yo estaba seguro, conciudadanos, de que —aún suponiendo que nada de cuanto me habían revelado fidedignas fuentes resultase confirmado por el contenido de aquella correspondencia— no debía de preocuparme la idea de que alguien se atreviera a echarme en cara el ex-

— *solis habet SERVIVS Aen*, I 409. *quae erat commissa secl. Halm.*

⁷ *deferri cet.: referrem a.*

qui, audita re, frequentes ad me mane conuenerant, litteras a me prius aperiri, quam ad senatum deferri placeret, ne, si nihil esset inuentum, temere a me tantus tumultus iniectus ciuitati uideretur, negaui me esse facturum ut de periculo publico non ad consilium publicum rem integram deferrem. Etenim, Quirites, si ea quae erant ad me delata reperta non essent, tamen ego non arbitrabar in tantis rei publicae periculis esse mihi nimiam diligentiam pertimescendam. Senatum frequentem celeriter, ut uidistis, coegi. ⁸ Atque interea statim, admonitu Allobrogum, C. Sulpicium praetorem, fortem uirum, misi qui ex aedibus Cethegi, si quid telorum esset, efferret; ex quibus ille maximum sicarum numerum et gladiatorum extulit.

IV. Introduxi Volturcium sine Gallis; fidem publicam iussu senatus dedi; hortatus sum ut ea quae sciret sine timore indicaret. Tum ille dixit, cum uix se ex magno timore recreasset, a P. Lentulo se habere ad Catilinam mandata et litteras, ut seruorum praesidio uteretur, ut ad urbem quam primum cum exercitu accederet; id autem eo consilio ut, cum urbem ex omnibus partibus, quemadmodum discriptum distributumque erat, incendissent, caedemque infinitam ciuium fecissent, praesto

⁸ et gladiatorum *cet.*: gladiatorum *Aabls* || fidem — dedi *haber*
ISID. XI 1, 57.

ceso de mi celo ante los graves riesgos que sortea nuestra república. De manera que, sin más dilación, según pudisteis verlo, convoqué al senado⁸ a una asamblea cuyo quórum fue, por cierto, extraordinariamente numeroso.

⁸ Y mientras aquel cuerpo se instalaba, siguiendo el consejo de los alobroges, di al pretor Cayo Sulpicio, varón cabal si los hay,⁹ la encomienda de catear la morada de Cethego, incautando en su caso, cuantas armas en ella encontrare; con el resultado de haber extraído mi comisionado, del domicilio en cuestión, gran cantidad de dagas y armas blancas.

IV. Abierta que fue la sesión senatorial, empecé por disponer que fuese introducido a su recinto, primero únicamente Volturcio, quedando afuera los galos,¹ otorgué al recién llegado mi indulto,² que fue revalidado por el refrendo senatorial; una vez hecho lo cual, exhorté al deponente a que, sin temor alguno, manifestara cuanto supiese. Entonces él, a duras penas repuesto del tremendo pavor que lo embargaba, declaró haber sido portador de una carta remitida a Catilina por Léntulo, así como de ciertas recomendaciones que, por su conducto, hacía al primero el último, las cuales consistían substancialmente en exhortar al ausente a aprovechar el respaldo de las masas esclavas y a caer con su hueste sobre Roma, a efecto de que, conforme a lo acordado previamente, mientras los conspiradores urbanos procedieran a incendiar los barrios de la metrópoli prefijados al efecto, así como a pasar a cuchillo a sus habitantes, masacrándolos en masa, aquél llegara a tiempo de exterminar a los fugitivos, estableciendo contacto con su estado mayor de la capital. ⁹ Por su parte, los galos, que fueron hechos pasar a continuación, declararon también que Publio Léntulo, Cethego y Estatilio, los habían hecho portadores de algunas cartas, así como de cierto juramento verbal, con el encargo de llevar todo a su pueblo; agregando además que los mismos individuos, y con ellos de consuno Lucio Casio,³ habíanlos instado, asimismo, a hacerles llegar cuanto antes a Italia de su provincia un buen refuerzo de caballería, pues según aseguraban, las tropas de infan-

esset ille, qui et jugientis exciperet et se cum his urbanis ducibus coniungeret. ⁹ Introduncti autem Galli ius iurandum sibi et litteras a P. Lentulo, Cethego, Statilio ad suam gentem datas esse dixerunt, atque ita sibi ab his et a L. Cassio esse praescriptum ut equitatum in Italiam quam primum mitterent: pedestris sibi copias non defuturas; Lentulum autem sibi confirmasse ex fatis Sibyllinis haruspicumque responsis se esse tertium illum Cornelium ad quem regnum huius urbis atque imperium peruenire esset necesse; Cinnam ante se et Sullam fuisse; eundemque dixisse fatalem hunc annum esse ad interitum huius urbis atque imperi, qui esset annus decimus post uirginum absolutionem, post Capitoli autem incensionem uicesimus. ¹⁰ Hanc autem Cethego cum ceteris controuersiam fuisse dixerunt quod Lentulo et aliis Saturnalibus caedem fieri atque urbem incendi placeret, Cethego nimium id longum uideretur.

V. Ac ne longum sit, Quirites, tabellas proferri iussimus, quae a quoque dicebantur datae. Primo ostendimus Cethego signum; cognouit. Nos linum incidimus, legimus. Erat scriptum ipsius manu Allobrogum senatui et populo sese, quae eorum legatis confirmasset, esse*

⁹ datas cet.: || data Aal datam bs || fatis cod. S. Marci 255 sup. lin.: fastis cet. libris eux || Post regnum incipit rursus C.

¹⁰ linum cet.: lignum Vhotux. esse facturum nos clausulae causa: f. e. codd. || recepissent Muret: prae — codd. || notum quidem cet.: notum Votux.

tería no les habrían de faltar; que Léntulo en persona les había afirmado que él era ni más ni menos que aquel tercer miembro de la estirpe Cornelia⁴ en quien, conforme a las predicciones de los libros sibilinos⁵ y a las revelaciones de los arúspices,⁶ habrían de recaer en definitiva el trono y señoría de esta metrópoli, antes de él ya ocupados, en su forma transitoria —también según lo dispuesto como requisito previo por los mismos vaticinios de referencia— primero por Cinna⁷ y a continuación por Sila;⁸ que el susodicho Léntulo les había garantizado que era precisamente el año en curso⁹ el señalado por el destino para la extinción de Roma y de su poderío, puesto que era el décimo a partir de la absolución de las vírgenes vestales¹⁰ y a la vez el vigésimo a partir del incendio que sufrió el Capitolio.¹¹ ¹⁰ Declaraciones a las que los deponentes en turno agregaron, además, que habían tenido ocasión de presenciar un día cierta disputa,¹² ventilada entre Cethego y sus demás compinches a propósito de la opinión particular de Léntulo y algunos otros en el sentido de no ser pertinente proceder al incendio de la urbe y a la general masacre de sus habitantes sino hasta que se llegaran las fiestas saturnales,¹³ fecha esta última que, según el parecer de Cethego, resultaba demasiado remota.

V. Para no ser prolijo, conciudadanos, sólo os digo que en seguida dispuse que fuese trasladada al seno de la asamblea aquella correspondencia¹ que los denunciantes afirmaban haber sido remitida por todos y cada uno de los presuntos responsables. A continuación procedí desde luego a mostrar a Cethego la carta correspondiente, lacrada por su sello personal, que el interpelado tuvo que reconocer como propio. Yo mismo entonces, desprendí de la misiva el cordelillo² y leí en alta voz su contenido. Con su puño y letra prometía el signatario al senado y al pueblo alobroges,³ cumplir estrictamente cuanto tenía ofrecido de palabra a sus emisarios, encareciendo a aquellos que, por su parte, respaldasen las promesas que le habían hecho a él sus embajadores. Después de cuya lectura, Cethego —que poco antes había, por

facturum; orare ut item illi facerent quae sibi eorum legati recepissent. Tum Cethegus, qui paulo ante aliquid tamen de gladiis ac sicis, quae apud ipsum erant deprensae, respondisset¹ dixissetque se semper bonorum ferramentorum studiosum fuisse, recitatis litteris debilitatus atque abiectus conscientia repente conticuit. Introductus Statilius cognouit et signum et manum suam. Recitatae sunt tabellae in eandem fere sententiam; confessus est. Tum ostendi tabellas Lentulo et quaesiui cognosceretne signum. Adnuit. «Est uero, inquam, notum quidem signum, imago aui tui, clarissimi uiri, qui amauit unice patriam et ciuis suos; quae quidem te a tanto scelere etiam muta reuocare debuit.»²

¹¹ Leguntur eadem ratione ad senatum Allobrogum populumque litterae. Si quid de his rebus dicere uellet, feci potestatem. Atque ille primo quidem negauit; post autem aliquanto, toto jam indicio exposito atque edito, surrexit; quaesiuit a Gallis quid sibi esset cum eis, quamobrem domum suam uenissent, itemque a Uolturcio. Qui cum illi breuiter constanterque respondissent per quem ad eum quotiensque uenissent, quae-

¹¹ itemque a *cet.*: item a *a* || *fatis x*: *fastis cet.*

lo menos, procurado inventar una coartada acerca de las dagas y espadas acabadas de encontrar en su domicilio alegando a tal efecto que siempre había tenido la afición de coleccionar todo género de armas de buen temple—, quedó sin chistar palabra, bien así como convicto y anonadado que estaba dentro de su fuero interno. Habiendo tocado su turno a Estatilio, no tuvo más remedio, tampoco, que reconocer por suyos tanto el lacre como la letra de su propia carta, a la que se dio lectura también, descubriéndose en ella un contenido por el estilo de la anterior, por lo que su autor no encontró más expediente que confesar de plano sus actos. Pasé en seguida a poner ante los ojos de Léntulo sus respectivas tablillas, preguntándole a la vez si reconocía o no por su sello personal el que estaba viendo en ellas. Habiendo el interrogado asentido con un signo de cabeza, díjele: “Bien conocido es, en verdad, tu blasón,⁴ puesto que es nada menos que la efigie de un ancestro tuyo que fue un varón preclaro y amó singularmente a su patria y a sus conciudadanos,⁵ por lo que su sola imagen, sin necesidad de hablar, te debía haber disuadido de tamaño atentado como el que tenías en proyecto.” ¹¹ Procedióse, tras esto, a dar también lectura a su carta, como las anteriores destinada igualmente, al senado y al pueblo alobroges, y asimismo redactada en términos semejantes a los de las precedentes. Hecho lo cual, di a su autor en forma expresa la oportunidad de argüir en su defensa cuanto creyera oportuno. El cual comenzó primero por negarse a hablar, pero acabó, de ahí a poco, levantándose a hacer uso de la palabra para interpelar a los galos, así como a Volturcio, sobre el motivo que los había llevado a su casa. Habiéndole respondido los interrogados sin el menor titubeo y todos concordemente, sobre lo con él tratado en todas y cada una de sus varias entrevistas,⁶ y habiéndole éstos preguntado, por su parte, si nunca les había hablado de los libros sibilinos, el así requerido, súbitamente desconcertado ante la plena evidencia de su propio crimen, dejó traslucir cuán vivo era su remordimiento, pues, habiendo podido seguir negando

sissentque ab eo nihilne secum esset de *fatís* Sibyllinis locutus, tum ille subito, scelere demens, quanta conscientiae uis esset ostendit. Nam cum id posset infitiri, repente praeter opinionem omnium confessus est. Ita eum non modo ingenium illud et dicendi exercitatio, qua semper ualuit, sed etiam, propter uim sceleris manifesti atque deprensi, impudentia, qua superabat omnes improbitasque defecit. ¹² Uolturcius uero subito litteras proferri atque aperiri iubet, quas sibi a Lentulo ad Catilinam datas esse dicebat. Atque ibi uehementissime perturbatus Lentulus, tamen³ et signum et manum suam cognouit. Erant autem sine nomine sed ita: «Quis sim scies ex eo quem ad te misi. Cura ut uir sis et cogita quem in locum sis progressus; uide ecquid tibi iam sit necesse et cura ut omnium tibi auxilia adiungas, etiam infimorum.»⁴ Gabinius deinde introductus, cum primo impudenter respondere coepisset, ad extremum nihil ex eis quae Galli insimulabant negauit. ¹³ Ac mihi quidem, Quirites, cum illa certissima uisa sunt argumenta atque indicia sceleris, tabellae, signa, manus, denique

¹² Quis *abho*: qui *cet.* || Cura ut uir sis *habet* PRISC. K III 237. 23 || Vide ecquid *Halm*: uide et quid *cet.* et uide quid *htux.*

¹³ editus, Quirites *cet.*: editis *ao.*

los cargos que se le estaban haciendo, y contra lo que todos nos imaginábamos, confesó abiertamente su delito. Y a tal grado lo hicieron descontrolarse la evidencia y las pruebas, por sorpresa acumuladas, de su frustrada culpabilidad, que no sólo su célebre habilidad y pericia en el buen decir,⁷ sino hasta esa serena desfachatez, con que prevaleció siempre y por encima de todos frente a las dificultades, parecieron por completo abandonarlo.¹² Mas he aquí que de improviso sugiere el mismo Volturnio que también sea presentada y abierta la carta que afirmaba le había sido confiada por Léntulo para hacerla llegar a manos de Catilina. En medio de su notable anonadamiento, todavía tuvo Léntulo que reconocer por suyos tanto el sello de lacre como la escritura misma de esta otra misiva. La cual, por cierto, no llevaba firma alguna, siendo poco más o menos del tenor siguiente:

Por boca del portador habrás de saber quién soy. Procura ser todo un hombre al meditar en el paso trascendental que has dado; advierte que para salir avante después de dicho paso, lo que antes era para ti mero propósito ahora ya es necesidad ineludible, razón por la cual debes aprovechar cualquier clase de apoyo, inclusive el de los seres más discriminados.⁸

Leídas que fueron semejantes prevenciones, pasó, por último, a declarar Gabinio, quién, aunque empezó negando con el mayor descaro cuantos cargos le fueron imputados, a la larga no pudo destruir los testimonios que los galos produjeron en su contra.¹³ Ahora bien, conciudadanos, si aquella correspondencia, con sus sellos y escrituras, si la confesión misma de los propios acusados, resultaban argumentos tan incontrovertibles que por sí solos hacían, a mi entender, prueba plena; todavía más probatorios y más reveladores me parecieron a mí los semblantes, las miradas, la actitud y el mutismo sepulcral que durante los debates a que aludo pude observar en los detenidos: a tal grado parecían éstos hallarse estupefactos, tan consternados mostrábanse mientras

uniuscuiusque confessio, tum multo certiora⁵ illa, color, oculi, uoltus, taciturnitas. Sic enim obstupuerant, sic terram intuebantur, sic furtim nonnumquam inter sese adspiciebant, ut non iam ab aliis indicari, sed indicare se ipsi uiderentur.

VI Indiciis expositis atque editis, Quirites, senatum consului de summa republica quid fieri placeret. Dictae sunt a principibus acerrimae ac fortissimae sententiae, quas senatus sine ulla uarietate est secutus. Et quoniam nondum est perscriptum senatus consultum, ex memoria uobis, Quirites, quid senatus censuerit exponam. ¹⁴ Primum mihi gratiae uerbis amplissimis aguntur, quod uirtute, consilio, prouidentia mea, res publica maximis periculis sit liberata. Deinde L. Flaccus et C. Pomptinus praetores, quod eorum opera forti fidelique usus essem, merito ac iure laudantur. Atque etiam uiro forti, conlegae meo, laus impertitur, quod eos qui huius coniurationis participes fuissent, a suis et a rei publicae consiliis remouisset. Atque ita censuerunt ut P. Lentulus, cum se praetura abdicasset, in custodiam traderetur, itemque uti C. Cethegus, L. Statilius, P.

¹⁴ Lentulus — abdicasset *habet* ARVS. K VII 451, 6 || qui omnes *hotux om cet.* || colonis *l:* — *niis cet.* || quos *Navigero:* quas *codd.* || Annium *Halm:* Manlium *codd.*

mantenían clavados fijamente en el suelo sus ojos atónitos, y tal era el embarazo con que de vez en cuando se atrevían a alzar furtivamente la vista mirándose unos a otros, que toda su actitud daba más bien la impresión de ser ellos mismos y no sus delatores quienes estaban sirviendo, tan fidedigna como espontáneamente, de testigos de cargo.⁹

VI. Depuestas que fueron, conciudadanos, las anteriores declaraciones, y una vez que quedaron registradas en acta,¹ procedí a continuación a declarar abierto el debate senatorial² impuesto por las mismas circunstancias para deducir del mismo la resolución oficial que reclamaba este asunto, en el que se encontraba de por medio el supremo interés del Estado.³ Los primeros votos que los senadores emitieron al respecto fueron sumamente severos y drásticos,⁴ y por añadidura, todos los subsiguientes, sin la menor discrepancia entre los miembros de la asamblea entera, no fueron sino otras tantas adhesiones absolutas a los mismos sufragios de un principio.⁵ Y, aunque por meras cuestiones de trámite todavía no se promulga en la debida forma⁶ el correspondiente senadoconsulto, quiero, conciudadanos, anticiparme a informaros de los principales puntos que vendrán incluidos en sus cláusulas. ¹⁴ Ante todo, el decreto se inicia dándome a mí las gracias,⁷ en los términos más lisonjeros, por haber acertado —merced a mi integridad y a mi cautela y tino— a sacar incólume a nuestra constitución, de los graves peligros que sobre ella se cernían. Luego pásase a a encomiar —tan merecida como legítimamente— a los pretores Lucio Flacco y Cayo Pomptino, por haber puesto a mi disposición, sin la menor reticencia, su leal y valioso apoyo.⁸ En seguida se otorga a mi colega —varón a toda prueba— un voto de confianza ponderatorio por haberse sabido mantener constantemente al margen, tanto en lo privado como oficialmente, de cualquier componenda con los conspiradores.⁹ Por otra parte, se dispone, asimismo, a la inversa, que Publio Léntulo —previamente degradado de su magistratura pretoriana—¹⁰ quede además sometido, por el momento, a arrai-

Gabinus, *qui omnes praesentes erant*, in custodiam traderentur; atque idem hoc decretum est in L. Cassium, qui sibi procurationem incendendae urbis deposcerat, in M. Ceparium, cui ad sollicitandos pastores Apuliam attributam esse erat indicatum, in P. Furium, qui est ex iis colonis, quos Faesulas L. Sulla deduxit, in Q. Annum Chilonem, qui una cum hoc Furio semper erat in hac Allobrogum sollicitatione uersatus; in P. Umbrenum, libertinum hominem, a quo primum Gallos ad Gabinium perductos esse constabat. Atque ea lenitate senatus est usus, Quirites, ut ex tanta coniuratione tantaque hac multitudine domesticorum hostium, nouem hominum perditissimorum poena, re publica conseruata, reliquorum mentis sanari posse arbitraretur. ¹⁵ Atque etiam supplicatio dis immortalibus pro singulari eorum merito meo nomine decreta est, quod mihi primum post hanc urbem conditam togato contigit, et his decreta uerbis est: «Quod urbem incendiis, caede ciues, Italiam bello liberassem.»¹ Quae supplicatio si cum ceteris supplicationibus conferatur, hoc interest, quod ceterae bene gesta, hac una conseruata re publica constituta est. Atque

¹⁵ gesta cet.: gestae VI¹ geste α || re publica cet.: rei p. C || patefactis cet.: — ta a || C. Glauciam tux: Glauciam cet.

go domiciliario;¹¹ medida precautoria que, provisionalmente también, se hace extensiva a las personas de Cayo Cethego, de Lucio Estatilio y de Publio Gabinio, todos ellos de cuerpo presente; aplicándose igualmente —aunque en ausencia de los afectados— a los prófugos siguientes: Lucio Casio, que se había reservado para sí la empresa de incendiar la capital;¹² Marco Cepario,¹³ el presunto agitador de los pastores de Apulia;¹⁴ Publio Furio,¹⁵ excolono de los patrocinados otrora por Sila en Fésules; Quinto Anio Quilón,¹⁶ que de consuno con el susodicho Furio, tomara tan a pecho la tarea de alborotar alobroges; y Publio Umbreno,¹⁷ por último, gracias a cuyos servicios, según se ha constatado, los galos entraron por vez primera en contacto con el tal Gabinio. Tales, pues, como veis, conciudadanos, la indulgencia de que en este incidente quiere dar muestra el senado, que, no obstante la amplitud del movimiento y la elevada cifra de las personas en él inodadas, tiene todavía fe en que, en el peor de los casos, baste y sobre el escarmiento de nueve tan sólo de sus más peligrosos promotores para que los demás comprometidos —en vista de que, pase lo que pase, sigue y seguirá en pie nuestro sistema republicano— acaben por allanarse, dentro de su orden legal, a más cuerdas convicciones.¹⁸ ¹⁵ Ahora bien, como remate de cuanto queda dicho, el decreto a que vengo refiriéndome dispone, al concluir, la inmediata celebración a mi nombre de toda una acción de gracias¹⁹ a los dioses inmortales por la singular merced que han tenido a bien hacernos, distinción que, desde el día en que se fundó esta ciudad,²⁰ esta es la primera vez que recae —para insólita prez de mi persona— en un funcionario sin otra indumentaria que la toga; y si mal no recuerdo, el senadoconsulta está en este pasaje redactado, al pie de la letra, en los siguientes términos, alusivos al honor que se me otorga: “por haber salvaguardado a la metrópoli del fuego, a la ciudadanía de la masacre y a la Italia entera de la revolución”.²¹ Texto que, si se coteja con el de cualquier otra rogativa anterior de su índole, permitirá corroborar mi afirmación de que hasta ahora

illud, quod faciendum primum fuit, factum atque transactum est. Nam P. Lentulus, quamquam patefactis indiciis, confessionibus suis, iudicio senatus, non modo praetoris ius, uerum etiam ciuis amiserat, tamen magistratu se abdicauit, ut, quae religio C. Mario, clarissimo uiro, non fuerat, quominus C. Glauciam, de quo nihil nominatim erat decretum, praetorem occideret, ea nos religione in priuato P. Lentulo puniendo liberaremur.

VII ¹⁶ Nunc quoniam, Quirites, consceleratissimi periculosissimique belli nefarios duces captos iam et comprehensos tenetis, existimare debetis omnis Catilinae copias, omnis spes atque opes his depulsis urbis periculis concidisse. Quem quidem ego cum ex urbe pellebam, hoc prouidebam animo, Quirites, remoto Catilina non mihi esse P. Lentuli somnum, nec L. Cassi adipēs, nec C. Cethegi furiosam temeritatem pertimescendam. Ille erat unus timendus ex istis omnibus, sed tam diu dum urbis moenibus continebatur. Omnia norat, omnium aditus tenebat; appellare, tentare, sollicitare poterat, audebat; erat ei consilium ad facinus aptum; consilio autem ne-

¹⁶ somnum *b*¹: somnium *cet.* || L. *otux*: C. *cet.* || adipēs *otux*: alipes *Ca* aupēs *V om. cet.* || ei *cet.*: et *CAV*als *om. b* || neque lingua neque manus *cet.*: neque m. neque I. *ah.* nihil erat — obiret *habet ARVS.* K VII 497, 5.

todo galardón de esta especie fue siempre conferido por hazañas militares,²² en tanto que el nuestro es el único que se ha concedido en premio de tan singular proeza como la de haber logrado mantener en pie nuestra organización republicana.²³ En cuanto a aquellas disposiciones del decreto por mí acabado de reseñar, que resultan más urgentes o son de ejecución previa; todas están ya desahogadas y debidamente cumplimentadas:²⁴ hasta el mismo Léntulo —en virtud de las pruebas y de los testimonios contundentes en su contra acumulados, así como de su propia y espontánea declaración—, convicto y confeso de su tentativa, ha quedado automáticamente despojado ya, no sólo de su fuero pretoriano,²⁵ sino inclusive, de sus derechos cívicos,²⁶ por lo que, ahorrándonos trámites, y prefiriendo obrar por iniciativa propia, él mismo depuso, en la forma establecida, su magistratura pública.²⁷ De modo que hasta el escrúpulo —que por cierto no tuvo Cayo Mario,²⁸ cuando este insigne prócer liquidó al mismo pretor Cayo Glaucia,²⁹ pese a que éste ni siquiera estaba mencionado en forma explícita en el cuerpo del senadoconsulto último³⁰ decretado en su tiempo contra la agitación popular—; hasta el escrúpulo, digo, de no querer proceder contra un funcionario público,³¹ será un obstáculo menos para mí en la contingencia de tener que escarmentar a Publio Léntulo, ya reducido ahora a la categoría de simple particular.³²

VII. ¹⁶ Así pues, conciudadanos, debéis tener por seguro que, conjurado ya el riesgo que amagaba a nuestra capital en virtud de haber quedado bien presos y a buen recaudo los siniestros cabecillas de tan peligrosa y atentatoria sedición; debéis estar seguros, repito, de que toda la pujanza de Catilina, sus esperanzas y reservas todas, hanse desmoronado de golpe. Y a fe mía que, desde el instante mismo en que eché de la ciudad a nuestro hombre, ya yo en mi fuero interno estaba bien convencido, conciudadanos, de que, una vez Catilina distante, no serían ya como para inspirar inquietud, ni el amodorramiento de Publio Léntulo, ni la sebosidad de Lucio

que manus neque lingua deerat. Jam ad certas res conficiendas certos homines delectos ac descriptos habebat. Neque uero,¹ cum aliquid mandarat, confectum putabat; nihil erat quod non ipse obiret, occurreret, uigilaret, laboraret; frigus, sitim, famem ferre poterat. ¹⁷ Hunc ego hominem tam acrem, tan audacem, tam paratum, tam callidum, tam in scelere uigilantem, tam in perditis rebus diligentem, nisi ex domesticis insidiis in castrense² latrocinium compulsem (dicam id quod sentio, Quirites), non facile hanc tantam molem mali a ceruicibus uestris depulissem. Non ille nobis Saturnalia constituisset, neque tanto ante exiti ac fati diem rei publicae denuntiauisset, neque commisisset ut signum, ut litterae suae testes denique manifesti sceleris deprenderentur. Quae nunc illo absente sic gesta sunt ut nullum in priuata domo furtum umquam sit tam palam inuentum, quam haec tanta in* re publica³ coniuratio manifesto inuenta atque *depressa* est. Quodsi Catilina in urbe ad hanc diem remansisset, quamquam, quoad

¹⁷ tanta in *blsux*: in tota *cet.* || inuenta atque depressa *nos.*: inuenta atque deprehensa *cet.* inuenta comprehensa *CA Va* inuenta atque *c. ho.*

Casio, ni la desaforada mentecatez de Cethego.¹ Entre todos sus satélites, nuestro hombre era el único de veras temible.² Y ello exclusivamente mientras permaneciera agazapado dentro del recinto de la capital. Estando aquí, en efecto, podía ponerse al tanto de todo,³ a todas partes se le abría el acceso; y por cierto que no le faltaban ni dones ni eficacia para atraer adeptos, para tentarlos, para seducirlos; su imaginación tenía la virtuosidad del desmán; y, una vez fraguado por ella cualquier plan, no carecía de manos ni de labia que lo pusieran en práctica. Antes de acometer cualquier empresa, de antemano tenía ya debidamente preparada y aleccionada a la gente encargada de darle cumplimiento. Lo que no significa que, sin más averiguación diese jamás por ya hecho nada de lo que había entregado en comisión: no había, al contrario, detalle que él no verificara, subsanara, atendiera y fuera a acicatear personalmente. Y, por añadidura, clima, sed y hambre estrellábanse juntos ante su complexión.⁴ ¹⁷ Pues bien, si personaje tan peligroso, tan audaz, tan precavido, tan hábil, tan perspicaz para el crimen y tan apto como éste para todo género de desaguisados no lo hubiese yo sacado, de las trampas clandestinas que nos tendía en la urbe a la rebelión abierta que ahora está capitaneando en su campamento, os confieso, ciudadanos, que no sé hasta qué punto hubiera yo tenido éxito en la empresa —sin él tan fácilmente coronada por mí— de quitar de vuestras cervices tan pesado fardo de males. Pues a buen seguro que nuestro hombre no hubiera andado aguardando para masacrarnos el advenimiento de las fiestas saturnales, ni anunciando con tanta premura la caída y exterminio de nuestro sistema republicano, ni menos hubiera llegado a incurrir en la imprudencia de permitir que su sello particular, sus cartas y, en una palabra, las más fehacientes pruebas de su intentona corriesen el riesgo de ser interceptadas: todo lo cual, él ausente, ha se verificado con tal naturalidad que ni un hurto casero tuvo nunca un desembrollo tan sin complicaciones como el que ha venido a poner al descubierto y a dejar frustrada esta conjura, sin discusión

fuit, omnibus eius consiliis occurri atque obstiti, tamen, ut leuissime dicam, dimicandum nobis cum illo fuisset, neque nos umquam, cum ille in urbe hostis esset, tantis periculis rempublicam tanta pace, tanto otio, tanto silentio liberassemus.

VIII ¹⁸ Quamquam¹ haec omnia, Quirites, ita sunt a me administrata ut deorum immortalium *nutu atque* consilio et gesta et prouisa esse uideantur. Idque cum coniectura consequi possumus, quod uix uidetur humani consili tantarum rerum gubernatio esse potuisse, tum uero ita praesentes his temporibus opem et auxilium nobis tulerunt ut eos paene oculis uidere possemus. Nam ut illa omittam,² uisas nocturno tempore ab occidente faces ardoremque caeli, ut fulminum iactus, ut terrae motus relinquam, ut³ omittam cetera, quae tam multa nobis consulibus facta sunt, ut haec,⁴ quae nunc fiunt, canere di immortales uiderentur, hoc certe, *Quirites*, quod sum dicturus, neque praetermittendum neque relinquendum⁵ est. ¹⁹ Nam profecto memoria te-

¹⁸ nutu atque om. CA Va || uidetur hblsx: uideretur cet. || Quirites C'otux om. cet.

¹⁹ in Capitolio tux: inde C. o de C. cet. || cum et cet.: et cum Cl et tum AVao || et tactus — Romulus habet SERVIVS Aen. I! 649 || tactus — Romulus habet SERVIVS Ecl. I 17 || quem inauratum — meministis habet ARVS. K VII 478, 9 || inauratum cet.:

la más seria de cuantas haya sorteado nuestro sistema gubernamental.⁵ Tan simple desenlace, de haber seguido hasta la fecha Catilina en la metrópoli —pese al empeño que hubiera yo puesto, como lo demostré a cada paso, mientras permaneció aquí, en contrarrestar y en hacer fracasar sus maniobras— jamás se habría logrado, a menos sin bregar antes a brazo partido con el cabecilla, y ésta es ya una conjetura bastante aventurada. Por lo que resulta claro que con semejante adversario enquistado en la urbe, ni por pienso me hubiese yo podido dar el lujo que sin él me he dado de sacar al gobierno de tan tremenda crisis como la que ha padecido, en medio de tanta calma, de tanta tranquilidad, de tanto orden como los que prevalecen.⁶

VIII. ¹⁸ Aunque a decir verdad, conciudadanos, es tan extraña la forma en que las circunstancias se han prestado a mi éxito, que me obliga a confesar que todo ha sido dispuesto y se ha cumplido más bien por voluntad y designio de los dioses inmortales. En abono de cuya afirmación puede aducirse no sólo el argumento —ya por sí mismo suficientemente sólido— de ser difícilmente creíble que el control eficaz de tantas y tamañas contingencias como las que hemos sorteado pueda atribuirse a la mera capacidad de un ser humano, sino también, y sobre todo, la circunstancia de que, al depararnos su protección y socorro, los dioses lo han hecho acercándose ellos mismos a nosotros en estos últimos tiempos de modo tan evidente, que ha sido casi como haberlos visto con nuestros propios ojos. ¹ Pues aun sin tomar en cuenta los resplandores y llamas hace poco observados por la noche, hacia el poniente, en el cielo;² aun no dando importancia a los rayos y a los terremotos que a últimas fechas se han hecho frecuentes;³ aun haciendo caso omiso de tantos otros augurios registrados durante el transcurso de mi consulado;⁴ para convencerse de que cuanto hoy acontece es obra de los dioses inmortales, basta con no olvidar ni pasar por alto lo que a continua-

auratum CAV || lactantem cet.,: lactantem Vhtu ARVS. || Post urbis atque desinit rursus C.

netis, Cotta et Torquato consulibus, compluris in Capitolio res de caelo esse percussas, cum et* simulacra deorum depulsa sunt, et statuae ueterum hominum deiectae, et legum aera liquefacta, et tactus etiam ille, qui hanc urbem condidit, Romulus, quem inauratum in Capitolio, paruum atque lactantem, uberibus lupinis inhiantem, fuisse meministis.⁶ Quo quidem tempore cum haruspices ex tota Etruria conuenissent, caedes atque incendia et legum interitum et bellum ciuile ac domesticum et totius urbis atque imperi occasum appropinquare dixerunt, nisi di immortales, omni ratione placati, suo numine prope⁷ fata ipsa flexissent. ²⁰ Itaque illorum responsis tum et ludi per decem dies facti sunt, neque res ulla quae ad placandos deos pertineret praetermissa est, idemque iusserunt simulacrum Iouis facere maius et in excelso conlocare, et, contra atque antea fuerat, ad orientem conuertere, ac se sperare dixerunt, si illud signum, quod uidetis, solis ortum et forum curiamque conspiceret, fore ut ea consilia quae clam essent inita contra salutem urbis atque imperi inlustrarentur ut a

²⁰ antea *cet.*: ante *aux om.* *h* || curiamque *cet.*: curiam *Aa* et curiam *V* || conlocandum *cet.*: — catum *A Vα* || locauerunt *x*: collocauerunt *A Vblsh* statuerunt *otu.*

ción quiero traer aquí a cuento. ¹⁹ En efecto, sin duda que vosotros guardáis aún memoria de que durante el consulado de Torcuato y Cotta,⁵ gran cantidad de las reliquias públicas que atesora el Capitolio⁶ resultaron un día el blanco del rayo celeste,⁷ que de un sólo golpe echó en tierra todas las estatuas de las divinidades,⁸ hizo volar en pedazos las esculturas de nuestros héroes históricos⁹ y derritió las tablas de bronce de las leyes,¹⁰ alcanzando hasta al mismo fundador de esta metrópoli, Rómulo, que, según recordaréis, tenía también en el Capitolio su monumento correspondiente, por cierto esculpido en oro y representando al rey en su tierna edad, aún de pecho, y precisamente en trance de succionar, con codicia, las ubres de la loba:¹¹ habiéndose hecho entonces venir especialmente, para que desentrañaran el sentido de semejante portento, a cuantos adivinos se pudo a la sazón localizar en todos los rincones de la Etruria,¹² sus interpretaciones coincidieron en pronosticarnos inminentes incendios y masacres, así como, por añadidura, la abolición del derecho vigente, la guerra civil intestina, y el radical exterminio de nuestra metrópoli y de su poderío; todo lo cual, agregaron, estaba a punto de convertirse en un hecho a menos que los dioses inmortales, desagraviados en la debida forma y por cuantos medios tuviéramos al alcance, resolvieran, recurriendo a su insondable omnipotencia, doblegar, por decirlo así, al hado mismo.¹³ ²⁰ A cuyo efecto, por expresa recomendación de los augures, fueron celebradas por nosotros, a lo largo de diez días consecutivos,¹⁴ las ceremonias expiatorias del caso, sin descuidar, durante su desarrollo, ni el más insignificante detalle litúrgico que contribuir pudiera a nuestro afán de aplacar a las divinidades; además de lo cual recomendaron también los arúspices que se mandara esculpir una estatua colosal de Júpiter, la cual, una vez vaciada, debería ser instalada en sitio prominente y teniendo buen cuidado de que quedase colocada dando cara hacia el levante, o sea, hacia la orientación justamente opuesta a la que se le había venido dando hasta entonces,¹⁵ en relación con lo cual, dijeron

senatu populoque Romano perspicí possent. Atque illud signum ita conlocandum consules illi locauerunt; sed tanta fuit operis tarditas ut neque superioribus consilibus neque nobis ante hodiernum diem conlocaretur.

IX ²¹ Hic quis potest esse, Quirites, tam auersus a uero, tam praeceps, tam mente captus, qui neget haec omnia quae uidemus praecipueque hanc urbem deorum immortalium nutu ac potestate administrari? Etenim, cum esset ita responsum, caedis, incendia, interitum rei publicae comparari, et ea per ciuis, quae tum propter magnitudinem scelerum nonnullis incredibilia uidebantur, ea non modo cogitata a nefariis ciuibus, uerum etiam suscepta esse sensistis. Illud uero¹ nonne ita praesens est, ut nutu Iouis Optimi Maximi factum esse uideatur, ut, cum hodierno die mane per forum meo iussu et coniurati et eorum indices in aedem Concordiae ducerentur [et], eo ipso tempore signum statueretur? Quo conlocato atque ad uos senatumque conuerso, omnia quae erant contra salutem omnium cogitata, inlustrata et patefacta uidistis. ²² Quo etiam maiore sunt isti odio

²¹ quis *htoux*: qui *cet.* || tam auersus a uero *habet* PRISC. K III 277, 11 et ARVS. K VII 449, 19 || Illud statueretur *habet* PRISC. K III 87, 21 || eo ipso *cet.*: et ipso A *Vaho* et eo ipso *l.*

²² ducibus *om.* A *Vah* || mentem *cet.*: mentem, Quirites *a* ||

los adivinos confiar en que si dicho simulacro —que no es otro que precisamente esa estatua que estáis viendo y que desde este día ya podéis admirar en su sitio—¹⁶ quedaba a un mismo tiempo frente al punto cardinal en que el sol nace y frente al foro y la curia,¹⁷ podría-se dar por seguro que cuantas maquinaciones clandestinas se tratase de fraguar contra la indemnidad de esta metrópoli y de sus conquistas acabarían, tarde o temprano, por salir a la luz, haciéndose plenamente notorias al senado y al pueblo romanos. Ahora bien, aunque los cónsules que acabo de citar tenían la obligación de instalar el monumento a que vengo refiriéndome, a duras penas tuvieron tiempo de sólo dejar contratada y adjudicada la ejecución del mismo;¹⁸ y con tal morosidad se siguió luego trabajando la obra, que ni a los siguientes cónsules —o sea, los inmediatamente anteriores a nosotros— les fue posible encargarse de su inauguración, e inclusive nosotros, los actuales, tampoco habíamos podido proceder a ella sino precisamente hasta esta fecha.¹⁹ IX. ²¹ Y ante tal circunstancia, ¿quién podrá todavía seguir siendo tan contrario a la verdad, conciudadanos, tan obstinado y tan necio que aún niegue que cuanto vemos y, sobre todo, la conservación de nuestra ciudad intacta, es milagro cumplido, como he dicho, por designio y voluntad de los dioses inmortales? En efecto, habiendo los augures coincidido en forma unánime en sus vaticinios a propósito de la inminencia con que nos amenazaban la masacre, el incendio y la tentativa de abolir para siempre nuestra constitución tradicional, y todo ello nada menos que por iniciativa de un grupo de miembros de nuestra propia ciudadanía; habiendo, digo, tal predicción —que cuando fue emitida poca fe mereció de la gente en virtud de lo abominable del atentado que pronosticaba—, habiendo resultado a la postre completamente cierta, según ya ahora lo tenéis comprobado, y no sólo como mera intentona mental de una pandilla de ciudadanos enajenados, sino como

neglegerent cet.: —gere Aa —geret V || anteponerent cet.: —nere Aa — neret V.

supplicioque digni, qui non solum uestris domiciliis atque tectis, sed etiam deorum templis atque delubris sunt funestos ac nefarios ignes inferre conati.

Quibus ego si me restitisse dicam, nimium mihi summam et non sim ferendus; ille, ille² Iuppiter restitit; ille Capitolium, ille haec templa, ille cunctam urbem, ille³ uos omnis saluos esse uoluit. Dis ego immortalibus *ducibus* hanc mentem uoluntatemque suscepi atque ad haec tanta indicia perueni. Iam uero illa Allobrogum sollicitatio, iam ab Lentulo ceterisque domesticis hostibus tam dementer tantae res creditae et ignotis et barbaris commissaeque litterae numquam essent profecto, nisi ab dis immortalibus huic tantae audaciae⁴ consilium esset ereptum. Quid uero? ut homines Galli ex ciuitate male pacata (quae gens una restat quae bellum populo Romano facere et posse et non nolle⁵ uideatur) spem imperi ac rerum maximarum ultro sibi a patriciis hominibus oblatam neglegerent uestramque salutem suis opibus anteponerent, id non diuinitus esse factum putatis, praesertim qui nos non pugnando, sed tacendo superare potuerunt?

todo un extenso complot en movimiento; después de semejante antecedente, ¿no es por ventura más que suficiente para convencerse de que en el desenlace de dicho percance ha participado la voluntad de Júpiter Óptimo Máximo,¹ el hecho eventual de que su monumento estatuario no haya podido quedar instalado sino hasta el día de hoy por la mañana y, más aún, a la hora precisa en que los conjurados y sus testigos de cargo iban atravesando este foro, conducidos, por mi orden, al templo de la Concordia?² Porque, efectivamente, apenas quedó el dios instalado de cara hacia este recinto de vuestras asambleas y hacia el de la del senado, cuando ya os fue dado ver con toda claridad y al descubierto cuanto se había venido tramando ocultamente contra la existencia misma de la colectividad. ²² Y es precisamente tal coincidencia lo que vuelve todavía más acreedores de la peor execración y del más grave castigo a los que han osado preparar el profanador y sacrílego fuego que iba a ser arrimado, no sólo a vuestras moradas y demás construcciones particulares, sino a los mismos templos y santuarios divinos.

Por lo tanto, si yo tuviera la pretensión de haber logrado someter a tales patibularios sin más ayuda que mi propia industria, me estaría atribuyendo un mérito tan exorbitante como superior a mis fuerzas. El verdadero vencedor de esos entes se encuentra en aquel sitio: vedlo ahí, es Júpiter.³ Él ha tenido a bien que el Capitolio, que esos templos que ante vosotros se alzan, que la urbe entera y en ella todos los aquí reunidos, subsistiesen incólumes. Sólo teniendo a los dioses inmortales por asesores pude haber concebido la idea y adoptado la resolución de dar a toda costa con elementos plenamente probatorios del complot clandestino que se fraguaba; y sin duda también solamente gracias a tales consejeros logré obtener dichas pruebas —y en cantidad más que suficiente—, tal y como lo dejo referido. Sería absurdo, en efecto, pensar que el cohecho de los alobroges me haya resultado tan fácil empresa, y más todavía que Léntulo y sus cómplices hayan incurrido en la insen-

X ²³ Quamobrem, Quirites, quoniam ad omnia pulvinaria supplicatio decreta est, celebratote illos dies cum coniugibus ac liberis uestris. Nam multi saepe honores dis immortalibus iusti habiti sunt ac debiti, sed profecto iustiores numquam. Erepti enim estis ex crudelissimo ac miserrimo interitu, erepti sine caede, sine sanguine, sine exercitu, sine dimicatione; togati, me uno togato duce et imperatore uicistis. ²⁴ Etenim recordamini, Quirites, omnis ciuilis dissensiones, non solum eas quas audistis, sed eas quas uosmet ipsi meministis atque uidistis. L. Sulla P. Sulpicium oppressit [eiecit ex urbe], C. Marium, custodem huius urbis, multosque fortis uiros partim eiecit ex ciuitate, partim interemit. Cn'. Octauius consul armis expulit ex urbe conlegam; omnis hic locus aceruis corporum et ciuium sanguine redundauit. Superauit postea Cinna cum Mario; tum uero, clarissimis uiris interfectis, lumina ciuitatis exstincta sunt. Ultus est huius uictoriae crude-

²³ iustiores numquam *clausula vitiosa* || *Post crudelissimo incipit cursus C.*

²⁴ quas uosmet — uidistis *habet* ARVS. K VII 491, 1 || eiecit ex urbe *secl. Lambin* || ne dici — ciuium *habet* PRISC. K III 61, 1; 16; 96, 9 || ne dici quidem opus est *habet* PRISC. K III, 84, 17.

satez de confiar a unos bárbaros de los que no tenían la menor referencia los más delicados secretos, si los dioses inmortales no hubiesen arrebatado a nuestros personajes toda cordura, a fin de que llegaran a aventurarse tanto. Pero, ¿a qué tanto argumento? El mero hecho de que nuestros galos, miembros de una nación aún no pacificada sino a medias por nosotros y la única, si alguna subsiste, que podría considerarse con suficientes arrestos y no menos ganas de levantarse en armas contra el pueblo romano,⁴ se hayan mostrado tan indiferentes a la promesa de una independencia ribeteada con otras recompensas no menos tentadoras y que les ofrecían ni más ni menos que patricios de los más prominentes,⁵ prefiriendo, con semejante conducta nuestra salvación a sus intereses; tan rara casualidad, digo, ¿no obliga, por sí sola, a pensar en un milagro de la providencia divina,⁶ y más si se toma en cuenta que los galos estaban desairando la oportunidad de vencernos sin entrar en combate y sin más sacrificio que el guardar silencio?⁷

X. ⁸ Por ello, conciudadanos, debéis vosotros participar, con más unción que nunca, en compañía de vuestras esposas e hijos, y durante todo el tiempo que dure,¹ la acción de gracias que en homenaje a todas las divinidades acaba de decretarse; porque, si bien es cierto que los honores que tan a menudo tributamos nosotros a los dioses inmortales son completamente merecidos y justos, también es verdad que nunca lo fueron tanto como el día de hoy.² Acabáis, en efecto, de ser sustraídos al más deplorable y espantoso género de muerte, y ello os ha sido otorgado sin necesidad de carnicerías, ni de sangre, ni de ejércitos, ni de entrar en combate; sin dejar vuestras togas³ y teniéndome a mí, que también conservo la mía, por único caudillo y capitán, habéis logrado alcanzar una victoria completa. ⁴ Y viene a cuento aquí, conciudadanos, traeros a la memoria cuantas discordias civiles son de vuestro conocimiento, tanto aquellas de que tenéis noticia sólo por referencia como las que habéis presenciado vosotros mismos personalmente,⁴ a fin de comprobar cómo en todas prevaleció la violen-

litatem postea Sulla; ne dici quidem opus est quanta deminutione ciuium et quanta calamitate rei publicae. Dissensit M. Lepidus a clarissimo et fortissimo uiro, Q. Catulo; attulit non tam ipsius interitus rei publicae luctum quam ceterorum. ²⁵ Atque illae tamen omnes dissensiones erant eius modi quae non ad delendam, sed ad commutandam rem publicam pertinerent; non illi nullam esse rem publicam, sed in ea quae esset se esse principes, neque hanc urbem conflagrare, sed se in hac urbe florere uoluerunt. [Atque illae tamen omnes dissensiones, quarum nulla exitium rei publicae quae-siuit, eius modi fuerunt ut non reconciliatione concordiae, sed interneccione ciuium diiudicatae sint.] In hoc autem uno post hominum memoriam maximo crudelissimoque bello, quale bellum nulla umquam barbaria¹ cum sua gente gessit, quo in bello lex haec fuit a Lentu-

²⁵ Atque illae — sint *secl. Bloch.*

cia: así, Lucio Sila no tuvo el menor escrúpulo en dar muerte a Publio Sulpicio,⁵ ni en expulsar de Roma al propio Cayo Mario,⁶ ni más ni menos que el salvador de nuestra capital;⁷ todo ello aparte de los muchos otros procerosos varones que fueron excluidos de la legalidad, cuando no enteramente exterminados por el dictador aquél.⁸ De ahí a poco Cneo Octavio,⁹ cónsul a la sazón en funciones, también echó de la urbe, mediante la fuerza bruta, nada menos que a su propio colega en la primera magistratura,¹⁰ a la vez que dejaba, precisamente este sitio en que hoy estamos reunidos, materialmente repleto de cadáveres hacinados encima de la sangre ciudadana.¹¹ Casi inmediatamente después Cinna,¹² el aliado de Mario, logra, a su vez, imponer su despotismo, quedando entonces, por así decirlo, completamente extinguidas las antorchas que daban luz a nuestra sociedad, puesto que sus hijos más esclarecidos cayeron victimados.¹³ No tardó Sila en regresar a vengar las atrocidades de aquella efímera tiranía, siendo ocioso informaros a vosotros a costa de cuántas bajas en nuestro cuerpo cívico y de cuántas otras calamidades públicas llevó a cabo su vindicta el nuevo amo.¹⁴ Sobrevino a continuación el conflicto que puso frente a frente a Marco Lépidio¹⁵ del íntegerrimo y ejemplar varón Quinto Catulo,¹⁶ y cuyo desenlace también cubrió de luto a nuestra comunidad, no, claro está, por el justo escarmiento del cabecilla rebelde, sino por el holocausto de los demás ciudadanos que arrastró a su movimiento.¹⁷ Y, sin embargo, todos los incidentes de nuestra historia interna que acabo de enumerar, tenían por postulado, no el de liquidar en su base al sistema social imperante, sino únicamente el de reformar en parte su organización constitucional;¹⁸ de la misma manera que sus protagonistas, también acabados de mencionar por mí, alentaban la pretensión, no de demoler del todo nuestra estructura republicana, sino de acaparar ellos exclusivamente, dentro del mismo régimen establecido, el control absoluto del poder; y su propia ambición, lejos de haberse propuesto el objetivo de reducir a cenizas la metrópoli en-

lo, Catilina, Cethego, Cassio constituta, ut omnes qui salua urbe salui² esse possent, in hostium numero ducerentur, ita me gessi, Quirites, ut salui omnes conseruarentur; et, cum hostes uestri tantum ciuium superfuturum putassent quantum infinitae caedi restitisset, tantum autem urbis, quantum flamma obire non potuisset, et urbem et ciuis integros incolumisque seruauit.

XI ²⁶ Quibus pro tantis rebus, Quirites, nullum ego a uobis praemium uirtutis, nullum insigne honoris, nullum monumentum laudis postulo, praeterquam huius diei memoriam sempiternam. In animis ego uestris omnis triumphos meos, omnia ornamenta honoris, monumenta gloriae, laudis insignia condi et conlocari uolo. Nihil me mutum potest delectare, nihil tacitum, nihil denique eius modi quod etiam minus digni adsequi possint. Memoria uestra, Quirites, nostrae res alentur, sermonibus crescent, litterarum monumentis inueterascent et conroborabuntur; eandemque¹ diem intellego,² quam spero aeternam fore, propagatam esse et ad salutem urbis et ad memoriam consulatus mei, unoque tempore in hac re publica duos ciuis exstitisse, quorum alter fines uestri imperi non terrae, sed caeli regionibus³ terminaret, alter eiusdem imperi domicilium sedesque seruaret.

²⁶ possint *bsux*: possunt *cel*.

tera, consistió únicamente en querer prevalecer, en el propio recinto de la misma, por encima de todos sus otros semejantes.¹⁰ Y, sin embargo, pese a que ninguno de todos los movimientos susodichos llegó a fijarse por meta el arrancar de cuajo las raigambres mismas de nuestro orden social, tal fue el encarnizamiento con que los partidos chocaron entre sí en todos ellos, que su desenlace —lejos de haberse resuelto jamás mediante la recíproca conciliación de los antagonismos, redundando en la concordia²⁰ de las clases opuestas— invariablemente culminó, al contrario, en la mutua masacre de los militantes de uno y otro bando. En cambio en esta revuelta la más radical e implacable que pueda recordarse; en esta montonera, a la que ninguna otra podría ser parangonada, ni siquiera las mismas que con sus chusmas desencadenan las hordas bárbaras; en esta turbamulta, en que Léntulo y Catilina, Cethego y Casio tenían resuelto no apegarse a más norma que la de incluir en la lista de sus adversarios a todo ciudadano sospechoso de poder seguir viviendo sin necesidad del caos de la metrópoli; en semejante conjura, repito, yo he sabido hallar el modo de que todos y cada uno de vosotros, conciudadanos, hayais salido incólumes de la inminente catástrofe. Y si vuestros enemigos estaban decididos a no dejar en Roma más habitantes que los que sobrevivieran a la hecatombe que tenían organizada, ni más edificios que los que el azar librara de sus incendiarias teas, yo también, por mi parte, me impuse la contraria obligación de encontrar a toda costa la manera de sacar íntegramente a salvo y hacer subsistir incólumes a la ciudad entera y a su ciudadanía.

XI. ²⁶ Y como recompensa, conciudadanos, no exijo de vosotros ni eméritos laureles, ni especiales recompensas ni menciones honoríficas, pues os pido solamente que el recuerdo de este año sea indeleble en vuestra mente.¹ Lo único que ambiciono es que en vuestro fuero interno sea en donde se levante y radique todo mi triunfo, todo mi lustre y prestigio, todos mis monumentos de gloria, todos mis títulos de alabanza.² Nada inerte, nada

XII ²⁷ Sed quoniam earum rerum quas ego gessi non eadem est fortuna atque condicio¹ quae illorum qui externa bella gesserunt, quod mihi cum eis uiuendum est quos uici ac subegi, illi hostes aut interfectos aut oppressos reliquerunt, uestrum est, Quirites, si ceteris facta sua recte prosunt, mihi mea ne quando obsint prouidere. Mentis enim hominum audacissimorum sceleratae ac nefariae ne uobis nocere possent, ego prouidi; ne mihi noceant, uestrum est prouidere. Quamquam, Quirites, mihi quidem ipsi nihil ab istis iam noceri potest. Magnum enim est in *bonis* praesidium, quod mihi in perpetuum comparatum est, magna in re publica dignitas, quae me semper tacita defendet, magna uis conscientiae, quam qui neglegunt, cum me uiolare uolent, se ipsi indicabunt. ²⁸ Est enim nobis is animus,

²⁷ *Post condicio desinit rursus C || eis vulg.: his cet. illis tux || nihil mihi ab istis noceri potest habet DIOM. K I 399, 2 || bonis lotux: nobis cet.*

²⁸ *is animus otux: animus cet. || obtulerint alot. —runt cet.*

callado, nada de cuanto se suele dar en premio de méritos comunes y corrientes, puede a mí proporcionarme satisfacción ninguna. Lo que yo anhele, conciudadanos, es que mi hazaña siga siempre alimentándose del recuerdo vuestro, que vuestros labios no se cansen jamás de en-carecerla y que vuestros anales históricos y obras maestras de literatura la aplaudan e inmortalicen.³ Yo estoy absolutamente persuadido de que el sistema social que el día de hoy ha quedado definitivamente fuera de todo peligro —y que hago votos porque eterno sea— se habrá de perpetuar inconvencible a lo largo de los siglos, con el auge de nuestra metrópoli y con el recuerdo, también, de mi consulado, del periodo anual en que tuvo esta república la suerte de que en ella coincidieran las existencias de dos ciudadanos suyos,⁴ de los cuales el uno pudo entregarse de lleno y dar fin a la empresa de extender los límites de la soberanía de su patria hasta regiones, no ya de la tierra sólo, sino del espacio mismo,⁵ gracias a que, mientras tanto, el otro se encargó, con tanta perseverancia como éxito, de la ardua tarea de mantener en pie a la capital del imperio que aquél amplificaba.⁶

XII. ²⁵ Conviene, sin embargo, a propósito de esto último, hacer la aclaración de que empresas del tipo de la que me ha tocado a mí dirigir, ni son de la misma índole ni corren la misma suerte de las que acomete quien comanda en lueñas tierras expediciones guerreras; pues, en tanto que yo me veo constreñido a seguir conviviendo con los mismos adversarios a quienes he vencido y humillado, los generales conquistadores, en cambio, no tardan en dejar lejos —y subyugados o muertos— a los que fueran un día sus enemigos;¹ en vista de lo cual, digo, ahora os corresponde a vosotros ser garantes de que, pues las proezas bélicas de los capitanes culminan para ellos siempre ventajosamente, la que yo he realizado, por lo menos no redunde en mi propio detrimento.² En efecto, ya yo he puesto cuanto estaba de mi parte para impedir que os perjudicara la siniestra y sacrílega intentona con que os pusieron en jaque tipos a todo dispuestos: ahora a vosotros cumple impedir que

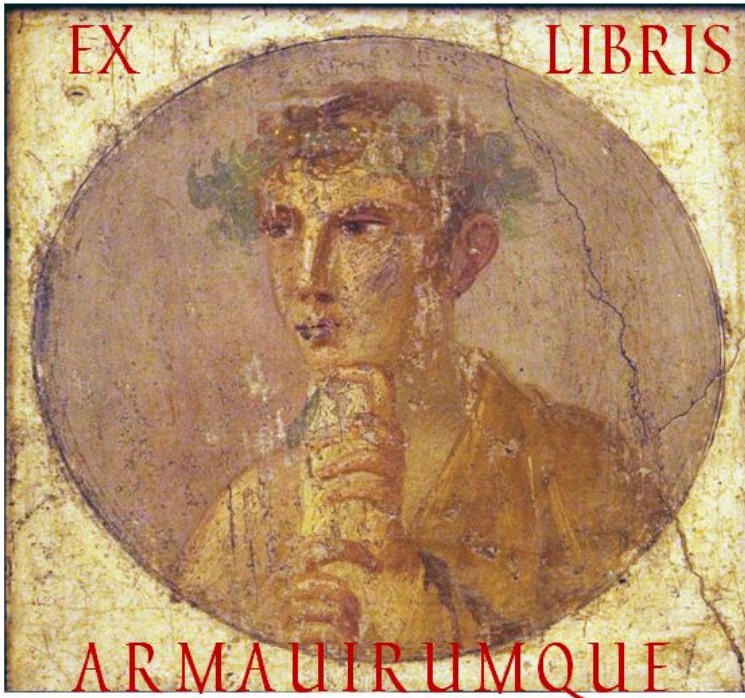
Quirites, ut non modo nullius audaciae cedamus, sed etiam omnis improbos ultro semper lacessamus.² Quod si omnis impetus domesticorum hostium, depulsus a uobis, se in me unum conuerterit, uobis erit uidendum, Quirites, qua condicione posthac eos esse uelitis qui se pro salute uestra obtulerint inuidiae periculisque omnibus. Mihi³ quidem ipsi quid est quod iam ad uitae fructum possit adquiri, cum praesertim neque in honore uestro neque in gloria uirtutis quicquam uideam altius quo mihi libeat ascendere? ²⁹ Illud perficiam profecto, Quirites, ut ea quae gessi in consulatu priuatus tuear atque ornem, ut, si qua est inuidia in conseruanda re publica suscepta, laedat inuidos, mihi ualeat ad gloriam. Denique ita me in re publica tractabo⁴ ut meminerim semper quae gesserim curemque ut ea uirtute non casu gesta esse uideantur.

Vos, Quirites, quoniam iam est nox, uenerati Iouem illum, custodem huius urbis ac uestrum, in uestra tecta

²⁹ prouidebo. Quirites *cet.*: prouidebo *absq.*

tales gentes me hagan víctima a mí de sus intrigas. Aunque, viéndolo bien, conciudadanos, no creo que nada de cuanto se pudiere intentar en mi perjuicio, puede ya en adelante llegar a serme de veras nocivo: en efecto, nuestra élite social dispone del más formidable poderío, cuyo respaldo incondicional pienso haberme granjeado para siempre;³ en la administración pública reina un orden absoluto, que en todo momento me habrá de servir de invisible coraza;⁴ y en fin, es evidente que en la opinión general una fuerte corriente de simpatía favorece a mi conducta, la cual no podrá ser incriminada por ningún eventual persecutor que llegare a resultarme a la postre, sin que automáticamente se denuncie a sí mismo como un cómplice más de nuestros sediciosos.⁵ ²⁸ Por lo demás conciudadanos, conservo todavía tales arrestos que, lejos de pensar en tener que llegar algún día a rebajarme y rendirme ante la avilantez de los demagogos, me he impuesto ya, al contrario, a mí mismo el compromiso de tomar en adelante, siempre y de buena gana, la iniciativa de enfrentarme a esa canalla.⁶ No obstante, si llegare a darse el caso de que nuestros comunes enemigos políticos —viéndose constreñidos por mí a desistir en lo sucesivo de haceros el blanco de su ojeriza— decidieren, más tarde o más temprano, a saciar en mi persona toda su sed de venganza, ya será asunto vuestro, conciudadanos, formular el veredicto sobre la suerte que tiene reservada todo aquel que resuelva en el futuro exponerse, como yo, por vosotros, al odio y a la amenaza de vuestros opositores.⁷ Por lo que a mí respecta, ¿qué satisfacción me queda por pedir a la vida que sea superior a cuantas he ya alcanzado, tanto en el escalafón de las magistraturas —esas dignidades que otorgáis vosotros—⁸ como en la jerarquía de la gloria⁹ —esa recompensa del propio valer—? ²⁹ Por lo demás, conciudadanos, toda mi conducta en el ejercicio del cargo consular, habrá de ser, cuando reingrese yo a la vida privada, honra y prez de mi persona;¹⁰ y si por haber luchado en mi puesto por mantener intacta nuestra constitución republicana, llego el día menos pensado a ser víctima de los odios de partido,

discedite, et ea, quamquam iam est periculum depulsum
tamen, aequae ac priore nocte, custodiis uigiliisque defen-
dite. Id ne uobis diutius faciendum sit atque ut in per-
petua pace esse possitis, prouidebo, Quirites.



ello, en todo caso, redundará en mengua de quienes me ataquen y en pro de mi propia gloria.¹¹ Por lo que, para concluir, os garantizo que la orientación de mi militancia será siempre en el futuro del todo consecuente con la que durante mi gobierno he seguido, procurando que ésta se atribuya en todo tiempo, no a la casualidad, sino a mi sincera convicción política.¹²

Pero, puesto que la noche se nos ha echado encima,¹³ es tiempo ya de que os retiréis a vuestras moradas, aunque no sin antes haberos encomendado a Júpiter, patrono y protector de vuestra ciudad y de vuestra existencia, cuya efigie tenéis ahí ante los ojos.¹⁴ Y, si bien desde esta fecha todo peligro serio puede considerarse definitivamente conjurado, de cualquier modo, no está de más que, para vuestra mayor seguridad, mantengáis hoy por último en vuestros hogares la misma vigilancia y precauciones de anoche: que de mi cuenta corre que en lo sucesivo ya jamás tengáis necesidad de recurrir a semejante molestia para poder gozar de una paz que ésta vez sí será imperturbable entre vosotros, conciudadanos.¹⁵

M. Tulli Ciceronis in L. Catilinam oratio quarta habita in senatu

I. ¹ VIDEO, patres conscripti, in me omnium uestrum ora atque oculos esse conuersos; uideo uos non solum de uestro ac rei publicae, uerum etiam, si id depulsum sit, de meo periculo esse sollicitos. Est mihi iucunda in malis et grata in dolore uestra erga me uoluntas;¹ sed eam, per deos immortalis! deponite, atque, obliti salutis meae, de uobis ac de uestris liberis cogitate. Mihi si haec condicio consulatus data est, ut omnis acerbitates, omnis dolores cruciatusque perferrem, feram non solum fortiter, uerum etiam libenter, dummodo meis laboribus uobis populoque Romano dignitas salusque pariat. ² Ego sum ille consul, patres conscripti, cui non forum, in quo omnis aequitas continetur, non campus, consularibus auspiciis consecratus, non

¹ Video — conuersos *habet* AVR. AVGVSTINVS H 149, 20.

² Ego sum — continetur *habet* PRISC. K II 583, 18 || ille consul *et.*: ille PRISC. sella curulis *secl.* Muret || miserrima A Vbs: miseria *et.* || proponetur *et.*: — neretur a.

Cuarto Discurso de Marco Tulio Cicerón contra Lucio Catilina pronunciado en el Senado*

I. ¹ Veo que se han vuelto a mí, padres conscriptos, todos vuestros semblantes y todos vuestros ojos.¹ Veo que os halláis preocupados, no sólo por la delicada coyuntura en que os encontráis vosotros y vuestro gobierno,² sino también por la responsabilidad que yo afronto,³ si bien de este último escrúpulo debéis cuanto antes desembarazaros. La benevolencia que me demostráis no puede menos que reconfortar mis contrariedades y consolar mi tribulación. Mas, dejadla a un lado, ¡por los dioses inmortales! y, haciendo caso omiso de mi seguridad, pensad más bien en la vuestra y en la de vuestros hijos.⁴ Que, por lo que a mí concierne, si la gestión del consulado me ha de traer aparejadas todas las amarguras, aflicciones y penas que puedan imaginarse, ya yo sabré soportarlas, no sólo con resignación sino inclusive con gusto, con tal de que mis fatigas personales redunden en el prestigio y en la prosperidad de vosotros y del pueblo romano.⁵ ² Yo he sido el único cónsul, padres conscriptos, a quien ni un solo instante de tregua han concedido, a lo largo de todo su gobierno, el peligro y la acechanza: ni en el foro, ese recinto de toda nuestra justicia;⁶ ni en el campo de Marte, a pesar de haber sido declarado inviolable por los mismos auspicios consulares;⁷ ni en la curia, refugio soberano de las naciones todas;⁸ ni en el hogar, que es el seguro asilo del más triste de los hombres;⁹ ni en el propio lecho, que fue inventado para el reposo;¹⁰ ni siquiera, en suma, en esta silla curul, el sitio mismo de la autoridad suprema. ¹¹ Mucho he tenido ya que pasar por alto,¹² mucho he ya tolerado,¹³ mucho he puesto de mi

curia, summum auxilium omnium gentium, non domus, commune perfugium, non lectus, ad quietem datus, non denique haec sedes honoris [sella curulis]² umquam uacua mortis periculo atque insidiis fuit. Ego multa tacui, multa pertuli, multa concessi, multa meo quodam dolore in uestro timore sanaui. Nunc, si hunc exitum consulatus mei di immortales esse uoluerunt, ut uos populumque Romanum ex caede miserrima, coniuges liberosque uestros uirginesque Uestales ex acerbissima uexatione, templa atque delubra, hanc pulcherrimam patriam omnium nostrum ex foedissima flamma, totam Italiam ex bello et uastitate eriperem, quaecumque mihi uni proponetur fortuna, subeatur. Etenim si P. Lentulus suum nomen, inductus a uatibus, fatale ad perniciem reipublicae fore putauit, cur ego non laeter meum consulatum ad salutem populi Romani prope³ fatalem exstistisse? II. ³ Quare, patres conscripti, consulite uobis; prospicite patriae; conseruate uos, coniuges, liberos fortunasque uestras; populi romani nomen salutemque defendite; mihi parcere ac de me cogitare desinite. Nam

² neque turpis — sapienti: cf. QVINT. *Inst. Or.* 6, 3, 109 nec grauem mortem accidere uiro forti posse nec immaturam consulari neque miseram sapienti || sapienti *ht*: aspicient *au* aspicienti *cet.* uti *cet.*: ut *Vh*.

parte,¹⁴ y mucho, así de lo que podía dar pábulo a vuestra preocupación, ha quedado subsanado gracias a mi insignificante sacrificio.¹⁵ De modo que si ahora los dioses inmortales disponen que aproveche yo también estos últimos días de mi consulado¹⁶ para poneros completamente a salvo, tanto a vosotros como al pueblo romano, de la más deplorable carnicería; a vuestras esposas e hijos y a las vírgenes vestales, de los más abominables ultrajes; a los templos y santuarios, a esta gloriosa patria común nuestra, de las llamas más infames; y a la Italia entera de la guerra civil y de la devastación; yo no estoy menos pronto a aceptar, sea cual fuere, la suerte que por ello se depare, en lo particular, a mi persona.¹⁷ Porque, en efecto, si Publio Léntulo, alucinado por ciertos oráculos, llegó a la persuasión de que su nombre estaba estrechamente vinculado por los hados a la liquidación de nuestro régimen republicano,¹⁸ ¿qué razón hay para que yo no tenga, por mi parte, la satisfacción de que sea mi gobierno el predestinado, por así decirlo, para la salvación del pueblo romano?¹⁹ II. ³ De manera que es preciso, padres conscriptos, que deliberéis con calma:¹ volved, al hacerlo, los ojos hacia la patria; procurad, ante todo, conservar vuestras vidas, vuestras esposas e hijos y vuestras riquezas;² mantened el renombre y la prosperidad del pueblo romano; y absteneos ya de la intención de ahorrarme compromisos y de toda preocupación por mi destino;³ pues, en primer lugar, creo que tengo derecho a confiar en que todos los dioses inmortales que amparan a esta ciudad me recompensarán conforme a lo que merezco,⁴ y, en segundo término, aun en el caso extremo de que algún día me llegare a suceder cualquier desgracia, ello no me importaría, pues mi espíritu está ya en condiciones de morir, si es necesario, enteramente satisfecho y tranquilo:⁵ no puede, en efecto, de ningún modo ser la muerte algo espantoso para quien es todo un hombre, ni algo prematuro para quien ya ocupó el consulado, ni algo de lamentar para el sabio.⁶ Y no es que sea yo un ser tan sin entrañas que mire sin conmoverme la pesadumbre que advierto en mi

primum debeo sperare omnis deos, qui huic urbi praesident, pro eo mihi ac mereor relatueros esse gratiam; deinde, si quid obtigerit,¹ aequo animo paratoque moriar. Nam neque turpis mors forti uiro potest accidere, neque immatura consulari, nec misera sapienti. Nec tamen ego sum ille ferreus, qui fratris carissimi atque amantissimi praesentis maerore non mouear, horumque omnium lacrimis, a quibus me circumsessum uidetis. Neque meam mentem non domum saepe reuocat exanimata uxor, et abiecta metu filia, et paruolus filius, quem mihi uidetur amplecti res publica tamquam obsidem² consulatus mei, neque ille, qui exspectans huius exitum diei stat in conspectu meo, gener. Moueor his rebus omnibus, sed in eam partem, uti salui sint uobiscum omnes, etiam si me uis aliqua oppresserit, potius quam et illi et nos una reipublicae peste pereamus. ⁴ Quare, patres conscripti, incumbite ad salutem rei publicae; circumspicite omnis procellas, quae impendent, nisi prouidetis. Non Ti. Gracchus, quod iterum tribunus plebis fieri uoluit, non C. Gracchus, quod agrarios concitare conatus est,* non L. Saturninus, quod C. Memmium occidit, in discrimen aliquod atque in uestrae seueritatis iudicium adducitur; tenentur ii, qui ad urbis incendium, ad uestram omnium caedem, ad Catilinam accipiendum, Romae restiterunt; tenentur litterae, signa, manus, denique uniuscuiusque confessio; sollicitantur Allobro-

⁴ conatus est *h*: est c. *V* conatus *cet.* || id est *l*: idem *A Vabsu* item o tale *h om. a.*

hermano aquí presente, tan caro para mí como afectuoso, ⁷ así como las lágrimas de todas esas que veis llorando entre quienes me rodean; ⁸ ni menos es que mi hogar para nada distraiga mi atención hacia la atribulada esposa mía, ⁹ hacia mi hija postrada en la zozobra, ¹⁰ hacia mi párvulo hijito —que yo considero estar puesto en brazos de nuestra república como un rehén garante de mi consulado—, ¹¹ y hacia mi yerno, en fin, ese varón que se halla colocado ante mí en aquel sitio, aguardando el resultado de la presente jornada. ¹² Todo ello, por el contrario, muéveme mucho a lástima, pero precisamente en el sentido de hacerme preferir —así sea a costa de verme yo expuesto a cualquier género de calamidad— que esos deudos míos que he mencionado sobrevivan incólumes en vuestra compañía, a que, no sólo yo, sino ellos también conmigo, perezcamos juntos en la total catástrofe de nuestra república. ¹³ Por lo tanto, padres conscriptos, debéis tener en cuenta, ante todo, la integridad del Estado, parando mientes en todas las borrascas que pueden desatarse en torno nuestro si no las conjuráis ahora que es tiempo. ¹⁴ No es en esta ocasión sólo un Tiberio Graco, simplemente convicto de pretender ser reelecto tribuno de la plebe dos veces consecutivas; ¹⁵ ni un Cayo, sin otra culpa que la terca obstinación de agitar a las masas agraristas; ¹⁶ ni un Lucio Saturnino, con el mero cargo en contra de haber asesinado a Cayo Memmio; ¹⁷ no son tales los reos que, en el presente debate, son sometidos al juicio de vuestra inquebrantable autoridad: ¹⁸ trátase ahora de un grupo de sediciosos acusados nada menos que de haber hecho de Roma un cuartel general donde tramar a sus anchas el incendio de la propia metrópoli, vuestra masacre en masa y hasta la recepción de Catilina; ¹⁹ las cartas de esas gentes, sus lacres particulares, su letra manuscrita y, por añadidura, su confesión explícita, obran por pruebas de su tentativa, ²⁰ haciéndolos responsables de insubordinarnos a los alobroges, de agitar a las turbas esclavas, de llamar contra nosotros y en su apoyo a Catilina, ²¹ y de fraguar la intentona de no dejar con vida —una vez liquidada

ges, seruitia³ excitantur; Catilina arcessitur, id est initum consilium, ut, interfectis omnibus,⁴ nemo ne ad deplo-
 randum quidem populi Romani nomen atque ad lamen-
 tandam tanti imperi calamitatem relinquatur. III. ⁵ Haec
 omnia indices detulerunt, rei confessi sunt, uos multis
 iam iudiciis iudicauistis, primum quod mihi gratias egis-
 tis singularibus uerbis et mea uirtute atque diligentia
 perditorum hominum coniurationem patefactam esse
 decreuistis; deinde quod P. Lentulum se abdicare prae-
 tura coegistis; tum quod eum et ceteros, de quibus
 iudicastis, in custodiam dandos censuistis; maximeque
 quod meo nomine supplicationem decreuistis, qui honos
 togato habitus ante me est nemini; postremo hesterno
 die praemia legatis Allobrogum Titoque Volturcio
 dedistis amplissima. Quae sunt omnia eius modi, ut ei,
 qui in custodiam nominatim dati sunt, sine ulla dubita-
 tione a uobis damnati esse uideantur.

⁶ Sed ego institui referre ad uos, patres conscripti,
 tamquam integrum, et de facto, quid iudicetis, et de
 poena, quid censeatis. Illa praedicam, quae sunt con-
 sulis. Ego magnum in re publica uersari furorem et noua
 quaedam misceri et concitari mala iam pridem uidebam;
 sed hanc tantam, tam exitiosam haberi¹ coniurationem a

³ ut ei *h*: ut i *A* ut o uti *cet*.

por ellos la comunidad entera— ni un sólo ser sospechoso de invocar con lástima el nombre del pueblo romano o de deplorar el desastre de su vasta hegemonía. III. ⁶ Los delatores de semejante atentado han ratificado ya todas sus imputaciones; los mismos acusados ya también están de ellas confesos; e inclusive, vuestra propia asamblea ha dejado ya entrever, por su parte, la opinión que al respecto sustenta, insinuándola en diversas providencias adoptadas en su seno:¹ en primer lugar, la que ha tenido a bien tributarme —en los más honrosos términos— vuestro agradecimiento, haciendo oficialmente constar que merced a mi entereza y a mi solicitud, vino a quedar descubierta toda una conspiración preparada por verdaderos hampones; en segundo término, la que, después de constreñir a Publio Léntulo a deponer la pretura, ha dispuesto que tanto él como sus cómplices deben quedar sometidos, por lo pronto, a vigilancia domiciliaria; y sobre todo, que se celebre a mi nombre una acción de gracias pública, honor éste que nadie antes que yo ha merecido, revistiendo toga; y, por último, la que ayer ha premiado, con recompensas magníficas, tanto a los emisarios alobroges como a Tito Volturcio.² Todo lo cual resulta de tal índole, que no se puede menos que conjeturar que, quienes ya han merecido que los tengáis detenidos, de antemano han quedado condenados por vosotros.³

⁶ No obstante, padres conscriptos, y tal como si se tratara de un asunto nuevo, he abierto la presente discusión,⁴ a fin de que os sea posible deliberar mejor sobre el problema y dictar a su propósito la sanción que juzguéis más pertinente. Mas antes quiero advertiros algo que, en mi calidad de cónsul, considero tener la obligación de hacer ver: hace ya mucho que he venido observando la grave perturbación que se ha hecho síntoma de nuestras luchas políticas, las extraordinarias innovaciones puestas por éstas en movimiento, y la catástrofe incubada en su seno;⁵ jamás, sin embargo, llegué a sospechar que los mismos miembros de nuestra ciudadanía estuvieran preparando conjura tan seria y tras-

ciuibus, numquam putavi. Nunc, quicquid est, quocumque uestrae mentes inclinant atque sententiae, statuendum uobis ante noctem est. Quantum facinus ad uos delatum sit, uidetis. Huic si paucos putatis adfinis esse, uehementer erratis. Latus opinione disseminatum est hoc malum; manauit non solum per Italiam, uerum etiam transcendit Alpes, et, obscure serpens, multas iam prouincias occupauit.² Id opprimi sustentando aut prolatando nullo pacto potest. Quacumque ratione placet, celeriter uobis uindicandum est.

IV. ⁷ Video duas adhuc esse sententias, unam D. Siliani, qui censet eos, qui haec¹ delere conati sunt, morte esse multandos, alteram C. Caesaris, qui mortis poenam remouet, ceterorum suppliciorum omnis acerbitates amplectitur. Uterque et pro sua dignitate et pro rerum magnitudine in summa seueritate uersatur. Alter eos, qui nos omnis [qui populum Romanum] uita priuare conati sunt, qui delere imperium, qui populi Romani nomen extinguere, punctum temporis frui uita et hoc communi spiritu non putat oportere, atque hoc genus poenae saepe in improbos ciuis in hac re publica esse

⁶ et obscure serpens *habet* PROBVS K IV 141, 36: 186 1 || et *cet.*: aut *a ac ltu.*

⁷ qui populum Romanum *secl. Bloch* || *oppetiuerunt cet.*: *appe — otux optinuerunt V.*

cendental como ésta. Ahora bien, es preciso que, antes que llegue la noche,⁶ dejéis perfectamente establecida la decisión hacia la cual se inclinen, acerca del asunto a debate vuestras convicciones y vuestros sufragios.⁷ No se os escapa la gravedad del delito de que estáis conociendo en este momento.⁸ Si creéis que son pocos los en él comprometidos, estáis muy equivocados:⁹ esta epidemia se ha ya propagado más de lo que se supone,¹⁰ no sólo difundiéndose a través de la Italia, sino, inclusive, tramontando hasta los Alpes e invadiendo numerosas provincias, después de introducirse furtivamente en las mismas.¹¹ Por ello, si se tolera, o si se difiere su radical solución, de ningún modo podrá después sofocársele: de modo que, en la forma que os plazca, debéis conjurarla, procediendo a su inmediato escarmiento.¹²

IV. ⁷ Veo que hasta este momento, dos son las opiniones que en la asamblea prevalecen:¹ la una, formulada por Décimo Silano,² consiste en proponer que, quienes han intentado destruir todo esto,³ deben ser condenados a muerte; la otra, sostenida por Cayo César,⁴ rechaza la última pena, a la cual prefiere el rigorismo mayor que implican otros tormentos. Pero ambos ponentes son, por igual, partidarios de las medidas más drásticas, tal y como cumple, tanto a su eminente rango, como a la importancia intrínseca del asunto mismo.⁵ Uno de los aludidos, no cree conveniente que quienes han intentado arrancarnos la vida a todos nosotros, destruir nuestro imperio y borrar hasta el nombre de nuestro pueblo romano, gocen un instante más de la existencia y el aire que en común respiramos; proponiendo, por lo tanto, un género de castigo que en nuestra comunidad —según él mismo nos lo ha recordado— se ha venido aplicando por costumbre a los elementos maleados de la ciudadanía.⁶ El otro, en cambio, entiende que los dioses inmortales no han impuesto la muerte a los hombres a modo de castigo, sino más bien como mera necesidad natural, si no es que, inclusive, hasta como un lenitivo de sus fatigas y sus

usurpatum recordatur.² Alter intellegit mortem a dis immortalibus non esse supplici causa constitutam, sed aut necessitatem naturae aut laborum ac miseriarum quietem. Itaque eam sapientes numquam inuiti, fortes saepe etiam libenter oppetiuerunt. Vincula uero et ea sempiterna certe ad singularem poenam nefarii sceleris inuenta sunt. Municipiis dispertiri iubet. Habere uidetur ista res iniquitatem, si imperare uelis, difficultatem, si rogare. Decernatur tamen, si placet. ⁸Ego enim suscipiam, et, ut spero, reperiam qui id, quod salutis omnium causa statueritis, non putent esse suae dignitatis recusare. Adiungit grauem poenam municipibus, si quis eorum uincula ruperit; horribiles custodias circumdat et dignas scelere hominum perditorum; sancit ne quis eorum poenam, quos condemnat, aut per senatum aut per populum leuare possit; eripit etiam spem, quae sola hominem in miseriis consolari solet. Bona praeterea publicari iubet; uitam solam relinquit nefariis hominibus; quam si eripuisset, multos una dolores animi atque corporis et omnes scelerum poenas ademisset. Itaque, ut aliqua in uita formido improbis esset *proposita*, apud inferos eius modi quaedam illi antiqui

⁸ putent *Ernesti*: putet *codd.* || dignas *cod. Indersdorfensis nunc Monacensis 7809, saec. XII*: digna *cet.* multos una dolores *Kayser*: multas uno dolores *cet.* multos uno dolore *h* || *proposita CFW Mueller*: posita *codd.* || *Post impiis incipit rursus C.*

sinsabores:⁷ así, dice, los varones sabios jamás han muerto dando muestras de sentirlo, y a menudo se da el caso de hombres valientes que lo hacen hasta con entusiasmo;⁸ a lo que agrega el mismo que la prisión, en cambio —y sobre todo la prisión perpetua—, sí parece haberse ideado como sanción deveras ejemplar del criminal instinto.⁹ Por lo que recomienda que nuestros reos se repartan en las distintas cárceles de nuestros municipios:¹⁰ medida ésta que peca, a mi entender, de arbitraria —si es que se pretende imponerla por la fuerza—, o bien de difícil —si es que se intenta aplicarla mediante la persuasión—. ¹¹ ⁸ En este último caso, yo me encargaría de buscar municipalidades —y creo que podría encontrarlas— que no malinterpretaran lo que hubiéreis decidido para el general provecho, como un paso tendiente a menoscabar su soberanía. Pero César complementa su moción fundamental, adicionando a la misma con las cláusulas siguientes: una que estipule la pena más ejemplar aplicable a los munícipes en el caso de que alguno de ellos se atreva a quebrantar la reclusión de los presos; otra que reserva a éstos un cerco de precauciones tan extraordinarias como propias que serían de delincuentes indignos del menor perdón; y una última que prohíba, del modo más terminante y a toda persona, gestionar nunca el indulto —ante el senado o el pueblo— de los reos cuya condena sugiere, arrancándoles así hasta la misma esperanza, consuelo único y último que suele, en las miserias, consolar a los hombres.¹² Y, por añadidura, remata el proponente todo cuanto queda dicho, sugiriendo que sean confiscados los bienes de los conspiradores sacrílegos, a quienes, de esa manera, sólo les deja la vida, en virtud de que quitándosela, les ahorraría de un golpe todas las torturas que merece el crimen: razón ésta que indujo a los antiguos —termina diciendo— a inventar en los infiernos, a modo de freno de los malhechores, suplicios contra el malvado, muy semejantes a los que él propone, de fijo por comprenderse que, suprimidos

supplicia impiis constituta esse uoluerunt, quod uidelicet intellegebant, his remotis, non esse mortem ipsam pertimescendam.

V. ⁹ Nunc, patres conscripti, ego mea uideo quid intersit. Si eritis secuti sententiam C. Caesaris, quoniam hanc si in re publica uiam, quae popularis habetur, secutus est, fortasse minus erunt, hoc auctore et cognitore huiusce sententiae, mihi populares impetus pertimescendi; sin illam alteram, nescio an¹ amplius mihi negoti contrahatur. Sed tamen meorum periculorum rationes utilitas rei publicae uincat. Habemus enim² a Caesare, sicut ipsius dignitas et maiorum eius amplitudo postulabat, sententiam, tamquam obsidem perpetuae in rem publicam uoluntatis. Intellectum est quid interesset inter leuitatem contionatorum et animum uere popularem, saluti populi consulentem. ¹⁰ Video de istis,³ qui se popularis haberi uolunt, abesse non neminem,⁴ ne de capite uidelicet ciuium Romanorum sententiam ferat. Is⁵ et nudius tertius in custodiam ciuis Romanos dedit et supplicationem mihi decreuit et indices hesternodie maximis praemiis adfecit. Iam hoc nemini dubium est, qui reo custodiam, quaesitori gratulationem, indici praemium decrerit, quid de tota re et causa⁶ iudicarit. At uero C. Caesar intellegit legem Semproniam esse de

⁹ re publica *bsho*: rem publicam *cet.* || uincat *Schol. Gron.*: uindicat *codd.*

¹⁰ decrerit *Ca*: —uerit *A V*— uit *cet.* || iniussu *Bucher*: iussu *codd.* || se *hltu*: a se *cet.*

éstos, ni la misma muerte habría de ser suficiente a combatir el delito.¹³

V. ⁹ Ahora bien, padres conscriptos, permitidme examinar ante vosotros, cuál de las proposiciones que dejo reproducidas, resultaría para mí, en lo personal, más conveniente.¹ Si seguís el parecer de Cayo César, como éste se halla afiliado en la política al llamado partido popular,² quizá así tendría yo menos por qué temer el eventual ataque de las masas del pueblo, siendo un dirigente suyo proponente y defensor de tal dictamen.³ Y si preferís, en cambio, la iniciativa contraria, tal vez ello me acarree dificultades sin número.⁴ Que prevalezca, no obstante, sobre la consideración de mis riesgos, la razón de estado.⁵ Y ello no significa que no debamos a César —tal y como lo exigían tanto su valer propio como la noble alcurnia de sus antepasados— una proposición que equivale a toda una prenda de su inquebrantable adhesión al gobierno establecido.⁶ Y he aquí palpable el abismo que media entre la ligereza de los meros provocadores y toda una convicción democrática de veras,⁷ que procura en realidad la conveniencia del pueblo. ¹⁰ En efecto, he notado que no pocos de esos tipos que se hacen pasar por defensores de nuestras muchedumbres, se encuentran ausentes de nuestra asamblea,⁸ de fijo para no hacerse responsables con ella, de una sentencia capital pronunciada en contra de ciudadanos romanos.⁹ Pero el hecho es que esas gentes ya ordenaron antier la detención en custodia de tales ciudadanos, decretando además en honor mío una acción de gracias pública, y otorgando ayer mismo recompensas magníficas a los delatores de la conjuración.¹⁰ Y para nadie resulta ningún misterio qué personas decretaron, tanto el confinamiento de los reos, como la mención de honor de los pretores y la recompensa de los denunciantes, ni lo que cada senador ha opinado en relación con todo este asunto y a lo largo del proceso entero.¹¹ A diferencia, pues, de los por mí aludidos, Cayo César, en cambio, sabe bien que los términos de nuestra ley Sempronia¹² sólo son aplicables a

ciuibus Romanis constitutam, qui autem rei publicae sit hostis, eum ciuem esse nullo modo posse; denique ipsum latorem Semproniae legis, *iniussu* populi, poenas rei publicae dependisse. Idem ipsum Lentulum, largitorem et prodigum, non putat, cum de pernicie populi Romani, exitio huius urbis, tam acerbe, tam crudeliter cogitarit, etiam appellari posse popularem. Itaque homo mitissimus⁷ atque lenissimus non dubitat P. Lentulum aeternis tenebris uinculisque mandare, et sancit in posterum ne quis huius supplicio leuando [a] se iactare et in pernicie populi Romani posthac popularis esse possit. Adiungit etiam publicationem bonorum, ut omnes animi cruciatus et corporis etiam egestas ac mendicitas consequatur.

VI. ¹¹ Quamobrem, siue hoc statueritis, dederitis mihi comitem ad contionem, populo carum atque iucundum; siue Silani sententiam sequi malueritis, facile me atque uos [a] crudelitatis uituperatione populus Romanus *liberabit* atque obtinebo eam multo leniorem fuisse. Quamquam, patres conscripti, quae potest esse in tanti sceleris¹ immanitate punienda crudelitas? Ego enim de meo sensu iudico. Nam ita mihi salua re publica uobiscum perfrui liceat, ut ego, quod

¹¹ uos *bs*: uos a *cet.* || *liberabit Clark: om. CA Va exsoluitis bsh defendetis lotux* || Quamquam, patres conscripti *habet AVDAX K VII, 351, 5. moueor AVbs: mouear cet.* || Videor — concidentem *habet ANON. H 73, 25 et MART. CAP. H 471, 17* || Videor enim *codd.: uideor ANON. et MART. CAP.* || atque arcem *cet.: arcem MART. CAP.* || sepulta in patria *Aah: sepultam patriam cet.*

ciudadanos romanos verdaderos, no pudiendo de ningún modo ser considerados tales, quienes se hacen enemigos de nuestro régimen republicano,¹³ así como no ignora tampoco que hasta el proponente mismo de la dicha ley Sempronia hubo de sentir el peso de la pública vindicta sin necesidad alguna de la venia del pueblo;¹⁴ estando, además, de acuerdo, el mismo César, en que el propio Léntulo, por espléndido y pródigo que en sus cargos haya sido, no puede ni siquiera ser llamado ciudadano, después de haber fraguado, de un modo tan bárbaro y tan inhumano, la catástrofe del pueblo de Roma y la desintegración de esta metrópoli;¹⁵ por lo que el varón aquel, de suyo tan benigno e indulgente,¹⁶ no tiene el menor escrúpulo en querer sepultar, todo lleno de cadenas y para la vida entera, al dicho Publio Léntulo, proponiendo al efecto que en lo sucesivo no se permita a nadie gestionar la suspensión de semejante castigo, ni seguir en lo futuro haciéndose popular en detrimento del pueblo romano; a todo lo cual agrega que, por añadidura, se confisquen al reo todos sus bienes, para que a todas sus demás torturas morales y físicas, se acumulen también hasta la indigencia y la mendicidad misma.

VI. ¹¹ De modo, pues, que si vuestro decreto responde a lo susodicho, me proporcionaréis, para las asambleas públicas,¹ un camarada querido, y aún adorado por sus multitudes;² y si, por el contrario, preferís apoyar el parecer de Silano, la ciudadanía romana no tendrá más remedio que absolvernos de toda imputación de violencia formulada en contra nuestra,³ pues yo sostendré ante ella que nuestra intransigencia resultaba mucho más humanitaria que cualquier otro expediente.⁴ Aunque, ¿todavía es posible, padres conscriptos, que pueda hablarse de violencia alguna cuando se trata de castigar atentado tan monstruoso como el que estamos juzgando? Y es mi propia convicción la que interpreto al respecto, pues así me sea dado seguirme solazando mañana entre vosotros y en nuestra república ya enteramente consolidada, como es verdad que yo —que en

in hac causa uehementior² sum, non atrocitate animi moueor (quis enim est me mitior?) sed singulari quadam humanitate et misericordia. Videor enim³ mihi uidere hanc urbem, lucem orbis terrarum atque arcem omnium gentium, subito uno incendio concidentem; cerno animo sepulta in patria miseros atque insepultos acervos ciuium; uersatur mihi ante oculos adspectus Cethegi et furor in uestra caede bacchantis. ¹² Cum uero mihi proposui regnantem Lentulum, sicut ipse se ex fatis sperasse confessus est, purpuratum esse huic Gabinium, cum exercitu uenisse Catilinam, tum lamentationem matrum familias, tum fugam uirginum atque puerorum ac uexationem uirginum Vestalium perhorresco; et, quia mihi uehementer haec uidentur misera atque miseranda, idcirco in eos, qui ea perficere uoluerunt, me seuerum uehementemque praebebo. Etenim quaero,⁴ si quis pater familias, liberis suis a seruo interfectis, uxore occisa, incensa domo, supplicium de seruis *non* quam acerbissimum sumpserit, utrum is clemens ac misericors an inhumanissimus et crudelissimus esse uideatur? Mihi uero importunus ac ferreus, qui non *dolore et cruciatu nocentis*

¹² ipse se ex fatis *cet.*: ipse ex fatis *ah* ipse ex f. se *bs* || huic *CAab'*: hunc *cet.* || uexationem *CV*: uexantium *Aahls* uexantiam *bu* || in eos — praebeo *habet* *ARVS. K VII 486, 2* || praebeo *cet.*: praebebo *b* *ARVS.* || Etenim — uideatur *habet* *LACT. de ira dei I 17, 9* || seruis (*bis*) *codd.*: seruo (*bis*) *LACT.* || non *add. Lambin* || acerbissimum *codd.*: acerrimum *LACT.* dolore et cruciatu nocentis suum *vulg.*: d. ac c. n. s. *b²shl²* dolore nocentis suum o *om. cet.* || Sic nos — uoluerunt *et* si uehementissimi — habebimur *habet* *ARVS. K VII 486, 25* || singulas uniuscuiusque domos *habet* *PRISC. K III 304, 17* || summae *l'otux*: summa *cet.*

el presente debate más bien me inclino por la intransigencia—⁵ no obro impulsado por la pasión ni la saña (¿qué hombre es, en efecto, más indulgente de suyo que el que os está dirigiendo la palabra?), sino, al contrario, movido por la más grande de las caridades y las misericordias: y es que ya me parece contemplar a esta ciudad —faro del orbe entero y escudo de sus naciones— desplomándose de pronto, toda ella envuelta en una misma llama; ya me parece estar viendo la macabra fantasía de nuestra patria enterrada bajo espantosos montones de cadáveres sin tumba, entre los que se yergue ante mis ojos la sombra enajenada de Cethego refocilándose en vuestra carnicería.¹² Y luego, cuando imagino a Léntulo en pleno trono, realizada al fin aquella ilusión suya que —según él mismo lo tiene confesado— le hicieran abrigar los oráculos; cuando supongo a Gabinio, vestido todo de púrpura, sirviendo a aquél de ministro, y al propio Catilina llegando aquí con su chusma; entonces es cuando pienso todo despavorido en los gritos de espanto de nuestras matronas, en la aterrada fuga de doncellas y niños, y en el sacrílego ultraje de las vírgenes vestales. Todo lo cual paréceme tan deplorable y tan digno de la mayor compasión, que justamente por eso es por lo que estoy resuelto a mostrar una conducta inclemente e implacable contra los promotores de tamaños atentados.⁶ Y aquí cabe formular una pregunta: si un padre de familia cuyos hijos han sido asesinados, cuya esposa ha sido muerta y cuyo hogar ha sido incendiado por uno de sus esclavos, no sometiera al punto en represalia a toda su servidumbre al más terrible suplicio, ¿tendríasele, acaso, por persona clemente y compasiva y no, al contrario, por el más desalmado y atroz de los seres?⁷ Por lo que a mí respecta, yo más bien juzgaría tan inhumano como empedernido, a quien no se apresurara a mitigar, con la tortura y el dolor de sus ofensores, el dolor y la tortura que ellos le hubieren causado.⁸ Pues no de otra manera mereceremos nosotros fama de misericordes si acertamos a portarnos completamente implacables contra

suum dolorem cruciatumque lenierit. Sic nos in his hominibus, qui nos, qui coniuges, qui liberos nostros trucidare uoluerunt, qui singulas uniuscuiusque nostrum domos et hoc uniuersum rei publicae domicilium delere conati sunt, qui id egerunt ut gentem Allobrogum in uestigiis huius urbis atque in cinere deflagrati imperi conlocarent, si uehementissimi fuerimus, misericordes habebimur; sin remissiores esse uoluerimus, summae nobis crudelitatis in patriae ciuiumque pernicie fama subeunda est. ¹³ Nisi⁶ uero cuipiam L. Caesar, uir fortissimus et amantissimus rei publicae, crudelior nudius tertius uisus est, cum sororis suae, feminae lectissimae, uirum, praesentem et audientem, uita priuandum esse dixit, cum auum *suum* iure iussu consulis interfectum filiumque eius impuberem, legatum a patre missum, in carcere necatum esse dixit. Quorum quod simile factum? quod initum delendae rei publicae consilium? Largitionis uoluntas tum in re publica uersata est et partium quaedam contentio. Atque illo tempore huius auus Lentuli, uir clarissimus, armatus Gracchum est persecutus. Ille

¹³ lectissimae C² elec — cet. || *suum* bs om. cet. || filiumque — missum *habet* PRISC. K II 250, 3 || filiumque eius impuberem *habet* PROBVS K IV 20, 6 et PHOCAS K V 418, 11 et BEDA K VII 285, 12 || uiri clarissimi cet.: uir clarissimus CAV || summa rei publicae cet.: summa rei p. dignitate a summa dignitate rei p. *bshx* || minueretur — publicae om: CAV. Cassio ox om. cet.

los patibularios que han intentado hacer trizas de nuestras personas, mujeres e hijos; que han querido demoler, una a una, todas nuestras moradas con la metrópoli entera; y que han llegado hasta el colmo de invitar a la misma nación de los alobroges a venir a establecerse sobre las ruinas de nuestra capital, encima de los rescoldos de su combusta soberanía.⁹ Y correlativamente, si optamos al contrario por la alternativa de hacerla de generosos, lo que con ello nos granjearemos no habrá de ser otra cosa que el fundado reproche de haber obrado sin piedad alguna ante el amago inminente de una catástrofe que advertíamos cernerse sobre la patria y su ciudadanía.¹⁰ ¹³ Y así, nadie osaría, por ejemplo, tildar de desalmado a Lucio César¹¹ —varón sin la menor tacha y adicto enteramente a la organización republicana— por el mero hecho de haber éste afirmado que consideraba completamente justo, en coyuntura como ésta, privar de la existencia hasta al marido de su propia hermana¹² —dama tan distinguida— y ello en la presencia misma del acusado en cuestión, que de ese modo pudo oír directamente las palabras del cuñado; el cual, por otra parte, tampoco puede decirse que pecó de riguroso cuando agregó a lo dicho que, con la misma justicia, y en cumplimiento de un mandato consular, consideraba haber sido sacrificado su abuelo,¹³ y ejecutado en la cárcel el hijo impúber que éste enviara a sus sitiadores, en calidad de emisario.¹⁴ ¡Y qué comparación puede hacerse entre los actos de esos agitadores antiguos y los de nuestros actuales conjurados! Porque, en efecto, ¿qué acuerdo concluyeron aquéllos, tendiente a liquidar en sus cimientos el régimen imperante, cuando a duras penas se luchaba entonces por el vago postulado de llevar a cabo ciertos repartos agrarios, dando lugar a un conflicto sin trascendencia casi entre los diversos partidos opuestos?¹⁵ Y no obstante, fue precisamente durante aquella lucha cuando un abuelo del Léntulo contemporáneo nuestro —personaje aquél, por cierto, del más alto prestigio—¹⁶ se lanzó en pos de Graco, por su propia iniciativa, con

etiam graue tum uolnus accepit, ne quid⁶ de summa rei publicae minueretur; hic ad euertenda rei publicae fundamenta Gallos arcessit, seruitia concitat, Catilinam uocat, attribuit nos trucidandos Cethego et ceteros ciues interficiendos Gabinio, urbem inflammandam Cassio, totam Italiam uastandam diripiendamque Catilinae. Vereamini, censeo,⁷ ne in hoc scelere tam immani ac nefando nimis aliquid seuerè statuuisse uideamini; multo magis est uerendum ne remissione poenae crudeles in patriam, quam ne seueritate animaduersionis nimis uehementes in acerbissimos hostis fuisse uideamur.

VII. ¹⁴ Sed ea quae exaudio,¹ patres conscripti, dissimulare non possum. Iaciuntur enim uoces, quae perueniunt ad auris meas, eorum, qui uereri uidentur ut habeam satis praesidi ad ea, quae uos statueritis hodierno die, transigenda. Omnia et prouisa et parata et constituta *sunt*, patres conscripti, cum mea summa cura atque diligentia, tum etiam multo maiore populi Romani ad summum imperium retinendum et ad communis fortunas conseruandas uoluntate.² Omnes adsunt omnium ordinum homines, *omnium generum*, omnium denique aetatum; plenum est forum, plena templa circa forum, pleni omnes aditus huius templi ac loci.

¹⁴ constituta sunt *bsl^{1x}*: constituta *cet.* || omnium generum *add.* *Putsche* || omnium denique *cet.*: omnium *A* || senti^tent *lox*: sentire *CA Vatu* sentiunt *bs* || cum omnibus — uoluerunt *habet* DIOM *K* I 470, 24.

las armas en la mano;¹⁷ no saliendo de aquel lance dicho personaje histórico, sino con la grave herida que ganó en su empeño de no ver modificado ni siquiera el menor ápice de la constitución republicana, que está antes que nada:¹⁸ ¡y hoy es el propio nieto de aquel prócer quien —con el propósito de minar radicalmente la misma ley suprema—¹⁹ invita a los pueblos galos a echarse sobre nosotros, agita a las esclavas turbamultas, cita en Roma a Catilina, da a Cethego la encomienda de acabar con nosotros, a Gabinio la de pasar por las armas a los más sanos elementos del pueblo, a Casio la de prenderle fuego a nuestra metrópoli, y a Catilina en persona la de arrasarlo y saquear toda Italia! ¡Y todavía receláis, me parece, que se os vaya a acusar, tarde o temprano, de haber este día emitido, contra tan abominables y pavorosos crímenes, dictamen tan riguroso que pudiera ser tildado alguna vez de despótico! Pues yo os garantizo que más bien debiéramos temer para lo futuro la imputación de habernos comportado con la patria —mitigando la sanción de sus peores enemigos— por demás ingratamente, que no la nota contraria de haber sido implacables en exceso, al proceder a su justo escarmiento con rigorismo que pueda considerarse tiránico.²⁰

VII. ¹⁴ Pero no puedo ni quiero pasar por alto más tiempo, padres conscriptos, los rumores esos que he venido escuchando.¹ Hasta mis oídos llegan, efectivamente, ciertas murmuraciones proferidas por personas que me parece que ponen en tela de juicio que yo disponga de la fuerza y el apoyo suficientes como para poder ejecutar lo que tengáis a bien decretar en esta fecha: por toda respuesta afirmo que, cuanto es indispensable para mantener intacto en nuestras manos el poder supremo y para salvaguardar nuestras comunes riquezas ha quedado ya dispuesto, preparado y cumplido, tanto merced al cuidado y al empeño —no tan insignificantes— que yo personalmente he puesto en ello, como gracias, sobre todo, al propósito —todavía más firme aún— de nuestro pueblo romano, de colaborar

Causa est enim post urbem conditam haec inuenta sola, in qua omnes sentirent unum atque idem, praeter eos, qui, cum sibi uiderent esse pereundum, cum omnibus potius quam soli perire uoluerunt. ¹⁵ Hosce ego homines excipio et secerno libenter, neque in improborum ciuium sed in acerbissimorum hostium numero habendos puto. Ceteri uero, di immortales! qua frequentia, quo studio, qua uirtute ad communem salutem dignitatemque consentiunt! Quid ego hic equites Romanos commemorem?³ qui uobis ita summam ordinis consilique concedunt, ut⁴ uobiscum de amore rei publicae certent; quos, ex multorum annorum dissensione huius ordinis ad societatem concordiamque reuocatos, hodiernus dies uobiscum atque haec causa coniungit; quam si coniunctionem, in consulatu confirmatam meo, perpetuam in re publica tenuerimus, confirmo uobis nullum posthac malum ciuile ac domesticum ad ullam rei publicae partem esse uenturum. Pari studio defendendae rei publicae conuenisse uideo tribunos aerarios, fortissimos uiros; scribas

¹⁵ *Post studio desinit C.*

conmigo al efecto. Sus elementos todos, sin distinción de partidos,² categorías ni edades, nos ofrecen su respaldo:³ lleno de ellos está el foro así como los templos de sus inmediaciones, repletando, además, su muchedumbre, cuantas calles dan acceso al santuario y al sitio en que nos vemos reunidos.⁴ Y es que desde que se fundó nuestra ciudad, es éste el único caso que podría citarse de un problema intestino interpretado de modo único e idéntico por la ciudadanía entera,⁵ exceptuando, claro está, de la misma, a todos aquellos miembros que —sabiendo inevitable su ruina personal— por no desplomarse a solas pretenden arrastrar a su desastre a toda la sociedad.⁶ ¹⁵ De buena gana convengo en que toda esa gentuza quede excluida y aparte de nuestros contingentes y aún agregó que, a mi juicio, quienes la integran deberían ser contados, no tanto en el número de los traidores a nuestra ciudadanía cuanto en el de los verdaderos y más encarnizados enemigos de la misma.⁷ Mas por lo que se refiere a todo el resto de nuestro cuerpo cívico, ¡oh, dioses inmortales, qué cifra de militantes, qué convicción tan alerta y que valor tan firme han puesto a disposición, tanto de la salvaguarda como del prestigio público de nuestra comunidad ¡Y qué no podría decirse especialmente a propósito de nuestros caballeros romanos?⁸ De tan buena fe su clase reconoce a la vuestra la preeminencia en el rango tanto político como administrativo,⁹ que se conforma con poder emularos en fidelidad al régimen;¹⁰ puesto que, habiendo logrado, tras una disensión de largos años, volver al acercamiento y a la concordia con vuestro partido,¹¹ este día y este debate los dejarán ligados todavía más a vosotros,¹² y en bloque tal que si después de consolidado durante mi actual gobierno,¹³ llegare a mantenerse sin solución de continuidad en la república, yo os garantizo que en lo sucesivo ni el menor conflicto interno volverá a separar a sus dos clases.¹⁴ Por lo demás advierto que —con propósito idéntico al de nuestros caballeros de colaborar en la defensa mutua de la organización republicana— también

item uniuersos, quos cum casu hic dies ad aerarium frequentasset, uideo ab exspectatione sortis ad salutem communem esse conuersos. ¹⁶ Omnis ingenuorum adest multitudo, etiam tenuissimorum. Quis est enim, cui non haec templa, aspectus urbis, possessio libertatis, lux denique haec ipsa et commune patriae solum *cum* sit carum tum uero dulce atque iucundum? VIII. Operae pretium est, patres conscripti, libertinorum hominum studia cognoscere, qui, sua uirtute fortunam⁸ huius ciuitatis consecuti, uere hanc suam patriam esse iudicant, quam *quidam* hic nati et summo nati loco non patriam suam, sed urbem hostium esse iudicauerunt. Sed quid ego hosce ordines atque homines commemoro,² quos priuatae fortunae, quos communis res publica, quos denique libertas ea quae dulcissima est ad salutem patriae defendendam excitauit? Seruus est nemo qui [nunc] modo³ tolerabili condicione sit seruitutis, qui non audaciam ciuium perhorrescat, qui non haec stare cupiat, qui

¹⁶ cum *ox*: non *h om. cet.* || uere *cet.*: uerum *AV om. bs* || quidam *bshl*: quam *V* qui *cet.* hosce ordines atque homines *V*: huiusce ordinis homines *A* huiusce ordinis hominesque *a* huiusce ordinis homines *lotx* hosce homines ordinesque *bsh* huiusce ordinis *u* || modo *cet.*: nunc modo *AV* non modo *ah* || aude *lotux*: audet *cet.* || quantum *bsl¹x*: in *q. cet.*

está aquí presente el grupo entero de nuestros recaudadores militares,¹⁵ varones a toda prueba; así como el de los escribas que, habiéndose congregado en su mayoría absoluta el día de hoy por coincidencia,¹⁶ dentro del recinto de nuestro Tesoro Público,¹⁷ para asistir al sorteo obligatorio de sus futuras jurisdicciones;¹⁸ una vez satisfecho por ellos semejante requisito, se han apresurado luego a acudir en su conjunto a ofrecernos el respaldo para cuanto se refiere a la común seguridad.

¹⁶ Asimismo, cuantos disfrutan del privilegio de haber nacido libres¹⁹ —aún los más miserables de entre ellos—²⁰ hanse igualmente concentrado en masa alrededor de nosotros;²¹ ¿y qué tiene ello de extraño, si no hay un solo individuo de la categoría susodicha que, ya no digo no estime, sino inclusive no se solace y goce a la vista de esos templos que son suyos, del espectáculo de su ciudad natal, del disfrute pleno de la libertad y, en una palabra, de esa luz y ese terruño, propios de la gran patria que tienen en común con nosotros?²²

VIII. Y no menos merecen también, padres conscriptos, ser tomados aquí en cuenta, por su fidelidad a toda prueba, nuestros libertos¹ mismos, hombres que, habiendo obtenido, por sus personales prendas, la ciudadanía romana,² consideran desde entonces por igual como suya a nuestra comunidad, misma a la que unos hampones nacidos en su seno —y hasta en su esfera más alta— no han tratado, en cambio, como a patria suya que es, sino, al contrario, como una nación hostil.³ Pero, ¿a qué viene estar poniendo de ejemplo a todas las anteriores personas y clases, cuando es tan evidente que las mismas propiedades y prerrogativas y la misma libertad —tan halagüeña ventaja— de que gozan en el régimen, conviértelos por sí solas en otros tantos fervientes devotos de la causa de su patria?⁴ Lo que sí resulta a todas luces revelador es que ni entre los propios esclavos urbanos que cuentan entre nosotros con facilidades —por insignificantes que ellas sean— que les hagan, al menos, un poco más llevadera su condición actual de servidumbre,⁵ no creo que pueda

non quantum audet et [in] quantum potest conferat ad communem salutem uoluntatis. ¹⁷ Quare, si quem uestrum forte commouet hoc quod auditum est, lenonem⁴ quendam Lentuli concursare circum tabernas, pretio sperare sollicitari posse animos egentium atque imperitorum, est id quidem coeptum atque tentatum; sed nulli sunt inuenti tam aut fortuna miseri aut uoluntate perdit, qui non illum ipsum sellae atque operis et quaestus cotidiani locum, qui non cubile ac lectulum⁵ suum, qui denique non cursum hunc otiosum uitae suae saluum esse uellent. Multo uero maxima pars eorum qui in tabernis sunt, *immo* uero (id enim potius est dicendum) genus hoc uniuersum amantissimum est oti. Etenim omne instrumentum, omnis opera atque quaestus frequentia ciuium sustentatur, alitur otio; quorum si quaestus occlusis tabernis minui solet, quid tandem incensis futurum fuit?

¹⁷ uellent *Ernesti*: uelint *codd.* || immo *cod. Oxon. Dorvill.* 79: nisi *cet.* || alitur otio *clausula uitiosa.*

haber uno que no abomine de la intentona fraguada por algunos descastados de nuestra ciudadanía,⁶ haciendo votos íntimos porque todo lo que está en torno nuestro logre conservarse intacto, y encontrándose, inclusive, enteramente dispuesto a poner cuanto esté de su parte a disposición de la seguridad colectiva. ¹⁷ Pero si es que alguno de los aquí presentes se dice impresionado por ese rumor que corre en el sentido de que cierto esbirro de Léntulo⁷ está entregado a la empresa de recorrer, uno a uno, nuestros talleres manufactureros⁸ en la esperanza de atraer a su causa mediante el cohecho y organizar en ellos a los desheredados —cuando no desorientados— artesanos que concurren a esos sitios a realizar sus labores;⁹ sepa quien tal sospeche, que —sin negar que es cierto que se intentó probar suerte con tan desesperado recurso y que hasta se trató de llevarlo a la práctica— yo puedo asegurar que semejante maniobra no acertó a encontrar obreros tan miserables o tan mentecatos que aceptaran convertirse en prosélitos, ni por el más alto precio, de un movimiento contrario a su natural deseo de ver al margen del menor trastorno a la barriada en que ocupan su banquillo de trabajo, en que funciona su industria, en que se ganan su jornal cotidiano, en que tienen su cuartucho y su camastro y en que, en resumidas cuentas, ven desarrollarse el tranquilo correr de su existencia:¹⁰ porque, efectivamente, la mayoría de esa gente que labora en los talleres —si no es que toda su clase, para ser más exactos— es de suyo completamente amiga de la paz,¹¹ lo cual explícate por la circunstancia de que todos sus medios de vida, todo el auge de su oficio y todas sus rentas dependen estrechamente y en razón directa del volumen y cifra de la población¹² total, prosperando, sobre todo, en el reino de la paz.¹³ Ahora bien, si con los meros paros eventuales de las fábricas en que dichos elementos prestan sus servicios, sufren ya tanta mengua los raquíticos ingresos de esos pobres diablos,¹⁴ ¿a qué grado de ruina no llegaría su escaso presupuesto si sus centros fabriles quedaran reducidos a cenizas?¹⁵

¹⁸ Quae cum ita sint, patres conscripti, uobis populi Romani praesidia non desunt; uos ne populo Romano deesse uideamini prouidete. IX. Habetis consulem ex plurimis periculis et insidiis atque ex media morte, non ad uitam suam, sed ad salutem uestram reseruatum. Omnes ordines ad conseruandam rem publicam mente, uoluntate, uoce¹ consentiunt. Obsessa² facibus et telis impiae coniurationis, uobis supplex manus tendit patria communis; uobis se, uobis uitam omnium ciuium, uobis Arcem et Capitolium, uobis aras Penatium, uobis illum ignem³ Vestae sempiternum, uobis omnium deorum templa atque delubra, uobis muros atque urbis⁴ tecta commendat. Praeterea de uestra uita, de coniugum uestrarum atque liberorum anima, de fortunis omnium, de sedibus, de focus uestris hodierno die uobis iudicandum est. ¹⁹ Habetis ducem memorem uestri, oblitum sui, quae non semper facultas datur; habetis omnis ordines, omnis homines, uniuersum populum romanum, id quod in ciuili causa hodierno die primum uidemus, unum atque idem sentientem. Cogitate quantis laboribus fundatum imperium, quanta uirtute stabilitam libertatem,

¹⁹ prouidendum est *Abshox*: prouidendum cet.

· ¹⁸ De modo, padres conscriptos, que, puesto que a vosotros, como veis, nos os falta el apoyo del pueblo romano, conviene que procuréis por vuestra parte que no vaya a pensarse que es el pueblo romano el que carece del vuestro.¹⁸ IX. Para cuyo propósito, contáis a vuestras órdenes con un cónsul que, si se ha sustraído hasta ahora a los mayores peligros y a las peores amenazas —por no decir que hasta a la misma muerte—, no ha sido, indudablemente, sólo por su medro, sino sobre todo para seguir velando por vosotros. Y ya que todo el mundo concuerda en la convicción, en el anhelo y el voto de que debe mantenerse a toda costa incólume nuestra organización republicana, precisamente cuando acosada por las teas y los puñales de la conjura más inhumana que se ha fraguado en su contra, la patria os tiende suplicante las manos; ya que es a vosotros solamente a quienes ella se atiene y a quienes encomienda la vida misma de su ciudadanía, el Capitolio con su fortaleza,¹ los altares de sus dioses Penates,² el fuego inextinguible de Vesta,³ los santuarios y templos de nuestras divinidades y las murallas y construcciones todas de la metrópoli entera; ya que tales son, digo, las actuales circunstancias, tenéis el día de hoy el deber de decidir —en una forma o en otra—⁴ cuál será el porvenir que espera a vuestras personas, a vuestras esposas e hijos y a vuestros bienes, moradas y hogares domésticos.⁵ ¹⁹ Y en semejante empresa, contaréis a la cabeza con un presidente tan por entero entregado al servicio de vuestra causa que hasta está dispuesto a anteponerla, en todo caso, a su personal provecho, condición ésta que no suele, por cierto, presentarse a cada paso.⁶ Asimismo, de vuestra parte están, a la vez, todos los distintos partidos políticos, todas las personas en lo particular, y el pueblo romano entero, por vez primera en nuestras luchas cívicas profesando en esta fecha un sólo e idéntico postulado ideológico.⁷ Reflexionad en que una sola noche⁸ ha estado casi a punto de exterminar nuestro universal predominio, impuesto a costa de tanto trabajo; nuestra libertad,

quanta deorum benignitate auctas exaggeratasque fortunas una nox paene deleat. Id ne umquam posthac non modo non confici, sed ne cogitari quidem possit a ciuibus, hodierno die prouidendum est. Atque haec, non ut uos, qui mihi studio paene praecurritis, excitarem, locutus sum, sed ut mea uox, quae debet esse in re publica princeps, officio functa consulari uideretur.

X. ²⁰ Nunc ante quam ad sententiam redeo,¹ de me pauca dicam. Ego, quanta manus est coniuratorum, quam uidetis esse permagnam, tantam me inimicorum multitudinem suscepisse uideo; sed eam [esse] turpem iudico et infirmam et abiectam. Quod si aliquando alicuius furore et scelere concitata manus ista plus ualuerit quam uestra ac rei publicae dignitas, me tamen meorum factorum atque consiliorum numquam, patres conscripti, paenitebit. Etenim mors, quam illi fortasse minitantur, omnibus est parata; uitae² tantam laudem, quanta uos me uestris decretis³ honestatis, nemo est assecutus; ceteris enim bene gesta, mihi uni conseruata

²⁰ turpem iudico *Clark*: esse turpem iudico *At* iudico esse turpem *bs* esse iudico turpem *cet.* || gesta *cet.*: gestae *AVbs* || conseruata re publica *cet.*: conseruatae rei p. *Vbs* || gratulationem decreuistis *clausula uitiosa.*

consolidada a base de tanta perseverancia; y nuestra prosperidad, alimentada y colmada merced a tanta benevolencia demostrada por los dioses a favor de nosotros.⁹ Preciso es que, para que un atentado semejante no vuelva en lo sucesivo, no digo ya a perpetrarse, sino ni a imaginarse siquiera, por miembros pertenecientes a nuestro cuerpo cívico, en esta misma fecha sentéis el precedente que os parezca oportuno.¹⁰ Y hechas las observaciones con que este discurso mío ha intercalado un paréntesis en medio del debate en que estábais enfrascados, conclúyolas aclarando que no tienen las mismas la pretensión de infundir en vosotros un celo republicano en el que confieso que me lleváis —por corta que ella sea—¹¹ incuestionable ventaja, pues el principal motivo de mi intervención ha sido¹² que se vea que mi palabra, que debe ser la primera en toda discusión pública, no ha dejado tampoco esta vez de cumplir con la obligación que tiene de servir de consejo.¹³

X. ²⁰ Y ahora, antes de proceder a reanudar vuestra interrumpida deliberación sufragante,¹ permitidme, por último, dedicar breves términos a mi personal problema.² En efecto, aunque comprendo perfectamente que mi militancia pública hame granjeado tantos enemigos cuantos son los que componen la turba complotista —cuyo número resulta, según lo sabéis muy bien, bastante considerable—,³ no obstante, yo juzgo a toda su cáfila tan despreciable como ruin y abyecta;⁴ por lo que, aun en el supuesto caso de que dicha canalla, puesta en efervescencia por la rabia atentatoria de algún demagogo suyo, llegare al colmo el día menos pensado de pasar por encima de la autoridad suprema depositada en vosotros y en la constitución;⁵ aun en dicho extremo caso, repito, no se me hará arrepentirme, padres conscriptos, ni de los actos de mi actual gobierno ni de la firme convicción que los inspira.⁶ Pues hasta la misma muerte —la peor de las amenazas con que podría amagarme tal gentuza— no es más que el natural fin de todas las criaturas humanas,⁷ ninguna de las cuales se ha visto, como yo, resarcida de tal fatali-

re publica gratulationem decreuistis. ²¹Sit Scipio clarus ille, cuius consilio atque uirtute Hannibal in Africam redire atque Italia decedere coactus est; ornetur alter⁴ eximia laude Africanus, qui duas urbis huic imperio infestissimas, Carthaginem Numantiamque, deleuit; habeatur uir egregius Paulus ille,⁵ cuius currum rex potentissimus quondam et nobilissimus, Perses, honestauit; sit aeterna gloria Marius, qui bis Italiam obsidione et metu seruitutis liberauit; anteponatur omnibus Pompeius, cuius res gestae atque uirtutes isdem, quibus solis cursus, regionibus ac terminis continentur; erit profecto inter horum laudes aliquid loci nostrae gloriae, nisi forte⁶ maius est patefacere nobis prouincias quo exire possimus, quam curare ut etiam illi qui absunt habeant quo uictores reuertantur. ²²Quamquam est uno loco condicio melior externae uictoriae quam domesticae, quod hostes alienigenae aut oppressi seruiunt aut recepti⁷ beneficio se obligatos

²¹ nisi forte — reuertantur *habet* CHAR. K I 228, 32 et DIOM. K I 395, 7 et DOSITHEVS K VII 422, 3 || maius *cet.*: melius CHAR. || nobis *cet.*: uobis CHAR. possimus *cet.*: possitis CHAR. || curare *cet.*: prouidere DOS. || absunt *cet.*: absint DIOM. DOS.

²² sed in x: sed *cet.* || coniunctionem *bsx*: conduc — *cet.*

dad, por el privilegio de haber alcanzado en vida un honor comparable al que en vuestros decretos habéis tenido a bien otorgar a mi persona; puesto que aun en las muchas ocasiones en que otros han logrado premios al mío semejantes, hánseles dado siempre en recompensa de meras expediciones bélicas,⁸ mientras que la acción de gracias que a nombre de mi persona no ha mucho dictaminásteis, es la única en toda nuestra historia, concedida nada menos que a la hazaña de haber preservado de la total catástrofe a la república en riesgo.⁹ ²¹ Sea, pues, enhorabuena, ilustre para siempre Escipión,¹⁰ el héroe aquél gracias a cuyo genio y fortaleza vióse obligado Aníbal¹¹ a regresar al África y abandonar Italia; pondérese, igualmente, con el mayor encomio, a aquel otro patricio del mismo linaje, apodado el Africano,¹² que exterminó a Cartago y a Numancia, las dos comunidades más nocivas a nuestro predominio metropolitano;¹³ célebrese, asimismo, como a varón procero si los hay a Paulo,¹⁴ el capitán aquel cuyo carro triunfal realzó Perseo,¹⁵ el rey más poderoso y más noble de su tiempo; y no de otro modo goce de eterna gloria Mario,¹⁶ el campeón que salvó a Italia dos veces consecutivas del riesgo y sobresalto de caer en servidumbre;¹⁷ y por encima de todos ellos, encúmbrese a Pompeyo,¹⁸ cuyas proezas y conquistas actuales tienen por ámbito y límites exactamente los mismos que la carrera del sol.¹⁹ Prodíguense en loor de todos esos prohombres incesantes alabanzas pero no sin incluir entre las mismas también las que a mi gloria corresponden;²⁰ puesto que ello equivaldría a incurrir en el absurdo de considerar más importante empresa la de ir a buscar provincias a las que, en todo caso, sólo podemos ir eventualmente, que la de quedarse a cuidar una metrópoli a la que los mismos conquistadores que de ella se ausenten puedan volver victoriosos cuando mejor les convenga.²¹ ²² Aunque tampoco puedo negar, por otra parte, que, desde cierto punto de vista, sí viene a resultar mucho más ventajosa cualquier victoria lograda fuera que cualquier otra conseguida

putant; qui autem ex numero ciuium, dementia aliqua deprauati, hostes patriae semel esse coeperunt, eos cum a perniciē rei publicae reppuleris, nec ui coercere nec beneficio placare possis. Qua re mihi cum perditis ciuibus aeternum bellum susceptum esse uideo. Id ego uestro bonorumque omnium auxilio memoriaque tantorum periculorum, quae non modo in hoc populo, qui seruatus est, sed *in* omnium gentium sermonibus ac mentibus semper haerebit,⁸ a me atque a meis facile propulsari posse confido. Neque ulla profecto tanta uis reperietur, quae coniunctionem uestram equitumque Romanorum et tantam conspiracy bonorum omnium confringere et labefactare possit.

XI. ²³ Quae cum ita sint, pro imperio, pro exercitu, pro prouincia, quam neglexi, pro triumpho ceterisque laudis insignibus, quae sunt a me propter urbis uestraeque salutis custodiam repudiata, pro clientelis hospitibusque prouincialibus, quae tamen¹ urbanis opibus non minore labore tueor quam comparo, pro his igitur

²³ hospitibusque *cet.*: — tesque *AV* — tibusque *h.* perspicitis *cet.*:
pros — *abt* cons — *h* || solius *lx*: solus *cet.* || esse filium *Zielinski*:
f. e. codd.

dentro de las fronteras de un pueblo. Porque los enemigos extranjeros, o bien acaban por rendirse a discreción, en cuyo caso son esclavizados; o bien prefieren capitular a tiempo, y entonces ellos mismos muéstranse espontáneamente reconocidos con quien les ha hecho gracia de la libertad al menos.²² En cambio, cuando se lucha por evitar un desastre promovido internamente por réprobos que no obstante que disfrutan de la ciudadanía, de pronto se convierten —obnubilados, sin duda, por alguna aberración de su cerebro— en enemigos de su propia patria; cuando se lucha, repito, contra tales energúmenos, tan imposible resulta someterlos por la fuerza como congraciárselos mediante el perdón.²³ Razón por la cual comprendo que entre mi persona y la de los sedicentes ha quedado declarada para de aquí en adelante una guerra sin cuartel. No obstante, yo confío en que con vuestro apoyo y el de toda nuestra élite social, fácilmente podré salir bien librado, junto con mis partidarios, en contienda tal, y más al hacerse historia de los tremendos riesgos de mi consulado, prestigiando para siempre mi recuerdo en los comentarios y en la conciencia pública no sólo del pueblo éste al que he salvado, sino de todas las naciones del mundo.²⁴ Porque es un hecho que en lo sucesivo no habrá ya poder humano suficiente a quebrantar o a debilitar el bloque que tenéis contraído con los caballeros romanos,²⁵ ni a destruir la estrecha solidaridad que, en general, unifica a la sazón a todo lo más granado de nuestra comunidad.²⁶

XI. ²³ De modo, pues, que a cambio del poder militar, las tropas y la provincia que he tenido que ceder¹ y de la consiguiente entrada en triunfo² a que, con los demás lauros que ésta trae aparejados, hube de renunciar a fin de proveer a la seguridad de la urbe y de vuestra existencia misma;³ a cambio de los huéspedes y clientes provinciales que por igual motivo he perdido⁴ —independientemente de que sin necesidad de salir de la metrópoli ya cultive yo no pocas relaciones de este tipo, merced al cuidado que pongo tanto

omnibus rebus, pro meis in uos singularibus studiis, proque hac, quam perspicitis, ad conseruandam rem publicam diligentia, nihil a uobis nisi huius temporis totiusque mei consulatus memoriam postulo, quae dum erit in uestris fixa mentibus, tutissimo me muro saeptum esse arbitror. Quod si meam spem uis improborum fefellerit atque superauerit, commendo uobis paruum meum filium, cui profecto satis erit praesidi non solum ad salutem, uerum etiam ad dignitatem, si eius, qui haec omnia suo solius periculo conseruarit, illum esse* filium memineritis. ²⁴ Quapropter de summa salute uestra populiue Romani, de uestris coniugibus ac liberis, de aris ac focus, de fanis atque templis, de totius urbis tectis ac sedibus, de imperio ac libertate, de salute Italiae, de uniuerſa re publica decernite diligenter, ut instituistis, ac fortiter. Habetis eum consulem, qui et parere uestris decretis non dubitet, et ea, quae statueritis, quoad uiuet, defendere, et per se ipsum praestare possit.

²⁴ decretis om. A.

en conservar las que adquiero como en adquirir las que se me ofrecen—;⁵ a cambio, repito, de todos los sacrificios susodichos no menos que de la incondicional adhesión que he puesto a vuestro servicio;⁶ a cambio del perseverante empeño con que me habéis visto hacer que quede incólume nuestro sistema republicano;⁷ a cambio de todo ello, no exijo de vosotros más compensación que la de que conservéis indeleble el recuerdo de todo este tiempo de mi consulado;⁸ pues en tanto tal recuerdo permanezca en vuestra mente, podré hacer de cuenta que me hallo al amparo de la trinchera más sólida.⁹ Mas para el caso eventual de que esta esperanza mía llegare alguna vez a fallar y a frustrarse merced a la ojeriza de los agitadores, quiero dejaros recomendado a mi pequeño hijuelo, que seguramente encontrará en vosotros la ayuda indispensable, no sólo a su mera subsistencia, sino inclusive hasta a su encumbramiento,¹⁰ si es que tenéis a bien recordar que el vástago de alguien que, gracias a su exclusivo holocausto, hizo otrora posible que cuanto nos rodea subsistiera intacto.¹¹ ²⁴ Pero ha llegado el momento de que procedáis a reanudar —con entusiasmo y valor civil idénticos a los que hasta aquí habéis mostrado— la deliberación sufragante que veníais celebrando en torno a la suprema seguridad de vuestro cuerpo y del pueblo romano, de vuestras esposas e hijos, de vuestros altares privados y públicos, de los santuarios, templos, edificios y demás construcciones de esta metrópoli entera, de su predominio y su libertad, de la integridad de Italia y de la sociedad toda entera. En la inteligencia de que podéis contar en mí con un cónsul que no vacilará un punto en ejecutar al pie de la letra vuestras disposiciones y que mientras tenga vida, sabrá sostener y hacer cumplir, bajo su exstricta responsabilidad, cuanto en esta sesión hayáis resuelto.¹²

NOTAS A LA VERSIÓN CASTELLANA

PRIMERA CATILINARIA

* Ante la asamblea senatorial convocada por el propio orador, en sus funciones de cónsul, dentro del recinto del templo de Júpiter Estátor, en el Palatino, el 8 de noviembre de 63 a.C.

I. ¹ Una de las siete colinas de Roma, la más central y elevada, que por su estratégica posición había escogido el gobierno para acuartelar, ante la inminencia de una sublevación, una considerable guarnición policiaca destinada a sofocarla. ² También organizadas por el gobierno para contrarrestar eventuales disturbios, sobre todo mediante la vigilancia nocturna. ³ La población de la urbe llevaba ya semanas de angustiosa incertidumbre debida a los rumores sobre el complot clandestino. ⁴ En su sentido político la palabra *boni* en Latín —como *aristoi* en griego— era el término con que se auto-denominaban las clases preponderantes, los llamados *optimates*, los aristócratas, los miembros de la “buena sociedad”, identificando así la propaganda oficial a los *ricos* con los *buenos*, a los *más acaudalados* con los *más virtuosos* ciudadanos. ⁵ El templo de Júpiter Estátor, localizado en el Palatino y rodeado a esas horas por la guarnición acuartelada en dicha colina y que aquella tarde el cónsul Cicerón había sacado de sus cuarteles a fin de garantizar la seguridad y el normal desarrollo de la asamblea senatorial deliberante. ⁶ Es decir, los llamados *patres* o miembros militantes de la oligarquía, cuyo quórum integraba el senado; aquí Cicerón alude concretamente a la facción intransigente de dicha casta, que, al irrumpir Catilina en el recinto senatorial cuando iba a comenzar la asamblea, mostraron su repudio al turbulento patricio, mediante pantomimas y gesticulaciones teatrales. ⁷ Velada referencia a las juntas conspirativas convocadas y presididas por Catilina las noches del 6 al 7 y del 7 al 8 del mes de noviembre en curso, juntas que se efectuaron en el domicilio de uno de los innodados en la conjura, y en las cuales los principales dirigentes del movimiento deliberaron en torno a su plan de acción inmediata, dándole los últimos toques y adoptando sus acuerdos definitivos, según el propio Cicerón lo revelará más adelante en este mismo discurso. ⁸ El cuerpo sena-

torial había comenzado siendo, en los legendarios orígenes de la primitiva *civitas* patriarcal, un verdadero *consejo público* integrado por los elementos más maduros y experimentados de las familias y *gens* que integraban la comunidad o ciudad-estado autónoma; pero ulteriormente, y más que nunca en la época de las Catilinas, el senado se había convertido en camarilla de clase, no siendo ya otra cosa que la ciudadela gubernamental de la oligarquía, por lo que su fosilizada denominación de "consejo público" no era sino una de tantas fórmulas demagógicas de la propaganda oficial para desorientar y adormecer a la opinión. ⁹ Cicerón alude, con amargo sarcasmo, a la merma que en su tiempo había experimentado la antigua brutalidad represora ejercida por la oligarquía, durante el siglo anterior, contra sus opositores de clase, a quienes los *optimates* de la nueva época dejan maniobrar a sus anchas, según el orador, en la perpetración de sus atentados políticos, contentándose tan sólo con quedar a salvo, en lo particular, de la muerte a que, como el matarife a sus reses, los destinan los agitadores, que tranquilamente discurren entre sus mismas víctimas. ¹⁰ Alusión al contenido del llamado *senatusconsultum ultimum* o decreto de estado de sitio y suspensión de las garantías cívicas, empleado ilegalmente por el gobierno oligárquico para aplastar a la oposición en efervescencia, y cuya pretendida legitimidad estaba en flagrante contradicción con las leyes constitucionales vigentes: ante el amago de la conspiración el senado había emitido un decreto de esa índole en su asamblea del 21-22 del mes de octubre anterior. ¹¹ Publio Escipión Nasica Serapio, torvo y sanguinario magnate oligarca, representante de la más intransigente facción de la clase esclavista-latifundista del siglo anterior, que desahogó su inquina antipopular durante la masacre en que culminara la reforma agrarista de Tiberio Graco, matando sin tener autoridad y como mero verdugo diletante, a este noble y generoso dirigente. ¹² El *pontificado máximo*, único cargo desempeñado por Escipión cuando mató a Tiberio, no era considerado como una función pública investida de autoridad como las magistraturas civiles y políticas, y por lo tanto, su titular no era funcionario ni sus actos se consideraban oficiales. ¹³ El mayor en edad de la ilustre pareja de tribunos reformadores agraristas que iniciaron las reivindicaciones populares de la crisis esclavista. ¹⁴ Alusión a la índole, meramente reformista y no revolucionaria, del agrarismo graquiano, cuyo primer promotor, Tiberio, fue brutal-

mente linchado el año 133 a.C., por los sicarios al servicio del gobierno, encabezados y azuzados por Nasica. ¹⁵ Legendario personaje del siglo V a.C., *magister equitum* o comandante de la caballería y segundo del *dictator* Cincinato, durante una de tantas dictaduras constitucionales que según la tradición llenaron la historia de los primeros siglos de la república romana. ¹⁶ Acaudalado filántropo de la fábula, que, sospechoso de demagogia por sus limosnas a la plebe miserable y hambrienta, pereció víctima de la dictadura de Cincinato cuando, intimado por el lugarteniente ecuestre Servilio Ahala a comparecer ante el tribunal absoluto e inapelable del dictador, para dar razón de lo que se le imputaba, se negó a obedecer, siendo muerto en el mismo acto por el funcionario desobedecido. ¹⁷ Alusión a la brutalidad represora del gobierno en otros tiempos, elevada en este pasaje por Cicerón a la categoría de virtud cívica. ¹⁸ La práctica consuetudinaria y las leyes escritas vigentes en el siglo en que hablaba Cicerón, garantizaban, en realidad, al ciudadano romano contra la pena de muerte, a menos que ésta o la de destierro fuesen dictaminadas por el pueblo reunido en una de sus asambleas sufragantes. ¹⁹ Confer nota 10, I, *Primera catilinaria*. ²⁰ Porque una y otra habían formado parte de la orden del día de la misma asamblea a que también se refiere la nota 10, I, *Primera catilianria*. ²¹ Por no haber dado todavía cabal efectividad, como titulares en ejercicio del poder ejecutivo, al decreto senatorial de suspensión de garantías explicado en nota, 10, I, *Primera catilinaria*.

II. ¹ Cónsul de 121 a.C. que, armado por la oligarquía con el *senatusconsultum ultimum* de suspensión de garantías —parte de cuyo texto cita aquí, por cierto, textualmente el orador—, ahogó en sangre la reforma agrarista de Cayo Gracco, asesinando al dirigente y masacrando a sus copartidarios. ² Transcripción textual de la fórmula consagrada en que todo senadoconsulto último expresaba su contenido esencial: la salvaguarda del gobierno establecido, encomendada a los cónsules, dándoles al efecto plenos poderes y recomendándoles sacrificar a tal fin cuanto significara un obstáculo, sin contemplación ni escrúpulos. ³ El hermano menor de Tiberio, que, diez años después del asesinato de su primogénito, reanudó y perfeccionó la oposición agrarista, resultando a la postre víctima también de la tiranía gubernamental. Los Gracos fueron hijos de Tiberio Sempronio Gracco, dos veces cónsul, censor, y merecedor de dos triun-

fos, uno sobre los Celtas y otro sobre los Sardos, como general en jefe de otras tantas expediciones imperialistas del ejército romano; eran también nietos, por parte de su madre Cornelia, de Escipión el Africano. De modo que resultaban doblemente miembros de la oligarquía gubernamental patricio-plebeya, puesto que pertenecían a sus dos ramas: a la plebeya por línea paterna, y a la patricia por línea materna. No obstante ello, y pudiendo haber vivido en la bonanza y honores oficiales correspondientes a los más eminentes oligarcas, prefirieron el papel de tráfugas generosos de su casta, cuyo predominio consideraban injusto y cuyos privilegios combatieron durante toda la vida, abrazando la causa de la ciudadanía mayoritaria hasta dar por ella la vida —Cayo fue sacrificado en 123 a.C. ⁴ Marco Fulvio Flacco, otro de los dirigentes del partido agrarista-reformador graquiano: cónsul en 125 a.C. y tribuno de la plebe en 122, fue compañero de lucha de Cayo, y como él cayó asesinado por la oligarquía en 121, en unión de sus dos hijos, el menor de los cuales, por cierto, fue sacrificado con lujo de perfidia por los *boni*, a quienes su padre lo había entregado en calidad de rehén, merced a su tierna edad. ⁵ Colegas ambos en el consulado del año 100 a.C.; el mencionado en primer término es célebre como reformador del ejército romano, como vencedor de la primera avalancha de los bárbaros del norte, como uno de los primeros *homines novi* o políticos nuevos que, habiendo nacido fuera de la casta oligárquica, lograron penetrar su hermetismo gracias a sus relevantes méritos personales, más o menos combinados con oportunismo e incondicionalidad a los poderosos; fue muchas veces cónsul; y, habiendo debutado en la política como demagogo de izquierda, cuando gestionó el poder supremo llegó a ser defensor de la causa optimate, y acabó su carrera como dirigente representativo y típico del extremismo anarquizante de su tiempo. El año 100, siendo cónsul, ahoga en sangre, con su colega Valerio, el movimiento popular de una coalición de izquierda enderezada contra el gobierno, poniendo en ejecución el senado-consulta último correspondiente. ⁶ Líderes ambos de la coalición opositora de izquierda popular-ecuestre de 100 a.C.: Saturnino encabezaba el partido popular y Servilio el de los caballeros, siendo los dos altos funcionarios —el primero tribuno de la plebe y el segundo pretor— en el pleno ejercicio de su cargo y, por lo tanto, con el fuero correspondiente a su investidura, no obstante lo cual perecieron víctimas

del ilegal decreto de suspensión de las garantías cívicas. ⁷ El orador redondea aquí una cifra, sacrificando la exactitud a la retórica: en realidad, sólo habían transcurrido dieciocho días desde la sesión del 21-22 de octubre en que se emitiera el decreto de facultades extraordinarias, y el 8 de noviembre, fecha de la *Primera catilinaria*. ⁸ Confer *Primera catilinaria*, I, nota 10. ⁹ Mera justificación de la propia indecisión del orador para aplicar el senadoconsulto último, cuya ilegalidad anticonstitucional no podía ser ignorada por un jurisperito tan eminente como lo fue Marco Tulio. ¹⁰ Esta frase denuncia la verdadera razón de que el cónsul tardara tanto en decidirse a aplicar el *senatusconsultum ultimum* contra los catilinaros: la cual no es otra que su resistencia a hacerse responsable de los ilegales actos antipopulares que implicaba la aplicación drástica de dicho decreto, mezclada con el temor más o menos vago de Cicerón a ulteriores represalias del partido popular en su contra. ¹¹ Se refiere a las tropas improvisadas por los elementos del proletariado rural etrurio despojado de sus tierras y levantado en armas para reivindicar sus intereses. ¹² La sublevación del norte había obtenido en sus comienzos el apoyo entusiasta de todo el proletariado de la península, cuyos miembros, despojados también y descontentos, habían afluido, al parecer, en un principio, a engrosar cada día más las filas de las huestes rebeldes. ¹³ Otra vez se denuncia la preocupación del cónsul por dar apariencias de legalidad a sus eventuales ulteriores actos anticiudadanos. ¹⁴ Principalmente la traición y el espionaje, que la suerte había puesto a disposición de Marco Tulio, y a los que éste alude en el renglón siguiente.

III. ¹ Alusión a las recientes juntas nocturnas del estado mayor catilinario en la casa de Marco Porcio Lecca. ² Fecha de la primera sesión senatorial contra el complot. ³ Antiguo centurión de Sila, convertido primero por éste en parvifundista independiente, gracias a los repartos de pequeñas propiedades que dicho general prodigó a sus soldados al licenciarlos, pero a la postre despojado de su parcela, como sus compañeros de lucha, por el latifundismo creciente que en Etruria y toda Italia había acabado ya, para el tiempo de la conjura catilinaria, por absorber completamente la pequeña propiedad aledaña. Manlio se había puesto de acuerdo con Catilina en el sentido de que, mientras éste habría de permanecer en la ciudad para dejar preparado en ella el movimiento urbano, aquél se le adelantaría marchando rumbo a Etruria a organizar en ella el movi-

miento rural, del que Manlio sería comandante, en calidad de lugarteniente de Lucio Sergio, por todo el tiempo que tardara este patricio en incorporarse al ejército del proletariado etrurio.

⁴ Fecha exacta del levantamiento etrurio. ⁵ Primera fecha fijada por los conspiradores para la culminación de su complot, que según ellos habría de concluir con la masacre de los corifeos de la oligarquía; los cuales, oportunamente advertidos por Cicerón de semejantes proyectos, hacen fracasar la intentona en su contra retirándose a sus fincas campestres a pasar en ellas el día señalado por los catilinarios para llevarla a cabo. ⁶ Dispuestos a conformarse, en vista del fracaso anterior, con la muerte de los oligarcas que habían tenido que quedarse en Roma, y principalmente de Cicerón, los conspiradores se rebelan a un tiempo desesperados, nerviosos, caprichosos, ingenuos y entregados, en la táctica, al mero azar y a la improvisación: lo que explica su nuevo fracaso en esta otra tentativa terrorista, ante el aparato policiaco desplegado por Cicerón en el poder. ⁷ La actual Palestrina, población al sur de Roma, en plena campiña del Lacio, que en la época de Cicerón era colonia latina con derecho de ciudadanía para sus naturales.

IV. ¹ La junta conspirativa de la noche del 6 al 7 de noviembre en curso. ² Barrio de la ciudad donde estaban concentradas las fraguas y herrerías, debiéndose su nombre a la mayor importancia que entre dichos talleres tenían los especializados en la fabricación de hoces, instrumento de labranza y primordial, por lo tanto, en la tradición agrícola del pueblo romano. ³ Marco Porcio Lecca: poco se sabe de este personaje, de familia oligárquica patricio-plebeya, linaje popular y progresista por tradición, y convicciones innovadoras aunque ingenuas. ⁴ Los principales fueron once, entre otros Cayo Cethego, Lucio Casio Longino, Publio Autronio, Publio Léntulo, Lucio Vargunteyo y el propio huésped Lecca. ⁵ El orador alude a aquellos confabulados asistentes a la reunión conspirativa a que viene refiriéndose, que, por ser miembros de la casta oligárquica, forman parte del quórum de la asamblea en que se está llevando a cabo la sesión en que pronuncia su discurso. ⁶ La curia senatorial, encargada de la política exterior romana, controlaba y gobernaba a las naciones y provincias sometidas a la hegemonía de la metrópoli. ⁷ Porque no los denuncia, pronunciando sus nombres. ⁸ Para agitar y organizar el descontento del proletariado rural peninsular, habían sido comisionados por la junta nocturna cons-

piradora algunos de sus miembros, asignándose a cada cual su respectiva comarca: así, el Piceno tocó a un tal Septimio, la Apulia a un tal Cayo Julio, y la Etruria fue conservada a Manlio. ⁹ Fueron dichos espontáneos, según Salustio, un tal Cayo Cornelio y Lucio Vargunteyo, sin que se haya precisado la filiación clasista de uno y otro, aunque en este pasaje Cicerón los atribuye a la plutocracia financiera ecuestre, a que el mismo orador pertenecía por su origen. ¹⁰ Los personajes importantes de aquella época en Roma, acostumbraban recibir en audiencia durante la mañana, a partir del amanecer. ¹¹ Se ignora en absoluto quiénes pueden haber sido, concretamente, tales personalidades.

V. ¹ Según la leyenda, Júpiter, invocado por Rómulo, había detenido en plena fuga a los romanos cuando huían derrotados por los sabinos, infundiendo a aquellos nuevos bríos para la lucha: de ahí su sobrenombre de *Stator*, uno de los muchos que tuvo este dios rey, y que significa a un tiempo "el que detiene" y "el que protege o conserva en pie". ² Después de los comicios consulares de 64 para las magistraturas por gestionar en 63, en los cuales perdió Catilina y ganó Cicerón, que a partir de su elección y en espera del momento de entrar en ejercicio de su cargo, quedaba reconocido como el futuro cónsul, o cónsul designado o electo. ³ En septiembre del año 63 en curso. ⁴ Explanada de Roma, destinada a la celebración de los comicios electorales consulares. ⁵ Sacrilega, porque la asamblea correspondiente se desarrollaba bajo los auspicios de la divinidad. ⁶ La palabra *tumultus*, que primero significó únicamente el estado de alarma de la ciudadanía ante una guerra extranjera, pasó luego a aplicarse, por extensión, a cualquier clase de alarma, equivaliendo en este pasaje, con el adverbio *publice*, a alarma oficial y formalmente declarada. ⁷ O sea, el exterminar por medio de la violencia a la conjuración y a su dirigente, como en los casos citados en el exordio de esta *Primera catilinaria*. ⁸ Cicerón repite en este pasaje una frase con que acaba de interrumpir su arenga Catilina, desafiando al cónsul —mediante una pregunta que incluye sagazmente la fórmula legal del mandato oficial de destierro, es a saber *in exilium*— a ordenarle oficialmente que se destierre, lo cual, sin el previo juicio popular correspondiente, hubiera significado una actitud tiránica de parte de Cicerón, francamente violatoria de las garantías cívicas: por eso el cónsul, que

ha venido hablando de destierro, replica a su interruptor diciendo que sus palabras no son una orden sino un consejo.

VI. ¹ Serie de vagas y genéricas imputaciones, sin ejemplo concreto que las ilustre ni prueba alguna que las fundamente, por lo que dan derecho a considerarlas como parte de la propaganda difamatoria oficial del gobierno contra este encarnizado enemigo suyo. ² Según Cicerón y otros, Catilina había asesinado a su primera esposa para poder casarse nuevamente con Aurelia Orestilla, célebre, bella y culta dama galante de aquella época: lo ocioso, no comprobado y absurdo de homicidio semejante, pueden colegirse del derecho absoluto al repudio de la cónyuge que tenían los romanos de aquel tiempo. . . . ³ Alusión a la especie que atribuía al conspirador también el asesinato de su propio hijo, con idéntico propósito de poder contraer nuevas nupcias. ⁴ Más que por evitar el escándalo del mundo, como afirma el orador, por carecer éste de fehacientes pruebas, cuya inexistencia pretende capitalizar haciendo creer que no las aporta por una pudorosa reserva que sí podría ser indicio de intención difamatoria. ⁵ Alusión al apuro económico en que, según Cicerón, vivía Catilina. ⁶ En las *calendas* —día primero del mes— o en los *idus* —días 13 o 15— tenía lugar en Roma el pago de deudas e intereses vencidos, o, en su defecto, el embargo y remate de los bienes del moroso. ⁷ Se advierte claramente en el pasaje, cómo el orador asimila inconscientemente el *interés público* al *interés de los optimates*. ⁸ Alusión al llamado *complot de Craso*, que tuvo lugar en 65 a.C., y en el cual Catilina estuvo, al parecer, complicado, con la comisión de asesinar personalmente a los cónsules entrantes ya electos Lucio Aurelio Cotta y Lucio Manlio Torcuato, ambos impuestos a la sazón por el gobierno, después de haber éste desconocido la designación popular y legal de los adversarios electorales de dichos personajes. ⁹ 65 a.C., según ya queda dicho. ¹⁰ La diosa de la buena suerte entre los romanos. ¹¹ No hay necesidad —puesto que son bien conocidas de todos— ni alcanza el tiempo —ya que son tan numerosas— para enumerarlas. ¹² La *sica* era la daga curva de los asesinos de profesión: de ahí el término *sicario* en nuestro idioma. ¹³ O sea, una especie de ofrenda consagratória a una divinidad.

VII. ¹ Alusión a la intempestiva e inesperada irrupción del conspirador en el recinto de la asamblea senatorial, a punto de dar ésta comienzo; confer Prólogo, página XX. ² Los miembros de la castra

de origen de Catilina, que consideraban a éste traidor a sus intereses, demostraron su repudio al tránsfuga, negándole el saludo al verlo entrar en el recinto senatorial. ³ La actitud del senado para con su desertor equivale a la tácita sentencia condenatoria de su clase de origen, lo que hace innecesario y ocioso el veredicto formalmente emitido por sus miembros que solicita el invectivado. ⁴ Es anécdota corriente repetida por todos los autores, que cuando Catilina se llegó a los estrados senatoriales en aquella asamblea, sus más próximos colegas cambiaron al punto de sitio, huyendo escandalizados, de la proximidad del recién venido: ridiculez que bien pudo ser cierta tratándose de elementos de la estulta facción senatorial intransigente. ⁵ Sin duda, Catilina estaba muy lejos de tomar tan a pecho como lo hacía Cicerón, este insulto teatral de los oligarcas enemigos suyos. ⁶ Se traduce *civitas* como comunidad, porque tal es la verdadera connotación del vocablo, que, como *polis* en griego, significaba en Latín, no *ciudad*, sino ciudad-estado, comunidad legal a la que se pertenece por el derecho de ciudadanía. ⁷ Adviértase cómo el concepto ciceroneano de *patria* no corresponde, en el pasaje, sino a la *patria optimate*, protectora de los intereses de las minorías preponderantes. ⁸ Alusión a las depredaciones perpetradas por Catilina, según Cicerón, cuando dicho personaje fue propretor en la provincia de África. ⁹ Una nueva imputación a Catilina, pero tan infundada e imprecisa como todas las precedentes, y cuyas pruebas, de haber existido, no tenían por qué no ser incorporadas, así fuese en resumen, a las cláusulas de la arenga que anotamos. ¹⁰ El orador se refiere, sin duda, a las sentencias, invariablemente absolutorias según el testimonio de los mismos enemigos de Catilina, recaídas a propósito de todos los procesos penales que los adversarios del patricio promovieron en su contra. ¹¹ El pasaje filtra sutilmente lo incómodo que resultaba para la oligarquía y su gobierno, el tener que estar constantemente en guardia contra el impenitente rebelde Lucio Sergio.

VIII. ¹ El pasaje se refiere al recurso denominado en Latín *libera custodia*, y que no era otra cosa que una especie de arraigo personal en domicilio ajeno, impuesto a los sospechosos por un tiempo determinado, a fin de garantizarse de su conducta: Catilina se había ofrecido espontáneamente a someterse a tal expediente cuando los rumores de su complot, provocando la exasperación del gobierno en contra suya, le ocasionaron una acusación penal de disolución

social, o sea un proceso *de vi* o violencia pública, promovido por el oligarca Lucio Emilio Lépido en su contra; suspendida la averiguación correspondiente por la total ausencia de pruebas, Catilina propone, no obstante, a sus enemigos que, para evitar las suspicacias que involuntariamente les provoca su conducta, se le someta a vigilancia domiciliaria en casa de diversos oligarcas que él mismo sugiere por su adhesión absoluta al gobierno, pero que, uno a uno, rechazan tal encomienda. ² Cónsul en 66 a.C. ³ El conjurado tuvo la audacia de someterse a la vigilancia del propio Cicerón. ⁴ Quinto Cecilio Metelo Céler, el mismo que al siguiente año de 62, siendo pretor en funciones, se habría de encargar de cerrar el paso hacia la Cisalpina a Catilina y sus huestes rebeldes, acofralándolos de ese modo en los desfiladeros apeninos: confer a este propósito Prólogo, página LXXIX. ⁵ Personaje desconocido, únicamente citado en esta fuente. ³ Catilina vuelve a interrumpir al cónsul, para sugerirle con sorna que proponga oficialmente al senado la intimación que el orador viene haciéndole de que se destierre, prometiéndole que si así lo hace, y si el senado emite en consecuencia un decreto formal de exilio en su contra, él obedecerá sin replicar. ⁷ El cónsul se niega a proceder en la forma que su antagonista le sugiere, dando a entender la ilegitimidad de un acto semejante. ⁸ Al fin emplea Cicerón la fórmula consagrada de los mandatos oficiales de destierro: *in exilium*, como se lo viene pidiendo Catilina; pero como se verá a continuación, lo hace solamente en forma hipotética, como si representara brevemente un papel teatral. ⁹ Íntimo de Cicerón, que en 56 habrá de defender a Sestio ante César. ¹⁰ Oligarca que más tarde fue Pompeyano y anticesariano, y a quien también defendió Cicerón ante César después de la derrota de la oligarquía, mediante su alegato intitulado *Pro Marcello*. ¹¹ La plutocracia financiera ecuestre, sin voz ni voto en las deliberaciones senatoriales, había enviado, no obstante, aquel día sus delegados a presenciar desde el umbral y los alrededores del recinto de la asamblea la sesión de aquella fecha, en la que los caballeros habían estado interviniendo con rechiflas a la causa catilinaria y con aclamaciones a la causa senatorial, en la que participaban coaligados con los patres. ¹² Se alude posiblemente a la clientela proletaria de los optimates.

IX. ¹ Porque se le imputaría, no sin fundamento, haber empleado la coacción, abusando de su poder, para obligar a desterrarse

a un ciudadano romano, contra las leyes relativas vigentes. ² Destacamento de rebeldes que habría de esperar a Catilina en el camino de Etruria para servirle de escolta en su viaje rumbo al campamento de Manlio. ³ Aldea de la Etruria, sobre la *vía Aurelia*, denominada *forum* por ser la residencia eventual de los poderes y tribunales de su comarca. ⁴ Fecha omitida por el orador y desconocida en otras fuentes. ⁵ Insignia al parecer la misma empleada otrora por Cayo Mario en su célebre campaña contra los bárbaros invasores, y junto a la cual habrá de caer más tarde Catilina, combatiendo por su causa. ⁶ Quizá reminiscencia que alude a la costumbre romana de encerrar a las águilas en una especie de santuario en miniatura colocado en mitad de los campos.

X. ¹ Nótese que el principal cargo que hace Cicerón a estos secuaces de su enemigo es su carencia de bienes y riquezas. ² Todos los detractores y biógrafos tradicionalistas de Catilina coinciden en reconocer a éste la portentosa resistencia a que se refiere este pasaje y a que ha venido aludiendo todo el párrafo; resistencia, por cierto, incompatible con la vida de vicio y disolución que los susodichos tratadistas atribuyen también al orador, y que sólo es posible merced a una existencia sana y disciplinada; lo que no deja de ser una contradicción flagrante a propósito de Lucio Sergio. ³ Vaga amenaza de muerte contra Catilina. ⁴ *Latrocinium* viene a ser en latín guerrilla —como *bellum* guerra en forma—; pero el ligero matiz despectivo del término en el contexto nos ha hecho preferir la versión *bandidaje*.

XI. ¹ Fórmula protocolaria impuesta por la tradición y el ceremonial para dirigirse a los senadores. ² Como en toda organización jurídica de derecho consuetudinario, la costumbre política reiterada en la práctica sin interrupción, adquiriría en Roma fuerza de ley; sin embargo, Cicerón alude aquí a la costumbre ilegal del gobierno de reprimir a la ciudadanía descontenta, costumbre que por ser delictuosa nunca podía adquirir el rango de la legitimidad por el uso. ⁴ El orador se refiere a la *Lex Valeria*, a la *Lex Porcia* y a las *Leges Semproniae*, ordenamientos todos que garantizaban al *cives romanus* o ciudadano romano la inviolabilidad individual de su persona, que no podía ser condenada a la pena capital sino por una asamblea popular erigida en tribunal cívico especial y extraordinario o gran jurado. Toda otra forma de condenar a muerte a un *cives* resultaba, pues, un atentado de lesa ciudadanía. Así,

hasta los tribunales ordinarios legítimamente establecidos, estaban impedidos a este propósito, limitándose sus facultades condenatorias contra los ciudadanos, al exilio y a la pérdida de los derechos civiles; siendo por todo lo dicho obvio que con menor razón podía condenar en ningún caso a muerte a los miembros de la ciudadanía, un organismo como el senado, que constitucionalmente no era más que una institución meramente consultiva y auxiliar del poder ejecutivo, carente en absoluto de competencia y de capacidad jurisdiccional para emitir sanción tan grave como la de que se trata. Todo lo cual, no obstante, aparenta Cicerón ignorar o desconocer en este pasaje, al esgrimir en contra de los anteriores datos el sofisma retórico de que "no pueden invocar en su defensa las garantías constitucionales quienes se han puesto al margen de la Constitución" al conspirar contra el Estado y su estructura orgánica legalmente establecidos. ⁵ Tarde o temprano vindicatorias de las masas ciudadanas contra los promotores de un antecedente como el *senatus-consultum ultimum*, francamente violatorio de las prerrogativas cívicas y contrario a las más costosas conquistas democráticas del progreso social. ⁶ El *homo novus* fue una especie de *self-made man* de la antigua Roma, denotando aquella expresión latina al tipo del hombre de extracción clasista inferior a la casta gubernamental, advenedizo al poder ejercitado exclusivamente por ésta, y colado en la misma merced al ejercicio de las magistraturas públicas que automáticamente convertía a los titulares de las mismas en miembros vitalicios del senado oligárquico: dichos superadores de sí mismos, casi siempre atribuían su ascenso de clase y categoría social a "su mérito y esfuerzo personales", pero a menudo debíanlo a la suerte o padrinazgo de algún prominente y a la total y servil entrega del ahijado a la causa de su protector, sin detenerse ante ningún escrúpulo de orgullo y dignidad. Algo de todo ello puede descubrirse en la carrera política de Cicerón, que de la clase financiera a que pertenecía por origen pasó a ser también miembro de la gubernamental: lo que no significa desconocer el valor intrínseco, sobre todo cultural, de su figura histórica. ⁷ La casta oligárquica gobernante, monopolizadora del poder, estaba integrada por unas cuantas familias de la antigua plutocracia patricio-plebeya de la *civitas* arcaica, cuyos miembros, cada vez en menor número, se sucedían de generación en generación en el ejercicio de las magistraturas, siendo la mejor y decisiva garantía de su éxito en la carrera política,

la reputación que sus abuelos hubieran alcanzado en su época como estadistas o como dirigentes de la ciudadanía: de todo lo cual era huérfano Cicerón, vástago de una oscura familia de la finanza municipal. ⁸ Contaba Cicerón a la sazón con cuarenta y tres años, edad relativamente temprana para ser un presidente de la República Romana. ⁹ El consulado o presidencia colegiada y anual del gobierno, culminación suprema de la carrera político-administrativa. ¹⁰ El llamado *cursus honorum*, carrera de los honores o carrera político-administrativa, comenzaba en la *cuestura* y culminaba en el consulado y el *proconsulado*, después del gradual ascenso de quienes la recorrían, en el ejercicio de cargos cada vez superiores: a esas fechas, Cicerón había ya gestionado todos y cada uno de dichos cargos.

XII. ¹ Insulto grosero y fuera de tono en la arenga, que demuestra la saña refrenada en la enemistad de Cicerón hacia Catilina. ² El término *particida* se emplea aquí en su sentido más amplio, que designa al homicida de cualquier pariente consanguíneo: en la metáfora ciceroneana los conciudadanos a que Catilina amenaza con la muerte son, en efecto, sus parientes, hijos de una misma patria. ³ Frase retóricamente feliz, pero cuyo hermoso contenido contradijo ulteriormente la conducta de su autor, cuando llegado el momento de confirmar en la desgracia el aserto de tal apotegma, se comportó en la adversidad que le acarrearón sus actos, de modo poco viril y nada sereno. ⁴ Doble alusión a los dos más divergentes tipos de senadores: el de los intransigentes y ultrarreaccionarios, tan miopes políticamente que no eran capaces ni de suponer siquiera la existencia de peligro alguno serio contra su secular prosperidad; y el de los más conscientes, lúcidos y progresistas, que deliberadamente solapaban y atizaban, con su marginalidad calculada, el progreso del complot catilinario. ⁵ Referencia a la índole verdadera de las convicciones, innovadoras y antigubernamentales de los senadores paradójicamente dirigentes, a la vez, del partido popular antisenatorial. ⁶ Una vez obligados a salir de la clandestinidad, cuyas sorpresas y anonimato constituían las únicas armas ofensivas y defensivas del movimiento catilinario, los prosélitos de la conjura, ya localizados, identificados y declarados en abierta rebelión contra el pueblo y senado romanos, tenían que ser, en efecto, fácil presa del aparato de coacción oficial, a cuya abrumadora superioridad los rebeldes sólo podían oponer las menguadas fuerzas acopiadas por una causa

minada desde su origen por los termites de la improvisación y la desorganización.

XIII. ¹ En realidad, el complot clandestino propiamente dicho no databa sino de unos cuantos meses, a partir del último fracaso electoral de Catilina, en septiembre de 63: confer Prólogo, página . . . ² Cicerón ignora o aparenta ignorar en este pasaje el verdadero motivo de la exasperación extremista de su tiempo, el cual motivo no es otro que la correlativa exacerbación de la preponderancia reaccionaria del gobierno optimate a la sazón en el poder, y cuyos intereses despóticos y retardatarios representaba el propio Marco Tulio en el consulado ejercido por él. ³ En realidad, tal y como quedó comprobado a la postre, fuera del propio Catilina, su movimiento no contaba con ningún otro dirigente peligroso y serio. ⁴ Nuevamente puede advertirse en el presente pasaje, con la mayor claridad, la costumbre inveterada de las clases preponderantes de autodesignar a sus miembros y adictos "los buenos ciudadanos", en tanto que imponen a sus opositores el sambenito de "los ciudadanos réprobos". ⁵ Alusión a los actos de terrorismo que tenían en proyecto los conspiradores. ⁶ El propio Cicerón y su colega Antonio Híbrida. ⁷ Cicerón parece aquí deslizar la aclaración de que en la aplicación de las resoluciones senatoriales los cónsules no tienen más responsabilidad ni más intervención que la de meros instrumentos de las órdenes del Consejo Público que presiden. ⁸ Promesa indirecta a los oligarcas del seguro respaldo con que en todo caso puede contar el gobierno, de parte de la clase financiera ecuestre a que, por su origen, pertenecía Cicerón. ⁹ Nuevo empleo de este eufemismo fraseal para designar a los elementos de las clases preponderantes y a sus incondicionales. ¹⁰ El orador se vuelve y se dirige, en patético desplante oratorio, a la estatua de Júpiter Estátor que, dominando desde su pedestal el recinto del templo a él consagrado y en el cual tiene lugar aquella asamblea de los patres, parece presidir en efígie la sesión correspondiente. ¹¹ Refiérese el pasaje al templo votado, según la leyenda, a este dios, por el propio fundador de la urbe, cuando aquél, invocado por éste, detuvo a los romanos que iban huyendo de los sabinos, salvando de ese modo a Roma y a su futura grandeza. ¹² Júpiter Estátor resultaba así la divinidad por antonomasia protectora de Roma, su dios nacional. ¹³ *Stator* en latín significa a la vez, etimológicamente *el que detiene* a los fugitivos, y semánticamente *el que conserva en pie y en la*

CATILINARIAS

prosperidad. ¹⁴ Remate solemne de la peroración, que resulta al mismo tiempo una cándida amenaza de ultratumba a los conspiradores y un menguado tributo que la demagogia ciceroneana rinde a la más vulgar superstición.

SEGUNDA CATILINARIA

* El 9 de noviembre del año 63, es decir al día siguiente del discurso anterior, y en la asamblea centuriada del *populus*, al parecer con el triple propósito de participar oficialmente a la ciudadanía la intempestiva fuga de Catilina durante la noche que acaba de pasar, de justificar ante la opinión pública la conducta y palabras del orador en la última asamblea senatorial, y de orientar a las masas acerca de los más recientes acontecimientos públicos.

I. ¹ El término *quirites* que usaban los oradores para dirigirse al pueblo romano en sus asambleas públicas, parece derivar de *Quirino*, designación que se dio al legendario rey Rómulo cuando después de su apoteosis quedó convertido en dios: o sea que Quirino es Rómulo divinizado; la versión castellana de *quirites* más natural y menos ampulosa que ha encontrado el traductor es la de *ciudadanos* o *conciudadanos*, que indistintamente aplica en su traducción. ² La intención del pasaje parece ser la de rectificar o mitigar la afirmación categórica con que el cónsul comenzó este discurso, en el sentido de haber obligado a Catilina a salir de la capital; acto cuya responsabilidad se apresura el orador a eludir inmediatamente, recurriendo a la rectificación retórica que comentamos, y según la cual, más que haber sacado por la fuerza al conspirador, Cicerón había previsto el propósito de aquél de abandonar la ciudad rumbo al cuartel rebelde que lo esperaba por jefe, limitándose a declarar en voz alta lo que el fugitivo pensaba en secreto hacer. ³ Confer *Primera catilinaria*, VI, nota 16. ⁴ Confer *Primera catilinaria*, IV. ⁵ O sea la clandestinidad, única posición más o menos ventajosa para él y su movimiento. ⁶ Términos duros pero pintorescos y absolutamente legítimos en la invectiva política.

II. ¹ Tal motivo no es otro que la reciente fuga del conspirador, cuyo alejamiento de la metrópoli tanto había deseado el cónsul, considerándolo definitivo para la suerte ulterior de la conjura.

² Pocos partidarios suyos sirvieron de escolta y compañía a Catilina en su escapatoria, pues se había quedado en Roma la flor y nata de su estado mayor conspirativo. ³ y ⁴ Personajes todos completamente desconocidos en las fuentes de la época, pero que sin duda fueron dirigentes subalternos del movimiento, humildes y oscuros por su nacimiento, aunque el pasaje mismo que los menciona les atribuye cierta notoriedad, así fuera infamante. ⁵ Los más destacados e importantes lugartenientes urbanos de Catilina, habían sido dejados en Roma por su caudillo, a fin de que continuaran en la metrópoli la preparación del complot, mientras él permaneciera al frente de la sublevación del proletariado etrurio.

III. ¹ Legiones imperiales, punitivas o de conquista, a la sazón acantonadas en sus cuarteles de invierno de la Galia Cisalpina. ² El pretor Quinto Metelo Céler, comisionado por el senado para verificar levas en el Piceno y en la Cisalpina, a fin de habilitar tropas que, reforzadas por veteranos legionarios y perfectamente equipadas y pertrechadas, habrían de ser dirigidas por su organizador en el aplastamiento de la rebelión etruria: Metelo acababa de cumplir, precisamente por aquellas fechas la encomienda que se le había confiado, llevándola a cabo con rotundo éxito. ³ El Piceno era la comarca septentrional de Italia localizada entre la Umbría y el Adriático y entre el Samnium y el Rubicón; el aquí llamado territorio Gálico, no era sino la región situada inmediatamente al norte del Piceno, y que, partiendo de la ribera septentrional del Rubicón, llegaba hasta el Esino, extendiéndose a lo largo del litoral adriático, y siendo exactamente la misma comarca que habían habitado antaño los galos llamados senones. ⁴ Alude a los ya citados veteranos seleccionados por Metelo para reforzar sus levas: confer *Segunda catilinaria*, nota III,² ⁵ Por lo improvisada, desorganizada y mal armada. ⁶ Obligándolos al pago de sus deudas o, en su defecto, a la entrega en embargo de bienes suficientes a garantizar a sus acreedores. ⁷ Las franjas de púrpura que adornaban las túnicas *angusticlavias* de los *equites* y las *laticlavias* de los *patres*: el pasaje se refiere, por lo tanto, a miembros de ambas clases preponderantes complicados en el complot catilinario. ⁸ El párrafo se refiere a los conjurados que en la reunión de Lecca habían sido comisionados para agitar las diversas comarcas de la península; confer *Primera catilinaria*, IV, nota 8; en cuanto a la Apulia, es la comarca sudoriental de Italia que se ex-

tiende entre el Samnium, el Adriático y el Golfo de Tarento. ⁹ La. de Lecca: confer *Primera catilinaria*, IV. ¹⁰ Indulgencia hasta entonces demostrada por primera vez por Cicerón hacia el complot y sus simpatizantes.

IV. ¹ En vez de utilizar la *Via Cassia*, que era la ruta más corta entre Roma y el campamento de Fésules, Catilina había tomado por la *Vía Aurelia* que, aunque también se dirigía rumbo al norte, lo hacía siguiendo a todo lo largo del litoral del Tirreno: quizá el propósito del fugitivo al optar por el más largo itinerario era que se diese crédito al rumor circulante de que se había encaminado, no hacia los cuarteles de la rebelión etruria, sino hacia Masilia, cuya teórica autonomía y soberanía políticas respecto del imperio romano, la hacían el refugio predilecto de los *cives* condenados a destierro. ² Según este pasaje, la *contio* o asamblea popular del 9 de noviembre, en que Cicerón pronunció esta su *Segunda catilinaria*, tuvo lugar durante la mañana, pues de otra manera no hubiera podido el cónsul sugerir en su discurso, a los secuaces urbanos del prófugo aún adictos a su causa, que si salían de inmediato en pos de su dirigente, podrían todavía alcanzarlo "hacia el atardecer" ³ Comienza aquí una nueva retahíla de incriminaciones de las que Cicerón acostumbraba endilgar a su célebre enemigo, reincidiendo en formularlas de modo tan vago y carente de pruebas como casi siempre lo hizo, repitiendo aquí con otras palabras lo mismo que ya había dicho en el discurso anterior, a lo sumo retocado retóricamente. ⁴ La misma observación hecha en la nota anterior puede también aplicarse a este otro párrafo incriminatorio, que, por otra parte, tiene la novedad de ofrecernos un ángulo de la personalidad de Catilina hasta entonces no descubierta por sus detractores: el de diletante del hampa y de la broma. ⁵ Se ignora absolutamente por qué razón Catilina gozó siempre de las simpatías de los jóvenes que le echa en cara aquí Cicerón. ⁶ ¿Fue, en realidad, Catilina, independientemente de la positividad o negatividad de su causa política, y en la intimidad de su vida privada el repugnante corruptor de menores que describe aquí Cicerón? Ninguna prueba se aporta por nadie tampoco a este propósito, ni en pro ni en contra; sin embargo, tan terribles son los cargos que su enemigo le hace en este párrafo, que ni el conspirador ni ningún otro individuo que hubiese sido de veras responsable, no ya de todos, sino tan sólo de

uno de los delitos aquí enumerados, podría haberse sustraído a la acción de la justicia romana, a menos que se piense que ésta no había aún descubierto el derecho penal. ⁷ El pasaje revela de modo contundente que en forma alguna era despreciable la cifra a que ascendían los proletarios descontentos de la ciudad y del campo que, exasperados por la miseria, trataron de incorporarse al movimiento catilinario en sus comienzos; de igual modo da razón dicho pasaje de la rapidez con que el complot hizo por todas partes prosélitos de su causa: todo lo cual, testimoniado aquí nada menos que por el propio Cicerón, contradice de plano y rebate sin dejar lugar a réplica la afirmación que, para restar importancia a la conjura, hace el mismo cónsul repetidas veces a lo largo de sus cuatro invectivas, en el sentido de carecer por completo de arraigo popular el movimiento catilinario. ⁸ El pasaje es testimonio de que, al menos en sus comienzos, el movimiento de 63 provocó la convulsión de las mayorías proletarias no sólo urbanas sino rurales o peninsulares, habiendo estado a punto de convertirse en la causa nacional de las grandes masas cívicas desposeídas de toda la Italia, cuando fue sofocado por la brutal represión de las fuerzas militares y policíacas que las minorías preponderantes de la metrópoli sostenían al servicio de sus intereses, no sólo en la capital sino también en todas y cada una de las comarcas de la península.

V. ¹ Nueva alusión a la polifacética habilidad, casi proverbial, en Catilina: confer. p. 24. ² Las escuelas de gladiadores eran una especie de gimnasios o academias de esgrima donde aprendían o perfeccionaban tal arte, bajo la dirección de instructores denominados *lanistas*, los esclavos destinados, por sus aptitudes físicas, a luchar en los diversos espectáculos circenses. ³ La actuación teatral fue en Roma oficio infamante y vil al que sólo libertos y esclavos solían dedicarse. ⁴ Nuevamente confer. p. 25. ⁵ Meros lugares comunes del arte retórico resultan las contraposiciones encadenadas en ese párrafo, en el que Cicerón reincide en su hábito personal y clasista de atribuir a los *optimates* todas las virtudes, y a sus opositores todos los vicios. ⁶ Impresionante y pintoresca descripción de la vida crapulosa en que supone Cicerón sumidos a todos los complotistas catilenarios, a cuyo movimiento, por otra parte, reconoce, en otros pasajes de sus cuatro invectivas, una seriedad, una peligrosidad y una importancia que necesaria-

mente implicaban la absorbente entrega de sus promotores a la causa que habían abrazado, siendo por ello mismo incompatibles con la disipada y enervante existencia en que el mismo autor nos pinta medrando a sus anchas a los conjurados en párrafos como éste. ⁷ A lograr tal perpetuación limitábase el obsoleto programa político de la oligarquía intransigente, en cuyo gratuito portavoz convierte a Cicerón esta frase suya. ⁸ En efecto, Pompeyo acababa de pacificar completamente a la sazón el Asia Menor, aplacando con mano férrea sus recientes veleidades de liberación. ⁹ Alusión a Cneo Pompeyo Magno, campeón de numerosas victorias de las legiones romanas, y a cuyo innegable talento militar debía el imperio el aplastamiento de las sublevaciones de Lépido y Sertorio; el exterminio de la piratería —hasta poco antes verdadera plaga del Mediterráneo— y la liquidación definitiva del levantamiento nacionalista de Oriente propulsado por Mitrídates del Ponto. ¹⁰ Merced principalmente a las sucesivas victorias pompeyanas a que alude la nota anterior. ¹¹ Quizá ni el propio orador comprendía y calculaba el verdadero alcance y veracidad de esta afirmación suya. ¹² Tal era, en efecto, uno de los grandes sueños acariciados por Cicerón y registrado entre las elucubraciones de su utópica Concordia Ordinum de que habla el *De Re Publica*, en cuyo régimen ideal aspiraba Marco Tulio a ser él el supremo magistrado civil, el *orator rector* de la ciudadanía, dejando para Pompeyo la suma autoridad militar, en calidad de *imperator* o protector policiaco del sistema político imaginado teóricamente.

VI. ¹ Por haber el cónsul ordenado a Catilina exiliarse, utilizando inclusive al hacerlo, explícitamente, la fórmula oficial empleada en tales casos: confer *Primera catilinaria*, VIII, y principalmente la nota 8. ² Alusión al carácter extraoficial y meramente persuasorio de las amonestaciones hechas la víspera por el cónsul al conjurado: también confer *Primera catilinaria*, VIII y notas respectivas. ³ El orador inicia aquí una reseña sumaria de la asamblea senatorial del día 8 anterior. ⁴ Población agreste del Apenino septentrional, próximo al río Arno —hoy denominada Fiésole y convertida en gracioso suburbio de Florencia, que conserva, por cierto, importantes vestigios arqueológicos del tiempo que nos ocupa— y en la que Manlio había establecido el cuartel general de la rebelión campesina etruria. ⁵ Colonia griega de ori-

gen, localizada en el litoral noroccidental del Mar Tirreno, a la que los romanos, al someterla a su influencia como a toda la cuenca del Mediterráneo, le conservaron, no obstante, la apariencia formal de Estado autónomo y soberano con sus límites propios y fuera del Imperio, razón por la cual, así como por su cercanía al mundo romano, pasaba dicha ciudad por la residencia predilecta e ideal de los proscritos políticos de la metrópoli.

VII. ¹ Seguramente, este pronóstico de Cicerón, más que la exactitud de un cálculo matemático, traduce el énfasis con que el orador denuncia la inminencia de la guerra civil a que se refiere. ² Por los posibles perjuicios que la libertad del conspirador implicaba para la paz pública y el orden imperante, perjuicios que hubieran podido quedar definitivamente conjurados si, en vez de dejarlo ir, el cónsul hubiera retenido preso a Catilina en la urbe. ³ *Misericorde*, naturalmente, con la patria y sociedad *optimates*: confer *Primera catilinaria*, VII —principalmente nota 7—, XI y XII —principalmente nota 2—.

VIII. ¹ Curiosa y caprichosa clasificación, en categorías distintas, de los elementos humanos del extremismo catilinario, que el orador anuncia aquí, y que inmediatamente a continuación lleva a cabo paso a paso, demostrando, por cierto, al hacerlo, la ingenuidad infantil y miope con que interpretaba la problemática social de su tiempo, cuya crisis atribuye a los diversos grupos de descontentos que su imaginación hace desfilar, como en un juego, ante su auditorio. ² Incluye a los deudores solventes, pero reacios a desprenderse de sus bienes patrimoniales familiares para satisfacer con el precio de los mismos las reclamaciones judiciales de sus acreedores. ³ Abolición que implicaba la substitución, por nuevos registros públicos completamente en blanco, de los entonces vigentes; dichos registros, denominados *tabulae*, eran algo así como los libros de contabilidad de los acreedores, formalmente legalizados mediante la fe pública oficial de la época —similar a la notarial de nuestros tiempos—; y su anulación, por lo tanto, implicaba la total abrogación de las deudas hasta entonces contraídas por los ciudadanos, propósito incluido entre los fundamentales del programa extremista catilinario. ⁴ En caso de tener éxito el movimiento del conjurado. ⁵ Se ha preferido traducir mediante toda una frase, perfectamente inteligible para el lector moderno, la mera expresión de *registros auccionarios*, con que se

hubiera también podido verter al castellano la latina *tabulae novae auctionariae* utilizada en el original, y que exactamente alude a ciertos edictos por medio de los cuales el Estado hacía saber oficialmente al público que en una fecha determinada procedería a la incautación o *auctio* de los bienes de los deudores reacios al pago, a fin de rematarlos a continuación hasta el monto que garantizara los compromisos de sus dueños, satisfaciendo luego con su precio las reclamaciones probadas como legítimas por los respectivos acreedores. ⁶ Alusión a la venta en remate, espontánea y consentida por los propios deudores bajo el hasta simbólica de la fe pública —*sub hasta*—, pero sin la intervención coactiva del Estado de las posesiones bastantes a satisfacer con su precio el pago de sus obligaciones crediticias. ⁷ El pasaje alude a la insostenible situación en que la usura leonina de la época solía precipitar a los deudores, al ir acumulando con el tiempo uno tras otro los intereses vencidos, convirtiéndolos en saldos insolutos, e incrementando de ese modo capital e intereses tan desmesuradamente que llegaba el momento en que el deudor no alcanzaba a cubrir al acreedor ni siquiera los réditos periódicos de la suma principal, con todas las rentas íntegras que en el mismo lapso le producían sus bienes, garantía original de los créditos. ⁸ La holgada posición de propietarios que Cicerón atribuye a este grupo de deudores morosos pero en último caso solventes, los hacía, más que verdaderos cómplices materiales del movimiento catilinario, meros simpatizantes intencionales del mismo.

IX. ¹ Incluye en él Cicerón a los oportunistas ambiciosos de poder, que apoyan al movimiento catilinario con la mera intención y esperanza de llegar a tener acceso por medio de la violencia y anarquía desatadas en el trastorno público concomitante a toda lucha civil, a las magistraturas y cargos que les estaban vedados dentro de la legalidad imperante. ² Alusión a la formidable capacidad policiaca y represora con que contaban para la defensa de sus intereses las clases preponderantes y el gobierno establecido a su servicio: confer *Segunda catilinaria*, III y sus notas de 1 a 5. ³ Porque, según Cicerón, el triunfo del movimiento catilinario traería aparejada, como acaba de decirlo, la total destrucción de la metrópoli romana, lo que no dejaba de ser una mera y absurda exageración retórica, que atribuía a los conjurados la insensatez de luchar por el mero afán frenético de satisfa-

cer sus ansias de energúmenos, ávidos de destrucción y de sangre. ⁴ Incluye en él Cicerón a los antiguos colonos silanos, parvifundistas a la sazón ya despojados de sus parcelas por el progreso del latifundismo, y así convertidos en el proletariado rural de la época, masa cívica sin otro recurso de subsistencia dentro de la legalidad establecida, que el medro ocioso y mendicante, en la urbe, de sus elementos. ⁵ Dictador reaccionario de principios del siglo I a. C, Lucio Cornelio Sila llevó a cabo, con la intención demagógica de fortalecer su poder personal militar, frecuentes repartos de tierra entre sus soldados, en pago de la adhesión incondicional con que éstos apoyaron sus propósitos. ⁶ El orador no explica las razones en que se funda esta buena opinión suya a propósito de la mayoría de los colonos silanos, siendo ellas posiblemente la prosperidad con que dichos parvifundistas, instalados en diversas comarcas italianas y manteniéndose fieles al gobierno y asimilándose a sus clases preponderantes, llegaron a convertirse en terratenientes, sin correr la misma suerte adversa que despojó de sus pequeños predios a sus ex conmlitones etrurios desposeídos y levantados en armas por Manlio y por Catilina. ⁷ El pasaje atribuye el despojo y la pobreza del proletariado rural descontento, no al avance progresivo del latifundismo usurario, sino al derroche económico de los parvifundistas, derroche inexplicable en gentes que apenas sacaban de su pegujales, mientras pudieron conservarlos, el diario sustento de sus familias, y de cuya miserable situación da testimonio Salustio claramente: confer Salustio, *Conjuración de Catilina*, XXXIII y XXXIV. ⁸ Alusión a la llamada *región de los muertos*, con que la antigua superstición politeísta grecorromana afirmó prolongar; después de esta vida, la existencia de los seres humanos. ⁹ El pasaje confirma la sospecha del carácter realmente popular de la causa catilinaria, al incorporar a la misma, sin explicar ni condenar el motivo, a esta masa de parvifundistas etrurios identificados y adheridos al movimiento conspirativo de 63. ¹⁰ Cicerón persevera aquí en hacerse portavoz de los epítetos difamatorios que la propaganda oficial de su tiempo prodigó a manos llenas contra los elementos de toda oposición antigubernamental. ¹¹ Alusión a las crueles y sangrientas represiones de la reacción silana, que otrora habían ahogado en la masacre y la persecución a la ciudadanía progresista, y que nada

tenían que ver, por cierto, con el actual descontento del proletariado rural etrusio.

X. ¹ Al parecer, Cicerón intenta reunir en este grupo, sobre todo a los pequeños propietarios campesinos y a los pequeños comerciantes urbanos, estratos ambos que se habían venido proletarizando irremediablemente en los últimos tiempos, despojados unos y otros de sus medios de vida habituales por la creciente competencia de las clases optimates multimillonarias, tanto latifundista como financiera. ² El *arraigo*, o garantía judicial de comparecencia, era la primera providencia precautoria, en los juicios contra deudores morosos, del procedimiento. ³ La *condena en rebeldía* era el segundo paso del procedimiento crediticio a que viene refiriéndose el pasaje, consistiendo la misma, previa la no comparecencia del deudor a excepcionarse o a satisfacer con el pago sus obligaciones, en la pronunciación de sentencia condenatoria en su ausencia, constriñéndolo a cubrir, mediante la venta de sus bienes hasta el monto a que alcanzara su patrimonio, capital e intereses al acreedor respectivo. ⁴ El *remate* coactivo y oficioso de los bienes del deudor condenado, tercero y último acto del procedimiento en su contra, no era sino la ejecución de la sentencia a que la nota anterior se refiere. ⁵ Como que, según el mismo Cicerón los describe, son estos ciudadanos los más desesperados y exasperados por la incuria en que los tenía postrados el sistema económico imperante. ⁶ El pasaje denuncia la crueldad y el fatalismo, a la vez, con que Cicerón y las clases preponderantes contemplaban la miseria y los problemas de la ciudadanía desposeída, cuya suerte les es indiferente, considerándolos predestinados a ella por el hado. ⁷ El orador intenta, al parecer, encerrar en este grupo a los catilinarlos que por propensiones y hábitos inveterados resultan, según él, verdaderos patibularios de la más alta peligrosidad criminal, aunque sin explicar las razones ni aducir las pruebas de su imputación, lo que hace a ésta pecar de ligereza, y al párrafo entero en que la formula, un testimonio de la absoluta adhesión y considerable cifra de los prosélitos de la conjura a que se refiere, así como del odio e irritación incontrollables que contra ellos provocan en el cónsul ambas circunstancias. ⁸ Este último grupo incluye, según el orador, tanto al estado mayor político como a los favoritos e íntimos amigos privados del célebre dirigente en jefe de la conspiración, Lucio Sergio

Catilina. ⁹ Tanto la depilación —o la esmerada rasura equivalente a ella— como el atildado y pulcro cultivo de la barba a que alude este pasaje fueron, entre los legendarios romanos primitivos, despreciables signos de molicie y corrupción afeminadas, que en el siglo de las Catilinas seguían escandalizando a la gazmoñería hipócrita de las degeneradas clases preponderantes, cuyos miembros, generalmente disolutos en la intimidad, se jactaban en público de moralistas intransigentes, encargados de conservar las austeras costumbres ancestrales idealizadas por la tradición. ¹⁰ Alusión al despreciable ridículo en que, según la moda contemporánea, incurría el varón romano que, adoptando la indumentaria propia de Grecia u Oriente, se atrevía a usar las vestiduras que en versión textual de la correspondiente expresión latina, podríamos haber traducido como *túnicas enmangadas y talares*, y que estaban en Roma más bien reservadas al sexo femenino, por su exagerada amplitud y longitud, siéndolo ésta cuando bajaba de la rodilla, ya simplemente cubriéndola, ya llegando hasta los pies. ¹¹ Lo que el texto latino designa con la expresión cuya traducción textual a nuestra lengua sería la de *cenas antelucanas*, no era otra cosa que una especie de banquetes que, entre cantos y diversiones de los comensales, solían prolongarse hasta el alba del día siguiente. ¹² Es decir, de fin de otoño, y ya casi invernales, o, más exactamente, a menos de mes y medio del comienzo de la más cruda estación, a partir de la fecha en que Catilina y su séquito se encaminaron rumbo al septentrión, o sea, del 8 al 9 de noviembre en curso. ¹³ Alusión a la célebre cordillera que, de norte a sur, atraviesa por el centro a la península itálica, y cuya mitad septentrional se cubre de nieve en invierno, sobre todo en la comarca que el campesinado rebelde catilinario había elegido por primer campo de operación.

XI. ¹ Alusión a la selecta y probada tropa que en el ejército romano servía al comandante en jefe de guardia personal, y que con frecuencia solía en los combates decidir la victoria a favor de las huestes a que pertenecía. ² Nueva referencia a la fuerza represora con que contaba, contra los sublevados, el gobierno en el poder: confer *Segunda catilinaria*, III, y notas alusivas. ³ Alude el pasaje a las recientes levas de Metelo y Antonio: confer *Segunda catilinaria*, III y notas alusivas. ⁴ Alusión a las guarniciones coloniales y municipales de Italia, que los gobiernos loca-

les peninsulares del norte al servicio de los *optimates* metropolitanos, se habían apresurado a enviar ya, como destacamentos avanzados de vanguardia, contra el levantamiento del campesinado etrurio. ⁵ La expresión destaca, en antítesis, la diferencia existente entre la tremenda y aplastante fuerza represora del Estado establecido y la inerme, aunque ferina, combatividad de las improvisadas huestes catilinas, atenuadas a lo sumo, para salvarse, al abrupto escondrijo de las cumbres apeninas. ⁶ Término infamante con que el orador fustiga al cabecilla rebelde, despojándolo, a la vez, retóricamente, de su categoría de ciudadano, a la que su actitud contra la *patria*, lo ha dejado, según Cicerón, sustraído automáticamente: confer *Primera catilinaria*, X, in fine, nota 4, XI y. notas alusivas, principalmente 4, y XIII in fine. ⁷ Nueva referencia, como tan sólo de paso, a la abrumadora capacidad coactiva con que contra el levantamiento campesino contaba a la sazón el gobierno y las clases protegidas por él. ⁸ Quizá con el propósito de atenuar un poco la reiterada y cínica ostentación retórica que ha venido haciendo del lujo de fuerza con que cuenta el gobierno en el poder, el orador se dispone aquí además a justificar sus eventuales actos represores con la pretendida legitimidad y bondad ideológica de los postulados *optimates* defendidos por él. ⁹ Se inicia aquí una de tantas largas enumeraciones con que, a base de antítesis y contraposiciones de carácter moral, Cicerón pretendió demostrar la pretendida excelencia de los postulados *optimates* y la monstruosa perversidad de las reivindicaciones opositoras al gobierno presidido por él. ¹⁰ Todas las virtudes y vicios enumerados en el párrafo que remata esta nota, no son, naturalmente, sino meros lugares comunes del virtuosismo retórico ciceroneano, pues en realidad resultan —sobre todo las virtudes adjudicadas a la casta gubernamental— completamente desmentidas en las fuentes históricas contemporáneas, inclusive las debidas a la pluma del propio Cicerón, que casi siempre concuerdan en reprochar a los privilegiados de la época, precisamente los vicios que el pasaje atribuye a sus opositores, reconociendo a éstos, en cambio, no pocas veces, justamente las virtudes que Marco Tulio pretendía hacer brillar, con sus arengas, sobre al frente de los magnates de la reacción, en plena decadencia política y moral.

XII. ¹ Durante todos aquellos días de incertidumbre que habían transcurrido desde que Catilina resolvió adoptar la táctica

clandestina, hasta su reciente fuga de la capital. ² Cicerón se había ya apresurado a movilizar oportunamente las fuerzas defensivas y punitivas con que contaba el gobierno en el poder. ³ Alusión a las guarniciones castrenses y policiacas locales puestas en movimiento contra la sublevación en las comarcas directamente amenazadas por ella: confer *Segunda catilinaria*, XI, nota 4. ⁴ Sospechosos de eventual complicidad con el extremismo catilinario y de franca simpatía hacia su jefe: confer *Segunda catilinaria*, V, nota 2. ⁵ Confer *Segunda catilinaria*, III, nota 2. ⁶ En realidad, Metelo y sus legiones no habían entrado aún en contacto directo con los sublevados. ⁷ Por medio de los heraldos oficiales del cuerpo senatorial. ⁸ Aunque, según Cicerón, habiéndolo dejado de ser a partir de su complicidad en la conjura antigubernamental: confer *Segunda catilinaria*, XII, nota 6.

XIII. ¹ Vanidosa y ridícula hipérbole, sobre todo si se tienen en cuenta, al considerarla, los graves y seculares conflictos intestinos que habían llenado hasta entonces las páginas de la historia romana, tanto de la civitas como la de la urbe metropolitana. ² O sea, sin necesidad del *imperium* o mando militar, y como mero magistrado civil, de cuyo cargo la toga fue insignia por excelencia. ³ Cicerón se atribuye a sí mismo en el pasaje, con ambiciosa y atropellada premura, la absoluta exclusividad de su persona en la dirección y en la gloria del aplastamiento definitivo del conflicto catilinario, por cierto todavía no resuelto en el momento en que pronunciaba ésta su segunda arenga contra el mismo. ⁴ De buena gana hubiera querido el cónsul, por su propia conveniencia, que tan clemente propósito de su benevolencia hacia los conjurados, cobrara realidad plena, ahorrándole la zozobra de tener que afrontar las consecuencias derivadas, en el caso contrario, de la violencia represora oficial ejercitada durante su consulado, ilegalmente, contra elementos de la ciudadanía. ⁵ A diferencia de otros conflictos cívicos anteriores, cuya culminación y desenlace había traído siempre aparejada la masacre y hecatombe de los partidos vencidos. ⁶ Nuevo tributo de la demagogia ciceroneana a la superstición politeísta popular y oficial. ⁷ A lo largo de las numerosas y sucesivas guerras imperialistas desatadas por Roma en toda la cuenca del Mediterráneo, y a la sazón aún representadas por la expedición punitiva que estaba todavía consumando Pompeyo en Asia Menor.

TERCERA CATILINARIA

* La tarde del 3 de diciembre del año 63, fundamentalmente con los tres siguientes propósitos: informar en primer término, a la ciudadanía de los pormenores de la reciente sesión que en la misma fecha acaba de llevar a cabo la asamblea senatorial, y a lo largo de la cual los dirigentes urbanos del complot catilinario han resultado plenamente convictos y confesos de sedición contra el Estado, quedando en consecuencia, por decreto de los patres en que la reunión culmina, sujetos por el momento a la *libera custodia* o arraigo domiciliario, y a disposición del senado; en segundo lugar, poner bien de relieve ante los *quirites*, la intervención del cónsul que los arenga, en la sesión susodicha; y finalmente, tratar de convencer al auditorio del manifiesto apoyo con que la providencia divina se ha inclinado a favor de la sociedad, del gobierno y del cónsul, a lo largo de todos los últimos acontecimientos del complot perpetrado en su contra y en su final frustración que tuvo por desenlace.

I. ¹ El orador se jacta en este primer párrafo de su exordio, de haber logrado salvaguardar, con el apoyo divino, al sistema republicano *optimate*. ² Los romanos conmemoraban, en efecto, el aniversario de la fecha en que lograban sortear una calamidad, con el mismo entusiasmo con que celebraban el día de su natalicio. ³ Sabia y veraz concepción popular, cabal reflejo del pragmatismo ético proverbial en el pueblo romano. ⁴ Alusión a Rómulo, el legendario fundador de la urbe, que, según el mito, al final de su existencia había sido trasladado y raptado misteriosamente en medio de la celebración de una ceremonia pública. ⁵ Pasaje en que llega al colmo de lo descabellado y ridículo, la increíble pedantería Ciceroneana, que aquí parece dar a entender que el orador se atribuye a sí mismo, nada menos que una especie de apoteosis en vida. ⁶ En la asamblea senatorial de la aquella fecha misma, en cuya correspondiente sesión acababa de darse por concluida. ⁷ Exactamente veinticinco días, a partir de la noche del ocho al nueve de noviembre pasado, en que ocurriera la fuga intempestiva de Lucio Catilina.

II. ¹ Esto es, alude a los principales representantes y lugartenientes urbanos del conspirador ya ausente: confer *Primera catilinaria*, nota y formas alusivas: Confer párrafo IV, y sus notas alusivas, principalmente la 2 y la 3. ² Belicoso pueblo de la Galia Trans-

alpina, a la sazón habitante de la región comprendida entre el actual Ródano y el actual lago de Ginebra; cuya nación había enviado por aquellos días una embajada de naturales suyos, a fin de que la misma presentara al senado —encargado en Roma de la política externa—, las reiteradas y jamás oídas denuncias de todos los provinciales, precisamente por la deplorable y tiránica situación en que, para explotarlos, los mantenía postrados la sistemática depredación absolutista de sus gobernadores oligárquicos, junto con la leonina avidez de los *equites*, a través esta última, de las grandes compañías publicanas, que tenía la concesión estatal, exclusiva y oficiosa, de recaudar los impuestos ecuménicos. ³ Publio Cornelio Léntulo Sura era miembro de una de las ramas de la ilustre y prominente *gens Cornelia*, que a lo largo de la historia romana había dado a su comunidad buen número de varones preclaros en las más distintas tendencias del pensamiento o la acción: el de la presente nota se encuentra estrechamente ligado al proceso entero del complot clandestino catilinario, por circunstancias y motivaciones muy poco conocidas, que es tan ocioso como aventurado conjeturar de las raras y breves alusiones que sobre este personaje registran nuestras fuentes. ⁴ Cordillera divisora de ambas Galias: la Cisalpina al sur, y la Transalpina al norte. ⁵ Todavía por los años de las Catilinarías, las comarcas galas convertidas en provincias, eran habitadas por poblaciones no acostumbradas aún al yugo de la metrópoli, sea por lo muy reciente de su conquista, sea por lo defectuoso y débil de su sistema administrativo, apenas puesto en marcha, sea, en fin, por su hasta la fecha indómito salvajismo; todo lo cual tornábalos eventuales colaboradores de la revuelta etruria secesionista, sobre todo en el caso de que la misma llegara a tener éxito, acercándose a las puertas de Roma, según lo que sus caudillos habían previsto. ⁶ Los jefes del complot metropolitano habían entrado, al parecer, en contacto con los emisarios alobroges, al oír a éstos quejarse de la morosidad con que el senado retardaba el examen de la causa que los mantenía en la metrópoli: lo que había bastado a los conspiradores urbanos para enterar a los descontentos diplomáticos, de todos los pormenores de su conjura, confiándoles cartas hechas por escrito y recados verbales que los galos habrían de poner en manos de sus jefes nacionales, solicitando, tales misivas, de éstos el apoyo de sus pueblos provinciales al proletariado rural y urbano de Italia en efervescencia, unificándose todos en

frente común, contra el sistema *optimatus imperante*, verdadero enemigo genérico de aquellos tres estratos enumerados antes, al cual era preciso liquidar cuanto antes; por lo que los complotistas urbanos apremiaban a los emisarios galos a partir lo más pronto posible con los mensajes de que debían ser correos. ⁷ Oscuro personaje, conjurado aventurero o débil de carácter, o bien espía del gobierno, que traicionó a los conspiradores delatándolos, y recibiendo a cambio la recompensa oficial. ⁸ Hacia el norte y, de paso, hacia la Etruria. ⁹ De su contenido trata este mismo discurso adelante: confer V. ¹⁰ La víspera, o sea el día 2 de diciembre en curso. ¹¹ Lucio Flacco, después *propretor* en Asia, acusado en 59 *de repetundis* y defendido por Cicerón en el *Pro Flacco*; y Cayo Pomptino, dos años después vencedor de los mismos alobroges declarados en rebelión, y lugarteniente o legado del propio Cicerón durante el *proconsulado* de éste en Sicilia, en el año de 51. ¹² Y además íntimos y hechuras del cónsul y subordinados suyos aquel año. ¹³ Y ordenándose al mismo tiempo. ¹⁴ Puente del Tíber sobre la *Via Flaminia*, aún subsistente hoy con el nombre de Ponte Molle. ¹⁵ Ciudad de la Sabina, prefectura por conservar sus leyes autóctonas pero con la obligación de recibir de Roma su magistrado supremo o *praefectus*, renovado anualmente. ¹⁶ Cicerón, patrono o mandatario judicial y político en Roma de Reate, obtenía frecuentemente de dicha comunidad apoyo y hombres fieles y seguros. ¹⁷ Los romanos dividían la noche en cuatro partes, denominadas —por durar cada una un turno de centinela— *vigiliae* o *velas*: en diciembre, la tercera vela vendría concluyendo hacia las tres de la madrugada. ¹⁸ Cicerón pretende encubrir la traición de los alobroges y de Volturcio.

III. ¹ Ante la identificación de los altos funcionarios que dirigen la escaramuza. ² Mediante orden formal de comparecencia. ³ Otro de los conjurados, al parecer mediador entre los alobroges y los principales dirigentes del complot. ⁴ También comprometido en la conjura, pero sin duda con papel más oscuro y segundón que el de sus cómplices y compañeros de desgracia. ⁵ Confer *Primera catilinaria*, IV, 4. ⁶ Alusión a su comprometedora correspondencia, y también, más vagamente, a su supuesta costumbre de dedicar sus desvelos a actividades menos monótonas e inocentes que la redacción de cartas. ⁷ Se ignora la identidad de los aludidos. ⁸ A la reciente asamblea senatorial de la misma fecha, de la cual el cónsul

acababa de salir. ⁹ Cayo Sulpicio Gallo, subordinado aquel año, en su calidad de pretor en ejercicio, del cónsul Marco Tulio.

IV. ¹ Para dar mayor validez a los testimonios sucesivos de los deponentes. ² Garantía oficial de impunidad, otorgada por el cónsul, previo senadoconsulto autorizándola, a los delatores, bajo la condición, a cambio, de revelar cuanto supieran acerca de la conjura. ³ Confer *Primera catilinaria*, IV, nota 4. ⁴ Sobre la *Gens Cornelia*: confer *Tercera catilinaria*, II, nota 3. ⁵ Depositados en el templo de Júpiter Capitolino, en el Capitolio, estos libros sólo podían ser consultados en circunstancias extraordinariamente graves, previo mandato senatorial, y únicamente por los llamados *quindecimviri sacris faciundi*, o cuerpo sacerdotal de quince miembros, encargados de ciertos ritos sagrados. ⁶ Célebres adivinos en que, desde antiguo, se había especializado la Etruria. ⁷ Lucio Cornelio Cinna, extremista anarquizante y violento del antiguo partido marianista, quien, como cónsul de 87 a 85, durante la ausencia de Sila, logró imponer a la ciudadanía su despotismo por tres años consecutivos, aprovechando el poder para acabar con sus enemigos personales a fuerza de proscripciones. ⁸ Lucio Cornelio Sila, famoso dictador reaccionario, autor de la última reorganización constitucional oligárquica, para imponer la cual ejerció un despotismo cuya tiranía y proscripciones contra los dirigentes de la oposición llenaron a Roma de pavor y de sangre. ⁹ Esto es, el de 63. ¹⁰ En 73, diez años antes, conmovió a Roma entera un proceso escandaloso contra el cuerpo sacerdotal de las llamadas *vírgenes vestales*, acusándolas de haber violado su voto de castidad; de cuyo incidente, nada preciso se sabe, fuera de que a la postre las acusadas resultaron absueltas, siendo una de ellas, por cierto —la vestal Fabia—, cuñada de Cicerón. ¹¹ Veinte años antes, en 83 a.C., el Capitolio fue presa de un gran incendio, tal vez intencional, que había dejado honda impresión en la fantasía popular, por creerse tradicionalmente que la existencia de esa colina y de los templos y edificios que en ella se levantaban estaba íntimamente vinculada con el destino de la urbe. ¹² Otra muestra más de la desorganización del movimiento extremista, cuyos organizadores perdían el tiempo riñendo sobre la mayor o menor pertinencia de las lucubraciones que cada uno de ellos iba improvisando sobre la marcha de los acontecimientos. ¹³ En honor de Saturno, comenzaban el 19° de diciembre y se prolongaban por muchos días, consistiendo en una especie de cele-

bración carnavalesca, en cuyo desbordante regocijo llegaban a participar hasta los mismos esclavos, siendo, sin duda, el maremágnum a que daban lugar, la razón por la cual habían sido elegidas por los confabulados para su golpe decisivo.

V. ¹ La correspondencia, en la Roma del tiempo que nos ocupa, circulaba en un par de tablillas empalmadas entre sí por la cara escrita, cuya superficie era una capa de cera muy dura sobre la cual el punzoncillo llamado *stilus* grababa el texto: para cerrarlas se oponían las dos caras de cera, ligándolas con un cordelillo sobre cuyo nudo se colocaba un sello de lacre, generalmente estampado con una figura emblemática distintiva del remitente y que éste solía llevar en el anillo. ² El *linum*: confer nota anterior. ³ *Senado y pueblo alobroges* es expresión que acusa la asimilación mecánica —no siempre exacta— en que solían incurrir los romanos, hablando de las instituciones extranjeras como si se tratara de las suyas propias. ⁴ El distintivo usado por Léntulo en su correspondencia era la efigie de uno de sus antepasados gentilicios, destacado en la historia romana del siglo anterior: confer nota siguiente. ⁵ Concretamente se alude al cónsul del año 162 a.C., Publio Cornelio Léntulo, oligarca intransigente, *príncipe del senado* en su época y cómplice de Opimio en la masacre de Cayo Graco y los agraristas encabezados por éste, en cuya represión, por cierto, el ancestro de nuestro conspirador había resultado hasta herido; confer *Primera catilinaria*, II, notas alusivas. ⁶ Confer *Prólogo*, págs. XLIII y sigs. ⁷ Léntulo tuvo en su tiempo reputación de orador valiente, reflexivo, sencillo y pulcro, pero nada quedó de sus discursos, sin duda destruidos, como tantos otros documentos de la literatura “peligrosa” de la antigüedad, por las clases en el poder cuyos privilegios atacaban. ⁸ Como se ve, esta carta —que casi en forma idéntica transcribe también Salustio— alude claramente, en su parte final, a las masas esclavas como elementos de la lucha revolucionaria de su tiempo: no obstante, al parecer, según el mismo Salustio, Catilina se vio obligado a la postre a licenciar a los contingentes serviles por él incorporados a su causa, para no desprestigiar su movimiento a los ojos de la ciudadanía, dada la mentalidad esclavista del grueso de los *cives*. ⁹ Extraña la absoluta indiferencia y falta de defensa propia con que los conjurados comparecieron ante el cuerpo senatorial que los juzgaba; una y otra sólo explicables teniendo en cuenta la evidencia probada de las imputaciones que se les formulaban, así como la

inutilidad de cualquier clase de disculpa ante el arbitrario juicio de la casta que los tenía por enemigos encarnizados.

VI. ¹ O sea, en un documento certificado y autorizado con todas las formalidades requeridas para servir, en caso necesario, como testimonio público. ² La *relatio*, u orden del día propuesta a la asamblea por el cónsul, que era su presidente de debates, no había incluido, hasta ese momento, en aquella sesión, la discusión sobre la suerte de los conspiradores sorprendidos, limitándose a dejar convictos ante el quórum senatorial a los mismos; razón por la cual, una vez hecho lo anterior, el cónsul pasa ya a abrir el debate y sufragio de los senadores, concretamente a propósito de la sanción correspondiente a los actos de los acusados: como se ve, tal función no era otra cosa que un verdadero juicio, actividad para la cual el senado carecía en absoluto, legalmente, de competencia. ³ Naturalmente, el Estado esclavista optimate representado y defendido por Cicerón. ⁴ El decreto senatorial que los recoge está glosado renglones adelante en este mismo discurso. ⁵ Cuando los senadores no discrepaban del sufragio de los colegas que los habían precedido en la votación, se adherían simplemente a aquél: al parecer, en esta ocasión —en virtud, sobre todo, del carácter provisional de las medidas tomadas— los *patres* votaron por unanimidad absoluta. ⁶ Porque tal promulgación y redacción en forma debía hacerse dentro del recinto de la misma curia senatorial, que no había tenido tiempo de hacerlo en la misma sesión a que alude el discurso. ⁷ Cicerón se solaza en este pasaje en repetir con morosa delectación todas y cada una de las cláusulas del proyecto de decreto en que la casta senatorial resuelve las primeras providencias a propósito de la confabulación descubierta en su contra: la primera de dichas cláusulas incluía un voto de agradecimiento, por parte de la casta gobernante, al magistrado que la había puesto a salvo de sus opositores. ⁸ Confer *Tercera catilinaria*, II, 5, y notas alusivas. ⁹ La oligarquía había llegado, en su temor y apocamiento político, al grado de premiar la mera neutralidad pasiva de los funcionarios, como lo hizo en este caso a propósito del colega de Cicerón, el cónsul Antonio Hibrida, según lo testimonia este pasaje. ¹⁰ Mientras duraba en funciones, ningún magistrado romano podía ser sometido a proceso, ni se le podía tampoco remover del cargo para procesarlo: el desafuero sólo tuvo lugar en casos excepcionales como el presente, en que Léntulo, pretor en ejercicio y, como magistrado

curul, representante gubernamental de la casta senatorial, sí podía ser obligado por ésta, previo unánime sufragio de su quórum, a dimitir de la autoridad que tenía delegada por la clase por él atacada y traicionada; pero inclusive en tales casos solían salvarse las apariencias, dando a la dimisión forzada el aspecto de renuncia espontánea. ¹¹ O en *libera custodia*: confer *Primera catilinaria*, VIII, 1 y nota alusiva. ¹² Poco después, este personaje fue también arrestado en plena fuga y devuelto a Roma, donde siguió la misma suerte que sus camaradas que no pudieron huir. ¹³ Marco Cepario de Terracina que, según Salustio, enterado a tiempo de la situación, tuvo tiempo de escapar; la organización del movimiento, en general, en la Apulia, había sido encomendada a un tal Cayo Julio, según quedó indicado en la nota 8, III, del primer discurso anticatilinario. ¹⁴ Se alude a los esclavos dedicados al pastoreo del ganado de los latifundistas, en las vastas dehesas de la comarca. ¹⁵, ¹⁶ y ¹⁷ Estos tres conspiradores habían logrado escapar a tiempo. ¹⁸ El pasaje es una de tantas fehacientes pruebas de la índole dictatorial de la República oligárquica. ¹⁹ Consistía esta *supplicatio* decretada por el senado, en una ceremonia de acción de gracias a los dioses por algún feliz acontecimiento público, en la cual las plegarias y sacrificios de la ciudadanía solían prolongarse durante más de cinco días. ²⁰ y ²¹ La fiesta en cuestión se celebraba honrando, como a su epónimo, al ciudadano que más se había destacado por su intervención en el fatuo evento condecorado, en este caso Cicerón que, en este pasaje se muestra empeñado —consecuentemente con su sueño de llegar a ser el *rector atque orator civil* de su utópica República— en poner bien de relieve que la distinción de celebrarse la *supplicatio* en cuestión, hasta entonces sólo se había otorgado, y tras hazañas guerreras, a capitanes que antes de ir a dirigirlas habían tenido que despojarse previamente del traje civil —*toga*— y revestir el uniforme militar —*paludamentum*—. ²² Confer nota inmediatamente anterior. ²³ En realidad, es exagerada la importancia que el pasaje atribuye a la peligrosidad del movimiento catilinario, tan débil ante el Estado, según otras muchas veces lo hace ver Cicerón mismo, el cual, se contradice a cada paso, a la deriva siempre de su propia conveniencia. ²⁴ El cónsul se jacta aquí de la escrupulosa eficiencia represora que, efectivamente, demostró en todo aquel triste asunto. ²⁵ Todo funcionario, fuese cual fuese su grado en el *cursus honorum* o escalafón de las magistraturas, gozaba del fuero inherente a su

cargo. ²⁶ Mera afirmación gratuita de Cicerón, puesto que legalmente sólo el *populus*, reunido en asamblea pública y erigido en gran jurado, podía despojar de la ciudadanía a sus titulares, y ello mediante el correspondiente juicio público en forma. ²⁷ Confer nota 10 a este mismo párrafo. ²⁸ Confer *Primera catilinaria*, II, nota 5. ²⁹ Confer *Primera catilinaria*, II, nota 6. ³⁰ Que sólo contenía la vaga fórmula represora de todo *senatusconsultum ultimum*: confer *Primera catilinaria*, II y notas alusivas. ³¹ Puesto que Léntulo ya no lo era, desde el momento en que había renunciado a su pretura. ³² Confer nota 10 a este mismo párrafo.

VII. ¹ Al parecer es realista y veraz esta mordaz descripción ciceroneana de los defectos de los tres personajes a que se refiere. ² Pasaje en franca contradicción con la *Segunda catilinaria*, II, in fine. ³ y ⁴ Nuevas enumeraciones de los consabidos vicios y habilidades atribuidos por la fama y por la propaganda a Catilina. ⁵ Confer *Tercera catilinaria*, VI, nota 23. ⁶ Naturalmente, tal tranquilidad pública era tan sólo aparente, según el testimonio de casi todas las cláusulas de las mismas Catilinas.

VIII. ¹ Nuevo tributo de Cicerón a la superstición de la ignara ciudadanía, oficialmente propiciada y profesada por el Estado. ² Sin duda se trataba de meteoros de la especie de los aerolitos. ³ Temblores de tierra del tipo de los provocados, verbigracia, por el Vesubio, acompañados de tormentosos chubascos, etcétera. ⁴ El pasaje parece aludir tanto a fenómenos completamente naturales pero por entonces inexplicables para las mayorías, como, inclusive, a meras alucinaciones de la mal educada imaginación popular de la época. ⁵ En el año de 65. ⁶ Confer *Tercera catilinaria* IV (sobre todo la número 11) y notas alusivas. ⁷ Naturalmente, se alude aquí, en solemne expresión, al rayo que cayó sobre el Capitolio y a su entonces misteriosa naturaleza. ⁸ Los simulacros escultóricos de los dioses nacionales tutelares de la *civitas*, colocados en la colina de mayor tradición histórica, o sea el Capitolio. ⁹ En el Capitolio, junto a las efigies de las divinidades nacionales, se levantaban también las de los héroes y próceres humanos de la historia patria, que en última instancia venían a ser, asimismo, ya muertos, los dioses Lares de la ciudadanía. ¹⁰ Se trata de las placas metálicas en que los romanos solían grabar sus leyes fundamentales, y que acostumbraban guardar en los templos, y especialmente en los del Capitolio. ¹¹ El pasaje alude al famoso grupo escultórico que representa a

los gemelos Rómulo y Remo, míticos, fundadores de la *urbs*, a tiempo de estar siendo amamantados por la loba legendaria; cuya figura, una de cuyas réplicas más antiguas en bronce aún se conserva actualmente en el Museo Capitolino de Roma, se ha vulgarizado tanto como conocido símbolo de la gran ciudad. ¹² Comarca de la Italia antigua, más o menos correspondiente en la actualidad a la Toscana, especializada antaño en la magia, y en la que la superstición politeísta tenía por patria de la llamada ciencia de la adivinación, así como de sus iniciados, cultivadores o expertos, llamados augures. ¹³ Como es bien sabido, para la mitología grecorromana hasta la voluntad de los dioses mismos resultaba impotente ante el inexorable dictamen del *Hado* o Destino. ¹⁴ Los juegos o espectáculos celebrados en Roma con propósitos religiosos, a menudo solían prolongarse por semanas enteras. ¹⁵ Según la antigua superstición romana, oriente era el rumbo fausto y occidente el rumbo infausto de la rosa de los vientos. ¹⁶ El orador señala a la ciudadanía que lo escucha la Estatua de Júpiter acabada de instalar por orden suya en el Foro. ¹⁷ Recinto oficial de la asamblea senatorial, cuyo edificio se alzaba junto a la plaza pública. ¹⁸ En Roma, las obras públicas se llevaban a cabo por particulares a quienes se otorgaba la respectiva concesión mediante policitud y adjudicación oficial de la misma al autor del proyecto y presupuesto de ejecución más ventajosos para el Estado, en este caso el escultor encargado de modelar la estatua de Júpiter. ¹⁹ Casualidad, por cierto, en que sólo podían creer, aún en aquel entonces, espíritus verdaderamente simples e incautos.

IX. ¹ El dios supremo del panteón romano, patrono oficial de la metrópoli y de su imperio mediterráneo. ² Recinto de la reciente asamblea senatorial de aquella misma fecha en que Cicerón pronunció este discurso. ³ El orador vuelve a mostrar con el gesto la recién instalada efigie de la divinidad de que se trata. ⁴ Ni más ni menos, por cierto, que como pocos años más tarde lo empezó a demostrar la historia ulterior del imperio. ⁵ Y, por lo tanto, dignos del mayor crédito. ⁶ Al parecer, la intención de Cicerón al formular esta hipótesis, era imitar a ciertos próceres de la historia antigua que recurrieron a la sagaz triquiñuela de hacer ante las masas ignoras más prestigiosa su personalidad y su genio, ornándolos con el velo misterioso de intermediarios de la divinidad, a cuya inspiración atribuían sus propios actos y éxitos. ⁷ En realidad, según pasajes

de este mismo discurso, la colaboración que los conspiradores solicitaron de los alobroges no se redujo al mero encubrimiento de la conjura, sino implicó también el levantamiento de dichos provinciales y su apoyo armado contra el gobierno: confer *Tercera catilinaria*, IV, 9 y notas correspondientes.

X. ¹ Fueron más de cinco días: confer *Tercera catilinaria*, VI y notas correspondientes. ² Nuevamente incurre Cicerón en exageración a propósito de las justas dimensiones de peligrosidad de la conjura, en su afán de agigantar su mérito personal al sofocarla. ³ Nueva alusión a la indumentaria civil y por lo tanto pacífica que simboliza la toga, frente al paludamento o uniforme militar y por lo mismo guerrero de los generales en campaña. ⁴ Alude a la interminable cadena de conflictos políticos que las contradicciones sociales de la crisis esclavista habían venido provocando en Roma y su imperio, sobre todo a partir de mediados del siglo anterior. ⁵ Sobre Sila confer *Segunda catilinaria*, IX, nota 5; en cuanto a Publio Sulpicio Servio, fue este personaje, el año de 88, tribuno de la plebe, en cuya magistratura desplegó intensísima actividad democrática, pero incurriendo en el error de proponer una iniciativa de ley para transferir a Mario la comandancia de la guerra mitridática que ya había sido legalmente adjudicada a Sila, a la sazón aún en Capua, domicilio del cuartel general de sus tropas, que el futuro dictador no tuvo empacho en echar sobre la misma metrópoli no bien fue enterado de lo que en su perjuicio intentaba Sulpicio, quien acabó siendo víctima de la soldadesca. ⁶ En virtud del asalto de Roma por las huestes silanas a que alude la nota anterior, Mario, enemigo político de Sila y copartidario de Sulpicio Servio, tuvo que abandonar la metrópoli y recurrir a la fuga al triunfo de su adversario. ⁷ Alusión a las sucesivas y aplastantes derrotas que, comandados por Mario, infligieron los ejércitos romanos a las hordas bárbaras que, procedentes del norte, habían intentado por vez primera, hacia comienzos del siglo I a.C., penetrar y asaltar a la *ecúmene* mediterránea grecolatina sujeta al predominio de Roma. ⁸ El pasaje se refiere a las numerosas y sangrientas proscripciones de la dictadura silana contra sus enemigos de causa. ⁹ Uno de los dos cónsules del año 87, en que, después de tomar a Roma y liquidar o hacer huir a sus enemigos políticos, Sila se ve obligado a ausentarse de Italia por algún tiempo, a efecto de sofocar la rebelión de Mitrídates del Ponto; no bien parte el *imperator*, el exaltado

demagogo marianista Cinna, colega de Cneo Octavio en el consulado, y opositor acérrimo del partido Silano, reanuda por su cuenta el programa y la política populares del occiso Sulpicio, dando lugar a que el personaje a que se refiere esta nota aplaste por la fuerza de las armas las veleidades antisilanas, su turbulento colega de consulado, el susodicho Cinna, quien acaba en el destierro.

¹⁰ Confer nota inmediatamente anterior. ¹¹ Alusión al encarnizamiento y crueldad de la represión oligárquica antipopular de 87.

¹² Al año siguiente al que se viene aludiendo, o sea el de 86 a.C.; sobre Cinna, confer *Tercera Catilinaria*, IV, nota 7. ¹³ Clara referencia a los *optimates* y corifeos de la oligarquía que a su vez cayeron víctimas del extremismo marianista cuando éste, aprovechando la ausencia de Sila, volvió a tomar el poder en 86, sacrificando a sus más connotados enemigos públicos, en represalia de las masacres desencadenadas por la reacción contra los dirigentes demócratas, durante el año anterior. ¹⁴ El pasaje se refiere a las famosas proscripciones silanas que, de nueva cuenta, y ahora en represalia de los desmanes marianistas de 86, volvieron a abrumar a la ciudadanía, a partir del año de 83, fecha en que Sila, regresando a Roma victorioso del Oriente, impone su dictadura militar reaccionaria y prooligárquica hasta su muerte. ¹⁵ Marco Emilio Lépido, cónsul en 78, y demócrata antisilano, que durante su ejercicio de la primera magistratura, al morir Sila, se convierte en el iniciador de toda una larga lucha desatada en los años subsecuentes contra la constitución aristocrática dejada por el desaparecido dictador; Lépido quiso demoler la obra política de Sila desde arriba, aprovechando su titularidad de la primera magistratura, en lo que encontró siempre la oposición sistemática de su colega en la presidencia de la república, el cónsul Quinto Catulo, dirigente oligárquico; ante semejante obstáculo, Lépido abandona su puesto, sale de la metrópoli, improvisa y organiza un ejército con elementos del proletariado rural etrusco en efervescencia, marcha con esas tropas hacia Roma, llega a sus inmediaciones, es derrotado por las fuerzas del gobierno en el puente Mulvio, se ve obligado a la retirada, y acaba a la postre por ser definitivamente vencido por Cneo Pompeyo Magno, muriendo de ahí a poco en Serdeña. ¹⁶ Quinto Catulo Cimbrico, el archirreaccionario colega de Lépido en el consulado de 78 a.C.: confer nota inmediatamente anterior. ¹⁷ Los cuales, por cierto, habían sido ni más ni menos que los precursores inmediatos y directos

del movimiento rural catilinario. ¹⁸ Alusión a la índole, meramente reformista y no radicalmente revolucionaria, de las reivindicaciones oposicionistas a que se ha referido el orador. ¹⁹ Referencia a la personal ambición de poder que, según Cicerón, debió también ser resorte de los dirigentes oposicionistas, en sus empresas reformadoras antigubernamentales. ²⁰ Cicerón usa aquí el término preciso del utópico programa después desarrollado por él en su República.

XI. ¹ En semejante anhelo, Cicerón llegó al grado de instar a sus amigos y deudos a elaborar escritos ponderatorios de su gestión consular, que él mismo celebró en verso, mediante doble tentativa poética, de la que es resto por demás conocido el célebre himno intitulado *De Suo Consulatu*. ² Espontánea y explícita confesión de ser la incesante loa a su persona, el perpetuo encomio de su pretendida heroicidad, y en suma, la vanagloria —que en Latín él llama *gloria*— el principal motor que animó a Cicerón en su vida política. ³ Este ambicioso ideal ciceroniano, como es sabido, cristalizó con creces en la realidad, aunque no exclusivamente en sentido favorable al erudito arpinata, como él lo hubiera querido; ya que si bien es cierto que a lo largo de los siglos, desde Nepote hasta Maffi, se han venido sucediendo sin solución de continuidad los panegiristas más ciegos y fanáticos del Marco Tulio de la tradición anecdótica, no lo es menos que tampoco se ha escatimado a su figura pública, a través de las centurias, desde el Apócrifo Panfleto atribuido a Salustio hasta Mommsen y los cultivadores actuales de la historia científica de Roma, el arietazo demoledor de la crítica implacable, a cuyos golpes ha acabado su idealizado y estatuario simulacro por derrumbarse del viejo pedestal en que lo había colocado la mendaz historiografía tradicionalista. ⁴ Clara alusión al sistema de la Concordia Ordinum, o sociedad ideal elucubrada por Cicerón, y de cuyos dos *principes*, o *primeros ciudadanos*, que habrían de gobernarla, habrían de ser, según nuestro orador, uno, el armado, Cneo Pompeyo Magno, y otro, el togado, ni más ni menos que él mismo. ⁵ Después de la reciente, definitiva derrota de Mitrídates, Pompeyo había llevado sus huestes victoriosas hasta los confines de lo que hoy es el Cáucaso. ⁶ Este parangón histórico que de sí mismo y Pompeyo hace Cicerón en el pasaje anotado, resulta tan cándido, ridículo y grotesco, que es ocioso intentar refutarlo, puesto que a simple vista aparece evidente, en el panorama de la historia de aquel tiempo, el abismo existente entre una

empresa, aunque rapaz, de la envergadura de la conquista del Cercano Oriente llevada a cabo por Cneo Pompeyo, y una intervención tan incidental e insignificante como la represión ilegal y alevosa de un complot sin trascendencia y destinado de antemano al fracaso, como el que tan sin riesgos y a sus anchas sofocó Cicerón en el poder; y ello pese a la serie de sutiles argumentos que en apoyo de su tesis desarrolla nuestro autor en el párrafo siguiente.

XII. ¹ Puesto que estos se quedaban en la extraña y lejana comarca donde, a su regreso a la patria, su conquistador los dejaba vencidos. ² Bien pronto iba Cicerón a desengañarse de lo ilusoria que era tan optimista hipótesis sobre su porvenir personal. ³ También muy pronto se convencería el orador de lo ingenua que era tan ciega confianza en los optimates como la que expresaba en esta frase. ⁴ No menos habría de comprobar en breve lapso nuestro arpinata cuán aparente y efímera resultaría la calma a que alude en esta frase. ⁵ Por el mero hecho de defender a los catilinarios automáticamente al poner la conducta de Cicerón hacia ellos en tela de juicio. ⁶ Independientemente del cumplimiento dado o no ulteriormente por Marco Tulio a la balandronada que traduce este pasaje, el hecho es que su odio al populacho y a la causa de las masas por él aquí proclamado, fue debidamente correspondido, a partir sobre todo de su gobierno, por las multitudes cívicas que en adelante le profesaron una inquina no menos acérrima que la que el arpinata confesaba alimentar a las masas. ⁷ El pasaje quiere dar a entender que en la eventual circunstancia de que, al dejar Cicerón el poder, la izquierda le formule acusaciones haciéndolo responsable de la represión del movimiento catilinario, la asamblea cívica ante la cual está hablando, dirá la última palabra y sentará el primer precedente sobre la suerte a que en adelante habrán de exponerse quienes en el poder defiendan al gobierno reprimiendo las sediciones tramadas en su contra. ⁸ Se alude al llamado *cursus honorum* o escalafón ascendente en el ejercicio de las magistraturas públicas. ⁹ Nueva incursión del orador en el tema de su impenitente vanagloria personal. ¹⁰ y ¹¹ El futuro habría de demostrar en la práctica justamente lo contrario de lo que vaticinan los pasajes anotados. ¹² La voluble y medrosa inconsistencia de Cicerón, precisamente acentuada a partir de su consulado, en la militancia política, es el mentís más rotundo a esta promesa retórica. ¹³ La llegada de

la noche, además de los riesgos que implicaba para los noctámbulos en la turbulenta Roma de aquellos tiempos, interrumpía o ponía fin a cualquier asamblea pública, pues los comicios sólo podían celebrarse durante el día. ¹⁴ Nuevamente el orador señala a su auditorio la flamante estatua de Júpiter: confer *Tercera catilinaria*, VII y notas alusivas. ¹⁵ El orador dirige sus consejos y sus últimas palabras más que a las multitudes proletarias urbanas, a los elementos optimates cuyo sufragio prevalecía, pese a su escaso número real, en los comicios centuriados ante los cuales fue pronunciado este tercer discurso.

CUARTA CATILINARIA

* En la asamblea del 5 de diciembre de 63 a.C., con el propósito de intimar al cuerpo senatorial a pronunciarse en definitiva, sin más pérdida de tiempo, sobre la sanción aplicable a los conspiradores convictos y confesos, provisionalmente sujetos a *libera custodia*, pues el cónsul afirma estar presto, por su parte, a cumplir con su obligación de dar cabal cumplimiento ejecutivo al correspondiente veredicto de la curia, cualquiera que sea su índole.

I. ¹ Quizá los asistentes habían concentrado sus miradas en el cónsul, en vista del reciente voto de su hermano Quinto a propósito de los conjurados presos, en el sentido de optar por su prisión perpetua, adhiriéndose así al dictamen emitido por César. ² Preocupación motivada, sin duda, por la perplejidad de la mayoría senatorial ante la perpetración, mediante decreto en forma, de un atentado tan grave de lesa ciudadanía como la condena a muerte de los detenidos, a que los elementos más retardatarios e intransigentes del cuerpo deliberante pretendían arrastrar en la sesión aquella, por encima de las leyes vigentes, a todo el quórum senatorial reunido en aquella junta. ³ Como ejecutor legal de las decisiones que en uno u otro sentido salieran del Consejo público por él presidido entonces. ⁴ El orador parece insinuar aquí, jugando con fuego, su preferencia porque los senadores adopten la medida más drástica, inclusive a costa de su propio desprestigio. ⁵ La entereza de que aquí se jacta el orador a propósito de eventuales represalias futuras en su contra, no pasó de ser un mero recurso retórico, puesto que la neurosis plañidera con que, llegado el momento,

afrontó la vindicta del partido popular por sus actos, resulta en completa y flagrante contradicción con la balandronada que encierra este pasaje. ⁶ En el antiguo Foro se hallaban concentrados los tribunales de Roma. ⁷ El Campo de Marte, recinto oficial de los comicios electorales, quedaba asimilado a un templo o lugar sagrado durante la celebración de las elecciones consulares, pues antes de proceder al correspondiente sufragio electoral, los cónsules en funciones debían abrir la sesión tomando los auspicios de la divinidad. ⁸ La curia senatorial era el recinto oficial del senado, cuerpo gubernamental que, entre otras funciones, tenía a su cargo, con la diplomacia y la política exterior, el arbitraje de los conflictos surgidos entre Roma y sus pueblos vasallos, entre uno y otro de éstos, y aún entre las naciones y príncipes más o menos sustraídos a la influencia hegemónica de la metrópoli, que, no obstante lo cual, solían de buena gana acudir al Senado Romano, no sólo a resolver sus diferencias, sino también en demanda de consejo o apoyo. ⁹ Alusión al atentado sin éxito intentado contra el cónsul la madrugada del día 8 de noviembre pasado: confer *Primera catilinaria*, IV. ¹⁰ Nueva alusión a un detalle de la frustrada tentativa a que se refiere la nota anterior: confer *Primera catilinaria*, IV, in fine. ¹¹ La silla curul era el escaño ebúrneo reservado en Roma a los altos funcionarios, y por excelencia al cónsul o primer magistrado. ¹² Sin duda la frase alude veladamente al apoyo y simpatía que los altos dirigentes del partido popular, personajes de importancia en la civitas, habían venido proporcionando de trasmano al complot anti-gubernamental. ¹³ Vaga referencia, sin duda, a la prudente actitud adoptada hasta entonces por el cónsul frente a los conspiradores, absteniéndose de actuar en su contra por meras sospechas, a pesar del senadoconsulto último que desde el mes de octubre, al suspender las garantías cívicas, le daba pretexto para la represión más brutal del complot. ¹⁴ La expresión parece referirse al arreglo celebrado entre Cicerón y su colega Antonio Híbrida, para que éste último negara su apoyo a los catilinaris, manteniéndose de momento neutral en el conflicto a cambio de cederle Marco Tulio la provincia que después de su gobierno le había tocado en suerte para ejercer el proconsulado, provincia mucho más rica que la que tocara a Antonio, con la cual se conformó el Arpinata. ¹⁵ Sacrificio, según Cicerón, eficazmente conciliador, durante su gobierno de las diversas clases y facciones preponderantes. ¹⁶ El ejercicio gubernamental de

Cicerón debía de terminar con el mes de diciembre en curso. ¹⁷ Nueva promesa fácil y meramente retórica: confer *Cuarta catilinaria*, I, nota 5. ¹⁸ Confer *Tercera catilinaria*, IV in fine, y notas alusivas. ¹⁹ Confer *Tercera catilinaria*, I, 1 y 2; y VI, nota 21.

II. ¹ Téngase en cuenta que, con el exordio de esta su *Cuarta catilinaria*, el cónsul acababa de interrumpir la deliberación y el sufragio de la asamblea senatorial que bajo su presidencia se estaba verificando, y en la que, por lo tanto, la intervención de Cicerón abría todo un paréntesis: de modo que esta exhortación a los senadores para tratar de discutir con serenidad el asunto sometido a debate, es formulada para el momento en que, después de haber Marco Tulio hecho uso de la palabra, los asistentes reanuden la discusión interrumpida por la arenga de su presidente. ² El pasaje enumera los postulados e intereses fundamentales defendidos por los optimates y puestos en jaque por los conspiradores. ³ Confer *Cuarta catilinaria*, I, nota 17. ⁴ Nuevo tributo ciceroniano a la superstición politeísta. ⁵ Por haber ya experimentado, a su parecer, todas las humanas satisfacciones. ⁶ Principios que traducen el escepticismo filosófico de Marco Tulio. ⁷ Referencia a Quinto Tulio Cicerón, a la sazón pretor electo para el año siguiente, del mismo modo que Cayo César, en apoyo de cuyo dictamen a propósito de los conjurados, acababa aquél de pronunciar su voto. ⁸ Alusión a los senadores más adictos al cónsul, como sus colaboradores directos: en realidad, el llanto mencionado explícitamente en la frase, no es, a nuestro entender, sino un recurso retórico enfático y patético. ⁹ La célebre Terencia. ¹⁰ La dilecta Tulia. ¹¹ Trátase del pequeño Marco, que a la sazón contaba con escasos dos años. ¹² Era éste yerno de Cicerón, el marido de Tulia, Cayo Calpurnio Pisón. ¹³ Catástrofe que nuestro cónsul afirmaba ser uno de los postulados fundamentales del movimiento catilinario. ¹⁴ Mediante una enérgica política represora, y el ejemplar escarmiento de los dirigentes urbanos detenidos. ¹⁵ Alusión a la doble reelección al tribunado intentada el siglo anterior por el reformista Tiberio Gracco y aprovechada por la oligarquía de su tiempo, como el mejor pretexto para desembarazarse definitivamente, mediante al asesinato, de su molesto adversario: sobre éste, confer *Primera catilinaria*, I, nota 11. ¹⁶ Partidarias y secuaces del radicalismo reformista del hermano de Tiberio, Cayo Gracco: sobre éste, confer *Primera catilinaria*, II, nota 3. ¹⁷ Fue este Memmio competidor peligroso, en la candi-

data al consulado, del dirigente demócrata reformista Servilio Glaucia, camarada de lucha del tribuno Lucio Saturnino: este último recurrió, para anular la influencia que iba Memmio adquiriendo entre las masas como agente demagógico de la reacción, al deplorable expediente del asesinato, crónico ya en la época: sobre Glaucia y Saturnino, confer *Primera catilinaria*, II, nota 6. ¹⁸ O sea, los conspiradores sujetos a custodia domiciliaria, y en esos momentos ilegalmente enjuiciados por el senado. ¹⁹ Cuando el turbulento patricio llegara desde la Etruria, al frente del proletariado rural por él levantando en armas. ²⁰ Confer *Tercera catilinaria*, IV y V. ²¹ Confer la fuente a que remite la nota inmediatamente anterior.

III. ¹ Alusión a las cláusulas del decreto senatorial promulgado dos días antes, en la junta del tres de diciembre: confer *Tercera catilinaria*, III, nota 8; y VI, con notas correspondientes. ² Confer *Tercera catilinaria*, II, nota 7; en cuanto a la fecha de la reunión senatorial convocada especialmente para deliberar y resolver sobre las recompensas a los delatores del complot, parece haber sido el día 4 del mes en curso, o sea la víspera. ³ Nueva vaga y temeraria insinuación del cónsul, en pro de la acción más drástica contra los detenidos. ⁴ Mediante la *relatio* u orden del día concreta, formulada a los senadores por el cónsul, en su calidad de presidente de debates del cuerpo senatorial, al iniciarse la sesión en que está hablando. ⁵ Otro pasaje que, otorgando seriedad al movimiento, resulta en contradicción con los numerosos párrafos de las Catilinarías en que se le resta al mismo importancia. ⁶ Al parecer, a fin de no dar tiempo y lugar a que las tinieblas nocturnas favoreciesen a los grupos de choque extremistas en una intentona de liberación de sus corifeos arrestados en las casas de los patres. ⁷ Ahora el orador parece querer dejar en absoluta libertad al quórum deliberante, en la emisión de las resoluciones relativas a la suerte de los presos. ⁸ Alúdese al delito de sedición contra el gobierno, perpetrado por los catilinaríos sujetos a custodia, en grado de punible tentativa. ^{9, 10 y 11} Pasajes todos que atribuyen al complot una extensión y una seriedad en contradicción flagrante con los numerosos párrafos de nuestras cuatro arengas, en que su autor parece desdeñar la importancia y peligrosidad de la conjura. ¹² Otra vez el cónsul parece insinuar a los patres, su personal preferencia por el rigorismo anticonstitucional y despótico, en el asunto sujeto a votación.

IV. ¹ Hasta antes de intervenir Cicerón en el debate, mediante

su cuarta arenga, el quórum senatorial se encontraba dividido en dos bandos sufragantes. ² Oligarca intransigente que, en su carácter de cónsul electo para el año siguiente, había sido, conforme al protocolo, el primer senador en emitir su voto, optando sin ambages por la pena de muerte. ³ El orador hace, sin duda, ademán de abarcar la metrópoli entera. ⁴ Uno de los patricios y estadistas más visionarios e insignes de su tiempo, a la sazón pretor designado para el año siguiente, y dirigente del partido popular de su época, que, aunque discrepando en programa y en táctica del anárquico complot catilinario, coincidía en el fondo con sus más generosos postulados, razón por la cual imaginó en aquella coyuntura, para salvar de la muerte a los conspiradores arrestados sin comprometer su causa y partido, la solución de la prisión perpetua de los mismos, alegando al efecto que la muerte, lejos de ser una pena, no era, en realidad, sino la supresión definitiva de todo sufrimiento, y que, por lo tanto, los criminales sometidos a juicio no merecían semejante recompensa, sino el tormento vitalicio implicado únicamente en el castigo por él propuesto naturalmente a sabiendas de que en su oportunidad, cuando la causa popular triunfara, podía ser revocada del modo más fácil la correspondiente sentencia. ⁵ Ambos, en efecto, eran miembros de tan rancias como ilustres familias gobernantes. ⁶ Alusión a los antecedentes históricos, no por lo reiterados menos ilegítimos, del asesinato políticos de los *cives rebeldes* por los funcionarios y dirigentes oligárquicos, asesinato dizque legitimado por el consabido decreto senatorial de suspensión de garantías. ⁷ Principio ético que denuncia a las claras la filiación filosófica de César, adherida al materialismo de Epicuro y Lucrecio. ⁸ La antigüedad clásica consideraba moralmente positivo al suicidio, cuando éste era la única fórmula de solución posible de los conflictos y problemas humanos. ⁹ Confer supra, nota 5. ¹⁰ Ello, al parecer, a fin de sustraer a los condenados, a eventuales conatos liberadores por parte del proletariado urbano. ¹¹ Todo ello en virtud de la autonomía municipal administrativa. ¹² Sobre el discurso completo de César, véase su transcripción íntegra en Salustio, *Conjuración Catilinaria*, *LI*. ¹³ César aprovechaba así, de paso, la ocasión para desprestigiar los mitos de la superstición politeísta.

V. ¹ Para contraponerla, inmediatamente a continuación, a la que resulta más favorable a los optimates, proclamando estar dispuesto a sacrificar sus particulares intereses, a los intereses clasistas

de éstos, lo que significaba una nueva insinuación del cónsul a los *patres*, en el sentido de optar en aquel caso por el expediente más drástico. ² Apoyando ideológicamente semejante militancia en el realismo radical revolucionario, cuya teoría, programa y táctica de lucha había venido César madurando y perfeccionando de largo tiempo atrás. ³ César era, en efecto, a la sazón, el principal dirigente del partido popular, y, por lo tanto, el portavoz genuino y por excelencia de la opinión de las masas mayoritarias del proletariado urbano. ⁴ El pasaje alude a las represalias eventualmente derivadas en el porvenir, de la vindicta cívica contra quienes resultaren responsables directos de los actos despóticos de la reacción optimate entonces en el poder. ⁵ Nueva insinuación del cónsul, a propósito de sus preferencias por la violencia represora gubernamental. ⁶ Caravana retórica hecha por el orador a la imponente personalidad, ya en plena perspectiva, del muy pronto poderoso líder revolucionario que habrá de ser Cayo Julio, cuya oposición antioptimate era tan evidente como cauta. ⁷ La antítesis formulada en esta frase, parece querer oponer entre sí a la constructiva convicción revolucionaria de los cesarianos con la falsa demagogia de los oportunistas anárquicos. ⁸ Se ignora a quién alude, concretamente, este pasaje, siendo mera conjetura la que lo refiere a Quinto Metelo Nepote, el tribuno revolucionario que algunos días después habría de prohibir a Cicerón —causándole la más honda de las contrariedades— pronunciar la arenga que el arpinata llevaba preparada, como un broche de oro, para la ceremonia solemne en que habría de deponer el consulado. ⁹ Posiblemente implicada en el contenido del decreto que en aquella sesión estaba por formularse y cuya índole represora parece Cicerón dar aquí ya por segura. ¹⁰ El párrafo se refiere a los senadoconsultos dictados en las asambleas del 3 y el 4 de diciembre en curso: confer *Tercera catilinaria*, VI, notas de 3 a 10. ¹¹ Confer *Tercera catilinaria*, VI, y notas alusivas. ¹² La famosa *Lex de provocatione ad populum*, o ley de apelación al pueblo, expresamente prohibitoria de cumplir contra los *cives* la pena capital dictada por los tribunales ordinarios, sin dar a aquellos la oportunidad de recurrir a la suprema instancia del juicio popular. ¹³ Sofisma sin ningún fundamento legal, y, por lo tanto, flagrantemente conculcatorio de las garantías cívicas constitucionales y ordinarias. ¹⁴ Trátase del famoso Tiberio Sempronio Gracco. ¹⁵ Confer supra, nota 13. ¹⁶ Ya desde entonces se había hecho proverbial, según

este pasaje, la benévola indulgencia de César para con sus adversarios derrotados.

VI. ¹ La *contio* a que alude el pasaje, era la asamblea política de la ciudadanía romana, específicamente congregada para el ejercicio de la función sufragante. ² Testimonio irrefutable de la simpatía y cariño que la figura de César inspiraba desde entonces a las masas populares metropolitanas. ³ Naturalmente, esta seguridad de Cicerón que no pasaba de ser meramente retórica. ⁴ Puesto que, según César, la muerte, lejos de ser un castigo, era el fin definitivo de todo sufrimiento. ⁵ Formulación ahora sí explícita de las preferencias del cónsul. ⁶ Nuevamente el *arpinata* parece proclamar abiertamente sus veleidades sangrientas contra los detenidos. ⁷ Cicerón hace aquí profesión de una crueldad inhumana y vengativa, por lo demás no rara en la etapa esclavista. ⁸ Nuevamente confiesa nuestro cónsul su mentalidad vindicatoria en forma abierta. ⁹ Confer *Tercera catilinaria*, V, y notas alusivas. ¹⁰ Nuevo argumento en pro de la pena de muerte. ¹¹ Lucio Julio César Estrabón, cónsul el año anterior, y pariente, aunque lejano, del jefe del partido popular Cayo Julio. ¹² Trátase de Julia, la madre del futuro triunviro cesariano Marco Antonio hijo del primer marido de aquélla, a la sazón casada en segundas nupcias con Lucio Cornelio Léntulo. ¹³ Alusión a Marco Fulvio, abuelo materno de César Estrabón. ¹⁴ Confer *Primera catilinaria*, II, y notas alusivas. ¹⁵ Confer *Cuarta catilinaria*, II, y notas. ¹⁶ El intransigente y archirreaccionario oligarca del siglo anterior, Publio Cornelio Léntulo. ¹⁷ Confer *Tercera catilinaria*, V, nota 5. ¹⁸ Confer *Tercera catilinaria*, X, y notas alusivas. ¹⁹ Confer *Tercera catilinaria*, X, y notas alusivas. ²⁰ Nuevo argumento a favor de la pena capital.

VII. ¹ El orador parece aquí referirse a ciertas observaciones, sin duda formuladas en voz alta durante su discurso, por algunos miembros de la asamblea sesionante, al comentar entre sí la argumentación del cónsul. ² En realidad, esta afirmación es falsa, pues no sólo discrepaban los partidos opuestos, sino inclusive las facciones surgidas en el seno de cada uno de ellos. ³ El pasaje parece, más bien, aludir a los optimates y a su clientela de libertos y proletarios urbanos mendicantes. ⁴ El templo de la Concordia, en la colina Capitolina. ⁵ El cónsul parece querer capitalizar a favor de su causa, el aislamiento en que los demás partidos habían dejado, por su índole improvisada y anárquica, al complot catilinario.

⁶ Discriminación meramente retórica, sin fundamento de los desheredados, cuya falta de recursos los había precipitado en la exasperación desesperada. ⁷ Confer *Primera catilinaria*, I, nota 17. ⁸ La plutocracia financiera ecuestre. ⁹ Ambos acaparados exclusivamente por la oligarquía esclavista. ¹⁰ Tal conformidad estaba muy lejos de ser real, según lo testimonia el secular conflicto por el poder de las dos clases preponderantes económicamente. ¹¹ La *concordia ordinum*, o ideología y programa del oportunismo reaccionario conciliatorio de las clases optimates. ¹² Postulado fundamental, tanto de la *concordia ordinum* como del *principado ecuestre*, y encaminado a garantizar, mediante la conciliación de intereses de las clases acaudaladas, la perpetuación de sus privilegios. ¹³ En bloque de derecha. ¹⁴ Mera utopía retórica, contradicha en el futuro por los acontecimientos. ¹⁵ Los *tribuni aerarii*, o tribunos recaudadores, que integraban una especie de tercer estado en miniatura, representante oficial y meramente formal del proletariado de la administración pública, pues sus titulares, de hecho asimilados económicamente a los optimates, eran sujetos de extracción proletaria que, bajo la supervisión de los cuestores, tenían la encomienda de recaudar el impuesto de guerra y de verificar el pago de las tropas. ¹⁶ Eran los *scribae*, o escribanos públicos, una especie de secretarios oficiales de los magistrados, siendo los más importantes los que estaban adscritos a los cuestores, pues, por sus especiales funciones, venían a ser algo así como los contadores del Estado; provenían todos ellos también del proletariado, aunque de modo automático quedaban económicamente asimilados a la clase gobernante desde el momento de ocupar su puesto, poniéndose así al servicio de la casta dominante, en calidad de empleados de confianza, devengadores de espléndidos salarios; ahora bien, la coincidencia a que alude el pasaje, depende de una fecha, según podrá advertirse si se consulta la nota 18 de este mismo apartado. ¹⁷ La Tesorería Pública tenía por domicilio oficial el templo de Saturno. ¹⁸ Precisamente el 5 de diciembre, o sea la fecha misma en que se pronunciara la Cuarta Catilinaria, era el día señalado por el calendario oficial, para llevar a cabo en la Tesorería Pública, la adjudicación de las diversas provincias asignadas, tanto a los cuestores, como a sus respectivos contadores y secretarios, todos los cuales obtenían su jurisdicción mediante sorteo efectuado a tal propósito. ¹⁹ Deveras un privilegio era el de la libertad en aquella etapa de la evolución social, en que la mayoría monstruosa

de los seres humanos nacían esclavos y resultaban cosas para el derecho vigente. ²⁰ Se alude a los proletarios que la miseria y la necesidad habían convertido en clientes de los optimates, quienes periódicamente llenaban a aquéllos la espórtula con sus limosnas privadas. ²¹ La clientela de los optimates, a cambio de la protección económica que recibían de sus patrones, estaban tácitamente obligados a respaldar a éstos políticamente: por eso el pasaje alude a su presencia en los sitios adyacentes al templo que servía de recinto al senado. ²² En efecto, sólo la urbe y sus encrucijadas y cubículos, podían considerarse patrimonio común de todas las clases libres y ciudadanas, tanto las dominantes como las desposeídas.

VIII. ¹ Eran los *libertos* antiguos esclavos, que generalmente por su servilismo al amo y excepcionalmente por sus virtudes o méritos, se habían hecho acreedores a la emancipación, acabando por ser libres, pero sin perder sus vínculos, en calidad de clientes, con sus anteriores dueños. ² El liberto ingresaba, automáticamente, a la ciudadanía, si bien con ciertas restricciones de sus privilegios. ³ Reiteradamente, Cicerón impone a los catilenarios, sin fundamento legal, el mote retórico de traidores a su patria. ⁴ Échase de ver bien a las claras en este pasaje, el verdadero significado de la *patria* ciceroniana. ⁵ El párrafo se refiere a los esclavos privilegiados, y más o menos consentidos y mimados por sus amos, de la servidumbre doméstica, que a menudo convertíanse en favoritos y confidentes de su señor, y que eran casi siempre intelectuales o especialistas calificados que, como empleados de confianza de los optimates, participaban, con las migajas al menos, de la opulencia en que sus amos se regalaban. ⁶ Nuevo mote retórico equívoco impuesto a los conjurados. ⁷ Alusión infamante y sarcástica a un factotum anónimo del ex pretor arrestado. ⁸ Los pequeños talleres de la precaria industria de la época. ⁹ Se alude a los llamados *operarii*, u obreros y artesanos libres del proletariado urbano, que, a pesar de la competencia de la mano de obra esclava, acertaban a ganarse su medro con su trabajo manual. ¹⁰ Cicerón intenta aquí, al parecer, capitalizar, a favor del predominio incontestado de los optimates, la precaria condición del artesanado libre de la época, constreñido enteramente, por la necesidad, al trabajo, y por tal razón, aparentemente domesticado y del todo conforme con su triste situación. ¹¹ Confer nota anterior. ¹² Que las luchas intestinas diezman y reducen. ¹³ Confer supra, notas 10 y 11; en realidad, la decidida

intervención de los jornaleros libres urbanos en las frecuentes luchas de barricada de la Roma de aquel siglo, contradice este argumento de nuestro orador. ¹⁴ Despectiva alusión a la miseria humilde de los artesanos y trabajadores libres. ¹⁵ De nueva cuenta incurre el orador en exageración a propósito de los devastadores y enajenados proyectos de los catilinarios. ¹⁶ Si el cuerpo senatorial no adopta, sobre el asunto sujeto a su autoridad, medidas definitivas y enérgicas.

IX. ¹ Es decir, con la Roca Tarpeya, famosa acrópolis de la primitiva *civitas*. ² Los *penates* eran los *lares públicos* protectores de la urbe y de su ciudadanía. ³ Diosa de la castidad y del sagrado fuego de la *civitas*, cuyo templo era, a la vez, santuario de los *penates*. ⁴ El orador insiste en la urgencia de una definitiva solución de aquel asunto. ⁵ Confer *Tercera catilinaria*, II, nota 2. ⁶ Cicerón vuelve aquí a jactarse de su incondicional fidelidad al gobierno. ⁷ Sobre esta unanimidad tan exagerada, confer *Cuarta catilinaria*, de VI a VII, y notas alusivas. ⁸ ¿Se refiere el orador, en este pasaje, a la noche en que habrían de partir los alobroges? Probablemente, pero no se puede asegurar que así sea a ciencia cierta. ⁹ Confer *Tercera catilinaria*, IX, y notas alusivas. ¹⁰ Confer supra, nota 4. ¹¹ Parece que Cicerón, con esta frase, se empeña en no ceder mucho en celo republicano a los demás oligarcas y *optimates*. ¹² En realidad, dicho motivo es vago, y nulo el resultado práctico de esta cuarta arenga. ¹³ El cónsul, como parece indicarlo la raíz etimológica del término usado para su designación, era en la Roma republicana, tanto el ejecutor como el consultor de las decisiones de la casta gubernamental, institucionalmente parapepada de por vida en el senado.

X. ¹ Es decir, la discusión y voto de los senadores sobre todo aquel asunto, discusión que el cónsul había interrumpido con el paréntesis oratorio de su *Cuarta catilinaria*. ² Esto es, el concierne a su responsabilidad como ejecutor de lo que se decida y a su riesgo de sufrir ulteriores represalias populares a causa de ella. ³ Nueva contradicción con el reiterado desprecio que demuestra Cicerón en otros pasajes de sus cuatro discursos, por la fuerza numérica del movimiento. ⁴ Menosprecio meramente retórico. ⁵ El descaro de Cicerón llega al colmo en esta frase, al censurar a sus futuros, eventuales enemigos, hipotéticos actos en su contra, por violatorios de una constitución que él mismo, en su discurso, ha

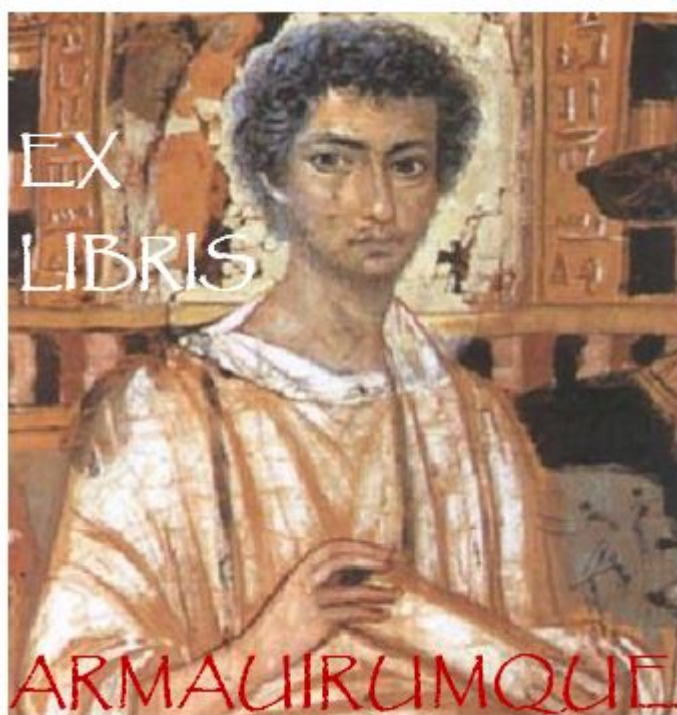
aconsejado a los patres violar a todo trance. ⁶ El porvenir se encargaría de dar rotundo mentís a este pasaje, cuyo contenido, tan fácil de prometer, es del todo contrario a la ulterior militancia, llena de las más vergonzosas claudicaciones, que hasta su muerte caracterizó al arpinata. ⁷ Flagrante plagio o reminiscencia de las ideas vertidas poco tiempo antes por César: confer *Cuarta catilinaria*, IV, y notas alusivas. ⁸ Confer *Tercera catilinaria*, VI, 15, y notas alusivas. ⁹ Confer referencias de la nota anterior. ¹⁰ Publio Cornelio Escipión, vencedor de las huestes mercenarias del general cartaginés Aníbal Barca, y a quien este gran caudillo debió su definitivo, final aplastamiento. ¹¹ El portentoso estratega de la segunda de las guerras púnicas, que enfrentaron a Roma con Cartago, cuyo poderío este personaje echó encima de las legiones romanas, infligiéndoles derrota tras derrota, hasta realizar la hazaña de trasponer los Alpes, penetrar en Italia, poner en jaque a su orgullosa metrópoli, y apoderarse de toda la península, hasta que a la postre, aislado de su patria y abandonado por ella a su suerte, hubo de regresar en retirada a su punto de partida. ¹² Escipión el Africano fue hijo adoptivo del vencedor de Aníbal, y más tarde caudillo del golpe de gracia dado por Roma al poderío púnico en la última guerra llevada a cabo en su contra. ¹³ La pugna que enfrentara a los dos imperialismos, cartaginés y romano, culminó a la postre, con la total destrucción y exterminio de la ciudad fenicia; por lo que se refiere a Numancia, fue ésta aquella heroica ciudad española que, sitiada por Roma, presentó a sus legionarios la más desesperada defensa, llenándose de gloria por las hazañas de valor y sacrificio con que sus moradores resistieron hasta el último momento; el porfiado tesón con que ambas emprendieron su lucha a muerte contra los romanos y su hegemonía, explica el contenido de la frase que Cicerón les dedica. ¹⁴ Lucio Emilio Paulo fue el vencedor del poderío macedónico, en la disputa entre éste y el romano por el predominio en el Mediterráneo oriental. ¹⁵ Rey de Macedonia, que, resucitando las veleidades imperialistas de sus antecesores Alejandro y Filipo, quiso enfrentarse a la expansión romana hacia el oriente, iniciando una lucha que culminó a la postre con el total fracaso del monarca, cuya persona misma hubo de formar parte del cortejo de vencidos en el fastuoso triunfo de tres días enteros con que su vencedor Paulo Emilio celebró su victorioso regreso a la metrópoli. ¹⁶ Confer *Primera catilinaria*, II, nota 5.

¹⁷ Confer *Tercera catilinaria*, X, nota 7. ¹⁸ Confer *Tercera catilinaria*, XI, nota 4. ¹⁹ Confer *Tercera catilinaria*, XI, nota 5. ²⁰ Confer *Tercera catilinaria*, XI, nota 6. ²¹ Confer *Tercera catilinaria*, XI, nota 6. ²² Al conquistar las provincias, los romanos solían conservar la libertad y la personalidad humanas a las clases autóctonas dirigentes, esclavizando sólo a las grandes masas anónimas de la población. ²³ Por la conciencia que tienen, los miembros de un partido vencido en luchas civiles, de su igualdad de derechos con los miembros del partido vencedor. ²⁴ Vaticinio plenamente cumplido, aunque no sólo en sentido favorable a su formulador: confer *Tercera catilinaria*, XI, nota 3. ²⁵ Alusión a la efímera coalición de la derecha, a la sazón concertada entre la plutocracia financiera ecuestre y la oligarquía latifundista gubernamental. ²⁶ Es decir, los elementos de las clases optimates.

XI. ¹ Confer *Cuarta catilinaria*, I, nota 15. ² Cicerón da aquí por hecho, con absoluto optimismo, que la gestión de su proconsulado, en la provincia que le había tocado en suerte, le hubiera dado derecho, por las hazañas guerreras por él en ella llevadas a cabo, a la entrada triunfal en la metrópoli. ³ Confer *Cuarta catilinaria*, I, nota 15. ⁴ El pasaje alude al sacrificio, también hipotético, aunque menos improbable que el del triunfo a que se refiere la nota 2, de todas las relaciones con los provinciales de mayor relieve que, según el propio cónsul, hubiera podido entablar en el territorio cedido por él a su colega Antonio: relaciones que, además, implicaban el patrocinio y representación judicial en la metrópoli, de numerosos provinciales, por parte de Cicerón, cuando éste, después de su gestión proconsular, volviera a la capital. ⁵ Se refiere el pasaje a la clientela jurídica, en el sentido moderno, patrocinada en sus intereses y asuntos por el abogado arpinata. ⁶ Explicita profesión de lealtad gubernamental, por parte del cónsul. ⁷ Confer *Tercera catilinaria*, X, sobre todo in fine. ⁸ Confer *Tercera catilinaria*, XI, y notas alusivas. ⁹ El pasaje revela la ingenua confianza que, en virtud de sus servicios, Cicerón depositaba en el perpetuo respaldo de la casta gobernante. ¹⁰ Con tal recomendación, independientemente de su burdo patetismo, Cicerón, al parecer pretendía, como *homo novus* que era, capitalizar su incondicional adhesión a su casta adoptiva en beneficio hasta de su descendencia, quizá soñando con llegar a ser el fundador dinástico de una nueva familia gobernante. ¹¹ Es decir, el sistema esclavista y oligárquico impe-

NOTAS A LA VERSIÓN CASTELLANA

rante. ¹² Al concluir aquí su cuarta arenga anticatilinaria, el cónsul parece titubear de nuevo en su celo represor, tratando de aludir con meras frases la responsabilidad íntegra del decreto que está por emitirse, y proclamando en voz alta su carácter de mero ejecutor de lo que el senado tuviere a bien decidir por su cuenta.



Notas al texto latino

PRIMERA CATILINARIA

* Arenga célebre como modelo de invectiva directa y de apóstrofe apasionado al adversario, a quien el orador trata de abrumar con la censura pública y la exhibición de lo que le reprocha o imputa.

I. ¹ *Exordio ex-abrupto*, mediante el cual el orador inicia bruscamente su arenga interpellando al conjurado. ² *Adiectio* o *anáfora*, repetición de una misma palabra (*nihil*) al principio de cada frase para acentuar el énfasis, común en la retórica ciceroniana. ³ Fórmula enfática de lugar común. ⁴ Figura denominada *correctio*, que repite la palabra *vivit*. ⁵ Ironía. ⁶ Conjunción interrogativa, que vincula los dos términos del periodo inmediato, por coordinación y subordinación al mismo tiempo.

II. ¹ *Extenuatio*, para disminuir la inculpación. ² y ³ *Metáforas* sacadas de la esgrima gladiatoria.

III. ¹ *Contraposición* de *inlustrantur* a *obscurare* y de *erumpunt* a *continere*. ² *Anástrofe*, que antepone el adverbio al sustantivo. ³ Indicativo insólito. ⁴ Apócope de la enclítica *ne*.

IV. ¹ Fórmula enfática de asombro y desconcierto. ² Uso enfático del pronombre, para dar fuerza a la acción ejecutada por el sujeto. ³ Uso de *nunc* por *tunc*, para substituir la construcción directa por la indirecta. ⁴ Muchos textos substituyen *lecto* por *lectulo*, diminutivo éste sin razón de ser. ⁵ Supino irónico.

V. ¹ Fórmula sintáctica, empleada para resumir lo ya expuesto y pasar, al mismo tiempo, a lo que está por exponerse. ² *Petisti* y *obstiti* son vocablos metafóricos, tomados de la terminología de la esgrima gladiatoria. ³ Imperfecto llamado *de conato*, y usado en vez de *volebas facere*. ⁴ Contraposición nominal, que suple a la pronominal *ego te*, a fin de hacer resaltar la calidad de los términos contrapuestos.

VI. ¹ Abstracto empleado en el sentido concreto de *camarilla de conjurados*. ² Metáfora que alude a la marca impresa con hierro candente sobre la piel de los esclavos y las bestias. ³ *Ferrum* y *facem* son metáforas alusivas a la costumbre de los romanos de hacerse preceder por esclavos armados y con antorchas, por la noche.

⁴ Substitución del abstracto por el concreto, para acentuar la gravedad del atentado a que se refiere. ⁵ *Preterición*, empleada para efectuar sin solecismo la transición de un asunto a otro. ⁶ Término metafórico, pedido al vocabulario de la esgrima gladiatoria. ⁷ Modismo también sacado del léxico gladiatorio.

VII. ¹ Empleo, muy poco frecuente, del verbo *contingere*, a propósito de un suceso aún no acaecido. ² Dativo en vez de ablativo agente, para hacer más evidente al personaje que ejecuta la acción verbal. ³ *Amplificatio* o *entinema*. ⁴ Primera *prosopopeya* de la *Patria*. ⁵ Modismo atenuante de la contraposición paradójica *tacita loquitur* que le sigue.

VIII. ¹ Pronombre con el que el orador parece haber dejado a flor de labios alguna objeción de su antagonista. ² Uso insólito de *ad* por *anud*. ³ Traslación textual de una objeción verbal de Catilina, incorporada por el orador al cuerpo de su discurso. ⁴ Después del imperativo, las reglas de la mímica exigen breve pausa. ⁵ Aposición que hace las veces de una proposición concesiva. ⁶ Adverbio que acentúa la ironía del periodo. ⁷ Contraposición minuciosamente calculada y precisa.

IX. ¹ Frase interrogativa, que sirve para el cambio brusco de la entonación necesario para expresar ideas contrarias a las expuestas hasta ese momento. ² Locución elíptica. ³ Subjuntivo arcaico, en lugar de *dent*, que, como otros por el estilo, se acostumbraba emplear en los discursos para dar mayor fuerza a las invocaciones solemnes y patéticas.

X. ¹ Frases cuyos complementos y verbos se encuentran ordenados en precisa y calculada graduación ascendente. ² Ironía. ³ Presagio cuyo mal gusto contribuye a acentuar groseramente el fino sarcasmo del periodo. ⁴ Feliz *antítesis* entre *exul temptare* y *consul vexare*.

XI. ¹ El orador interrumpe su interpelación directa al conjurado, para dirigirse a todos los miembros de la asamblea que lo escucha. ² Redundancia enfática de dos verbos sinónimos. ³ Segunda *prosopopeya* de la *Patria*. ⁴ *Adnominatio* o *paranomasia*, consistente en contraponer dos derivados de la misma raíz, pero opuestos por el prefijo: figura a la que Cicerón es a menudo afecto. ⁵ *Subjectio*, que consiste en enunciar interrogativamente las posibles objeciones de la réplica, mostrando de antemano su inconsistencia. ⁶ Hipérbole meramente retórica, que intenta justificar de antemano la

represión de los conspiradores y conjurar las represalias populares que serían su consecuencia. ⁷ Reproche irónico.

XII. ¹ Con *judicarem* y *dedissem* el autor combina imperfecto y pluscuamperfecto de subjuntivo, para indicar que la acción aún perdura. ² *Adnominatio* o *paranomasia*: confer *supra*, XI, nota 4.

XIII. ¹ Frase que traduce un fuerte asombro interrogante. ² Empleo del abstracto por el concreto. ³ Metáfora que compara al Estado con un cuerpo vivo y sus partes. ⁴ Por *zeugma*, el verbo principal rige, no sólo a su proposición, sino también a las siguientes. ⁵ Nuevamente el orador interpela en forma directa a su antagonista. ⁶ Invocación solemne, acompañada del gesto, a la estatua de Júpiter que se eleva en el recinto donde el orador habla. ⁷ La idea alude aquí, más bien que al dios, a su templo. ⁸ Simple, pero vigorosa amenaza retórica, que cierra con broche de oro esta peroración y la invectiva entera a que pertenece.

SEGUNDA CATILINARIA

I. ¹ Exordio cuya ampulosidad, sobre todo provocada por la superabundancia de la sinonimia, refleja el regocijo del orador por el reciente éxito de su arenga anterior. ² Ablativos metafóricos. ³ Repetición de la conjunción disyuntiva, que expresa la hesitación del orador ante el vocablo más propiamente aplicable a la marcha de su antagonista, obligándolo al uso de varios términos sucesivos, en graduación ascendente e irónica. ⁴ Acumulación de sinónimos, dispuesta de tal modo que cada uno acentúa la significación del precedente. ⁵ Modismo extraído de la terminología castrense. ⁶ Substitución del pronombre por un sustantivo enfático.

II. ¹ Ironía despectiva. ² Dativo pleonástico, que indica el vivo interés de quien habla por el tema a que alude.

III. ¹ Derivado secundario, que distingue lo que transitoriamente se encuentra en la Galia, de lo que es propio de dicha comarca. ² Partícula aseverativa, que Cicerón usa siempre al comienzo de frase, acompañada de pronombre personal.

IV. ¹ Conjunción que desempeña papel adverbial con sentido irónico. ² Raro empleo de *vesperam* por *vesperum*. ³ Marca el paso de una argumentación, a otra de mayor importancia.

V. ¹ Ablativo de medio, que satiriza las cualidades de que se

jactaba el conspirador. ² Empleo irregular de *sui* por *eius*. ³ Abstracto por concreto. ⁴ Pronombre pleonástico. ⁵ Término vulgar y corriente, utilizado para acentuar el desprecio. ⁶ Verbo metafórico. ⁷ Frase extraña e inusitada. ⁸ Nuevo parangón del Estado con un cuerpo enfermo. ⁹ El verbo *rige*, en sentido recto al ablativo *in urbe*, y en sentido figurado a la expresión *in eadem mente*.

VI. ¹ Vocablo irónico. ² Este verbo da sentido irónico a todo el periodo.

VII. ¹ Interjección en acusativo. ² Futuro perfecto, que pone de relieve toda la imposibilidad de la empresa a que alude.

VIII. ¹ Figura retórica, denominada *interrogatio*. ² *Voluntas* y *causa* son aquí casi sinónimos, aunque uno alude al propósito y el otra a la acción. ³ Repetición anaforética del pronombre *tú*. ⁴ Subjuntivo debido al tono enfático del pasaje. ⁵ Empleo insólito de *omnis* sustantivado, sin su correspondiente sustantivo. ⁶ Juego de palabras, que utiliza un mismo término (*tabula*) para dos ideas diferentes.

X. ¹ Contraposición de *premuntur* y *emergunt*. ² Adjetivo con sentido adverbial: *en gran número*. ³ Sustantivo hiperbólico, para indicar una vestidura de exagerada amplitud. ⁴ Irónico.

XI. ¹ La mayoría de los textos incluye aquí *scortorum*, traducándose entonces: *cohorte pretoriana de meretrices*. ² Construcción de que no se conoce otro ejemplo y que, con el asíndeton y el hiato de la proposición, hace más vigorosa la antítesis por ella expresada.

XII. ¹ Cicerón interrumpe aquí la secuencia de su argumentación para formular a los conspiradores aún no descubiertos la promesa de su impunidad, con la condición de su desistimiento.

XIII. ¹ Adverbio que atempera la crudeza de la expresión. ² Raro empleo de la partícula adversativa *neque* seguida de la enclítica *que*, en lugar de *et*.

TERCERA CATILINARIA

I. ¹ *Bona* y *fortunas* son sinónimos con muy ligera diferencia de significado, aludiendo, al parecer, el primero al patrimonio y el segundo a los beneficios que lo incrementan. ² Enumeración gradual. ³ Larga *metáfora* o *simil*, de esmerada y perfecta correspondencia en sus términos, y a la vez ejemplo de la amplitud del

periodo ciceroniano. ⁴ Reanuda y amplía el tema del primer párrafo. ⁵ Vocablo enfático, de mayor fuerza que la mera conjunción copulativa que substituye. ⁶ Frase metafórica, extraída de la terminología gladiatoria. ⁷ Quasi-sinónimos, gradualmente colocados de conformidad con el matiz de su significación. ⁸ Vocablo de transición, para iniciar una nueva parte del discurso.

II. ¹ Aquí el imperfecto, que expresa sólo la simultaneidad de la acción, no es *de conato*. ² La locución sirve para reanudar el pensamiento interrumpido por la anterior proposición parentética. ³ La conjunción tiene aquí valor adversativo, para introducir a un nuevo orden de ideas. ⁴ Substitución del verbo específico por el genérico.

III. ¹ Irónico.

V. ¹ Substitución del verbo específico por el generico, que aquí expresa la idea de *justificarse* más bien que la de *responder* simplemente. ² Intercalación textual de cláusula dialogada. ³ Proposición concesiva, seguida, por ello, de *tamen*. ⁴ Intercalación textual de documento, aquí concretamente consistente en una carta de Léntulo transcrita casi de manera idéntica también por Salustio. ⁵ Curioso comparativo de su propio superlativo *certissima*, utilizado líneas antes.

VI. ¹ Transcripción textual de documento, intercalada en el texto.

VII. ¹ Contraposición de *jam* a *neque vero*. ² Antítesis de los adjetivos *domesticis* y *castrense*. ³ Antítesis comparativa de lugar entre *in privata domo* e *in re publica*.

VIII. ¹ La expresión sirve para pasar a un nuevo género de ideas, modificando, en la transición, lo anteriormente expuesto. ² Preterición. ³ Empleo anaforético de *ut*. ⁴ Este último *ut* es consecutivo, y no forma parte de la *adjectio* anterior. ⁵ Sinonimia entre cuyos términos casi no hay diferencia, pudiéndose emplear ambos —*praeter mittendum* y *relinquendum*—, casi con igual significación, indiferentemente. ⁶ Uso de *memini* con infinitivo perfecto, por no haber sido quien habla actor presente en la circunstancia a que se alude. ⁷ El vocablo sirve para átnuar la audacia de la frase en que va intercalado.

IX. ¹ Ejemplo de *argumento extra-humano*, de los que Quintiliano denomina *divina testimonia*. ² Duplicación enfática del pronombre acompañada de ademán indicador. ³ Repetición enfática del mismo pronombre que se acaba de duplicar. ⁴ Abstracto por concreto. ⁵ *Litotes*, consistente en expresar la afirmación mediante

NOTAS AL TEXTO LATINO

una negación neutralizada por otra inmediata, en este caso *non nolle* por *velle*.

X. ¹ Gentilicio abstracto por el concreto correspondiente. ² Juego de palabras, que usa doblemente el adjetivo *salvus*, con significados diferentes.

XI. ¹ Construcción extravagante y de difícil explicación. ² Uso enfático de *intellego*, con el significado de *estar persuadido* o *convencido firmemente*. ³ Hipérbole sobre las conquistas recientes de Pompeyo.

XII. ¹ Nuevo empleo de sinonimia enfática, casi redundante. ² Contraposición de *cedamus* y *laccessamus*. ³ Dativo que marca enérgicamente, mediante la contraposición pronominal, la acción futura expresada por *vobis erit videndum* en la proposición anterior. ⁴ Construcción rara la de *me tractabo* en vez de *me geram*.

CUARTA CATILINARIA

I. ¹ Substantivo genérico, por el específico *benevolentia*. ² Glosa exegetica, intercalada en aposición. ³ *Prope*, intercalado nuevamente para atemperar el concepto, en este caso la pedantería de la expresión.

II. ¹ Eufemismo supersticioso, para no enunciar explícitamente la desgracia que se quiere dar a entender. ² Imagen metafórica. ³ Abstracto por el concreto *servi*. ⁴ Hipérbole, que intencionalmente confunde lo tramado contra los enemigos del extremismo, con supuestos preparativos contra la sociedad entera.

III. ¹ Infinitivo en tiempo presente, por subsistir aún, a pesar de la captura de sus principales promotores, el peligro de la conspiración. ² Periodo metafórico cuyos términos conservan el primitivo desaliño de la improvisación, deliberadamente no corregido por su autor en la edición definitiva de la arenga, quizá para dejar subsistente la impresión de espontaneidad de aquella.

IV. ¹ Este pronombre debió, sin duda, estar reforzado por la mímica, para indicar lo que, al pronunciarlo, el orador quería abarcar con el gesto. ² El sentido de este verbo no es el de *conmemoro*, o sea *recordar*, sino más bien el de *mostrar* o *dar a entender que se recuerda*.

V. ¹ Modismo con valor afirmativo. ² Expresión inicial, que

aquí sirve para reanudar la argumentación, momentáneamente interrumpida por la frase anterior. ³ Término despectivo. ⁴ *Litotes* que debe, indudablemente, traducirse en plural. ⁵ Se refiere, aun siendo singular, a la expresión *non neminem*, con significado plural, de la frase anterior. ⁶ Sinonimia aparente, de cuyos términos *re* alude al caso en sí, y *causa* a su interpretación jurídica. ⁷ Proposición concesiva.

VI. ¹ Substitución del concreto por el abstracto. ² Uso del comparativo en vez del simple acrecitivo. ³ *Hipótiposis* o *subiectio*, consistente en imaginar y describir acontecimientos supuestos. ⁴ Comienza el pasaje desarrollado a continuación, ejemplo del recurso retórico denominado *argumentatio a minore*. ⁵ Seguido de *vero* y verbo en indicativo, *nisi* adquiere marcado sabor irónico. ⁶ Marca la antítesis de su proposición con la siguiente. ⁷ Exhortación irónica.

VII. ¹ Alusión directa a las objeciones formuladas al orador desde el seno de su auditorio, y que interrumpe la secuencia del discurso, dejando la anterior argumentación para proceder a la réplica de los interpelantes. ² Ablativo de sentido meliorativo expresando *buenas disposiciones*. ³ *Quid . . . commemoren*: preterición. ⁴ *Ita . . . ut*: fórmula para limitar un concepto con otro subsecuente.

VIII. ¹ *Fortuna* reemplaza a *jus* en esta frase, para hacer más notoria la importancia de la ciudadanía adquirida automáticamente por los libertos con la *manumissio*. ² Figura de construcción opuesta a la reciente preterición señalada en la nota 3 de la cláusula anterior, y en la cual *quid . . . commemoro*, casi corrigiendo la argumentación pasada, sirve para formular otra nueva que la ratifica. ³ Limita el alcance de la afirmación a que se refiere. ⁴ Término específico, sarcástico e infamante, que suple al genérico *agentem*. ⁵ Diminutivo de chocante y afectada ternura.

IX. ¹ Complementos sucesivos, en progresión conceptual ascendente. ² Nueva personificación de la *patria*. ³ La elocución es apoyada, una vez más, por la mímica del orador, cuyo gesto señala, sin duda, la edificación a que alude su palabra. ⁴ Complemento dependiente de *tecta* que le sigue, y de *muros* que le antecede.

X. ¹ El indicativo, substituyendo aquí al subjuntivo normal, imprime un tinte de familiaridad a la frase. ² Asíndeton. ³ Plural enfático, en lugar del simple singular normal. ⁴ Contraposición pronominal enfática de *alter* con el *ille* anterior. ⁵ El demostrativo enfático alude a la celebridad del personaje, substituyendo y ha-

ciendo innecesario todo *prenomen* o *cognomen*. ⁶ Expresión que introduce a una conjetura irónica. ⁷ Antítesis entre *oppressi* y *recepti*. ⁸ Metafórico.

XI. ¹ Fórmula que limita el concepto expresado por la proposición precedente.



INDICE

CATILINARIAS DE CICERÓN

Discurso de Marco Tulio Cicerón mediante
el cual expulsó a L. Catilina, pronunciado
en el senado . 1

Segundo discurso de M. T. Cicerón contra
L. Catilina, pronunciado ante el pueblo . 20

Tercer discurso de Marco Tulio Cicerón
contra Lucio Catilina, pronunciado ante el
pueblo 40

Cuarto discurso de Marco Tulio Cicerón
contra Lucio Catilina, pronunciado en el
senado . 62

Notas a la versión castellana LXXXIII

Notas al texto latino . CXXXV

Siendo director general de Publicaciones,
Jorge Gurría Lacroix, se terminó la reim-
presión de *Catilinarias*, el día 23 de agos-
to de 1973. Se tiraron 3 000 ejemplares.